

Nacido en París en noviembre de 1931, Pierre Nora es uno de los historiadores más notables y renovadores que ha dado Francia al mundo. Sus contribuciones han influido en la práctica del oficio y en su reconsideración científica, en un esfuerzo que debería entenderse monumental y cuyos impactos se derraman sobre otras disciplinas como la antropología, las ciencias políticas, la filosofía, el análisis cultural y la historia intelectual. Desde 2001 es miembro de la Academia Francesa.

Su obra culminante fue la concepción y dirección de *Les lieux de mémoire*, una tarea colectiva y de largo aliento, desbordante y magistral. En sus siete volúmenes reúne el aporte de setenta historiadores que transitan por los temas de la memoria, la historia y la conmemoración, telón de fondo de asuntos más grávidos como el Estado, la revolución, Francia y sus diversidades, la nación captada en el momento de cierre de nuestro pasado siglo xx.

Pierre Nora en Les lieux de mémoire reúne la mayoría de sus aportes incluidos en dicha obra monumental.

En ellos Pierre Nora opera como baliza para que a lo largo de esa enorme colección de trabajos la tripulación llegue a destino o al menos no pierda de vista el objetivo. Escribe y a la vez marca territorio: sobre la memoria y la historia, la república y la nación, la nación y la memoria, el Estado y sus memorias, la era de las conmemoraciones, la memoria política armada en un doble sistema entre gaullistas y comunistas. Francia, *las Francia*, coronan el trayecto, resumen la polifonía exhaustivamente hurgada y obligan a volver a viejos asuntos como la nación, en un final inquietante o provocador para esta nueva era de mundialización.

Pocas obras de Nora pueden ser leídas en castellano, tal vez la más conocida entre ellas es la que nos muestra su participación en el fundacional *Faire l'histoire*, colección que dirigió junto al medievalista Jacques Le Goff. En castellano, con la traducción de Laura Masello, esta selección que aquí presentamos es pues la primera, algo para celebrar con entusiasmo si no nos pesara el atraso en el que se ha incurrido durante demasiado tiempo.

José Rilla

traducido del francés
por Laura Masello



9 789974 324879 >

TRILCE

TRILCE

PIERRE NORA

Pierre Nora en *Les lieux de mémoire*

PIERRE NORA

Pierre Nora en
Les lieux de mémoire

prólogo de José Rilla

TRILCE

PIERRE NORA

Pierre Nora en
Les lieux de mémoire

*Traducido del francés por
Laura Masello*

Ediciones
TRILCE

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación,
ha recibido el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y
del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en Uruguay

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication,
bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Étrangères
et du Service culturel de l'Ambassade de France en Uruguay

Los textos de Pierre Nora que integran este libro fueron publicados en la obra colectiva, bajo la dirección de Pierre Nora, *Les lieux de mémoire* (Gallimard, París, 1984, 1986, 1992) con los siguientes títulos:

«Entre Mémoire et Histoire», *Les lieux de mémoire*, t. I, *La République*, Gallimard, París, 1984.
«De la République à la Nation», *Les lieux de mémoire*, t. I, *La République*, Gallimard, París, 1984.
(La nación) Introducción sin título a «Territoires», *Les lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. 2, Gallimard, París, 1986.
«Les Mémoires d'État», *Les lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. 2, Gallimard, París, 1986.
«La nation-mémoire», *Les lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. 3, Gallimard, París, 1986.
«Comment écrire l'histoire de France?», *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. 1, Gallimard, París, 1992.
«Gaullistes et communistes», *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. 1, Gallimard, París, 1992.
«L'ère de la commémoration», *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. 3, Gallimard, París, 1992.

Ilustración de carátula: sello postal francés, 1939.

© Gallimard 1984, 1986, 1992
© Ediciones Trilce 2008 para la presente compilación
© Ediciones Trilce 2008 para la traducción al castellano
Durazno 1888
11200 Montevideo, Uruguay
tel. y fax: (5982) 412 77 22 y 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 978-9974-32-487-9

Prohibida la venta en España

CONTENIDO

| | |
|--|-----|
| Historias en segundo grado. | |
| Pierre Nora y los lugares de la memoria, José Rilla | 5 |
| Entre memoria e historia. La problemática de los lugares | 19 |
| 1. <i>El fin de la historia-memoria</i> | 19 |
| 2. <i>La memoria atrapada por la historia</i> | 26 |
| 3. <i>Los lugares de memoria, otra historia</i> | 33 |
| De la república a la nación | 40 |
| La nación | 49 |
| Las memorias de Estado. De Commynes a De Gaulle | 50 |
| 1. <i>La memoria de las Memorias</i> | 51 |
| 2. <i>Las tradiciones de una tradición</i> | 62 |
| 3. <i>Memorias de Estado, memoria de Estado</i> | 74 |
| La nación-memoria | 95 |
| ¿Cómo escribir la historia de Francia? | 104 |
| Gaullistas y comunistas | 122 |
| 1. <i>El trabajo del tiempo</i> | 122 |
| 2. <i>El doble sistema de memoria</i> | 135 |
| 3. <i>En la memoria histórica de Francia</i> | 146 |
| La era de la conmemoración | 167 |
| 1. <i>La metamorfosis de la conmemoración</i> | 168 |
| 2. <i>De lo nacional a lo patrimonial</i> | 179 |
| 3. <i>El momento-memoria</i> | 190 |

HISTORIAS EN SEGUNDO GRADO

Pierre Nora y los lugares de la memoria

Agradecemos a José Rilla por la sugerencia de realizar esta obra y por la selección de los textos.

Nacido en París en noviembre de 1931, Pierre Nora es uno de los historiadores más notables y renovadores que ha dado Francia al mundo. Sus contribuciones han influido en la práctica del oficio y en su reconsideración científica, en un esfuerzo que debería entenderse monumental y cuyos impactos se derraman todavía sobre otras disciplinas como la antropología, las ciencias políticas, la filosofía, el análisis cultural y la historia intelectual.

Su obra culminante es una tarea colectiva y de largo aliento, desbordante y magistral. *Les lieux de mémoire* (LM),¹ concebida para ser publicada en cuatro volúmenes que fueron finalmente siete y que reunió el aporte de setenta historiadores en su mayoría franceses transita con voracidad por los temas de la memoria, la historia y la conmemoración, telón de fondo de asuntos más grávidos como el Estado, la revolución, Francia y sus diversidades, la nación captada en el momento de cierre de nuestro pasado siglo XX. Pocas obras de Nora pueden ser leídas en castellano, tal vez la más conocida entre ellas es la que nos muestra su participación en el fundacional *Faire l'histoire*, colección que dirigió junto al medievalista Jacques Le Goff.² En la lengua inglesa LM fue traducida y abreviada con el ambiguo título *Realms of Memory*³ y luego de arduos conflictos. En castellano, con la traducción de Laura Masello, esta selección que aquí presentamos será pues la primera, algo para celebrar con entusiasmo si no nos pesara el atraso en el que se ha incurrido durante demasiado tiempo.

La carrera académica de Pierre Nora se inició afuera del Hexágono, en el agonizante resto del imperio. Hasta 1960 este hijo de médicos cirujanos fue profesor en la Argelia francesa, en el *Lycée Lamoricière* de la localidad mediterránea y musulmana de Orán, una experiencia que con seguridad influyó en la escritura de su libro *Les Français d'Algérie*. Ese año, 1961, pasó de la periferia al centro, cuando ganó una beca de la fundación Thiers e ingresó poco más tarde al *Institut d'études politiques* de París. En 1977 alcanzó la dirección de la influyente *École des hautes*

études en sciences sociales, una sección de l'École Pratique des Hautes Études fundada por Fernand Braudel y Lucien Febvre al finalizar la segunda guerra mundial.

A sus tareas de investigador y docente, Pierre Nora sumaría rápidamente sus esfuerzos al mundo editorial, motivado por la inquietud y la efervescencia que circulaban en ciertos ámbitos intelectuales y culturales marcados por la crisis argelina. Se destacaba entonces una sensibilidad que trascendía fronteras de cada país europeo, la militancia de Sartre y su revista *Les Temps Modernes*, la influencia de autores como Günter Grass, Italo Calvino, Pier P. Passolini, Hans Magnus Enzensberger, Roland Barthes, Maurice Blanchot entre tantos otros, apasionados por los Manifiestos, las revistas de ideas, los compromisos públicos y las ganas de estar juntos más allá de las naciones. Por alguna razón Pierre Nora no siguió plenamente esas corrientes; más bien se aplicó a trabajar primero en la Editorial Julliard y en 1965 se incorporó a la editorial Gallimard a fin de dar impulso y difusión a las ciencias sociales desde colecciones importantes como la *Bibliothèque des sciences humaines* en 1966, la *Bibliothèque des histoires* en 1970, y la *Témoins* en 1967.

Gallimard, con cien años de vida, contó entre sus autores fundadores con André Gide, Jean Schlumberger y Paul Claudel. Entre los primeros nombres que integraron su catálogo figuran escritores como Marcel Proust, Jules Supervielle, André Malraux, Antoine de Saint-Exupéry, colecciones dirigidas por Camus, Caillois y Duhamel.⁴ Pierre Nora, incorporado a la editorial en la década del sesenta dirigió colecciones que siguen siendo referencia en el mundo intelectual y académico de las ciencias sociales y humanas. Basta con su mención: en la *Bibliothèque des sciences humaines* publicaron Raymond Aron (*Les Étapes de la pensée sociologique*, 1967), Georges Dumézil (*Mythe et épopée*, 1968-1973), Marcel Gauchet (*Le Désenchantement du monde*, 1985), Claude Lefort (*Les Formes de l'histoire*, 1978), Henri Mendras (*La Seconde Révolution française*, 1988), Michel Foucault (*Les Mots et les Choses*, 1966; *L'Archéologie du savoir*, 1969). En la *Bibliothèque des histoires*, François Furet (*Penser la Révolution française*, 1978), Emmanuel Le Roy Ladurie (*Montaillou*, 1975), Michel de Certeau (*L'Écriture de l'histoire*, 1975), Georges Duby (*Le Temps des cathédrales*, 1976), Jacques Le Goff (*Saint Louis*, 1997), Jean-Pierre Vernant (*L'Individu, la mort, l'amour*, 1989), Maurice Agulhon (*Histoire vagabonde*, 1988-1996), Michel Foucault (*Histoire de la folie à l'âge classique*, 1972; *Surveiller et punir*, 1975; *Histoire de la sexualité*, 1976-1984), Karl Polanyi (*La Grande Transformation*, 1944, en 1983).

En mayo de 1980 Pierre Nora fundó la revista *Le Débat*, una de las publicaciones más características del tipo no especializado, «generalista» (como *L'Esprit*, en su momento) dando lugar en ella a importantes discusiones entre las que puede destacarse en el campo historiográfico-

co-político, la referida a *Era de los extremos* de Eric Hobsbawm, 1994, debate que conducía, por extensión, a la reconsideración de todo el siglo XX.⁵ Fue en 1996; trenzó duramente a Michael Mann, Christian Meier, Krzysztof Pomian, Eric Hobsbawm y Benjamin Schwartz y resultó muy expresiva del conflicto historiográfico de los años noventa. Es menos conocido el episodio más ingrato de la contienda, nada trivial: el editor Nora se resistía entonces a traducir al francés *Age of Extremes* del marxista Eric Hobsbawm. François Furet, historiador y ex comunista le reclamaba a Nora, en 1997, la traducción de ese libro presentado antes en España; lo hacía públicamente en una nota a pie de página en *Passé d'une illusion* (1995). Antes le había aconsejado a Nora: «Traduis-le, bon sang ! Ce n'est pas le premier mauvais livre que tu publieras». En dura oposición Serge Halimi, en *Le Monde Diplomatique* hablará entonces, sin miramiento y con ironía, de censura lisa y llana.⁶

El 7 de junio de 2001 Pierre Nora fue elegido para ocupar el sillón 27 de la Académie Française, donde sucedió a Michel Droit, novelista y periodista fallecido en 2000. Fue recibido el 6 de junio de 2002 por René Rémond historiador y politólogo.

Difícilmente encontremos una historiografía más autorreflexiva que la francesa en la Europa contemporánea. Ello alude, tal vez, a la propensión teórica que le viene de lejos, al ambiente de crítica intelectual que obliga a autores y academias a retroceder a los supuestos para justificarlos y a veces a encerrarse confortablemente con sus logros. Las fronteras de la historia parecen haber sido exploradas con detalle, desde la geografía y la economía hace ya mucho tiempo, hasta la antropología, el psicoanálisis y la ficción en múltiples variantes. Es historia y escritura de la historia, introspección refinada, «conciencia historiográfica», escribe nuestro autor.

A tales tránsitos y mutaciones, tocados por el «frenesí de la innovación», debe integrarse la trama polémica, la multiplicación de debates que aparentan anunciar emergencia apresurada de paradigmas. Es, valga una licencia, una crisis de superproducción:

Desde hace algunos años —escribe Gerard Noiriel—, los giros y las revoluciones historiográficas se suceden a un ritmo vertiginoso. Tras el lanzamiento de la Nueva Historia a fines de los setenta se ha anunciado el «giro lingüístico», después «un giro crítico», la llegada de una «nueva historia intelectual, luego de una «nueva historia cultural», un «nuevo historicismo», una «historia filosófica de las ideas», «otra his-

toria social», «otra historia de lo político», una «historia de lo cotidiano», una «ego historia» e incluso una alterhistoria. (...) Para quienes piensan todavía —advierte Noiriel— que el valor de un programa de investigación reside únicamente en la calidad y en la amplitud de los trabajos empíricos que es capaz de impulsar, tal profusión de proyectos y la rapidez con la que se suceden, no es un signo de riqueza sino más bien de crisis. Los «paradigmas» que no pasan la prueba de la investigación empírica no son más que «profecías autorrealizativas».⁷

El estudio parsimonioso de esta obra de gran porte, y el paso del tiempo, podrán ofrecernos la posibilidad de saber si LM es un giro más, entre tantos, que se consume en su enunciación y debut editorial, o si en cambio puede ser puesta con todos los galones en la tradición más vertebral de la historiografía francesa. La selección por la que hemos optado puede ser debatible por cuanto de una obra multiautoral seccionamos parte de lo escrito por su director, uno de cuyos méritos mayores reside en la convocatoria a otros, en la sintonía teórica producida y en las aplicaciones «empíricas» específicas. Pierre Nora opera como baliza para que a lo largo de esta enorme colección de trabajos la tripulación llegue a destino o al menos no pierda de vista el objetivo. Escribe y a la vez marca territorio: sobre la memoria y la historia, la república y la nación, la nación y la memoria, el Estado y sus memorias, la era de las conmemoraciones, la memoria política armada en un doble sistema entre gaullistas y comunistas. Francia, *las Francia*, coronan el trayecto, resumen la polifonía exhaustivamente hurgada y obligan a volver a viejos asuntos como la nación, en un final inquietante o provocador para esta nueva era de mundialización.⁸

Los formadores de opinión, los militantes, los profesores, los periodistas, no han reparado aún lo suficiente en las diferencias, contrastes y dialécticas entre historia y memoria. La confusión conceptual es grave porque circula en el ámbito de la política más coloquial en la que se forman convicciones, elaboran argumentos y se definen prácticas. *Historia* no es *memoria*, ambas trabajan sobre la misma materia, el pasado y el presente, pero desde reglas específicas que las enfrentan, las ponen en situación de crítica recíproca.⁹

La reflexión memorialística, inflación por momentos, guarda relación con pasados recientes traumáticos, con la tendencia al desasimilamiento de la posmodernidad, con la percepción de cierta «aceleración histórica» (en rigor, más moderna que posmoderna) que aleja presente de pasado, abre

una brecha casi insalvable que solo parece encontrar sutura en una nueva forma de objetividad. El pasado como cosa muerta y por lo tanto muda y sorda, opacidad que nos desampara, desarraigo que nos inquieta. Ni las iglesias, las escuelas, los Estados ni las ideologías y cuerpos doctrinarios nos proveen de relatos para la transparencia, para la recuperación de la continuidad histórica. La memoria funciona al margen de la historia aunque reclame de ella los lugares para su edificación. La aceleración histórica que antes era entendida como la acumulación de fenómenos en la misma unidad temporal, es ahora, con Pierre Nora, interpretada como la ampliación de la brecha entre la historia y la memoria.

Es más que razonable concluir que una obra aplicada tan exhaustivamente a los lugares de memoria nos haya aportado un mayor refinamiento conceptual, trabajado poco más tarde, entre otros por Paul Ricoeur.¹⁰ Según Nora, memoria es vida encarnada en grupos, cambiante, pendular entre el recuerdo y la amnesia, desatenta o más bien inconsciente de las deformaciones y manipulaciones, siempre aprovechable, actualizable, particular, mágica por su efectividad, sagrada. La historia en cambio es representación, reconstrucción, desencantamiento laico de la memoria, destrucción del pasado tal cual es vivido y rememorado, traza consciente de la distancia entre el hoy y el ayer. La conciencia historiográfica desmonta esos mecanismos de la reconstrucción y la representación, dota al pasado de objetividad y a la historia de historicidad. Desencanta, revela lo sagrado, muestra los trucos de la magia.

Cuando se la creía extenuada o francamente insuficiente, la «historia nacional»¹¹ ha vuelto por sus fueros. Ha devenido el lugar más visible de la memoria, la secuencia menos expuesta al vacío, a las «fallas y lagunas»: todo en ella debe tener un sentido que confluya en lo nacional, un sentido que se asocia al destino pero que en Francia, además, huye del azar. Oficiante del Estado nación, el historiador del siglo XIX es «cura y soldado», adoctrina y vigila desde una posición pedagógica, combate por la historia por cuanto encuentra en ella una forma de legitimación y explicación de la nación. En el siglo XX, sobre todo luego de la gran crisis de los treinta, la historia convertida en ciencia social quedaría más al servicio de «la sociedad»; daría por buena o suficiente la construcción nacional que no requería entonces de un cultivo más que privado, memorialístico. Así pues, un doble juego: *historia* primero como proyecto pedagógico al servicio de la nación, luego proyecto científico al servicio de la sociedad. *Memoria*, entre tanto, apagada por la historiografía, reducida, reclusa.

Llegaría entonces la acuciante conciencia de divorcio entre ambos planos del pasado, el recurso explosivo a los restos que sirvan para aplacar la desolación de un mundo crecientemente desritualizado, a una memoria que ha perdido espontaneidad y necesita de hitos, restos, gestos, que construye y devora archivos, museos, aniversarios, calendarios, circuitos y paisajes. La memoria ha ingresado al repertorio de los

deberes de la sociedad. «Deber de memoria» dirá más tarde Paul Ricoeur, *praxis* y no *pathos*, uso *cuasi* conductista de los restos con la ilusión de que lo impuesto desde afuera vuelva algún día a ser espontáneo y natural. En suma, en dos siglos no más la memoria ha desaparecido de la convivencia natural y solo puede ser restituida mediante la institución de lugares públicos para ella. La nueva noción de patrimonio ventilada desde Francia en los ochenta es una evidencia de este periplo. Es un deber de memoria que nos desafía tanto como hemos perdido la forma espontánea de convivir con el pasado en el presente.

Pierre Nora puede ser inscripto en la tradición de pensadores de la modernidad contemporánea y sus costos, y de quienes captaron el reverso de la dimensión secular del fenómeno. La secularización dejó espacios vacantes y tareas sin realizar que tienen relación directa con las razones para «estar juntos». La república fue en Francia, antes que nada, una comunidad espiritual que sirvió de cimiento a un régimen político y dio un sentido final a la nación. Tuvo su religión civil, sus santos y mártires, su panteón, elementos todos de un espectáculo educativo propio de la sociedad de masas.¹² La república consagró una memoria que impuso —neutralizándola— la herencia de la revolución, que alentó la idea de la unidad desdeñosa de la diversidad y mantenida por la invención perpetua del enemigo y el complot. No es una república que concilia y articula «intereses particulares» como en Estados Unidos, es más bien la hija de la voluntad general que necesita o «exige sus excluidos» dice Nora.

La república fue un éxito, las contestaciones a ella pasaron a integrar el pasado, a resultar relativamente inocuas. Sus impugnadores más severos que habían sido los nacionalistas y los revolucionarios, a derecha e izquierda respectivamente, fueron deglutidos en la medida en que tanto como el gaullismo y el comunismo rindieron armas ante ella, la república, encarnación viva de la nación finalmente proyectada hacia el presente y el futuro. Giscard heredó y reelaboró esa síntesis, demandó puro presente —de paz, de consumo, de pragmatismo: «ingravedad histórica», dice Nora— y propuso la nación en tales términos.¹³ Más recientemente, la declinación de Francia hacia la zona de las potencias modestas, por un lado, y la alternancia política que llevó a la izquierda al gobierno, por otro, terminaron por sellar la continuidad entre nación y régimen, a hacer que todos se reconocieran en la Constitución gaullista. Un éxito: el gaullismo republicanizó a la derecha francesa; la caída del comunismo en el mundo alejó a la izquierda de la revolución, la hizo más nacionalmente republicana.

La nación francesa es una entidad antigua, de formación parsimoniosa si ponemos la mira en la historia de larga duración, hecha de capas que terminan asimiladas al cimiento. Aunque se corona con la república, la nación tiene una memoria monárquica y feudal cuya ritualidad será capturada para más adelante, una memoria estatal expresada en monumentos e instituciones como Versalles, el Louvre, el Collège, la Academie; o más atinentes a la nación, como el Código Civil, la estadística, las escuelas de archiveros y los archivos. El ciudadano será convocado desde niño y como parte de una masa a la escuela, a hacerse francés leyendo la historia con Ernest Lavisse (1842-1922) y la geografía de Vidal de la Blache (1843-1918) aceptando al Estado como la más fuerte de las determinaciones y por consecuencia a la política (más que la lengua, la cultura, la sociedad), como el lugar polémico y obligado para la construcción nacional.

Otra vez, luego de la depresión mundial de los treinta la conciencia historiográfica nos muestra insuficiencias de aquel nacionalismo y acerca paralelismos que demandan, para la nación, otro régimen de memoria y de historiografía. Quiere Pierre Nora, tal vez con razón, que los *Annales* sean cotejados con aquella crisis, que la historiografía *económica, social, demográfica* lo sean con la segunda posguerra y que la *historia de las mentalidades* remita a la crisis posargelina. Y quiere que sus búsquedas, la de *los lugares de memoria*, sean la base del nuevo paradigma desde el que pensar e investigar a una Francia que ya no puede ser concebida como «unidad de trabajo obvia». La Francia son *las Francia*, lo uno es vario y diverso, los lugares de memoria intentos de sutura, de síntesis problemática.

Las memorias del Estado, ahora como género literario, son un lugar para esa larga continuidad de la nación. Hasta entrado el siglo XIX, enseña Nora, con Guizot que es el primero en firmar un contrato para su edición, las memorias no eran escritas para ser publicadas. Sin embargo, tomadas como un *corpus* dan forma a una tradición que tiene sus hitos en Comynes,¹⁴ Sully, Richelieu, Luis XIV, Bonaparte, Guizot, De Gaulle... Casi siempre relatan pasado para afirmar legitimidad en el presente y tal vez, ganar futuro. Escritas primero contra el poder —tras haber perdido la batalla con él— o más tarde desde el poder —en las cortes, los palacios, los gabinetes— son generalmente una respuesta a la unidad nacional amenazada. Así, Luis XIV dicta enfrentado a la memoria de la Fronda de los Grandes de Francia y Bonaparte con la amenaza de la revolución permanente; De Gaulle escribe con el fantasma de la derrota de 1940. Todos levantan la «epifanía de la nación», o preparando su muerte le «dicen adiós a aquello que se ama» como escribió Philippe Ariès en un bellissimo ensayo.¹⁵

El último cuarto del pasado siglo fue para Francia el inicio de una *era de conmemoración* expresada en fiesta patrimonial. Patrimonio dejó de

ser el vocablo que define el conjunto de bienes y riquezas de los padres y pasó a nominar un deber de memoria de las sociedades. Con viento a favor como lo supone el advenimiento de la sociedad del espectáculo (que amplifica, simplifica, muestra) pero también con las trampas tendidas por el presente al pasado que se pretende actualizar. De ese modo, el Bicentenario de la Revolución francesa tropezó con las dificultades para evocar alegremente a la Bastilla justo cuando caía el muro de Berlín o la represión se desataba en Tian'anmen. ¿Qué fue lo que salvó la conmemoración? La masificación, la inversión de sentidos, la sociedad y sus grupos clamando por un lugar público. La historia metida en la televisión, el recuerdo para las víctimas del jacobinismo y el terror que interpretaba mejor el repudio al totalitarismo, y sobre todo el estallido de una demanda local y regional que aprovechó la invitación a sus maneras.

En 1980, Año del Patrimonio, todos querían pegar su foto en la plaza pública y sorprender a los promotores y burócratas del Ministerio que esperaban más atonía o indiferencia. Al contrario, la noción de patrimonio se mostró entonces en toda su voracidad, ampliando los alcances temáticos, geográficos, técnicos. Todo servía, hasta las granjas galorromanas¹⁶ descubiertas desde el aire y que llevan a los franceses a decir «allí estábamos».

A través del patrimonio, el estallido conmemorativo modificó el régimen de relación con el pasado y con la idea de nación. Hasta fines de los años setenta los franceses tuvieron «una historia nacional» perentoria que recluía la memoria al ámbito privado. Historia nacional secularizada, hecha contra la religión pero rápidamente vuelta ella una base de religión cívica. En los años ochenta su reverso, una memoria nacional construida con «otros pasados» desde la dispersa y diversa reivindicación patrimonial. ¿Qué será entonces, décadas más tarde, la historia nacional? Allí pone la pausa nuestro autor, toma un respiro y vuelve al ataque: «¿Cómo escribir la historia de Francia?»

A esa altura del esfuerzo el director Nora advierte que lo que había sido concebido para volcar en cuatro volúmenes habría de ocupar siete y a otras tantas decenas de historiadores. Da paso entonces, en la más pura tradición francesa ya referida, a una pausa autorreflexiva que coloca a la propia obra ante sus límites, la expone a la sospecha de la trivialidad y la impotencia. ¿Hasta dónde hemos llegado? parece preguntarse. Hemos develado una Francia-nación ya sin nacionalismo, y arribado a una Francia-república sin jacobinismo; explorado un amplio repertorio, agregado una expresión al diccionario, al vocabulario común (son

demasiados los que hablan de memoria y lugares de memoria); hemos fundado, tal vez, un término de fortuna que quiere decir mucho y por lo tanto dice nada... Estamos frente al precipicio.

Desde allí busca Pierre Nora la dignidad epistemológica de su imponente obra entre las más consagradas tradiciones historiográficas francesas desplegadas desde los *Annales*; la busca en sus requerimientos teóricos, técnicos y «empíricos», en la exigencia a autores y lectores de llevar la noción central *lugares de memoria* hasta el fondo. Es, al fin y al cabo, una historiografía que construye a sus autores y lectores, que forma una comunidad de interpretación a la que se pide no instalarse nostálgicamente en los temas del repertorio sino afirmarse en su «tratamiento categorial». *Lugares de memoria* dejará de ser novelería para ser novedad si se concibe la categoría como fruto del ensamble de dos órdenes de realidades, lo tangible y lo simbólico, desmontados y explorados en sus elementos comunes. Un territorio a ocupar después de las grandes roturaciones que hablaron de Francia —con Michelet— que concebía a la nación como «un alma y una persona», con la depuración positivista de Lavissee, con las «prisiones de larga duración» de Braudel y los marxistas.

La novedad radica en el esfuerzo sistemático por reconstruir el conjunto de efectos¹⁷ más que de sus determinaciones, no las acciones memorizadas sino su traza. Dejémoslo a él decirlo mejor:

no los acontecimientos por sí mismos sino su construcción en el tiempo, el apagamiento y la resurgencia de sus significados, no el pasado tal como tuvo lugar sino sus reempleos permanentes, sus usos y desusos, su pregnancia sobre los presentes sucesivos; no la tradición sino la manera en que se constituyó y transmitió. En síntesis, ni resurrección ni reconstrucción, ni aun representación; una rememoración. Memoria: no el recuerdo sino la economía y administración del pasado en el presente. Una historia de Francia, por lo tanto, pero en segundo grado.

La recapitulación de estas observaciones introductorias a la lectura debe acercar algunas de las críticas que esta obra diversa y de gran porte ha venido mereciendo. Muchas de ellas son un buen estímulo para leerla con mayor atención.

Las preocupaciones de un lector atento y tal vez algo ansioso remiten a lo que podría agruparse bajo el signo de la vaguedad conceptual, la dilatación de las nociones, la ambigüedad de significados de los supuestos que sostienen tan enorme empeño historiográfico.¹⁸ Sin embargo, *luga-*

res de memoria nació para deslindar y acotar, para reducir incertidumbre, para explotar analíticamente al máximo las diferencias entre historia y memoria. La gran cuña metida entre ambos conceptos/fenómenos es la «conciencia historiográfica»; sin ella no parece haber posibilidades de distinguir sujeto y objeto, y mucho menos de instituir a la memoria como algo diferente a la historia.

Hay un aire epocal en la obra noraiana. Pero lo que es evidente en todo producto historiográfico en este caso forma parte ostensible del trayecto. La conciencia historiográfica es autorreflexión aquí como pocas veces, fruto maduro de una empresa que es dueña de su ambición y vastedad y controla los objetos que produce. ¿Qué tránsito de época palpita en *Lugares de memoria*? El de las múltiples rupturas de nuestra contemporaneidad que arreciaron con la Gran Guerra y la revolución, la problematización de las naciones y sus marcos estatales, que hicieron perder sentido a muchas tradiciones, instauraron a las masas y a los medios masivos de su comunicación. Su resultado es el desarraigo y la angustia, la proliferación de memorias colectivas, el «llamado» al pasado que hasta entonces no era vivido como tal. *Lugares de memoria* es así un titánico esfuerzo para lograr, desde allí, que historia y memoria dejaran de ser la misma cosa.

Cuando no había aparecido la tercera parte de la obra, *Les France*, Steven Englund¹⁹ ensayó una crítica que si bien admiraba en LM «la más concisa y hermosa prosa jamás escrita por la pluma de un historiador» y encomiaba la pericia hermenéutica, llamaba la atención acerca de la originalidad de los colegas franceses, en quienes veía acechando siempre el «fantasma» de la nación y su pasado. Algunos de ellos, como Bloch, Chaunu, Braudel acometían el asunto de la nación al final de sus vidas y obras. Quiere Englund que un paralelo entre E. Lavissee y P. Nora resulte especialmente esclarecedor de la lectura de ambos y de la relación de los franceses con la nación. Lavissee es el *alter ego* de Nora en el otro fin de siglo. Ambos «padecen» la crisis de Francia y su identidad, «el lamento por el mundo que perdimos»; ambos, con audiencias y lectores diferentes, celebran y defienden a la nación. Pero nuestro contemporáneo Nora es más ambicioso e impreciso, arroja al mundo de las palabras un término insuficientemente definido —memoria— pero exitoso hasta el abuso.

El examen de la república junto a la nación, su identificación al fin y al cabo, no debería hacer olvidar las carreras no republicanas que también construyeron la nación francesa, tanto las de Bonaparte como las de los personeros de Vichy. Tampoco debería escatimar la consideración social y cultural clásica, y sí remitir a las clases sociales más que a los grupos de interés, al anticlericalismo y no a la secularización, a la ideología y no al imaginario. Para Englund, el repertorio de recursos de la historiografía y la teoría política moderna tiene mucho para

enseñar todavía acerca de la nación, a fin de evitar un tono elegíaco y teleológico que observa con severidad en nuestro autor. Debe empero subrayarse que Pierre Nora dirigió una obra historiográfica de segundo grado, que mira tanto o más al uso del pasado que al pasado en sí.²⁰

Otras contestaciones a LM vienen de la peculiar periferia del ex imperio francés. Hue-tam Ho Tai, nacida en Saigón, profesora de historia vietnamita en Harvard fue educada en Francia, Vietnam y Estados Unidos y se ha especializado en temas de memoria colectiva, museos e historiografía postsocialista. Reconoce el triunfo de la obra de Nora y la fortuna de la expresión *lieux de mémoire*, ingresada finalmente al *Grand Dictionnaire Robert* de la lengua. Sin embargo, desde la capital francesa de la Cochinchina Hue no se reconoce en la continuidad que ofrece Pierre Nora y que se resume en la expresión «nuestros ancestros son los galos». Tampoco en el repertorio y los énfasis, que denuncia como más hijos de la era Mitterrand y el bicentenario, que de la ponderación exigible a la historia crítica, no comprometida. Reclama más diversidad, atención a los inmigrantes, al imperio y lo colonial, a las mujeres, a los marcos sociales de la memoria (¿quiénes?, ¿desde dónde?, al estilo de Maurice Halbwachs). Al igual que Stanley Englund, observa la pareja Lavissee-Nora y los hace expresiones de sus respectivos fines de siglo, cuando la revolución era asunto del pasado y la nación no. Se inquieta también, finalmente, por la baja densidad en la distinción entre historia y memoria.²¹

Las críticas pueden referir a lo que le falta a una obra, pero también, como son estos casos, en tanto que no trascienden el paradigma dentro del que circulan son más una exigencia operativa: si se le sumaran *issues* mejoraría la calidad de la argumentación pero no se alteraría significativamente su sentido más esclarecedor. Por contraste «nacional», algunos investigadores anglosajones ven en la obra de Pierre Nora algo que no solo explica a Francia y sus diversidades sino las peculiaridades e insuficiencias de otras historiografías. Nora parece haber dirigido una obra magna pero solo posible desde los pasados de Francia, desde unas formas específicas de relación pasado-presente. La *Revolución*, por ejemplo coloca a la nación aparte, la hace diferente a Inglaterra donde la *Constitución* es mucho más central y definitoria.²²

Dígase de paso que Maurice Halbwachs²³ ha vuelto a ser leído en las dos últimas décadas; su noción de «memoria colectiva» ha sido bastante envilecida por el sobreuso y opera finalmente como metáfora perezosa. En su tiempo había merecido la crítica de Marc Bloch (1925) cuando el historiador impugnaba al sociólogo la mecánica traslación de lo que sabemos de la memoria individual, a lo que no sabemos de la memoria colectiva. En tal sentido, LM parece haber hecho mucho más que la sociología durkheimniana para entender los mecanismos de esa memoria, «las modalidades necesarias de la transmisión del pasado, la

relación de los individuos con el grupo y las consecuencias "prácticas y políticas" de la existencia de las memorias colectivas.²⁴

Hace pocos años *Le Monde* escribió acerca de la *retórica crepuscular* que atraviesa la obra de Pierre Nora que aquí se presenta en esta selección. No es una mala definición si la tomamos literalmente, como momento de claridad y no de declinación. Si como recuerda Gadamer la conciencia histórica es el privilegio del hombre moderno que lo hace consciente de la relatividad de todas las opiniones, la conciencia historiográfica a la que nos anima Pierre Nora es privilegio del hombre contemporáneo: lo hace consciente de la relatividad de sus pasados, más responsable por sus usos, más prudente.

José Rilla*

* Uruguayo, profesor de Historia y doctor en Historia. Investigador y profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política de la Universidad de la República. Docente de la Facultad de Ciencias Económicas. Investigador y docente en el CLAEH, Instituto Universitario. Autor de numerosas publicaciones, la más reciente es *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay* (Sudamericana, Debate, Montevideo, 2008).

NOTAS

- 1 *Les lieux de mémoire. Sous la direction de Pierre Nora*, Gallimard, col. Quarto, París, 1997, 3 tomos, 4751 pp.
- 2 Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Faire l'histoire*, Gallimard, París, 1974; en castellano *Hacer la Historia*, Laia, Barcelona, 1978.
- 3 *Realms of Memory: Rethinking the French Past*, Columbia University Press, Nueva York: 1998. Vol. 1: *Conflicts and Divisions*, 1996, 651 pp. Vol. 2: *Traditions*, 1997, 591 pp. Vol. 3: *Symbols*, 1998, 751 pp.
- 4 Pierre Assouline, *Gaston Gallimard: Medio siglo de edición en Francia*, Ediciones Península, Barcelona 2003.
- 5 *Le Débat*, nº 93, «Au coeur du XX^e siècle» Janvier-Février, Gallimard, París, 1997.
- 6 *Age of Extremes* (Londres, 1994) fue traducido al castellano por Editorial Crítica en 1995 y al francés por Éditions Complexe de Bruselas en 1999, con la colaboración de *Le Monde Diplomatique*. La dupla Furet/Nora es cada tanto contestada, el primero por su erudita crítica al jacobinismo murió en un accidente mientras jugaba tenis; el segundo es criticado por excesivamente mediático, complaciente con el «desastre» de las ideas que prefiere denominar «metamorfosis». Ver *Le Monde*, 11 de agosto de 2005. El reclamo de Furet puede leerse en su obra *El pasado de una ilusión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995. La denuncia de censura contra Hobsbawm en «La mauvaise mémoire de Pierre Nora», por Serge Halimi, *Le Monde Diplomatique*, juin 2005, p. 35. Ver también Perry Anderson, *La Pensée tiède. Un regard critique sur la culture française*, suivi de *La Pensée réchauffée*, réponse de Pierre Nora, Le Seuil, París, 2005.
- 7 Gerard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Frónesis-Cátedra, Madrid, 1997, pp.123-124. Pueden consultarse para seguir el periplo, además de *Faire l'histoire* mencionado: Guy Thuillier y Jean Tulard, *Les écoles historiques*, PUF, París, 1990; el editorial célebre de *Annales*, «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *Annales ESC*, 2, marzo-abril, 1988; el diccionario de *La Nueva Historia*, dirigido por J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel; el también *Dictionnaire des Sciences Historiques* dirigido por André Burguere (PUF, 1986, en castellano Akal, Madrid 1991); el libro D. La Capra, *Rethinking Intellectual History*, Cornell, Ithaca, 1983; Bernard Lepetit, (director), *Les formes de la expérience, Une autre histoire sociale*, Albin Michel, París, 1995. Una versión más europea y menos francesa: Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1996.
- 8 Ver Pierre Nora: «Le nationalisme nous a caché la nation» en *Le Monde*, París, 17 de marzo de 2007 (entrevista).
- 9 K. Pomian, «De l'histoire, partie de la mémoire, à la mémoire, objet de l'histoire» en *Revue de Méthaphysique et de Morale*, nº 1, 1998, pp. 63 a 110 (cit. en P. Ricoeur, ver nota 11).
- 10 Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. (2000) FCE, Buenos Aires, 2004.
- 11 Ver Pierre Nora, «Historia nacional» en A. B. *diccionario Akal de Ciencias Históricas*, pp. 509-512, Pierre Nora, «Ernest Lavisse. son rôle dans la formation du sentiment national», en *Revue Historique*, T. CCXXVIII, 1962, pp. 73-104.
- 12 Pionero en formular la idea de la religión civil en la política secularizada fue Raymond Aron en *El opio de los intelectuales* (1943), Leviatán, Buenos Aires, 1957. Ver George Mosse, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo político e movimenti di masse in Germania, 1815- 1933* (1974), Il Mulino, Bolonia, 2004; Emilio Gentile, *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, (1993), Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; José Murilo de Carvalho, *La formación de las almas* (1995), UNQ, Buenos Aires, 1997.
- 13 José Rilla, *La actualidad del pasado* (primera parte), Sudamericana-Debate, Montevideo, 2008; Christophe Courau, «Les Champs Elysées au Coeur de l'histoire» en

- Historia*, janvier, París, 2000, pp.18-21.
- 14 Ver el esclarecedor trabajo de J. Blanchard, «L'histoire commynienne. Pragmatique et mémoire dans l'ordre politique» en *Annales ESC*, sep-oct 1991, n° 5, pp. 1071-1105.
 - 15 Pierre Ariès, «¿Qué nos lleva a escribir memorias?» en *Ensayos de la memoria, 1943-1983*, Norma, Bogotá, p. 411.
 - 16 Las excavaciones de la autopista A29 han devuelto muchas villas galorromanas. Los arqueólogos han encontrado un conjunto de viviendas de adobe alrededor de un patio cuadrado, con mosaicos y baños.
 - 17 Ver Hans Georg Gadamer, «Historia de efectos y aplicación» en Rainer Warning (ed.), *Estética de la recepción*, Visor, Madrid, 1989.
 - 18 Similares prevenciones circulaban en los momentos de pleno desarrollo de la historia de las mentalidades, en especial de la noción de mentalidad que resultara de utilidad para el tratamiento historiográfico. Ver Pierre Nora, «Memoria colectiva» en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, *La Nueva Historia*, p. 455, Mensajero, Bilbao, 1988.
 - 19 Stevan Englund, «The Ghost of Nation Past», en *Journal of Modern History* 64, (June 1992), pp. 299-320, Chicago.
 - 20 Una actualización plena del asunto del uso del pasado puede leerse en François Hartog y Jacques Revel (dir.), *Les usages politiques du passé*, Enquete, París, 2001.
 - 21 Hue-tam Ho Tai, «Remembered Realms: Pierre Nora and French National Memory» en *The American Historical Review*, vol. 106, 2001. Sobre la crítica de la distinción entre historia y memoria puede consultarse Eelco Runia, «Burying the Dead, Creating the Past», *History and Theory* 46 (October 2007) y Anita Kasabova, «Memory, memorials, and commemoration», *History and Theory* 47 (October 2008), pp. 331-350. En esta última erudita contribución se examina críticamente la relación privilegiada de la historia con la producción de verdad, al tiempo que se argumenta que memorias, memoriales, e historias son discontinuas con las experiencias del presente y que la continuidad ente pasado y presente en ellas es una construcción.
 - 22 Ver David Lowenthal, «Distorted Mirrors», en *Cross Current*, University College, London; Kenneth Maxwell, «Western Hampshire» en *Foreign Affairs*, vol. 77, p.158, 2004; Lucette Valensi, «Història nacional, història monumental. Les lieux de mémoire (nota crítica)», *El contemporani: revista d'història*, Univ. de Barcelona, Centre d'Estudis Historiografics n° 8, 1996, pp. 39-44.
 - 23 Maurice Halbwachs, *Le Cadres sociaux de la mémoire* (1925), A. Michel, París, 1994, *La Mémoire Collective* (1950), A. Michel, París, 1997, (edition critique de Gérard Namer).
 - 24 Marie-Claire Lavabre. «Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria», en Anne Pérotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, 2007; Anne Pérotin-Dumon y Roger Bastide, «Mémoire collective et sociologie du bricolage» en *L'Année sociologique*, 1970, pp. 65-108; Tzvetan Todorov, *Les Abus de la mémoire*, Arléa, París, 1995 [traducción castellana: Paidós, Barcelona, 2000], P. Ricoeur, *La Memoria, la historia... o. cit.*

ENTRE MEMORIA E HISTORIA

La problemática de los lugares

1. El fin de la historia-memoria

Aceleración de la historia. Más allá de la metáfora, es necesario evaluar qué significa esta expresión: un vuelco cada vez más rápido hacia un pasado definitivamente muerto, la percepción global de todas las cosas como desaparecidas, una ruptura del equilibrio. El desarraigo de la vivencia que aún permanecía en el calor de la tradición, en el mutismo de la costumbre, en la repetición de lo ancestral, bajo el impulso de un sentimiento histórico de fondo. El acceso a la conciencia de sí bajo el signo de lo ya acabado, la culminación de algo iniciado desde siempre. Se habla tanto de memoria porque ya no hay memoria.

La curiosidad por los lugares en los que se cristaliza y se refugia la memoria está ligada a este momento particular de nuestra historia. Momento bisagra en el cual la conciencia de la ruptura con el pasado se confunde con el sentimiento de una memoria desgarrada, pero en el que el desgarramiento despierta suficiente memoria para que pueda plantearse el problema de su encarnación. El sentimiento de continuidad se vuelve residual respecto a lugares. Hay lugares de memoria porque ya no hay ámbitos de memoria.

Pensemos en esa mutilación sin retorno que significó el fin de los campesinos, esa colectividad-memoria por excelencia cuya boga como objeto de historia coincidió con el apogeo del crecimiento industrial. Este desmoronamiento central de nuestra memoria no es, sin embargo, más que un ejemplo. El mundo en su totalidad entró en ese baile debido al fenómeno tan conocido de la mundialización, la democratización, la masificación, la mediatización. En la periferia, la independencia de las nuevas naciones impelió a la historicidad a las sociedades ya sacudidas de su sueño etnológico por la violación colonial. Y, a través del mismo movimiento de descolonización interior, todas las etnias, grupos,

familias con fuerte capital memorial y débil capital histórico. Fin de las sociedades-memorias, como todas las que aseguraban la conservación y transmisión de valores, iglesia o escuela, familia o Estado. Fin de las ideologías-memorias, como todas las que aseguraban el pasaje regular del pasado al porvenir o indicaban, desde el pasado, lo que había que retener para preparar el futuro, ya fuera reacción, progreso o incluso revolución. Es más: lo que se dilató prodigiosamente, gracias a los medios masivos de comunicación, fue el modo mismo de la percepción histórica, remplazando una memoria replegada sobre la herencia de su propia intimidad por la película efímera de la actualidad.

Aceleración: lo que el fenómeno acaba de revelarnos abruptamente es la distancia entre la memoria verdadera, social e intocada, cuyo modelo está representado por las sociedades llamadas primitivas o arcaicas y cuyo secreto estas se han llevado, y la historia, que es lo que hacen con el pasado nuestras sociedades condenadas al olvido por estar envueltas en el cambio. Entre una memoria integrada, dictatorial e inconsciente de sí misma, organizadora y todopoderosa, espontáneamente actualizadora, una memoria sin pasado que desecha eternamente la herencia, remitiendo el antaño de los ancestros al tiempo indiferenciado de los héroes, de los orígenes y del mito, y la nuestra, que no es sino historia, traza y selección. Distancia que no ha hecho más que profundizarse a medida que los hombres se han atribuido, y cada vez más desde los tiempos modernos, el derecho, el poder e incluso el deber del cambio. Distancia que encuentra hoy su punto culminante convulsionado.

Este desarraigo de memoria bajo el impulso conquistador y erradicador de la historia produce un efecto de revelación: la ruptura de un vínculo de identidad muy antiguo, el fin de lo que vivíamos como una evidencia: la adecuación de la historia y la memoria. El hecho de que en francés haya solo una palabra para designar la historia vivida y la operación intelectual que la vuelve inteligible (lo que los alemanes distinguen como *Geschichte* e *Historie*), carencia del lenguaje señalada a menudo, revela aquí su profunda verdad: el movimiento que nos arrastra es de la misma naturaleza que el que nos lo representa. Si aún habitáramos nuestra memoria, no necesitaríamos destinarle lugares. No habría lugares, porque no habría memoria arrastrada por la historia. Cada gesto, hasta el más cotidiano, sería vivido como la repetición religiosa de lo que se ha hecho desde siempre, en una identificación carnal del acto y el sentido. En cuanto hay traza, distancia, mediación, ya no se está en la memoria verdadera sino en la historia. Pensemos en los judíos, confinados en la fidelidad cotidiana al ritual de la tradición. Su constitución como «pueblo de la memoria» excluía una preocupación por la historia, hasta que su apertura al mundo moderno le impone la necesidad de los historiadores.

Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos conciencia de que todo los opone. La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vi-

vientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente eterno; la historia, una representación del pasado. Por ser afectiva y mágica, la memoria solo se ajusta a detalles que la reafirman; se nutre de recuerdos borrosos, empalmados, globales o flotantes, particulares o simbólicos: es sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. La historia, por ser una operación intelectual y laicizante, requiere análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo deja al descubierto, siempre prosifica. La memoria surge de un grupo al cual fusiona, lo que significa, como dijo Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos, que es por naturaleza múltiple y desmultiplicada, colectiva, plural e individualizada. La historia, por el contrario, pertenece a todos y a nadie, lo cual le da vocación universal. La memoria se enraíza en lo concreto, el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. La historia solo se liga a las continuidades temporales, las evoluciones y las relaciones de las cosas. La memoria es un absoluto y la historia solo conoce lo relativo.

En el corazón de la historia, trabaja un criticismo destructor de memoria espontánea. La memoria siempre es sospechosa para la historia, cuya misión verdadera es destruirla y reprimirla. La historia es deslegitimización del pasado vivido. En el horizonte de las sociedades de historia, en los límites de un mundo completamente historicizado, habría desacralización última y definitiva. El movimiento de la historia, su ambición no son la exaltación de lo que pasó verdaderamente, sino su aniquilamiento. Un criticismo generalizado conservaría sin duda museos, medallas y monumentos, es decir el arsenal necesario para su propio trabajo, pero vaciándolos de lo que, para nosotros, los hace lugares de memoria. Una sociedad que se viviera a sí misma integralmente bajo el signo de la historia no conocería, como sucede con una sociedad tradicional, lugares donde anclar su memoria.

Uno de los signos más tangibles de este desarraigo de la historia respecto a la memoria es quizá el inicio de una historia de la historia, el despertar, muy reciente en Francia, de una conciencia historiográfica. La historia, y más precisamente la del desarrollo nacional, constituyó la más fuerte de nuestras tradiciones colectivas, nuestro medio de memoria por excelencia. Desde los cronistas de la Edad Media hasta los historiadores contemporáneos de la historia «total», toda la tradición histórica se desarrolló como el ejercicio regulado de la memoria y su profundización espontánea, la reconstitución de un pasado sin lagunas y sin fallas. Desde Froissart,

sin duda ninguno de los grandes historiadores tenía el sentimiento de no representar más que una memoria particular. Comynnes no tenía conciencia de haber recogido solamente una memoria dinástica, La Popelinière una memoria francesa, Bossuet una memoria monárquica y cristiana, Voltaire la memoria de los progresos del género humano, Michelet únicamente la del «pueblo» y Lavissee la memoria de la nación. Muy por el contrario, estaban convencidos de que su tarea consistía en establecer una memoria más positiva que las anteriores, más abarcadora y más explicativa. El arsenal científico del que la historia se proveyó en el siglo pasado no hizo más que reforzar el establecimiento crítico de una memoria verdadera. Todos los grandes reajustes históricos han consistido en ampliar el cimiento de la memoria colectiva.

En un país como Francia, la historia de la historia no puede ser una operación inocente. Traduce la subversión interna de una historia-memoria por una historia-crítica. Toda historia es crítica por naturaleza, y todos los historiadores han pretendido denunciar las mitologías mentirosas de sus predecesores. Pero algo fundamental se inicia cuando la historia comienza a hacer su propia historia. El nacimiento de una preocupación historiográfica es la historia que se obliga a bloquear en ella lo que no es ella, descubriéndose víctima de la memoria y esforzándose por liberarse de esta. En un país que no le haya dado a la historia un papel rector y formador de la conciencia nacional, la historia de la historia no se encargaría de ese contenido polémico. En Estados Unidos, por ejemplo, país de memoria plural y de aportes múltiples, la disciplina se practica desde siempre. Las interpretaciones diferentes de la Independencia o de la guerra civil, por más graves que sean sus implicaciones, no ponen en juego la tradición estadounidense porque, en cierto sentido, no la hay o no pasa principalmente por la historia. Por el contrario, en Francia, la historiografía es iconoclasta e irreverente. Consiste en apoderarse de los objetos mejor constituidos de la tradición —una batalla clave como Bouvines, un manual canónico como el petit Lavissee— para desmontar su mecanismo y reconstituir lo más fidedignamente posible las condiciones de su elaboración. Es introducir la duda en el corazón, el filo crítico entre el árbol de la memoria y la corteza de la historia. Hacer la historiografía de la Revolución francesa, reconstituir sus mitos e interpretaciones significa que nos identifiquemos en forma más completa con su herencia. Interrogar una tradición, por más venerable que sea, es no reconocerse más meramente como su portador. Pero no son solo los objetos más sagrados de nuestra tradición nacional los que se propone una historia de la historia; al interrogarse sobre sus medios materiales y conceptuales, sobre las modalidades de su propia producción y las intermediaciones sociales de su difusión, sobre su propia constitución en tradición, es la historia entera la que entró en su edad historiográfica, consumando su desidentificación con la memoria. Una memoria convertida ella misma en objeto de una historia posible.

Hubo un tiempo en que, a través de la historia y en torno a la nación, una tradición de memoria había parecido encontrar su cristalización en la síntesis de la III República, desde *Lettres sur l'histoire de France* de Augustin Thierry (1827) hasta *Histoire sincère de la nation française* de Charles Seignobos (1933), adoptando una cronología amplia. Historia, memoria, nación mantuvieron entre sí más que una circulación natural: una circularidad complementaria, una simbiosis en todos los niveles, científica y pedagógica, teórica y práctica. La definición nacional del presente requería entonces imperiosamente su justificación mediante la ilustración del pasado. Presente debilitado por el trauma revolucionario que imponía una reevaluación global del pasado monárquico; debilitado también por la derrota de 1870 que tornaba más urgente aún, en relación tanto con la ciencia alemana como con el institutor alemán, verdadero vencedor de Sadowa, el desarrollo de una erudición documental y la transmisión escolar de la memoria. Nada iguala el tono de responsabilidad nacional del historiador, mitad cura, mitad soldado: prorrumpe por ejemplo en el editorial del primer número de la *Revue historique* (1876), en la que Gabriel Monod podía ver legítimamente cómo «la investigación científica de ahora en adelante lenta, colectiva y metódica» trabaja de una «manera secreta y segura por la grandeza de la patria y a la vez por el género humano». Ante la lectura de un texto como ese, parecido a tantos otros, cabe preguntarse cómo pudo aceptarse la idea de que la historia positivista no era acumulativa. En la perspectiva encaminada a una constitución nacional, lo político, lo militar, lo biográfico y lo diplomático son, por el contrario, los pilares de la continuidad. La derrota de Azincourt o el puñal de Ravallac, el Día de los Engañados o tal cláusula adicional de los tratados de Westfalia obedecen a una contabilidad escrupulosa. La erudición más fina agrega o recorta detalles al capital de la nación. Unidad poderosa de ese espacio memorial: de nuestra cuna greco-romana al imperio colonial de la III República no hay más ruptura que entre la alta erudición que anexa nuevas conquistas al patrimonio y el manual escolar que de estas impone la vulgata. Historia santa porque la nación es santa. Es por la nación que nuestra memoria se ha mantenido en lo sagrado.

Comprender por qué se deshizo la conjunción bajo un nuevo impulso desacralizador redundaría en mostrar cómo, en la crisis de la década del treinta, el par Estado-nación fue remplazado progresivamente por el par Estado-sociedad. Y cómo, en el mismo momento y por razones idénticas, la historia, que se había convertido en tradición de memoria, se tornó, en forma espectacular en Francia, saber de la sociedad sobre sí misma. En ese sentido, pudo multiplicar indudablemente las aproximaciones a memorias particulares, transformarse en laboratorio de las mentalidades del pasado; pero, al librarse de la identificación nacional, dejó de estar habitada por un sujeto portador y, simultáneamente, perdió su vocación pedagógica para la transmisión de los valores: así lo

demuestra la actual crisis de la institución escolar. La nación ya no es el marco unitario que encerraba la conciencia de la colectividad. Ya no está en juego su definición, y la paz, la prosperidad y la reducción de su poder hicieron el resto; ya no está amenazada sino por la ausencia de amenazas. Con el advenimiento de la sociedad en sustitución de la nación, la legitimación por el pasado, por ende por la historia, cedió ante la legitimación por el futuro. Al pasado, solo se podía conocerlo y venerarlo, y a la nación, servirla; al futuro, hay que prepararlo. Los tres términos recobraron su autonomía. La nación ya no es un combate, sino lo dado; la historia se volvió una ciencia social; y la memoria un fenómeno puramente privado. La nación-memoria resultó la última encarnación de la historia-memoria.

El estudio de los lugares de memoria se encuentra entonces en el cruce de dos movimientos que le dan, en Francia y actualmente, su lugar y su sentido: por una parte, un movimiento puramente historiográfico, el momento de un retorno reflexivo de la historia sobre sí misma; por otra, un movimiento propiamente histórico, el fin de una tradición de memoria. El tiempo de los lugares es ese momento preciso en que un inmenso capital que vivíamos en la intimidad de una memoria desaparece para vivir solamente bajo la mirada de una historia reconstituida. Profundización decisiva del trabajo de la historia, por un lado; advenimiento de una herencia consolidada, por otro. Dinámica interna del principio crítico, agotamiento de nuestro marco histórico político y mental, aún suficientemente poderoso para que no le seamos indiferentes, suficientemente evanescente para no imponerse sino a través de un regreso hacia sus símbolos más restallantes. Ambos movimientos se combinan para remitirnos a la vez, y en el mismo impulso, a los instrumentos básicos del trabajo histórico y a los objetos más simbólicos de nuestra memoria: los Archivos en el mismo nivel que el azul-blanco-y-rojo, las bibliotecas, los diccionarios y los museos en el mismo nivel que las conmemoraciones, las fiestas, el Panteón o el Arco de Triunfo, el diccionario Larousse y el muro de los Federados.

Los lugares de memoria son, ante todo, restos. La forma extrema bajo la cual subsiste una conciencia conmemorativa en una historia que la solicita, porque la ignora. Es la desritualización de nuestro mundo la que hace aparecer la noción. Aquello que segrega, erige, establece, construye, decreta, mantiene mediante el artificio o la voluntad una colectividad fundamentalmente entrenada en su transformación y renovación, valorizando por naturaleza lo nuevo frente a lo antiguo, lo joven frente a lo viejo, el futuro frente al pasado. Museos, archivos, cementerios y colecciones, fiestas, aniversarios, tratados, actas, monumentos, santuarios, asociaciones, son los cerros testigo de otra época, de las ilusiones

de eternidad. De allí viene el aspecto nostálgico de esas empresas de veneración, patéticas y glaciales. Son los rituales de una sociedad sin rituales; sacralidades pasajeras en una sociedad que desacraliza; fidelidades particulares en una sociedad que lima los particularismos; diferenciaciones de hecho en una sociedad que nivela por principio; signos de reconocimiento y de pertenencia de grupo en una sociedad que tiende a no reconocer más que a individuos iguales e idénticos.

Los lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas, porque esas operaciones no son naturales. Por eso la defensa por parte de las minorías de una memoria refugiada en focos privilegiados y celosamente custodiados ilumina con mayor fuerza aún la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los aniquilaría rápidamente. Son bastiones sobre los cuales afianzarse. Pero si lo que defienden no estuviera amenazado, ya no habría necesidad de construirlos. Si los recuerdos que encierran se vivieran verdaderamente, serían inútiles. Y si, en cambio, la historia tampoco se apoderara de ellos para deformarlos, transformarlos, moldearlos y petrificarlos, no se volverían lugares de la memoria. Es ese vaivén el que los constituye: momentos de historia arrancados al movimiento de la historia, pero que le son devueltos. Ya no la vida, no aún la muerte, como los caparzones de caracoles de moluscos en la orilla cuando se retira el mar de la memoria viva.

La Marsellesa o los monumentos a los muertos viven así esa vida ambigua, plena del sentimiento mezclado de pertenencia y de desapego. En 1790, el 14 de julio ya era y aún no era un lugar de memoria. En 1880, su institución como fiesta nacional lo instala como lugar de memoria oficial, pero el espíritu de la república todavía lo tenía como un regreso verdadero a las fuentes. ¿Y hoy en día? La pérdida misma de nuestra memoria nacional viva nos impone sobre ella una mirada que ya no es ingenua ni indiferente. Memoria que nos atormenta y que ya no es la nuestra, entre la desacralización rápida y la sacralidad provisoriamente relegada. Vínculo visceral que aún nos mantiene deudores de aquello que nos hizo, pero alejamiento histórico que nos obliga a considerar con desprendimiento su herencia y a establecer su inventario. Lugares rescatados de una memoria que ya no habitamos, semi-oficiales e institucionales, semi-afectivos y sentimentales; lugares de unanimidad sin unanimismo que ya no expresan convicción militante ni participación apasionada, pero en los que palpita todavía una suerte de vida simbólica. Vuelco de lo memorial a lo histórico, de un mundo en que teníamos antepasados a un mundo de la relación contingente con lo que nos hizo, pasaje de una historia totémica a una historia crítica; es el momento de los lugares de memoria. Ya no se celebra la nación, se estudian sus celebraciones.

2. La memoria atrapada por la historia

Todo lo que hoy llamamos memoria no es memoria, entonces, sino que ya es historia. Todo lo que llamamos estallido de memoria es la culminación de su desaparición en el fuego de la historia. La necesidad de memoria es una necesidad de historia.

Es sin duda imposible prescindir de la palabra. Aceptémosla, pero con la conciencia clara de la diferencia entre la memoria verdadera, hoy refugiada en el gesto y la costumbre, en los oficios a través de los cuales se transmiten los saberes del silencio, en los saberes del cuerpo, las memorias de impregnación y los saberes reflejos, y la memoria transformada por su pasaje a la historia, que es casi su opuesto; voluntaria y deliberada, vivida como un deber y ya no espontánea; psicológica, individual y subjetiva, y ya no social, colectiva, abarcadora. De la primera, inmediata, a la segunda, indirecta, ¿qué sucedió? Se lo puede percibir en el punto de culminación de la metamorfosis contemporánea.

Es ante todo una memoria archivista, a diferencia de la otra. Descansa enteramente en lo más preciso de la traza, lo más material del vestigio, lo más concreto de la grabación, lo más visible de la imagen. El movimiento que se inició con la escritura termina en la alta fidelidad y la cinta magnética. Cuanto menos se vive la memoria desde lo interno, más necesita soportes externos y referentes tangibles de una existencia que solo vive a través de ellos. De allí la obsesión por el archivo que caracteriza a lo contemporáneo y que implica a la vez la conservación íntegra de todo el presente y la preservación íntegra de todo el pasado. El sentimiento de un desvanecimiento rápido y definitivo se combina con la preocupación por la significación exacta del presente y la incertidumbre del futuro para darle al vestigio más sencillo, al testimonio más humilde, la dignidad virtual de lo memorable. ¿Acaso no hemos tenido que lamentar la destrucción o desaparición por parte de nuestros predecesores de lo que nos permitiría saber, como para no tener que recibir el mismo reproche de nuestros sucesores? El recuerdo es pasado íntegro en su reconstitución más minuciosa. Es una memoria registradora, que delega en el archivo el cuidado de recordar por ella y multiplica los signos en los que se ubica, como la serpiente con su piel muerta. Coleccionistas, eruditos y benedictinos se habían dedicado en otros tiempos a la acumulación de documentos, como marginales de una sociedad que avanzaba sin ellos y de una historia que se escribía sin ellos. Luego la historia-memoria colocó ese tesoro en el centro de su trabajo erudito para difundir sus resultados a través de los mil intermediarios sociales de su penetración. Hoy, cuando los historiadores se han desprendido del culto documental, toda la sociedad vive en la religión conservadora y en el productivismo archivístico. Lo que llamamos memoria es en realidad la constitución gigantesca y vertiginosa del almacenamiento material de aquello de lo que nos resulta

imposible acordarnos, repertorio insondable de aquello que podríamos necesitar recordar. La «memoria de papel» de la que hablaba Leibniz se ha convertido en una institución autónoma de museos, bibliotecas, depósitos, centros de documentación, bancos de datos. Solo en lo relacionado con los archivos públicos, los especialistas estiman que la revolución cuantitativa se tradujo, en algunas décadas, en una multiplicación por mil. Ninguna época ha sido tan voluntariamente productora de archivos como la nuestra. No solo por el volumen que genera espontáneamente la sociedad moderna, no solo por los medios técnicos de reproducción y conservación de que dispone, sino por la superstición y el respeto de la traza. A medida que desaparece la memoria tradicional, nos sentimos obligados a acumular religiosamente vestigios, testimonios, documentos, imágenes, discursos, signos visibles de aquello que ya fue, como si ese dossier cada vez más prolífico debiera convertirse en no se sabe bien qué prueba ante qué tribunal de la historia. Lo sagrado se concentró en la traza, que es su negación. Imposible juzgar de antemano qué tendremos que recordar. De allí la inhibición de destruir, la conversión de todo en archivos, la dilatación indiferenciada del campo de lo memorable, el incremento hipertrófico de la función de memoria, ligada al sentimiento mismo de su pérdida y el reforzamiento correlativo de todas las instituciones de memoria. Se produjo una extraña inversión entre los profesionales, a quienes antes se reprochaba la manía conservadora, y los productores naturales de archivos. Hoy son las empresas privadas y las administraciones públicas las que aceptan archivistas con la recomendación de conservar todo, cuando los profesionales han aprendido que lo esencial del oficio es el arte de la destrucción controlada.

En pocos años, la materialización de la memoria se ha ampliado prodigiosamente, multiplicado, descentralizado, democratizado. En la época clásica, los tres grandes emisores de archivos se reducían a las grandes familias, la Iglesia y el Estado. ¿Hoy quién no se siente en la obligación de consignar sus recuerdos, escribir sus Memorias, no solo cualquier actor de la historia, sino los testigos de ese actor, su esposa o su médico? Cuanto menos extraordinario es el testimonio, más digno parece de ilustrar una mentalidad promedio. La liquidación de la memoria se ha saldado con una voluntad general de registro. En una generación, el museo imaginario del archivo se ha enriquecido prodigiosamente. Un ejemplo notorio fue el año del patrimonio en 1980, que llevó la noción hasta los límites de lo incierto. Diez años antes, el Larousse de 1970 todavía restringía el patrimonio al «bien que viene del padre o de la madre». Para el Petit Robert de 1979 es «la propiedad transmitida por los antepasados, el patrimonio cultural de un país». Con la Convención del Patrimonio mundial de 1972, se pasó de modo muy brusco de un concepto muy restrictivo de los monumentos históricos a un concepto que, teóricamente, podría no dejar nada afuera.

No solo conservar todo, conservar todo de los signos indicadores de memoria, aun si no se sabe exactamente de qué memoria son indicadores. Pero producir archivo es el imperativo de la época. Tenemos el ejemplo sorprendente de los archivos de la Seguridad Social —suma documental sin equivalente—, que representa actualmente trescientos kilómetros lineales, masa de memoria bruta cuyo procesamiento por computadora permitiría leer virtualmente todo lo normal y lo patológico de la sociedad, desde los regímenes alimenticios hasta los géneros de vida, por regiones y profesiones; pero, al mismo tiempo, masa cuya conservación así como su posible explotación requerirían opciones drásticas y sin embargo inviables. ¡Archive, archive, siempre quedará algo! ¿No es acaso el resultado al cual llega, de hecho, la muy legítima preocupación por los recientes testimonios orales, otro ejemplo ilustrativo? Actualmente, solo en Francia hay más de trescientos equipos dedicados a recoger «esas voces que nos vienen del pasado» (Philippe Joutard). Muy bien. Pero cuando se piensa por un segundo que se trata de archivos de un género muy especial, cuyo establecimiento exige treinta y seis horas por cada hora de grabación y cuya utilización no puede ser puntual, dado que su sentido surge de la audición integral, es imposible no interrogarse sobre su explotación posible. Al fin de cuentas, ¿de qué voluntad de memoria son testimonio: la de los encuestados o la de los encuestadores? El archivo cambia de sentido y estatuto por su contenido. Ya no es el saldo más o menos intencional de una memoria vivida, sino la secreción voluntaria y organizada de una memoria perdida. Duplica lo vivido, que a su vez se desarrolla a menudo en función de su propio registro —¿acaso los informativos están hechos de otra cosa?—, de una memoria segunda, de una memoria-prótesis. La producción indefinida del archivo es el efecto recrudescido de una conciencia nueva, la más clara expresión del terrorismo de la memoria «historicizada».

Es que esa memoria nos viene del exterior y la interiorizamos como una imposición individual pues ya no es una práctica social.

El pasaje de la memoria a la historia ha hecho que cada grupo redefiniera su identidad mediante la revitalización de su propia historia. El deber de memoria ha convertido a cada uno en su propio historiador. El imperativo de la historia ha superado ampliamente el círculo de los historiadores profesionales. Ya no son solo los ex marginados de la historia oficial los obsesionados por recuperar su pasado sumergido. Son todos los cuerpos constituidos, intelectuales o no, entendidos o no, quienes, al igual que las etnias y minorías sociales, sienten la necesidad de salir en busca de su propia constitución, de reencontrar sus orígenes. Casi no hay familias entre cuyos miembros uno no se haya lanzado recientemente a la reconstitución lo más completa posible de las existencias fur-

tivas de donde proviene la suya. El incremento de las investigaciones genealógicas es un fenómeno reciente y generalizado: el informe anual del Archivo nacional eleva la cifra al 43% en 1982 (contra 38% de consultas universitarias). Un hecho llamativo: no es a historiadores de oficio a quienes se les debe las historias más significativas de la biología, la física, la medicina o la música, sino a biólogos, físicos, médicos y músicos. Son los propios educadores quienes han tomado en sus manos la historia de la educación, desde la educación física hasta la enseñanza de la filosofía. En medio de la disgregación de los saberes constituidos, cada disciplina se ha impuesto el deber de revisar sus fundamentos mediante el recorrido retrospectivo de su propia constitución. La sociología sale en busca de sus padres fundadores, la etnología explora su pasado desde los cronistas del siglo XVI hasta los administradores coloniales. Hasta la crítica literaria se dedica a reconstituir la génesis de sus categorías y de su tradición. La historia netamente positivista, incluso cartista en el momento en que los historiadores la abandonaron, encuentra en esa urgencia y esa necesidad una difusión y una penetración en profundidad que no había conocido antes. El fin de la historia-memoria multiplicó las memorias particulares que reclaman su propia historia.

Está la orden de recordar, pero soy yo quien tengo que recordar y soy yo quien recuerda. La metamorfosis histórica de la memoria se produjo con una conversión definitiva a la psicología individual. Ambos fenómenos están tan estrechamente ligados que es imposible no constatar su exacta coincidencia cronológica.

¿No fue a fines del siglo pasado, cuando se sintió cómo tambalearon en forma decisiva los equilibrios tradicionales, en particular el mundo rural, apareció la memoria en el centro de la reflexión filosófica con Bergson, en el centro de la personalidad psíquica con Freud, en el centro de la literatura autobiográfica con Proust? La fractura de lo que fue para nosotros la imagen misma de la memoria encarnada en la tierra y el advenimiento repentino de la memoria en el corazón de las identidades individuales son las dos caras de la misma fisura, el inicio del proceso que hoy hace explosión. ¿Y no es a Freud y a Proust a quienes se debe los dos lugares de memoria íntimos y sin embargo universales que son la escena primitiva y la famosa magdalena? Decisivo desplazamiento el de esa transferencia de memoria: de lo histórico a lo psicológico, de lo social a lo individual, de lo transmisivo a lo subjetivo, de la repetición a la rememoración. Inaugura un nuevo régimen de memoria, asunto privado a partir de ese momento. La psicologización integral de la memoria contemporánea acarrió una economía singularmente nueva de la identidad del yo, de los mecanismos de la memoria y de la relación con el pasado.

Pues en definitiva es sobre el individuo y solo sobre el individuo que pesa, de modo insistente y al mismo tiempo indiferenciado, la imposición de la memoria, así como de su relación personal con su propio pa-

sado depende su revitalización posible. La disgregación de una memoria general en memoria privada otorga a la ley del recuerdo un intenso poder de coerción interna. Crea en cada uno la obligación de recordar y convierte a la recuperación de la pertenencia en el principio y el secreto de la identidad. En compensación, esa pertenencia lo compromete por entero. Cuando la memoria ya no está en todos lados, no estaría en ninguno si, por una decisión solitaria, una conciencia individual no decidiera tomarla a su cargo. Cuanto menos colectivamente se vive la memoria, más necesita hombres particulares que se vuelvan ellos mismos hombres-memoria. Es como una voz interior que le dijera a los corsos: «Debes ser Córcega» y a los bretones: «¡Hay que ser bretón!». Para comprender la fuerza y la convocatoria de esa asignación quizá habría que mirar lo que ocurre con la memoria judía, que hoy en día despierta entre tantos judíos desjudaizados una reciente reactivación. Es que en esa tradición que no tiene otra historia que su propia memoria, ser judío es recordar serlo pero, una vez interiorizado, ese recordar irrecusable poco a poco va interpelando a la persona entera. ¿Memoria de qué? En última instancia, memoria de la memoria. La psicologización de la memoria le ha dado a cada uno el sentimiento de que su salvación dependía finalmente del pago de una deuda.

Memoria-archivo, memoria-deber, falta un tercer rasgo para completar este cuadro de metamorfosis: memoria-distancia.

Porque nuestra relación con el pasado, al menos tal como se descifra a través de las producciones históricas más significativas, es muy diferente de la que se espera de una memoria. Ya no una continuidad retrospectiva, sino la puesta en evidencia de la discontinuidad. Para la historia-memoria de antaño, la verdadera percepción del pasado consistía en considerar que no había pasado verdaderamente. Un esfuerzo de rememoración podía resucitarlo; el propio presente se volvía a su manera un pasado diferido, actualizado, conjurado en tanto presente por ese puente y ese arraigamiento. Para que hubiera sentimiento del pasado, era necesario sin duda que interviniera una falla entre el presente y el pasado, que aparecieran un «antes» y un «después». Pero se trataba menos de una separación vivida en el modo de la diferencia radical que un intervalo vivido en el modo de la filiación por restablecer. Los dos grandes temas de inteligibilidad de la historia, al menos desde los tiempos modernos, progreso y decadencia, expresaban muy bien ese culto de la continuidad, la certeza de saber a quién y a qué le debíamos ser lo que somos. De allí la imposición de la idea de «orígenes», forma ya profana del relato mitológico, pero que contribuía a dar a una sociedad en vías de laicización nacional su sentido y su necesidad de lo sagrado. Cuanto más grandes eran los orígenes, más se agrandaban. Porque era a noso-

tros mismos a quienes venerábamos a través del pasado. Esa relación es la que se rompió. Del mismo modo que el futuro visible, previsible, manipulable, delimitado, proyección del presente, se ha vuelto invisible, imprevisible, indomitable, hemos pasado, simétricamente, de la idea de un pasado visible a un pasado invisible; de un pasado llano a un pasado que vivimos como una fractura; de una historia que se buscaba en el continuo de una memoria a una memoria que se proyecta en lo discontinuo de una historia. Ya no se hablará de «orígenes» sino de «nacimiento». El pasado nos es dado como radicalmente diferente, es ese mundo del cual estamos escindidos para siempre. Y es en la evidenciación de toda la extensión que así nos separa que nuestra memoria confiesa su verdad, como en la operación que de golpe la suprime.

Porque no hay que creer que la sensación de discontinuidad se conforma con lo vago e impreciso de la noche. Paradójicamente, la distancia exige el acercamiento que la conjura y le da su vibrato a la vez. Nunca se anheló con tanta sensualidad el peso de la tierra bajo las botas, la mano del Diablo en el año mil y el hedor de las ciudades en el siglo XVIII. Pero la alucinación artificial del pasado no se puede concebir precisamente más que en un régimen de discontinuidad. Toda la dinámica de nuestra relación con el pasado reside en ese juego sutil de lo infranqueable y de lo extinguido. En el sentido original de la palabra, se trata de una representación radicalmente diferente de lo que buscaba la antigua resurrección. Por integral que se pretendiera, la resurrección implicaba efectivamente una jerarquía del recuerdo hábil para armonizar luces y sombras de modo de ordenar la perspectiva del pasado bajo la mirada de un presente orientado. La pérdida de un principio explicativo único nos precipitó en un universo explosionado, al tiempo que promovió hasta al objeto más sencillo, más improbable, más inaccesible a la dignidad del misterio histórico. Es que antes sabíamos de quién éramos hijos y hoy somos hijos de nadie y de todo el mundo. Como nadie sabe de qué estará hecho el pasado, una atormentada incertidumbre transforma todo en traza, indicio posible, sospecha de historia con la cual contaminamos la inocencia de las cosas. Nuestra percepción del pasado es la apropiación vehemente de lo que sabemos que ya no nos pertenece. Exige ajustarse con precisión a un objetivo perdido. La representación excluye el fresco, el fragmento, el cuadro de conjunto; procede por iluminaciones puntuales, multiplicación de extracciones selectivas, muestras significativas. Memoria intensamente retiniana y poderosamente televisiva. ¿Cómo no ver el vínculo, por ejemplo, entre el famoso «regreso del relato» que se ha podido verificar en las más recientes maneras de escribir historia y la omnipotencia de la imagen y del cine en la cultura contemporánea? Relato en verdad muy diferente del relato tradicional, con su repliegue sobre sí mismo y su guión sincopado. ¿Cómo no relacionar el escrupuloso respeto por el documento de archivo —colocar la pieza misma bajo los

ojos—, el singular avance de la oralidad —citar a los actores, hacer oír sus voces—, con la autenticidad de lo directo a la que, además, hemos sido acostumbrados? ¿Cómo no ver en ese gusto por lo cotidiano en el pasado el único medio para restituir la lentitud de los días y el sabor de las cosas? ¿Y en esas biografías anónimas el medio para entender que no es masivamente que se confían las masas? ¿Cómo no leer, en esas burbujas de pasado que nos llegan a través de tantos estudios de micro historia, la voluntad de igualar la historia que reconstruimos con la historia que vivimos? Memoria-espejo, podría decirse, si los espejos no reflejaran la historia de lo mismo cuando, por el contrario, lo que buscamos descubrir en ellos es la diferencia; y, en el espectáculo de esa diferencia, el repentino fulgor de una identidad perdida. No ya una génesis, sino el desciframiento de lo que somos a la luz de lo que ya no somos.

Esas alquimia de lo esencial es la que contribuye extrañamente a hacer del ejercicio de la historia, del cual el brutal avance hacia el futuro debería tender a eximirnos, el depositario de los secretos del presente. No tanto la historia, además, sino el historiador, por quien se cumple la operación taumatúrgica. Extraño destino el suyo. Su papel era sencillo en otros tiempos y su lugar estaba inscripto en la sociedad: volverse la palabra del pasado y el pasa fronteras del futuro. En ese sentido, su persona contaba menos que el servicio que brindaba; de él dependía no ser solo una transparencia erudita, un vehículo de transmisión, un simple guión entre la materialidad bruta de la documentación y la inscripción en la memoria. En último caso, una ausencia obsesionada por la objetividad. De la desintegración de la historia-memoria emerge un personaje nuevo, dispuesto a confesar, a diferencia de sus predecesores, el vínculo estrecho, íntimo y personal que mantiene con su tema. Mejor aún, a proclamarlo, profundizarlo, hacer de él no un obstáculo sino el impulsor de su comprensión. Porque ese tema le debe todo a su subjetividad, su creación y su recreación. Es él el instrumento del metabolismo, que da sentido y vida a lo que, en sí mismo y sin él, no tendría ni sentido ni vida. Imaginemos una sociedad enteramente absorbida por el sentimiento de su propia historicidad; se vería en la imposibilidad de generar historiadores. Viviendo por entero bajo el signo del futuro, se limitaría a procedimientos de registro automático de sí misma y se conformaría con máquinas para auto-contabilizarse, remitiendo a un futuro indefinido la tarea de comprenderse a sí misma. Nuestra sociedad, en cambio, ciertamente arrancada a su memoria por la amplitud de sus cambios, pero por ello mismo más obsesionada por comprenderse históricamente, está condenada a convertir al historiador en un personaje cada vez más central, pues en él se opera lo que ella querría y de lo cual ya no puede prescindir: **el historiador es aquel que impide que la historia no sea más que historia.**

Y del mismo modo que debemos a la distancia panorámica el primer plano y a la extrañeza definitiva una hiper-veracidad artificial del pa-

sado, el cambio del modo de percepción vuelve a llevar al historiador a los objetos tradicionales de los cuales se había apartado, los referentes usuales de nuestra memoria nacional. Y entonces vuelve al umbral de su casa natal, la vieja casa deshabitada, irreconocible. Con los mismos muebles de la familia pero bajo otra mirada. Delante del mismo taller, pero para otro trabajo. En la misma obra, pero para actuar en otro papel. Inevitablemente entrada la historiografía en su era epistemológica, definitivamente concluida la era de la identidad, inevitablemente atrapada la memoria por la historia, ya no es un hombre-memoria sino, en su propia persona, un lugar de memoria.

3. *Los lugares de memoria, otra historia*

Los lugares de memoria pertenecen a dos reinos, es lo que les confiere interés, pero también complejidad: simples y ambiguos, naturales y artificiales, abiertos inmediatamente a la experiencia más sensible y, al mismo tiempo, fruto de la elaboración más abstracta.

Son lugares, efectivamente, en los tres sentidos de la palabra, material, simbólico y funcional, pero simultáneamente en grados diversos. Incluso un lugar de apariencia puramente material, como un depósito de archivos, solo es lugar de memoria si la imaginación le confiere un aura simbólica. Un lugar puramente funcional, como un libro didáctico, un testamento, una asociación de ex combatientes solo entra en la categoría si es objeto de un ritual. Un minuto de silencio, que parece el ejemplo extremo de una significación simbólica, es a la vez el recorte material de una unidad temporal y sirve, periódicamente, para una convocatoria concentrada del recuerdo. Los tres aspectos siempre coexisten. ¿Es acaso un lugar de memoria tan abstracto como la noción de generación? Esta es material por su contenido demográfico; funcional por hipótesis, dado que asegura a la vez la cristalización del recuerdo y su transmisión; pero simbólica por definición, pues caracteriza mediante un acontecimiento o experiencia vividos por un pequeño número a una mayoría que no participó de ellos.

Lo que los constituye es un juego de la memoria y de la historia, una interacción de dos factores que desemboca en una sobredeterminación recíproca. Al principio, tiene que haber voluntad de memoria. Si se abandonara el principio de esa prioridad, se derivaría rápidamente de una definición restringida, la más rica en potencialidades, hacia una definición posible, pero blanda, que admitiría en esa categoría a cualquier objeto virtualmente digno de recuerdo. Un poco como las reglas correctas de la crítica histórica de antes, que diferenciaban convenientemente las «fuentes directas», es decir las que una sociedad ha producido

voluntariamente para ser reproducidas como tales —una ley, una obra de arte por ejemplo— y la masa indefinida de las «fuentes indirectas», es decir todos los testimonios que dejó la época sin pensar en su utilización futura por parte de los historiadores. Basta que falte esa intención de memoria y los lugares de memoria son lugares de historia.

En cambio, queda claro que si la historia, el tiempo, el cambio no intervinieran, habría que conformarse con un simple historial de los memoriales. Lugares entonces, pero lugares mixtos, híbridos y mutantes, íntimamente tramados de vida y de muerte, de tiempo y de eternidad, en una espiral de lo colectivo y lo individual, lo prosaico y lo sagrado, lo inmutable y lo móvil. Anillos de Moebius anudados sobre sí mismos. Pues, si bien es cierto que la razón de ser fundamental de un lugar de memoria es detener el tiempo, bloquear el trabajo del olvido, fijar un estado de cosas, inmortalizar la muerte, materializar lo inmaterial para —el oro es la única memoria del dinero— encerrar el máximo de sentidos en el mínimo de signos, está claro, y es lo que los vuelve apasionantes, que los lugares de memoria no viven sino por su aptitud para la metamorfosis, en el incesante resurgimiento de sus significaciones y la arborescencia imprevisible de sus ramificaciones.

Dos ejemplos, en dos registros diferentes. El calendario revolucionario: lugar de memoria por excelencia dado que, en su calidad de calendario, debía brindar a priori los marcos de toda memoria posible y, en tanto revolucionario, se proponía, por su nomenclatura y su simbólica, «abrir un nuevo libro para la historia» como dice ambiciosamente su principal organizador, «devolver enteramente a los franceses a sí mismos», según otro de sus autores. Y, con ese fin, detener la historia en el momento de la Revolución indexando el futuro en días, meses, siglos y años a partir del conjunto de representaciones gráficas de la epopeya revolucionaria. ¡Méritos más que suficientes! Lo que para nosotros, sin embargo, lo constituye aún más en lugar de memoria es su fracaso en transformarse en lo que habían querido sus fundadores. En efecto, si hoy viviéramos a su ritmo, se nos habría vuelto tan familiar, como el calendario gregoriano, que habría perdido su virtud de lugar de memoria. Se habría fundido en nuestro paisaje memorial y solo serviría para contabilizar todos los otros lugares de memoria imaginables. Pero su fracaso no es definitivo: surgen de él fechas clave, acontecimientos asociados a él para siempre, vendimiario, termidor, brumario. Y los motivos del lugar de memoria se vuelven sobre sí mismos, se duplican en espejos deformantes que son su verdad. Ningún lugar de memoria escapa a esos arabescos fundadores.

Tomemos ahora el caso del famoso *Tour de la France par deux enfants*: lugar de memoria igualmente indiscutible pues, al igual que el «Petit Lavis», formó la memoria de millones de jóvenes franceses en los tiempos en que un Ministro de Instrucción Pública podía extraer el reloj de su bolsillo para declarar por la mañana a las ocho y cinco: «Todos

nuestros niños están en los Alpes». Lugar de memoria también, por ser inventario de lo que hay que saber de Francia, relato identificatorio y viaje iniciático. Pero resulta que las cosas se complican: una lectura atenta muestra en seguida que, desde su aparición en 1877, *Le Tour* estereotipa una Francia que ya no existe y que en ese año del 16 de mayo que ve la consolidación de la república, logra su seducción por un sutil encantamiento del pasado. Libro para niños cuya seducción viene en parte, como sucede a menudo, de la memoria de los adultos. Eso es lo que está hacia atrás de la memoria, ¿y hacia adelante? Treinta y cinco años después de su publicación, cuando la obra reina todavía en vísperas de la guerra, es leída ciertamente como recordatorio, tradición ya nostálgica: como prueba de ello, pese a su rediseño y puesta a punto, la vieja edición parece venderse mejor que la primera. Luego el libro escasea, solo se emplea en los medios residuales, en el medio del campo; se lo olvida. *Le Tour de la France* se convierte poco a poco en una rareza, tesoro de desván o documento para los historiadores. Deja la memoria colectiva para entrar en la memoria histórica, luego en la memoria pedagógica. Para su centenario, en 1977, en el momento en que *Le Cheval d'orgueil* llega al millón de ejemplares y la Francia giscardiana e industrial, ya afectada por la crisis económica, descubre su memoria oral y sus raíces campesinas, se lo reimprime y *Le Tour* entra nuevamente en la memoria colectiva, no la misma, esperando nuevos olvidos y nuevas reencarnaciones. ¿Qué es lo que consagra a esta estrella de los lugares de memoria: su intención inicial o el retorno sin fin de los ciclos de su memoria? Evidentemente ambos: todos los lugares de memoria son objetos *en abyme*.

Es incluso ese principio de doble pertenencia lo que permite operar, en la multiplicidad indefinida de los lugares, una jerarquía, una delimitación de su campo, un repertorio de sus variedades.

Efectivamente, si bien pueden verse claramente las grandes categorías de objetos que pertenecen al género —todo lo que corresponde al culto a los muertos, lo relacionado con el patrimonio, todo lo que administra la presencia del pasado en el presente—, también es cierto, sin embargo, que algunos, que no entran en la estricta definición, pueden pretender hacerlo e, inversamente, muchos e incluso la mayoría de los que lo integran por principio, en realidad deben quedar fuera. Lo que constituye a ciertos sitios prehistóricos, geográficos o arqueológicos en lugares, o aun en lugares consagrados, es a menudo aquello que, precisamente, debería prohibírsele, la ausencia absoluta de voluntad de memoria, compensada por el peso contundente que en ellos depositaron el tiempo, la ciencia, el sueño y la memoria de los hombres. En cambio, cualquier límite o línea divisoria territorial no tiene la misma significación que el Rin, o el «Finisterre», ese «fin de las tierras» al cual las páginas de Michelet, por ejemplo,

le dieron sus títulos de nobleza. Cualquier constitución, cualquier tratado diplomático son lugares de memoria, pero la Constitución de 1793 no tiene el mismo peso que la de 1791, con la Declaración de los derechos del hombre, lugar de memoria fundador; y la paz de Nimègue tampoco tiene la misma gravitación que, en los dos extremos de la historia de Europa, el reparto de Verdún y la conferencia de Yalta.

En la mezcla, es la memoria la que dicta y la historia la que escribe. Es por eso que hay dos áreas que merecen que nos detengamos, los acontecimientos y los libros de historia, porque, al no ser mixtos de memoria e historia sino los instrumentos por excelencia de la memoria en historia, permiten delimitar claramente el terreno. ¿Toda gran obra histórica y el género histórico en sí mismo no son acaso una forma de lugar de memoria? Ambas preguntas requieren una respuesta precisa.

De los libros de historia, solo son lugares de memoria los que se basan sobre una rectificación mismo de la memoria o constituyen sus brevariarios pedagógicos. Los grandes momentos de fijación de una nueva memoria histórica no son tan numerosos en Francia. Las *Grandes Chroniques de France* son las que, en el siglo XIII, condensan la memoria dinástica y establecen el modelo de varios siglos de trabajo historiográfico. Es la escuela llamada «la historia perfecta» la que en el siglo XVI, durante las guerras de religión, destruye la leyenda de los orígenes troyanos de la monarquía y restablece la antigüedad gala: por la modernidad de su título, *Les Recherches de la France* de Etienne Pasquier (1599) constituyen un ejemplo emblemático. Es la historiografía de finales de la Restauración la que introduce bruscamente el concepto moderno de la historia: las *Lettres sur l'histoire de France* de Augustin Thierry (1820) son su comienzo de juego y su publicación definitiva en forma de volumen en 1827 casi coincide por pocos meses con el verdadero primer libro de un ilustre principiante, el *Précis d'histoire moderne* de Michelet, y los inicios del curso de Guizot sobre «la historia de la civilización de Europa y de Francia». Es, finalmente, la historia nacional positivista, cuyo manifiesto sería la *Revue historique* (1876) y cuyo monumento es la *Histoire de France* de Lavissee en veintisiete volúmenes. Lo mismo ocurre con las Memorias que, justamente debido a su nombre, podrían parecer lugares de memoria; lo mismo con autobiografías o diarios íntimos. Las *Mémoires d'outre-tombe*, la *Vie de Henry Brulard* o el *Journal d'Amiel* son lugares de memoria, no porque sean mejores o más notables, sino porque complican el simple ejercicio de la memoria con un juego de interrogación sobre la memoria misma. Lo mismo se puede decir de las Memorias de hombres de Estado. De Sully a De Gaulle, del *Testament* de Richelieu al *Mémorial de Sainte-Hélène* y al *Journal* de Poincaré, independientemente del valor desigual de los textos, el género tiene sus constantes y sus especificidades: implica un saber de las otras Memorias, un desdoblamiento del hombre de pluma y el hombre de acción, la identificación de un discurso individual con un discurso colectivo y la inserción de una razón particular

en una razón de Estado: todos motivos que obligan, en un panorama de la memoria nacional, a considerarlos como lugares.

¿Y los «grandes acontecimientos»? Del conjunto, solo lo son los pertenecientes a dos clases, que no dependen para nada de su grandeza. Por un lado, los acontecimientos a veces ínfimos, apenas advertidos en el momento, pero a los que el futuro, por contraste, les confirió retrospectivamente la grandeza de los orígenes, la solemnidad de las rupturas inaugurales. Y, por otro, los acontecimientos en que se puede decir que no pasa nada, pero quedan inmediatamente cargados de un sentido fuertemente simbólico y son en sí mismos, en el instante de su desarrollo, su propia conmemoración anticipada, pues la historia contemporánea multiplica todos los días, a través de los medios de comunicación, intentos fallidos. Por una parte, por ejemplo, la elección de Hugo Capeto, incidente carente de brillo pero al cual una posteridad de diez siglos culminada en el cadalso le dio un peso que no tenía en su origen. Por otra, el vagón de Rethondes, el apretón de manos de Montoire o el recorrido por los Champs-Élysées en la Liberación. El acontecimiento fundador o el acontecimiento espectáculo. Pero en ningún caso el acontecimiento mismo; admitirlo en la noción sería negar su especificidad. Por el contrario, es su exclusión la que lo delimita: la memoria se aferra a lugares como la historia a acontecimientos.

Nada impide, en cambio, en el interior del campo, imaginar todas las distribuciones posibles y todas las clasificaciones que se imponen. Desde los lugares más naturales, ofrecidos por la experiencia concreta, como los cementerios, museos y aniversarios, a los lugares más intelectualmente elaborados, de los cuales no nos privaremos; no solo la noción de generación, ya mencionada, de linaje, de «región-memoria», sino la de «repartos», sobre las cuales se basan todas las percepciones del espacio francés, o la de «paisaje como pintura», inmediatamente inteligible si se piensa, en particular, en Corot o la *Sainte-Victoire* de Cézanne. Si se acentúa el aspecto material de los lugares, ellos mismos se disponen según un amplio degradé. Primero están los portátiles, y no son los menos importantes puesto que el pueblo de la memoria da el ejemplo supremo con las Tablas de la ley; están los topográficos, que todo lo deben a su ubicación precisa y a su arraigamiento en el suelo: eso ocurre con todos los lugares turísticos, como la Biblioteca nacional, tan ligada al Hotel Mazarin como los Archivos nacionales al Hotel Soubise. Están los lugares monumentales, que no deben confundirse con los lugares arquitectónicos. Los primeros, estatuas o monumentos a los muertos, adquieren su significación de su existencia intrínseca; aun cuando su ubicación no es indiferente, una ubicación diferente encontraría significación sin alterar la de ellos. No sucede lo mismo con los conjuntos construidos por el tiempo y que cobran significación por las complejas relaciones entre sus elementos: espejos del mundo o de una época, como la catedral de Chartres o el palacio de Versalles.

Si en cambio se tiene en cuenta la dominante funcional, se desplega-

rá el abanico desde los lugares claramente destinados al mantenimiento de una experiencia intransmisible y que desaparecen con quienes la vivieron, como las asociaciones de ex combatientes, hasta aquellos cuya razón de ser, también pasajera, es de orden pedagógico, como los libros de texto, los diccionarios, los testamentos o los «libros de familia» que en el período clásico redactaban los jefes de familia para sus descendientes. Por último, si se es sensible al componente simbólico, están por ejemplo los lugares dominantes y los lugares dominados. Los primeros, espectaculares y triunfantes, imponentes y generalmente impuestos ya sea por una autoridad nacional o por un cuerpo constituido, pero siempre desde arriba, tienen a menudo la frialdad o la solemnidad de las ceremonias oficiales. Lo que se hace es acudir a ellos más que ir. Los segundos son los lugares refugio, el santuario de las fidelidades espontáneas y de los peregrinajes del silencio. Es el corazón viviente de la memoria. Por un lado, el Sacré-Cœur, por el otro, el peregrinaje a Lourdes; por un lado, los funerales nacionales de Paul Valéry, por otro el entierro de Jean-Paul Sartre; por un lado, la ceremonia fúnebre de De Gaulle en Notre-Dame, por otro, el cementerio de Colombey.

Se podrían refinar hasta el infinito las clasificaciones. Oponer los lugares públicos a los privados, los lugares de memoria pura, que se agotan totalmente en su función conmemorativa —como los elogios fúnebres, Douaumont o el muro de los Federados—, a aquellos cuya dimensión de memoria es solo una entre sus múltiples significaciones simbólicas, bandera nacional, circuito de fiesta, peregrinajes, etcétera. El interés de este esbozo de una tipología no está en su rigor o exhaustividad. Tampoco en su riqueza evocadora. Sino en el hecho de que sea posible. Muestra que un hilo invisible une objetos sin relación evidente, y que la reunión al mismo nivel del Père-Lachaise y de la Estadística general de Francia no es el encuentro surrealista del paraguas y la plancha. Hay una red articulada de esas identidades diferentes, una organización inconsciente de la memoria colectiva que debemos tornar consciente de sí misma. Los lugares son nuestro momento de la historia nacional.

Un rasgo simple pero decisivo los coloca radicalmente aparte de todos los tipos de historia a los que, antiguos o modernos, estamos acostumbrados. Todos los enfoques históricos y científicos de la memoria, ya se hayan dirigido a la de la nación o a la de las mentalidades sociales, trabajaban con *realia*, con las cosas mismas, cuya realidad se esforzaban por captar en vivo. A diferencia de todos los objetos de la historia, los lugares de memoria no tienen referentes en la realidad. O más bien, son sus propios referentes, signos que solo remiten a sí mismos, signos en estado puro. No es que no tengan contenido, presencia física o historia, por el contrario. Pero lo que los hace lugares de memoria es aquello por lo cual,

precisamente, escapan a la historia. *Templum*: recorte en lo indeterminado de lo profano —espacio o tiempo, espacio y tiempo— de un círculo en cuyo interior todo cuenta, todo simboliza, todo significa. En ese sentido, el lugar de memoria es un lugar doble; un lugar de exceso cerrado sobre sí mismo, cerrado sobre su identidad y concentrado sobre su nombre, pero constantemente abierto sobre la extensión de sus significaciones.

Es lo que hace que su historia sea la más trivial y la menos común. Temas obvios, el material más clásico, fuentes al alcance de la mano, los métodos menos sofisticados. Pareciera que volvimos a la historia de anteayer. Pero se trata de algo muy diferente. Esos objetos no son aprensibles sino en su empiricidad más inmediata, pero el tema clave está en otro lado, incapaz de expresarse en las categorías de la historia tradicional. Crítica histórica transformada enteramente en historia crítica, y no solo de sus propios instrumentos de trabajo. Despertada de su propio sueño para vivirse en segundo grado. Historia puramente transferencial que, al igual que la guerra, es un arte de pura ejecución, hecho de la frágil felicidad de la relación con el objeto vigorizado y del compromiso desigual del historiador con su tema. Una historia que solo se basa, al fin de cuentas, sobre aquello que moviliza, un vínculo tenue, impalpable, apenas decible, aquello que permanece en nosotros como inarrraigable apego carnal a esos símbolos sin embargo marchitos. Reviviscencia de una historia a la Michelet, que hace pensar inevitablemente en ese despertar del duelo del amor del que tan bien habló Proust, ese momento en que la dominación obsesiva de la pasión por fin cede, pero en que la verdadera tristeza está en no sufrir más por lo que tanto se ha sufrido y que ya no se comprende más que con la cabeza y no con la sinrazón del corazón.

Referencia bien literaria. ¿Hay que lamentarla o por el contrario, justificarla plenamente? La época la justifica. En efecto, la memoria solo ha conocido dos formas de legitimidad: histórica o literaria. Además, ambas se han ejercido paralelamente pero, hasta nuestros días, en forma separada. Hoy la frontera se borra, y sobre la muerte casi simultánea de la historia-memoria y de la memoria-ficción, nace un tipo de historia que debe a su nueva relación con el pasado, otro pasado, su prestigio y su legitimidad. La historia es nuestro imaginario sustituto. Renacimiento de la novela histórica, boga del documento personalizado, revitalización literaria del drama histórico, éxito del relato de historia oral, ¿cómo se explicarían sino como el relevo de la ficción debilitada? El interés por los lugares en el que se afirma, se condensa y se expresa el capital agotado de nuestra memoria colectiva obedece a esa sensibilidad. Historia, profundidad de una época arrancada a su profundidad, novela verdadera de una época sin verdadera novela. Memoria, promovida al centro de la historia: es el duelo resplandeciente de la literatura.

DE LA REPÚBLICA A LA NACIÓN

Independientemente de su interés intrínseco, lo que estos dieciocho sondeos dibujan y delimitan es un dispositivo de memoria cuyos aspectos esenciales fueron armados muy rápido, y que pronto se fundió en el capital memorial colectivo para constituir su tela de fondo y perdurar, en suma, hasta nuestros días, no sin pasar por los avatares y metamorfosis que le infligieron las duras realidades de nuestro siglo XX. Una memoria pura, el inventario consolidado de una memoria de base y de referencia.

¿Republicana o nacional? Esta pregunta que cada uno de los autores plantea a su manera y que no implica ninguna respuesta, es el signo de una rápida aculturación recíproca. El aprendizaje de la república se tradujo por una toma de posesión rápida y concentrada del espacio, de las mentes y del tiempo; por una capacidad de construir un «espíritu republicano» y de confirmar su hegemonía por la movilización en torno a sus principios fundadores; por una verdadera religión civil que se dio a sí misma un Panteón, un martirologio, una hagiografía, un politeísmo proliferante en el que la consagración asocia a vivos y muertos, en el que la auto-institución memorial se vuelve epopeya necromántica. Liturgia plural, multiforme, ubicuitaria, que inventó sus mitos, sus ritos, alzó sus altares, construyó sus templos y multiplicó sus soportes —estatuas, frescos, placas en las calles, manuales escolares— en un espectáculo educativo permanente.

En sí misma, sin embargo, la utilización política de la memoria no tiene nada de específicamente republicano, ni siquiera francés. Es un fenómeno de época, que experimentan entonces todos los países de Europa, lo que Eric Hobsbawm muy bien llama «la invención de la tradición».¹ El advenimiento de la era de masas puso a disposición de los nacionalismos en ascenso medios desconocidos hasta ese momento, por lo menos a esa escala, e impulsó a todas las novedades, de una escala también desconocida, la necesidad de inventarse rápidamente un pasado. Con relación a otros países, monarquía inglesa o imperio alemán, la Francia republicana parecería incluso rezagada: una arquitectura discreta, símbolos abstractos como Marianne,* bustos burguesamente cívicos, una utilización sin megalomanía de la práctica memorial. Pero, en cambio, la república se diferencia por una apropiación en profundidad

* Nota de la traductora: Marianne (Mariana), imagen femenina que simboliza la República Francesa.

y por la construcción sistemática de una memoria a la vez autoritaria, unitaria, exclusivista, universalista e intensamente nostálgica.

Autoritaria, porque se trataba de un régimen nuevo, cuestionado en la derecha y luego en la izquierda, decidido a imponer la herencia revolucionaria mediante un jacobinismo centralizador; obligado permanentemente a superar por la fuerza las crisis e intervenciones armadas, a oponer ideológicamente Iglesia contra Iglesia y sociedad contra sociedad, a cimentar la alianza de una gran burguesía bancaria e industrial con una clase campesina, a adueñarse de las instituciones, a conquistar un ejército refractario, a lograr rápidamente el *melting pot* republicano.

Unitaria: esa unidad, toda la historiografía del siglo XIX, en particular la de los manuales escolares de la III República que nos formó, nos la dio por sentada; no solo la unidad geográfica y administrativa, sino la unidad espiritual e ideológica. Es desconocer la increíble miscelánea de los pueblos, de los países y de las lenguas, la incompletud nacional y la división de la Francia de esa época, que la mirada de anglosajones como Th. Zeldin y E. Weber² tuvo que recordarnos. En ese nivel, la construcción de una memoria colectiva aparece como una necesidad prioritaria, un contrapoder frente a las inercias de las diferencias, un contrapeso al mosaico de los modos de vivir y de morir; la obligación absoluta de inscribir memorias locales en el fondo común de una cultura nacional y hacer de todos «los hijos del 89».³ Escuela, servicio militar, ritual electoral, formación regular de los partidos políticos: la conquista republicana del Estado se desdobra en una conquista de la sociedad que hizo de la república más que un régimen, más que una doctrina o una filosofía, un sistema, una cultura y casi una civilización moral.

Esa memoria obtiene su coherencia de aquello que excluye. Se define en contra, vive de enemigos. Enemigos ciertamente muy reales, enemigos igualmente fantaseados. La república necesita adversarios con el fin de desarrollar su aptitud genética para encarnar el todo, el todo de la sociedad constitutiva de la nación, el Tercer Estado contra los «privilegiados», los patriotas contra los «aristócratas», los pequeños contra los «grandes», el pueblo contra sus opresores, para no mencionar a los «trabajadores» contra los monopolios.⁴ La república heredó de la Revolución la necesidad co-sustancial, cuyo primer modelo fue el imaginario del complot, de asentar su unanimidad a través de la adversidad. A diferencia de las democracias anglosajonas, Francia no concibió el contrato social como la conciliación de los intereses particulares, sino como la expresión de la voluntad general, que exige sus excluidos. Y el hecho de que no haya conocido la democracia política más que bajo la forma republicana la volvió quizá espontáneamente alérgica al pluralismo y a la alternancia.⁵ La república tiene sed de unanimidad combativa. Es lo que explica que, al volverse la única figura imaginable de la nación, no se funda totalmente en la unanimidad sin fallas. Que al dejar de estar

automáticamente ligada a la unión de las izquierdas, no abandona toda forma de militancia política. Que al transformarse en una cultura común, no deja automáticamente de ser una mística. Que al hundirse en el folclor, no dejó, en todos los grandes momentos de nuestra historia, de ser intensamente movilizadora. La república es la guerra, y una república por la cual no se quiere vencer y no se acepta morir es una república muerta. Allí están como prueba los dos episodios clave que coronaron de manera decisiva el arraigamiento nacional del consenso republicano: la victoria arrancada por Clemenceau en 1918 y la república restaurada, contra el único régimen que la quebrantó, por la Resistencia y el general de «una cierta idea de Francia».

Universalista, porque la ideología fundadora supo operar dentro de la herencia revolucionaria ya sea una selección ya sea una amalgama que, en ambos casos, fijaba a la Revolución en la significación liberal de la Declaración de los derechos del hombre.⁶ Porque supo mezclar con esa herencia tradiciones históricas que no estaban necesariamente asociadas a ella, como las repúblicas de la Antigüedad, o tradiciones intelectuales que le eran extranjeras y aun contrarias, como el positivismo de Auguste Comte, tan fecundo para los augures de la república, Littré, Ferry o incluso Durkheim.⁷ Porque supo fundar así su memoria en la razón y sobre la razón, poner el desarrollo de un saber de la sociedad sobre sí misma —histórico y sociológico— al servicio de su legitimación; hacer de una aventura nacional particular la vanguardia emancipadora de la humanidad; introducir el criterio del progreso y un criterio de progreso a realizar en y por la historia, de lo cual la república constituye evidentemente una etapa esencial.

Por más marcada que esté por un proyecto de futuro, es a esa importante indexación en la escala del tiempo que la memoria republicana debe su fundamental gusto excesivo por el pasado. Propuesta aparentemente paradójica y tautológica, dado que, por lo general, el apego al pasado y el respeto de la continuidad están ligados a la reacción; pues memoria es relación con el pasado. Su significación es precisa sin embargo: la fuerza consensual de la república se ha basado sobre su memoria, y su memoria sobre la conmemoración. Así como el 14 de Julio, según la frase de Péguy aquí evocada, fue en sí su primer aniversario, así la república, la llamada tercera, es enteramente en sí su propia celebración. Su inscripción inmediata en la historia, su capacidad de encarnación —en una sociedad, en un espacio, en instituciones, en una política—, son co-sustanciales a su definición de identidad, al igual que la referencia a su propia tradición. ¡La «tradición republicana»! Es ella sin duda el verdadero lugar de memoria de la república al cual se hubiera querido dedicar un buen capítulo de esta obra ya demasiado grande, no en su evolución histórica⁸ sino en sus focos de expresión: la retórica parlamentaria, el «calor comunicativo de los banquetes», la

querrela del latín, la cultura que a uno le queda cuando se olvidó de todo, la evolución de los temas de los exámenes del bachillerato, las páginas rosadas del Petit Larousse, el triángulo sagrado que definen la provincia, la calle Ulm y la presidencia del partido radical, cuyo centro ocuparía, hombre-memoria si los hubo, la figura epónima de Edouard Herriot.⁹

¿Republicana o nacional? Lo importante no está allí sino en el hecho de que el bloque consolidado de la memoria republicana ha articulado al Estado, a la sociedad y a la nación en una síntesis patriótica. Síntesis cuya apoteosis es Verdún, pero que hoy se convirtió en una forma sin contenido.

Las metamorfosis de la memoria republicana, para cuya comprensión habría que rehacer sistemáticamente la historia de Francia del siglo XX, dependen todas de cuatro series de factores.

En primer lugar, su propio éxito. De la ausencia de amenaza real, interior o exterior. No más peligro clerical ni monárquico ni dictatorial, no más irredentismo republicano ni enemigos hereditarios. Todos los cuestionamientos de la legalidad republicana parecen pertenecer al pasado. Unos, reales o no, como el 6 de febrero de 1934, chocaron contra el reflejo de «defensa republicana»; otros, irreales o no, se esfumaron, como el temor de un golpe comunista cuando la Liberación, la llegada de De Gaulle en 1958 sobre los hombros de los generales putschistas o el acomodo de esos mismos generales durante la guerra de Argelia en 1961; o la utilización abusiva del artículo 16 de la Constitución de 1958, o el rumor que adjudicó por un momento al general De Gaulle la intención de una sucesión monárquica. Vichy, instalado en la derrota nacional y echado con la derrota alemana, purgó el anti-republicanismo de principio y marginó a la vieja Francia del rechazo. La memoria republicana se volvió ecuménica.

Ese arraigamiento duradero en el capital memorial de la nación no hizo más que volverla más vulnerable a la devitalización interna y a las acusaciones, ya sea por debilidad o por violencia. Cuando un régimen fracasó dos veces, una en una «extraña derrota» (Marc Bloch), la otra ante sus propios coroneles, en 1958, y se vio dos veces en el límite, en febrero de 1934 y en el otoño de 1947; cuando se otorgó el «cobarde alivio» de Munich y comprometió su honor en una campaña de torturas en Argelia; cuando, durante años, dio el espectáculo de la inestabilidad ministerial, de la impotencia parlamentaria y de la parálisis institucional,¹⁰ su memoria se carga de los recuerdos de su propia debilidad y de la letanía de las «traiciones» con las que la Vulgata comunista cargó a la tradición socialista, supuestamente encargada de encarnar los valores supremos de la república: traición de la Internacional socialista en vis-

peras de la guerra de 1914, no intervención en España en 1936, renuncia del Frente republicano ante los franceses de Argelia en 1956.

Acusación contraria de violencia: la que a la república le viene de su larga alianza con la izquierda jacobina, centralizadora y burocrática; pleito que tampoco opone a la Revolución contra la reacción, a la izquierda contra la derecha, sino a la izquierda contra sí misma, una izquierda oficial y otra —por un momento llamada «segunda»—, que además se busca en la reivindicación regional, la voluntad descentralizadora, el acercamiento entre el ciudadano y el poder local, el respeto de las diferencias. Una república de rostro despótico esta vez, que disimula el reflejo de homogeneización detrás de la ambición igualitarista, encarnación del Poder nivelador y coercitivo que hace surgir un paisaje memorial muy diferente, desde la cruzada albigense hasta Clemenceau «primer policía de Francia», pasando por el genocidio de Vendée y la extirpación de los *patois*, no sin revelar otra herencia revolucionaria, cuyas virtualidades fueron llevadas a su máxima intensidad negativa por la experiencia soviética.

Pero el debilitamiento de la imagen republicana se debe sobre todo a la competencia de dos familias de memorias, nacionalistas y revolucionarias, que, desde fines del siglo pasado, no han dejado de cuestionar a la república y a las que, bajo la forma del gaullismo y del comunismo, la guerra y la posguerra dieron una fuerza de convocatoria sobre el imaginario nacional-republicano que no se mide por el nombre de sus miembros ni por su relación con el poder, sino por la legitimidad de su pretensión de encarnar a Francia, la «verdadera» Francia.

No quiere decir que se pueda llevar muy lejos la simetría entre esas dos memorias con relación a la república. La memoria gaullista se presentó como una alternativa a la república debilitada; el comunismo lo hizo como su profundización lógica, su continuidad natural y su resguardo más sólido. En cambio, por más amplia que haya sido su área de influencia en los grandes momentos de la historia, la memoria comunista siguió siendo sectorial, circunscrita a la izquierda y, además, excluida del consenso republicano. El gaullismo, por el contrario, fue un momento pleno de la historia nacional y se inscribió de manera decisiva en las instituciones de la república. La oposición de estas dos memorias, a las que todo separa y que conocieron ambas en su momento formas profundamente diferentes, va más lejos. No debe olvidarse que una, que se expresa como la más cercana a la memoria republicana, se sustenta en una doctrina —el marxismo—, una estrategia —la lucha de clases—, y una experiencia histórica —el bolchevismo soviético— no solo extranjeras sino radicalmente destructoras de su existencia; mientras que la otra descansa en un hombre, sin duda profundamente ajeno a la tradición republicana por su formación, su sensibilidad y sus ideas, pero cuyas dos grandes intervenciones nacionales lograron

restablecer la república y luego darle los medios institucionales para su consolidación.

Sistema ilusorio por lo tanto, efecto complementario sin embargo. La hegemonía de estas dos memorias fue perfectamente contemporánea y su desaparición fue paralela a mediados de los años setenta. Ambas representaron para la nación una continuidad plausible. Ambas pudieron replegar la legitimidad republicana a los límites de su legalidad, como en 1947, cuando durante las elecciones municipales el RPF y los comunistas reducen al treinta por ciento, menos de un tercio, a una república para la cual no son más que «sediciosos» y «moscuteros». Ambas pudieron, en ocasiones tan solemnes como la primera elección presidencial con sufragio universal de 1965, disputarse el monopolio de la representación republicana, cuando André Malraux exclamaba a propósito de François Mitterrand: «Candidato único de los republicanos, ¡deje dormir a la república!». Ambas solo pudieron encarnar las imágenes de la nación cuando se identificaron con la república, con su defensa e ilustración, Frente Popular, Resistencia, Mayo del 58 para algunos, y para el otro, marcha de los Champs-Élysées en la Liberación, discurso de setiembre de 1958 en la propia plaza de la República, llamamiento a la defensa de la república en febrero de 1961 contra el puñado de generales rebeldes. Ambas pudieron, finalmente, mediante un hábil y silencioso reparto, borrar a la república del imaginario nacional, en una época en que el mismo André Malraux afirmaba que «entre los comunistas y nosotros no hay nada».¹¹

Cuarto y último elemento de la metamorfosis del viejo fondo de la memoria republicana, el menos evidente pero quizá el más activo: el desarrollo económico excepcional que Francia conoció durante treinta años, hoy ya lejano. Elemento decisivo en sí, porque el crecimiento desplazó al consenso nacional que la república había operado sobre la memoria hacia valores que le son más ajenos: la economía, el presente, la previsión, el consumo, la paz, lo social, la modernidad; y en ese sentido contribuyó fuertemente a neutralizar los valores de la república y a tornarlos levemente obsoletos. Elemento decisivo también, porque el crecimiento, tema políticamente indiferente,¹² tuvo lugar, pese a todo, bajo el gaullismo, mediante un extraño reparto de tareas en que el presidente de la República pareció confiar la modernización industrial a Georges Pompidou, reservándose la manipulación retórica de la memoria. Allí comienza entonces la dialéctica sutil y compleja de los dos procesos, el económico y el político, que paradójicamente terminó connotando a la derecha, aun siendo el refugio tradicional del arcaísmo, con los valores de la modernidad, y haciendo de la izquierda la depositaria de los viejos y seguros valores republicanos. O más bien, que la habría hecho si, al mismo tiempo, el partido comunista no hubiera iniciado su marginación nacional.

Más allá de las peripecias de una larga historia, los resultados del conjunto son claros: agotada en el consentimiento general, acusada por su debilidad o por su tiranía, en competencia con dos memorias más dinámicas, neutralizada por la convocatoria hacia otros valores, la memoria nacional republicana perdió su mordacidad. Su grandeza le venía por ser al mismo tiempo memoria del Estado, de la nación y de la sociedad. ¿El acuerdo sobre la forma del Estado? Quedó asegurado. ¿La nación? De potencia mundial mentora, pasa a buscar su estatus de potencia democrática intermedia. ¿La sociedad? De mayoritariamente rural y conservadora, pasó a ser terciaria y espontaneísta. Las tres instancias retomaron su autonomía. La memoria republicana ya no tiene la solidez del patrón-oro; conoció también sus inflaciones y devaluaciones.

Varios hechos vinieron, desde hace poco, a modificar esta nueva configuración. Varios hechos demasiado cercanos a nosotros para que sea posible desentrañar su significado histórico con relación a ese fenómeno de larga duración que por naturaleza es la memoria; pero al mismo tiempo demasiado contundentes y concentrados en el tiempo como para no constituir los referentes de una conformación nueva. Primero está la conciencia tardía pero brutal de la crisis y de la entrada en un largo período de no crecimiento: el despegue se convirtió en un paréntesis. Luego vino la prueba de la alternancia y el uso por la izquierda de instituciones que le habían parecido la expresión anti-republicana del golpe de Estado permanente: al cabo de veinticinco años, la Constitución gaullista se transformó en la Constitución nacional republicana. Finalmente está el doble alejamiento del gaullismo y del comunismo. Alejamiento de naturaleza muy diferente, incluso opuesta puesto que, en el caso del comunismo, se trata de una marginación real que prácticamente lo coloca, a los ojos de una amplia franja de la izquierda, en los límites del consenso nacional republicano; mientras que, en el caso del gaullismo, se trata de una explosión de la herencia en tres direcciones: la distancia histórica del fundador, que ha alcanzado el Panteón de las glorias nacionales, la fusión del acervo institucional con el capital colectivo, la localización del tema nacional en un sector de la opinión y en un partido. Ninguno de estos hechos nos lleva al punto de partida, pero su conjunción ofrece las condiciones de una nueva coyuntura.

El retorno de lo nacional y el repliegue sobre los viejos valores mínimos de la república afecta a todos los horizontes de las familias políticas. En la izquierda, está la necesidad entre los comunistas de reparar el oprobio al que los arrastró el descrédito reciente, pero sin duda instalado por mucho tiempo, del socialismo soviético y el esfuerzo por no dejar ninguna duda acerca de su fidelidad republicana. Entre los socialistas, está la doble necesidad de desmarcarse de la alianza comunista

y, con el abandono de la ortodoxia marxista, oponer a la gesta soñadora del gaullismo el regreso a las fuentes en la gesta laboriosa del pueblo de Francia. Carrera por la república que se completa con la escalada de la derecha, a quien la herencia incuestionable del gaullismo nacional permite olvidar su larga lucha contra «la *gueuse*»¹³ e incluso presentarse, contra la «coalición social-comunista», como la defensora probada de la verdadera legitimidad republicana. Se esboza un viraje extraño y quizá provisorio: cuando, con aparente razón, le correspondía al partido de los «75 000 fusilados» el prestigio de ser el último santuario e insospechable garante de la república, la derecha permanecía, con el recuerdo de la derrota de 1940 y del petainismo de Vichy, bajo la sospecha de la traición nacional siempre posible. Cuando fue ese mismo partido comunista, despojado de su mitología nacional, el que quedó bajo esa misma sospecha, quienes siempre le fueron más hostiles pudieron, con la misma razón aparente, retomar para sí, contra los comunistas y sus aliados, la antorcha de la vigilancia republicana.

Más allá de las peripecias de la política y en la conmoción general que acarrea la desaparición de las grandes ideologías, el retorno a lo nacional se marca por una reactivación voluntarista de memoria colectiva, de la que el propio presidente de la República se ha vuelto el intérprete. Uno de sus rasgos más perceptibles es precisamente el retorno de la historiografía científica de punta a la historia nacional, a la que había evitado durante mucho tiempo. Otra Francia, y otra mirada que expresa el reajuste de la conciencia pública a las realidades del tablero mundial. Francia, convertida en potencia intermedia, sigue siendo grande por su historia; ¿cómo no habría de cultivarla?

Dos grandes ciclos culminan. Y el que se inicia hace de la república lo que la designaba en primer lugar en nuestro estudio. Ni combate vivido en pleno ardor, ni tradición vivida en la costumbre. Un lugar de memoria.

NOTAS

- 1 Eric Hobsbawm y Terence Ranger (bajo la dirección de), *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983, en particular el capítulo VII, «Mass-Producing Traditions: Europe 1870-1914», por Eric Hobsbawm.
- 2 Cf. Theodor Zeldin, *Histoire des passions françaises*, París, Ed. Recherches, 1978, 4 vol. Eugen Weber, *La Fin des terroirs, la modernisation de la France rurale 1870-1914*, París, Fayard Ed. Recherches, 1983.
- 3 Cf. Mona Ozouf, «Unité nationale et unité de la pensée de Jules Ferry», comunicación presentada en el coloquio Jules Ferry realizado en enero de 1982 bajo la iniciativa de la EHESS.
- 4 Cf. Alain Bergounioux y Bernard Manin, «L'exclu de la nation. La gauche française et son mythe de l'adversaire», *Le Débat*, nº 5, octubre de 1980.
- 5 Cf. Odile Rudelle, *La République absolue, 1870-1889, Aux origines de l'instabilité constitutionnelle de la France républicaine*, París, Publications de la Sorbonne, 1982.
- 6 Cf. François Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978, así como sus artículos publicados en *Le Débat*, «La Révolution sans la Terreur? Le débat des historiens du XIX^e siècle» (nº 13), «La Révolution dans l'imaginaire politique français» (nº 26) y el debate con Maurice Agulhon (nº 30).
- 7 Cf. Claude Nicolet, *L'Idée républicaine en France*, París, Gallimard, 1982, cap. VI, así como su comunicación presentada en el coloquio Jules Ferry.
- 8 Odile Rudelle ubica su primera aparición en un discurso de Waldeck-Rousseau en la Cámara de diputados, el 11 de abril de 1900: «Recién hablaba de la tradición republicana...». Cf. «La noción de tradición republicana», comunicación presentada en el coloquio *La France sous le gouvernement Daladier*, 4-6 de diciembre de 1975, Fondation nationale des sciences politiques.
- 9 Cf. Jean-Thomas Nordmann, *La France radicale*, París, Gallimard-Julliard, colección «Archives», 1977.
- 10 Cf. entre otros, el testimonio particularmente elocuente del presidente de la República, Vincent Auriol, *Mon septennat, 1947-1954*, París, Gallimard, 1970, y *Journal du septennat*, 7 volúmenes organizados bajo la dirección de Pierre Nora y de Jacques Ozouf, París, Armand Colin.
- 11 Acerca del contenido y de la utilización política de las memorias gaullista y comunista, volveremos en un capítulo del cuarto volumen *Les France*, «La mémoire comme lieu de pouvoir depuis la Libération».
- 12 Muy reveladoras a este respecto, las entrevistas recogidas y presentadas por François Fourquet, *Les Comptes de la puissance, histoire de la comptabilité nationale et du plan*, París, Ed. Recherches, 1980.
- 13 Término despectivo para referirse a la república: la sinvergüenza (nota de la traductora).

LA NACIÓN

Quien dice nación dice conciencia de los límites, arraigamiento en la continuidad de un territorio, por lo tanto memoria. Especialmente en Francia.

Francia, efectivamente, que, entre todos los viejos Estados-naciones de Europa tuvo la mayor cantidad de kilómetros que defender, siempre vinculó su definición nacional, ya sea monárquica, revolucionaria o republicana, a la delimitación precisa de su territorio de soberanía. Un territorio fundado sobre representaciones históricas: el recuerdo de la Galia; geométricas: el cuadrado, el círculo, el octógono, antes del hexágono; o naturales: casi como decir, providenciales.

¿Mediante el llamado a cuál memoria marcó el poder su territorio? ¿La de los habitantes del lugar? ¿de los documentos de archivos? ¿de los agentes del Estado? Fijación, percepción de las fronteras: el asunto está en plena renovación; y, más que en la sucesión clásica de los tipos de fronteras, cuyo recuerdo nunca se perdió desde el reparto de Verdún en 843, es en ellas que se concentró la atención. No sin dar cuenta de otra forma de relación de la frontera con la memoria, la de una región fronteriza. En este caso, Alsacia, la más cargada de peso simbólico y nacional.

Pero están las fronteras políticas y, herencia de una larga sedimentación, las que la fragmentan en su propio interior. No es solo el disfraz de Arlequín de su espacio geográfico, el entramado ultra-fino de sus parcelas y parajes, es todo su territorio cultural, mental y político el que se podría reconstruir a partir de la noción de reparto: la corte y la ciudad, la costumbre y lo escrito, París y la provincia, la derecha y la izquierda. Reparto, el lugar de memoria por excelencia de las realidades nacionales. De esas dicotomías fundadoras que se podrían multiplicar hasta el infinito, el recorte mayor sigue siendo el de las dos Francias: norte-sur.

LAS MEMORIAS DE ESTADO

De Commines a De Gaulle

«Una cierta idea de Francia». Las *Mémoires* del general De Gaulle vinieron a darle, en nuestros días, su brillo y antigua dignidad a un género que remonta a Commines, y en el cual se inscriben naturalmente las *Économies reales* de Sully, el *Testament* de Richelieu, las *Mémoires* de Luis XIV, pero también el *Mémorial de Sainte-Hélène* o las *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps* de Guizot. Detrás de las cadencias ternarias y la nobleza académica del tono, la referencia implícita se impone a todo un linaje de predecesores, Tácito por el pesimismo del trazo, César por el uso de la tercera persona, Retz por la visión maquiavélica y la máxima de Estado, Saint-Simon por el arte del retrato, Napoleón por el exilio de Colombey, Chateaubriand por el sombreado y el drapeado; en síntesis, todo un repertorio de cultura, toda una tradición de la que De Gaulle parece, para lo mejor y a veces para lo peor, el condensado recapitulativo y el referente alusivo, el de las Memorias de Estado.

Tradicción demasiado profundamente vinculada a una representación colectiva de la nación como para no haberse esfumado hoy con ella. Sin duda, esa época nunca fue tan consumidora de Memorias, pero ya no eran las mismas. Por un lado la escuela de los *Annales* y por otro el psicoanálisis renovaron el paisaje biográfico. Un concepto de la historia ampliado a los fenómenos de fondo privilegió, en detrimento de los oficiales, a los anónimos y a los desconocidos, más representativos de una mentalidad promedio; la psicología de lo profundo tiñó de banalidad la exposición funcional de una biografía política y aun el simple relato de lo real. La rutina democrática se conforma entonces con hacerle sentir a cada personalidad política la obligación cuasi editorial de final de carrera de redactar su parte de verdad. En cambio, la entrevista mediática o el testimonio oral, al convocar todo el tiempo el recuerdo, al perseguir fragmentos de biografía, terminaron disolviendo en la cotidianidad la augusta y casi solemne unidad de un género. Género, sin embargo, al que no solo se deben algunas obras de arte de la literatura sino una cierta idea, precisamente, de la memoria, del poder y de la historia.

Ahora bien, —¡oh estupor!— mientras que estos últimos años se han

interesado tanto en la autobiografía, los relatos de vida, los diarios íntimos,¹ se buscaría en vano una curiosidad comparable para el análisis de las Memorias. Una cantidad de trabajos especializados sobre las obras principales, sin duda. Intentos parciales en ciertas épocas estratégicas para identificar valores comunes;² apuntes penetrantes para separar la autobiografía de las Memorias.³ Pero, en realidad, un análisis general para caracterizar el género, un esbozo de clasificación y de tipología, un inicio de cronología de conjunto no hay, o casi, desde la enumeración monumental, inconclusa, no traducida, aproximada y de hecho poco utilizable de Georg Misch.⁴ Este género fragmentado, multiforme y omnipresente, parece dividido entre la mirada del historiador,⁵ quien reclama a las Memorias presuntamente sospechosas qué verdades verdaderas encierran, y la del literato,⁶ más atento a la evolución estética que a las condiciones históricas de la producción. Esta laguna autoriza quizá una mirada en serie, a partir de un punto de vista muy particular: las relaciones de las Memorias con el poder, del que son el comentario y reseña, así como con el Estado; su existencia —precoz en Francia—; y las múltiples formas que conoció sucesivamente explican por sí solas la abundancia y los cambios de la producción memorialista.

Aclaremos que no se trata ni de esbozar un historial del género, por más panorámico que sea; ni de retomar a nuevo el viejo guión de las complejas relaciones de la historia y las Memorias; ni de examinar sistemáticamente la riqueza de los intercambios, constantes desde el siglo XVII hasta nuestros días, entre la Memoria y la literatura; ni de disecar las articulaciones finas entre las Memorias y la autobiografía, todos temas que merecerían ser analizados de cerca. Sino, al cotejar rápidamente textos que, por definición, no son tan cercanos, y en la línea de una topografía general de la memoria nacional, delimitar los contornos de un macizo prominente, visitado puntualmente, pero en definitiva poco explorado.

1. La memoria de las Memorias

Para entender el peso de la tradición de las Memorias sobre la nuestra, hay que ubicarse en el núcleo mismo de su formación, durante los diez años fundamentales del final de la Restauración y los primeros años de la Monarquía de Julio. Hasta ese momento, la época clásica había conocido publicaciones dispersas, generalmente en ediciones mal controladas y frecuentemente en Colonia, Ámsterdam, Londres. En algunas épocas, como el inicio del reino personal de Luis XIV, se habían editado en tiradas concentradas las Memorias de la Fronda. Sully y Richelieu, constantemente reeditados en el siglo XVII, lo fueron solo una vez cada

uno en el siglo XVIII, en que se apreciaban mucho los recuerdos de Versailles, salvo durante la Regencia que saludó una exitosa mala edición de Retz. Saint-Simon, cabe recordarlo, era desconocido para el público. Entre los reeditados más regularmente están Monluc y Pierre de L'Estoile, Bassompierre, La Rochefoucauld, M^{lle} de Montpensier y, dominando a todos los demás con siete ediciones en el siglo XVI, siete más en el siglo XVII y tres en el siglo XVIII, Commynes, breviario de los hombres de Estado y modelo del género.⁷

Sin embargo, bruscamente, a partir de 1820 y hasta 1840, se produce un diluvio sistemático de publicaciones monumentales, cuya columna vertebral es el principio de la colección. La primera y más importante, la de Petitot, *Collection complète des Mémoires relatifs à l'histoire de France*, arranca en 1819. A los cuarenta y siete años, Claude-Bernard Petitot,⁸ autor dramático fracasado en la época de la Revolución y que le debe a Fontanes su carrera en la Instrucción Pública, en la que terminó como director, es un conocido y honorable filólogo y hombre de letras. Traductor de Alfieri y de Cervantes, editor de la *Grammaire* de Port-Royal, de Racine, de La Harpe y de Molière, editó en treinta y tres volúmenes un *Répertoire du théâtre français*. Al principio, su emprendimiento tenía como única ambición retomar en cuarenta y dos volúmenes una colección análoga iniciada en 1785 por Jean-Antoine Roucher, inspirada a su vez en las colecciones Didot, «para servir a la historia de Francia», pero que la Revolución interrumpió y dispersó en el sexagésimo quinto volumen. El mismo formato in octavo, la misma fórmula por entregas, la misma masa de textos, de Villehardouin a Brantôme, la misma distribución por reinos, de Philippe Auguste a comienzos del siglo XVII. Pero el espíritu y la manera ya eran muy diferentes: un enorme trabajo de establecimiento de los textos, un acopio de notas y aclaraciones, presentaciones abundantes y muy detalladas que constituyen a veces verdaderos tratados, cargadas de una preocupación filológica y crítica naciente (las reseñas sobre la Fronda o Port-Royal ocupan más de doscientas cincuenta páginas, las que tratan sobre el duque de Guise y La Rochefoucauld cerca de setenta), finalmente un lanzamiento de quinientos ejemplares muy estudiado por J.-L. Foucault.⁹ Casi de inmediato la presión de los suscriptores decide al director del proyecto a planificar, con su hermano Alexandre, una segunda serie, más ambiciosa, en setenta y ocho volúmenes «desde el advenimiento de Enrique IV hasta la paz de París firmada en 1763». Tras la muerte de Cl.-B. Petitot, en 1825, la termina en 1829 su colaborador Jean-Louis Monmerqué.¹⁰ La primera serie tendrá, en realidad, diez volúmenes más de lo previsto y, ya en 1823 resultó indispensable una segunda edición del conjunto, nuevamente de quinientos ejemplares.

El empujón estaba dado. Los nuevos impresores-libreros de la Restauración comprendieron que allí había un mercado en plena expansión,

un público nuevo, mitad aristocrático mitad burgués, para reconstituir sus bibliotecas y consumir memoria.¹¹ Al año siguiente, los hermanos Baudouin, ex impresores de la Constituyente, le encargan a un abogado liberal, Berville,¹² que reúna con su amigo Barrière¹³ las Memorias de los revolucionarios, a quienes «la generación nueva, dice el prospecto de lanzamiento, está ansiosa por conocer». Programada en doce volúmenes, la colección llegó a cincuenta y tres en 1827. En 1823, Guizot, a pedido de J.-L. Brière, lanza junto con veinticinco volúmenes de Memorias sobre la Revolución de Inglaterra, una *Collection de Mémoires relatifs à l'histoire de France depuis la fondation de la monarchie française jusqu'à Philippe Auguste*: en doce años, treinta volúmenes. El período central quedó entonces completo en los dos extremos. El panorama histórico está enteramente cubierto y lo que juega allí es el efecto panorámico. Todas las introducciones lo repiten en abundancia: «Las Memorias que, en forma aislada, no encierran valor ni autoridad para la historia, ofrecen, así reunidas, el cuadro completo de una época».¹⁴

El movimiento no se detiene allí. Alexandre Buchon,¹⁵ colega de Augustin Thierry en el *Censeur européen*, autor de un proyecto de reformas de los archivos de los que fue director efímero bajo el ministerio de Martignac, y futuro director del *Panthéon littéraire*, publica en dos años en Verdrière, entre 1826 y 1828, cuarenta y seis volúmenes de las *Chroniques nationales en langue vulgaire* del siglo XIII al siglo XVI. Entre 1824 y 1826, aparecen los catorce volúmenes de Memorias sobre arte dramático. Y los días siguientes a la revolución de Julio no hacen más que acelerar el fenómeno. Entre 1834 y 1839, dos adjuntos a la Biblioteca real, L. Cimber y F. Danjou, se dirigen en Beauvais a la calle Saint-Thomas-du-Louvre para publicar veinticuatro volúmenes de *Archives curieuses de l'histoire de France, depuis Louis XI jusqu'à Louis XVIII*, expresamente destinados a completar las colecciones Guizot, Petitot y Buchon. Y entre 1836 y 1839, está sobre todo la *Nouvelle Collection de Mémoires relatifs à l'histoire de France* desde el siglo XIII hasta el fin del Antiguo Régimen, de Michaud y Poujoulat. Pierre Larousse, hostil al espíritu católico y ultra de los responsables, la presenta como una simple imitación de la colección Petitot. Es cierto que Jean-François Michaud,¹⁶ miembro de la Academia y famoso autor de *Histoire des Croisades*, hermano de Gabriel Michaud, a quien se le había ido la vida en la vasta empresa de la *Biographie universelle*, parece no haber hecho otra cosa que prestar su nombre. No quita que, animados por el joven Jean-Joseph Poujoulat,¹⁷ cuya obra futura increíblemente abundante prueba su capacidad de trabajo, respaldado a su vez por Jacques-Joseph y Aimé Champollion-Figeac (hermano y sobrino del egiptólogo),¹⁸ con sus reseñas sintéticas, sus textos mejor controlados, su formato grande en dos columnas, los treinta y dos volúmenes manipulables del «Michaud-Poujoulat», se volverían un clásico, junto al «Petitot-Monmerqué», y ambos permanecen

rían insustituibles hasta nuestros días. Constituyeron así el corpus: cien autores básicos. Pero aún estuvieron lejos de haber satisfecho la demanda. En 1836, Buchon lanza una selección en diecisiete volúmenes de Joinville hasta el siglo XVIII y, en 1846, Firmin Didot le encarga a Barrière, ayudado por Lescure, treinta y siete volúmenes de Memorias del siglo XVIII. El inventario no es exhaustivo, pues cada empresa publica por separado los volúmenes demasiado gordos para no comprometer el equilibrio de las series. Pero, yendo a lo esencial y tal como lo establece la suma de las principales colecciones, en total más de quinientos volúmenes irrumpieron en pocos años en el mercado de la memoria.

Pese al esfuerzo de los editores, no habría que creer en publicaciones científicas, reservadas para especialistas. Por el contrario, el propio Guizot lo proclama en el prospecto de su colección: «Los monumentos originales de nuestra vieja historia han sido hasta ahora patrimonio exclusivo de los eruditos; el público nunca se acercó a ellos, no pudo conocer Francia y su vida...».¹⁹ El mayor interés de esas colecciones, como el de todas las Memorias que les siguen, es que —comparadas a las compilaciones benedictinas de los siglos clásicos, las de Duchesne o de Dom Bouquet en particular— llevan a cabo una amplia democratización de la memoria; ponen a disposición de todos, partidarios de la vieja Francia o de la nueva, un enorme capital colectivo y una reserva gigante de profundidad de vida nacional vivida. El pasado común, como si uno estuviera allí, con el sabor de su lengua y su incuestionable sello de verdad. Ellos *vieron* y, con ellos, uno vence en Rocroi, entra en la habitación del rey, toma la Bastilla. Tema incesantemente machacado, orquestado por todas las campañas de editores. Hay indudablemente un profundo desnivel en el grupo central de estas colecciones. Petitot-Monmerqué y Michaud-Poujoulat condensan un canon clásico y traman un corpus conocido que no modifican en forma decisiva. Guizot da una profundidad de campo, traduce y revela autores nuevos, como Guibert de Nogent; contribuye fuertemente a fundar una historiografía sobre las fuentes narrativas. Berville y Barrière representan no ya un golpe de Estado, sino un golpe de audacia: es la introducción de una historia totalmente contemporánea, la intrusión de una memoria aún fresca y controvertida en la memoria histórica. ¿Es posible imaginar, treinta años después de la segunda guerra mundial, las Memorias de Pucheu o de Déat reunidas con las de Tillon? Sin embargo, es ese juicio más allá de la tumba y del tiempo lo que parecían perseguir esos cuarenta testigos privilegiados del drama revolucionario en el que se veía, por ejemplo, al general Turreau enviado por la Convención a exterminar a los habitantes de Vendée, a frecuentar a la marquesa de La Rochejaquelein, viuda de unos de sus jefes más ilustres, en el que Cléry, el ayuda de cámara de Luis XVI, es-

taba muy cerca de Carnot el regicida. Los editores veían en esa reunión «el medio más seguro para informar a la época actual sobre la causa, marcha y efectos de los grandes cambios cuyas ventajas hoy recoge». Memorias clásicas, Memorias militantes, Memorias historiográficas son un todo; responden a un entusiasmo idéntico y a una intención semejante. «O estamos muy equivocados, o pronto esto será moda, comenta *Le Globe* al recibir favorablemente a Petitot, y la alta sociedad terminará divirtiéndose con la erudición» (1825, t. I, p. 340). Cada uno de estos emprendedores de Memorias estuvo profundamente comprometido en política. Petitot era un monárquico católico moderado, Michaud un ultra impenitente, Guizot un liberal doctrinario, Berville un liberal patriota, pero todos obedecían al mismo fin: fundar sobre los testimonios del pasado la legitimidad nacional del presente. Todos compartían la convicción de una herencia global de historia y civilización que convocaba ese «sentimiento de justicia y de simpatía» que Guizot deseaba atraer para sí. El enorme interés de estas reuniones de Memorias con vocación pública era precisamente recuperar el capital latente de la comunidad nacional y articular la memoria viva de una Francia muerta con la memoria sangrante y gloriosa de la Francia contemporánea.

La década de 1820 fue ese crisol. Ese momento de política vacía es un momento de memoria plena, favorecido por todas las condiciones políticas y sociales, la renovación de actividades parlamentarias, el renacimiento de los salones, la lucha contra la censura. Todo se conjuga para convertir a la Restauración en una fiesta y un drama de la memoria. Tanto la triste corte de Luis XVIII como la caricaturesca de Charles X habían vuelto placentera la lectura de las descripciones de la vieja Corte, la humillación nacional de 1815 había valorizado los relatos de las antiguas y recientes glorias de Francia. Una vez asentada la paz, comienza la guerra civil de las Memorias. El Imperio había puesto una barrera de silencio sobre los recuerdos de la Revolución y castigado con la destrucción de los escasos intentos por franquearla.²⁰ La caída de Napoleón acarrea instantáneamente, junto al despegue de su propia saga,²¹ cuya compilación en nueve volúmenes por Salgues marca el inicio y el *Memorial* el apogeo en 1823, la publicación sin respiro de Memorias revolucionarias.²² No los *montagnards*, quienes deberán esperar el final del siglo y el fin del gran oprobio que pesa sobre los bebedores de sangre, sino los constituyentes y los girondinos, lo cual explica bastante el título de Lamartine, *Histoire des Girondins*, que de hecho es una historia de la Revolución.²³ Una curva de las publicaciones lo muestra claramente: más de la mitad de las Memorias de los viejos girondinos aparecieron en 1830.²⁴ Las de Charles Bailleul, acusado por haber protestado contra la jornada del 2 de junio de 1793, llevado a París con los pies encadenados y testigo en la Conciergerie de los últimos días de los girondinos, habían dado el puntapié inicial en 1818. Le siguieron, en

Berville y Barrière, las de Bailly, de Buzot, de Petion, de Meillan, de Carnot, de Thibaudeau, de Durand-Maillane, de Lanjuinais, de Levasseur, de Ferroux, de Fouché: verdaderas o falsas, interrumpidas a menudo por la cuchilla, entregados a veces al editor, como las de Barbaroux, por el propio hijo de las víctimas, ¿de qué emoción no estaban embargadas? Varias fueron publicadas por separado, como las de J.-B. Louvet, *Récit de mes périls*, de Honoré Riouffe, *Mémoires d'un détenu*, de M^{me} Roland, *Appel à l'impartiale postérité*. Nacen entonces las implicaciones de la memoria, en torno a las cuales la nación va a vivir durante todo el siglo XIX y, en muchos aspectos, hasta nosotros.

Poco importa entonces la autenticidad de los textos, el establecimiento de las ediciones, e incluso el nivel de las producciones, desde el punto de vista que aquí nos ocupa, es decir, el de una cristalización de memoria nacional, a la vez ecuménica y desgarrada, de un revivir de la memoria transformado en la forma de la historia vivida. Es la mezcla de géneros la que, por el contrario, es significativa de la nueva relación con el pasado que se establece entonces y de la cual las Memorias son la piedra angular y la figura emblemática. Están presentes en todos los niveles, desde el más popular hasta el más intelectual; y lo importante es que se interpenetran mutuamente. La industria de lo apócrifo es la que fabrica alegre e indistintamente la gran historia o la *petite histoire*, las *Memorias* de Richelieu y de Luis XVIII al lado de las de Vidocq. Secretos de emperatriz y *Memorias* de mucamas encargados a diestra y siniestra por editores poco cuidadosos y presentados bajo veinticinco nombres falsos por los Villemarest, Ida de Saint-Elme, Roquefort, Beauchamp y otros «tintoreros» que, a partir de fajos de papeles más o menos sospechosos y a menudo sin ningún fundamento, despachaban en un soplo *Mémoires* de Bourrienne y *Mémoires* de Constant. Solo en 1829, Lamothe-Langon,²⁵ quien adopta precisamente entonces el género de las falsas *Memorias* después de haber agotado la novela sentimental, la novela negra y la novela de costumbres, produce no menos de veinte volúmenes: las *Mémoires historiques et anecdotiques du duc de Richelieu*, las *Mémoires d'une femme de qualité*, las *Mémoires de Madame la comtesse du Barry* y los *Souvenirs d'un pair de France*. Es la moda de la novela histórica, «expresión de la Francia y de la literatura del siglo XIX», como dice Balzac en ese mismo año 1829, verdadera fábrica de *Memorias* y poderoso instrumento de democratización del imaginario histórico.²⁶ Entre 1815 y 1832, los especialistas²⁷ identificaron unas seiscientas, con picos muy fuertes en 1822, 1828-1829, 1832, «fechas a las cuales se puede asociar el efecto "scottiano" en la primera, la ofensiva política de los liberales en la segunda, el contragolpe de Julio en la tercera»: una curva exactamente paralela a la de las *Memorias*. ¿Y qué otra cosa son las grandes obras que marcan la época, los quince volúmenes de *Histoire du Consulat et de l'Empire*, de Thiers, los diez volúmenes de *Histoire des ducs de Bour-*

gogne de Barante, los treinta y un volúmenes de *Histoire des Français* de Sismondi sino un mosaico hábilmente entrelazado de fragmentos de cronistas y memorialistas? Michelet pudo jactarse de ser a la vez el primero que se sumergió en los archivos y el último a través del cual se oye la voz de los actores. Su historia, sobre todo la de la Revolución,²⁸ todavía está dominada por el atractivo de la memoria. Después de él, se rompió el encanto. Toda la novedad de la escritura histórica docta se basa entonces sobre la explotación de las *Memorias*. «La historia de Francia más completa, la más fiel y más pintoresca que se haya podido hacer hoy, proclamaba Augustin Thierry en 1824,²⁹ sería aquella en la que, uno por uno y en un orden estrictamente cronológico, cada uno de los antiguos cronistas viniera a contar él mismo con el estilo y los colores de su época, los hechos de los que habría sido testigo, que habría observado y descrito mejor. Esta larga serie de declaraciones ingenuas, que ninguna reflexión filosófica ni adición moderna interrumpirían, que se sucederían sin esfuerzo y se encadenarían sin que el lector lo supiera, sería de algún modo la representación inmediata de ese pasado que nos produjo, a nosotros, nuestros hábitos, nuestras costumbres y nuestra civilización.» En estas pocas líneas, está todo dicho.

Con este aluvión editorial de *Memorias* frescas o refrescadas, se está todavía en el último momento en que las *Memorias* son la memoria. A partir de la publicación de la Sociedad de historia de Francia, luego del Comité de los Trabajos históricos, cuya creación se nutre sin embargo de ese universo mental,³⁰ se pasa a la historia docta. Por más interés o devoción que envuelvan luego el descubrimiento y publicación de *Memorias* de familia o de Estado, estas llevarán la marca de fidelidades particulares y ya no entrarán en el marco de una representación espontáneamente nacional. No hay comparación posible entre la publicación en 1829-1830 de las *Mémoires* de Saint-Simon por su sobrino nieto, el general marqués Rouvray de Saint-Simon, y la publicación monumental de Boislisle de 1879 a 1928. Menos todavía entre las de los *montagnards*, en el marco de la Sociedad de historia de la Revolución, y las de los girondinos, cuyos hijos y viudas llevaban al editor los manuscritos inconclusos y casi ensangrentados. Diferencia de edición, diferencia de público, pero diferencia seguramente más esencial. En esos años 1830-1848, se comprende la fina articulación, hecha toda de matices y sin embargo bien nítida, entre el surgimiento último de una memoria colectiva de la historia ardiente, constitutiva y reconstitutiva de la identidad nacional, y una memoria histórica docta de la colectividad nacional.

Ese momento de memoria, ese gran momento de las *Memorias*, constituye un punto de inflexión, una línea divisoria de las aguas y el derribo de una larga tradición. Efectivamente, desde el Renacimiento

se ha instalado el *topos* de que Francia no tiene historia ni historiadores dignos de ese nombre sino que tiene Memorias y que esas Memorias son nuestra tradición de la historia nacional. El tema circula a lo largo de toda la edad clásica, se podría hacer una antología fácilmente con él. «Francia hasta ahora tuvo muchos diarios y Memorias y ni una historia francesa», dice el padre Le Moyne en su tratado *De l'histoire* en 1670. Desde el *Methodus* de Bodin y el *Dessein de l'histoire parfaite* de La Popelinière en el siglo XVI hasta Fénelon y Saint-Évremond: («Hay que confesar que nuestros historiadores no han tenido más que un mérito muy mediocre»),³¹ hasta Voltaire: («No tengo otras Memorias para la historia general sino unos doscientos volúmenes de Memorias impresas que todo el mundo conoce»),³² los innumerables tratados de historia no dejan de lamentarlo: «La corte abunda en consejeros...» se burla Lenglet-Dufresnoy en su *Méthode pour étudier l'histoire* (1713).³³ Los historiadores de la monarquía parecen haberse rendido ellos mismos ante la evidencia. Hasta Mézeray, según su historiador Evans, habría tenido conciencia de su propia inferioridad con relación al tema,³⁴ o el padre Daniel, en el prólogo a su *Histoire de France* y aun más en su *Abrégé* de 1723. Y Boulainvilliers iba al fondo del asunto cuando, «después de tantas Memorias para una historia perfecta», anhelaba por fin «historias para una memoria perfecta». No parece una simple protesta de conveniencia sino una idea arraigada, a la que Chateaubriand, en un capítulo famoso de *Génie du christianisme*, dio su formulación definitiva que será repetida por todos lados literalmente: «¿Por qué los franceses solo tienen Memorias en lugar de historia y por qué esas Memorias son en su mayoría excelentes?» (III parte, 1. III, cap. IV.). «En todos los tiempos, aun cuando era bárbaro, dice, el francés ha sido vano, liviano y sociable; reflexiona poco sobre el conjunto de los objetos, pero observa con curiosidad los detalles y su golpe de vista es rápido, seguro y agudo: siempre tiene que estar en escena y no puede aceptar, aun como historiador, desaparecer del todo.» En síntesis, «las Memorias le dejan la libertad de entregarse a su genio». Ya apareció la palabra clave; por mucho tiempo quedará oficializada la explicación debida al carácter nacional. La misma con la que Cl.-B. Petitot justificará su emprendimiento ya desde su *Discours préliminaire*: «Se quejan de la sequedad de la historia de Francia y es lo que da tanto atractivo a las Memorias donde se encuentran los detalles que se añoran». Entre la historia noble, retórica y ciceroniana, el discurso adornado, la historia filosófica y las compilaciones oscuras de la historia anticuaria, la de los benedictinos de Saint-Maur o las memorias de la Academia de las inscripciones y de las bellas letras, la historia verdadera, la única historia, son las Memorias.

La brusca llegada de las publicaciones de Memorias y la entrada contundente de las Memorias en la escritura histórica marcan un momento bisagra en que memoria e historia se encuentran y se confunden. El

maridaje no va a durar, y con el advenimiento de la generación llamada «positivista», al término de la guerra de 1870, el vuelco se acelera a favor de la historia, cuyas Memorias se convertirán pronto en apenas una de las fuentes posibles, primero principal y luego secundaria. Desde el día en que la historia se transformó en balance crítico y tribunal supremo, se había terminado el privilegio de las Memorias; sobre ellas pesaba la duda general de la crítica. A los historiadores la recolección de las fuentes y el juicio inapelable, a los actores de la historia y a los servidores del Estado la producción del testimonio y la reseña circunstanciada de sus cargos. Pero esta distribución definitiva no puede hacer olvidar la importancia de este último cuarto de siglo, en que el vuelco se operó hacia el eje de las Memorias: la certeza de que hay que fundar la historia nueva sobre las Memorias, que todos podríamos conocer y publicar, última afirmación de ese antiguo hilo conductor —«Francia tiene Memorias, no tiene historia»— que cobró la fuerza de un estereotipo profundamente revelador.

Efectivamente, en esta primera fase de desarrollo de una historia crítica, la acumulación primaria del capital archivístico se hizo principalmente a partir de las fuentes narrativas. En resumidas cuentas, se tomó a las Memorias por archivos, en una gran confusión entre manuscritos y archivos, sin conciencia exacta de la especificidad de los archivos que se enviaban a las bibliotecas como si se tratara de manuscritos, cualquier manuscrito de Memorias era tomado como un archivo y cualquier cartulario como Memorias.³⁵ Guizot creía entonces no solo necesaria sino posible «una publicación general de todos los manuscritos importantes y aún inéditos sobre la historia de nuestra patria». Con una ingenuidad que a veces nos deja atónitos, creía, como lo indica su informe oficial del 31 de diciembre de 1833,³⁶ que «los manuscritos y monumentos originales que hasta ahora han sido dados a conocer no llegan a superar ni en número ni en importancia los que han quedado inéditos». En pocos años y con una buena organización gubernamental y créditos, se habría publicado la totalidad de la memoria nacional. Esta utopía de la exhaustividad invita a soñar. Sin embargo, la compartía con toda su generación; es la que impulsa toda su obra en la Instrucción Pública y que hace que el fragmento del libro III de sus *Mémoires* en que la expone sea una pieza aparte, un libro en el libro, un lugar de memoria en que se concentra un momento de la memoria nacional.

Pero, al mismo tiempo, el hecho de que la colecta archivística de la historia crítica se haya orientado primero hacia las Memorias, aunque las cosas se hayan dado así, no deja de tener significación para la relación de las Memorias individuales con la memoria colectiva, para la inscripción de la historia biográfica en la historia nacional y, por lo tanto, para las Memorias de Estado. Su importancia en Francia quizá no reside tanto en la dramatización política a la cual a menudo se ha

atribuido sino en un estilo muy particular de relación del individuo con la historia. Relación de filiación y de identificación, bloque de creencias cristalizadas en el que entran, en la misma constelación largamente solidificada, la epopeya, la nación, la elección y la prosa. Se las puede ver, mezcladas con la preeminencia de las Memorias, en una página elocuente de la *Introduction à l'histoire universelle* de Michelet: «Francia actúa y razona, decreta y combate; mueve al mundo; hace la historia y la cuenta. La historia es la reseña de la acción. En ningún otro lado encontrarán Memorias, historia individual, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Italia [...] El presente es todo para Francia. Ella lo capta con una singular vivacidad. Ni bien un hombre hace o ve algo, en seguida lo escribe. A menudo exagera. Hay que ver en las viejas crónicas todo lo que hace *nuestra gente* [...] Francia es el país de la prosa [...] El genio de nuestra nación no aparece en ningún lado mejor que en su carácter eminentemente prosaico». Conjunto fuertemente constitutivo de la conciencia misma de la tradición de las Memorias que delimita su campo, como aparece claramente en la única obra de conjunto sobre *Les Mémoires et l'histoire en France*, en la que Jules Caboche, en 1863, ya en el final del período que estamos considerando y en vísperas de los grandes manifiestos positivistas que van a formular la distinción definitiva, se esfuerza por extraer la significación histórica de «seis siglos de Memorias continuas». Caboche desestima cuidadosamente las autobiografías puras, las Memorias de alma, los relatos de infancia y los recuerdos particulares (Port-Royal, Marmontel, Lamartine, etcétera) para retener solamente «los severos cuadros de la historia», «los osados combates del honor y de la ambición», los lugares en que se disputan «el poder, el crédito, el favor», allí «donde hay un rey al que se sirve, un país cuya gloria se contribuye a expandir». Solo son Memorias las Memorias de Estado, contraparte íntima y humana a la permanencia y a la fuerza impersonal de las instituciones estatales cuya expresión más fuerte son la monarquía y la burocracia. Da por sentada la adaptación espontánea del género a «nuestro genio y nuestro carácter nacional, caballeresco e impulsivo, charlatán y concreto, impetuoso y liviano, sincero y vanidoso que dan a los franceses el privilegio de esas historias particulares e íntimas, humanas y casi domésticas». Es a través de ellas que puede darse una identificación profunda con nuestra historia, «somos todos Bayard, somos todos Pharamond, somos todos Joinville», que exclamaba en la batalla de Mansourah: «¡Por el amor de Dios, todavía lo seguiremos hablando en la habitación de las damas!».

Esta inscripción del individuo en el *epos* nacional se encuentra aún mejor expresada en el origen mismo del género y de la tradición, en ese siglo XII en que Guibert de Nogent, a quien se considera generalmente como el primer memorialista francés, resulta ser al mismo tiempo el autor de las *Gesta Dei per Francos*, que cuentan la primera cruzada, y

de su propia biografía, *De vita sua*, con una preocupación idéntica y duplicada por una historia particular irreductiblemente ligada a la historia general de la colectividad nacional. En el siglo XVI, Jacques Auguste de Thou renovó ese gesto inaugural. En su introducción, Guibert de Nogent confiesa que primero había querido escribir su historia de las cruzadas como una epopeya en verso pero que, pensándolo bien, la prosa le había parecido adecuarse mejor a la gravedad del tema.³⁷ Confesión fundadora. No habría Memorias sin la convicción subyacente, aquí claramente indicada pero en todos lados implícita, de la eminente dignidad de Francia y del destino excepcional que le estaba reservado. Todas las Memorias son la reunión de un *De vita sua* con unas *Gesta Dei per Francos*. La afirmación del individualismo, el nacimiento de una autobiografía moderna, el carácter irremplazable del testimonio existencial solo refuerzan ese sentimiento: las Memorias son la historia encarnada, la Francia múltiple y multiforme. Y ese sentimiento nunca es más fuerte que luego de las conmociones de su historia y de las convulsiones de su poder, la Liga, las guerras de religión, la Fronza, grandes productoras de Memorias; nunca más intenso que después de la crisis más grave de su historia, el gran corte de la Revolución y del Imperio, en ese período recapitulativo de toda la herencia perdida del Antiguo Régimen, que encuentra en el Chateaubriand de las *Mémoires d'outre-tombe* su orquestación mayor «vi morir y comenzar un mundo».

Apenas diez años separan las *Mémoires d'outre-tombe* (1848-1850) de las *Mémoires pour servir à l'Histoire de mon temps* de Guizot, cuyo primer tomo es de 1858. Diez años, y sin embargo dos épocas de las Memorias. Por un lado, la publicación póstuma y orquestada teatralmente; por el otro, la originalidad, reivindicada desde la primera frase, de «actuar de manera distinta a como lo hicieron varios de nuestros contemporáneos: publico mis Memorias mientras todavía estoy aquí para responder por ellas». Por un lado, la convicción íntima de ser en persona el mundo perdido de la aristocracia y la encarnación de la nueva meritocracia, que lo lleva a desplegar extensamente su genealogía, como en todas las Memorias aristocráticas, pero para terminar «estas recitaciones pueriles» con la frase lapidaria: «prefiero mi nombre a un título». Por el otro, saltarse completamente la infancia y la descendencia para arrancar abruptamente con su entrada en la vida pública: «Yo no había servido ni a la Revolución ni al Imperio». Por un lado, la obsesión de equiparar su yo íntimo y privado con la máxima referencia histórica de su generación, Napoleón, al punto de correr un año la fecha de su nacimiento para hacer de él, el emperador de las palabras, el contemporáneo exacto del emperador de las armas. Por el otro, la ambición dignamente limitada de escribir solo para justificar su acción y su causa: «Mi historia propia e íntima, lo que pensaron, sintieron y quisieron conmigo los amigos políticos con quienes he estado asociado, la vida de nuestras almas en nues-

tras acciones, puedo decir esto libremente, y es eso sobre todo lo que me interesa decir». Se podría proseguir fácilmente este juego de oposiciones entre el inventor de la literatura moderna al servicio del monstruo sagrado en que se está transformando con él la figura del «gran escritor» y el abogado, humilde y altivo, de una causa que lo supera, a quien Renan reconocía «un tono general de reserva y de discreción» que era para él «el verdadero estilo de los grandes asuntos»: ³⁸ «No me sustraigo al peso de mis obras».

Chateaubriand, Guizot: quedó hecho el reparto. En el medio tiempo del siglo, uno inaugura la producción desde entonces generalizada y regular de las Memorias al servicio democrático del Estado. El otro es por sí solo una memoria de las Memorias. Es el punto culminante de una época que ya pasó y clausura apoteóticamente, por lo demás caóticamente, lo esencial de sus tradiciones.

2. Las tradiciones de una tradición

En la formación de una tradición moderna de las Memorias, se pondrá el acento primero en el papel cristizador y fecundante de las Memorias de espada, de esos grandes señores feudales de las guerras y de las cortes que la monarquía tanto utilizó como combatió para terminar desechando y reduciendo. Memoria, lo único que les quedó cuando históricamente ya no les quedó más nada. ¡Al menos no les quitarían su pasado! Así que lo defendieron ellos mismos, aunque para ese último combate tuvieran que cambiar la espada por la pluma y «ensuciarse las manos en la escritura». Lo defendieron contra los historiadores oficiales. El cuidado de su honor, la justa ponderación de sus servicios y de sus sacrificios, no los dejarán en manos de los «*escollers*», de las plumas serviles de los historiadores a sueldo. ³⁹ Contra los artesanos y los cortesanos de las glorias de los reyes, las Memorias de los grandes se convierten en el último baluarte, la ciudadela del pasado. Fue en siete meses que Blaise de Monluc, destituido de su cargo y con el rostro destrozado por un arcabuz en la batalla de Rabastens, dictó la primera versión de lo que luego serían sus *Commentaires*, catálogo amargo y vengativo de sus cinco batallas campales, sus diecisiete asaltos a fortalezas, sus once sitios y sus razias de mercenario calumniado al servicio de la causa real y católica. Fue desde el fondo de la Bastilla que el mariscal de Bassompierre, furioso al leer la crónica de Simon Duplex, historiógrafo de Luis XIII, decidió escribir su propia versión de los hechos. Todas esas Memorias son requisitorias contra la ingratitud del destino y de la corte, cuya versión oficial reclama para sí la propaganda real. Retz no cesa de encolerizarse contra «la vanidad ridícula de esos

autores impertinentes», «nacidos en el gallinero y que nunca pasaron de la antecámara», contra «la insolencia de esa gente que es la nada», «almas serviles y venales que se jactan de no ignorar nada de lo que ocurrió en el gabinete». ⁴⁰

Marc Fumaroli, a quien debemos esa idea seminal, ⁴¹ muestra en forma contundente en qué clima teórico nació, entre 1555 y 1570, ese tónico de las Memorias de espada, conformado por las *Mémoires* de Martin Du Bellay, en el momento en que Bodin, en el *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* se erige en abogado de la «*historia nuda, simplex, recta et omnibus detractis ornamentis*»; en que los historiadores de la «historia perfecta» asientan la metodología de la escuela galicana sobre la crítica filológica y la jurisprudencia; en que Montaigne, en una página importante de los *Essays*, afirma que «las únicas buenas historias son las que fueron escritas por aquellos mismos que mandaban en los asuntos o que participaban en su conducción o al menos que tuvieron la suerte de conducir otros de la misma naturaleza» (I. II, cap. X). También echó luz sobre el clima de ajuste de cuentas y de justicia exacta, de contabilidad escrupulosa y de polémicas ardientes en el que se desarrolló el género, en los siglos XVI y XVII. Y cómo, sobre ese modelo y poco a poco, otros aluviones cayeron en todos los puntos de fricción del poder monárquico en pleno fortalecimiento y de una sociedad en plena división: «Monarquía contra Parlamentos, católicos contra protestantes, facciones literarias rivales, órdenes religiosas rivales, galicanos contra ultramontanos, en cada una de esas líneas de falla surge una familia de memorialistas discordantes». ⁴² Es en esas requisitorias vehementes, en esos alegatos contestatarios, que se sella y verifica el vínculo originariamente atestado por los diccionarios —de Furetière a Larousse y Littré— entre la memoria como escrito, en el sentido administrativo, judicial, financiero y más tarde científico del término, y las Memorias, «escritos por quienes participaron en los asuntos o fueron testigos oculares o que contienen sus vidas y sus principales acciones» (Furetière): ⁴³ un hombre cuyo compromiso personal es la garantía de la verdad, de su verdad. «Coloco mi nombre a la cabeza de esta obra, para obligarme más aún a no disminuir ni exagerar en nada la verdad» (cardenal de Retz).

Se encuentra allí, sin duda, el germen más vivo de las Memorias. Vuelve a estar en pleno siglo XVIII, en un hombre educado, cortesano y divertido como Choiseul, cuando el exiliado de Chanteloup, también gran señor del pasado y consciente de no «brindar un trabajo, ni Memorias en regla, sino ideas pasadas, tal como la memoria se las presentará», escribe a Voltaire (el 20 de diciembre de 1759): «Voy a consolarme [...] de la ambición, de la animosidad, de la crueldad, de la falsedad de los príncipes; el culo de mi amante me ayuda a olvidar todos esos objetos y aumenta mi desprecio por las grandes acciones de los personajes que tienen semejantes defectos». Las mejores Memorias son polémicas

existenciales y es altamente significativo que las ilustraciones más brillantes del género, Retz, Saint-Simon, Chateaubriand, vengan de nobles y nobles heridos en lo más profundo de su orgullo de casta, uno por el fracaso de la Fronda, otro por la sumisión a la que lo redujo el absolutismo monárquico, el tercero por el exilio de la tormenta revolucionaria. Todas las Memorias son, en lo más profundo, «Memorias de guerra», hasta las del Gran Condestable que citaba en el epígrafe de *Fil de l'épée* la frase de Shakespeare: «Ser grande es mantener una gran querrela».⁴⁴ Las Memorias son el aspecto simbólico de una lucha por el poder, por el monopolio del pasado y la reconquista ante la posteridad de lo que se perdió en la realidad. «No hay batalla perdida que no se vuelva a ganar en el papel», como muy bien dijo Albert Sorel.⁴⁵ En la desgracia política, la derrota histórica, el naufragio vital, al borde de la tumba, ante Dios o ante la Historia, el memorialista fuera del poder se vuelve juez del poder, responsable último de quién ha hecho qué. Todas las Memorias son ante todo anti-historia.

El interés estratégico de este modelo de espada, cronológicamente delimitado por las *Memorias* de Comynnes, las primeras bautizadas con ese nombre por su editor póstumo en 1550, y las de Retz por otro lado, es el de haber tenido que modificar de manera decisiva, en un período políticamente determinante, toda la herencia medieval para enriquecer sus datos y redistribuir las líneas de fuerza. La Memorias de espada enlazan, efectivamente, varias corrientes provenientes de la Edad Media, cercanas pero sin embargo diferentes. Estaba la tradición noble, que hacía *memoria*, antes de ser una historia, de los Sepulcros, análogos a los epitafios y a las efigies y destinados a perpetuar el recuerdo de las *virtudes*, acciones de los grandes hombres, títulos de las grandes familias de renombre y encargados de recordarlos a sus descendientes.⁴⁶ Había además muy escasos relatos de vida. Relatos de carácter religioso, como el de Guibert de Nogent; ya sea de carácter personal, como los que Abélard, Bernard de Clairvaux o Pierre le Vénérable entregaron a través de sus cartas; o de carácter militar, como el que Joinville habría utilizado, según sus historiadores,⁴⁷ cuando la reina Juana de Navarra le pidió que escribiera la vida de San Luis tras su canonización. Y finalmente estaba sobre todo la crónica,⁴⁸ género que se individualizó con relación a la historia en los siglos XIII y XIV y uno de cuyos signos de autonomía es precisamente el compromiso personal del autor, asegurado por una fórmula ceremonial como la que cierra el prólogo de la vida de San Luis: «En el nombre de Dios todopoderoso, yo, señor de Joyngville, senescal de Champagne, ordeno escribir la vida de nuestro santo rey Luis, lo que vi y oí durante los seis años que estuve en su compañía o peregrinaje de ultramar, y luego regresamos»; fórmula cada vez más jurídica que retomarán los historiadores oficiales, «comisionado, ordenado y diputado por el rey soberano señor», como dice el primero de ellos, Jean Chartier,

de cuyo nombramiento por Charles VII apenas regresado a París Bernard Guénéé señaló la importancia en 1437.

Todas esas tradiciones confluyen en el gran impulso de las Memorias de espada que, desde las guerras de religión hasta el fin de la Fronda, fundaron verdaderamente el género. Pero al transformar la tumba de la gloria pública en testamento del honor privado, al identificar violentamente a la historia verdadera con la que ellos hicieron, vista por sus ojos y oída por sus oídos, al no dejar a nadie más que ellos, o bien mandados y controlados por ellos, el cuidado de establecer el balance y el inventario, los grandes de la aristocracia feudal transformaron profundamente el sentido de la herencia. Y esa vehemente apropiación, esa poderosa privatización no solo contribuyó a la fijación de una tradición, sino que favoreció fuertemente su evolución en el sentido de una interiorización. Ya no se trata tanto de la gloria sino del honor, de la inmortalidad de la memoria sino de la salvación del alma, no tanto de la vida pública sino de la vida privada, no tanto del renombre abstracto sino de su familia y sus hijos, no tanto de la agitación del mundo sino de la educación moral y cristiana. El espíritu caballeresco del feudalismo decadente desplazó lo sagrado de la memoria oficial de la comunidad a la memoria privada de su linaje y de su familia. Ningún escrito salvo el testamento, que las memorias a menudo resultan ser en forma desarrollada, mantendrá con la muerte una connivencia tan íntima.⁴⁹ Lo que define el emprendimiento, genéticamente habitado por el escrúpulo de hablar de sí mismo, es por lo general una crisis grave, la recuperación tras una enfermedad, el duelo por un ser querido, un último deber al retirarse. Es ese patetismo el que hace olvidar la puesta en escena retrospectiva y todas las mentiras infligidas en nombre de una verdad que ya no tiene nada que esconder. Queda abierto el camino que, por un lado, va a permitir la asociación de las Memorias con los libros de familia; por otro, las va a transformar en una ascesis, un ejercicio espiritual, hasta una confesión. Un relato del mundo atravesado por la vanidad del mundo. Ambas corrientes se juntan, por ejemplo, en el comienzo típico de las Memorias de Robert Arnauld d'Andilly, autor de la traducción de las *Confesiones* de San Agustín, en las que cada palabra parece obedecer a un ritual codificado:⁵⁰ «Una vida tan larga como la mía, cuya mayor parte he pasado en la Corte donde he conocido a tantos grandes con quienes he estado completamente libre, me convenció tan fuertemente de la vanidad de las cosas del mundo que nada estaba más alejado de mi pensamiento que dejar algunas memorias relacionadas con mis allegados y con lo que me concierne en particular. Pero, no pudiendo resistir a la insistencia de mi hijo de Pomponne para que escribiera algo que pueda servirle a todos mis hijos para acercarlos a la Virtud con ejemplos domésticos e inspirarles el desprecio de los falsos bienes que la mayoría de los hombres idolatra tanto que no temen procurarlos en perjuicio de su honor y

de su salvación, me decidí finalmente a satisfacerlo y no relataré nada que no haya visto con mis propios ojos o que no me haya sido dicho por personas dignas de fe».

Este convencionalismo fúnebre, que en las Memorias de Port-Royal termina siendo penitencial y expiatorio, no puede apagar la frescura vital y lo maravilloso existencial que la propia nostalgia del pasado de esa matriz aristocrática legó al género. Todas las Memorias de espada son relatos de la edad de oro. La amargura de su motivación, el *memento mori* de su inspiración, la melancolía de su redacción logran hacer brillar más aún la extraordinaria alegría del recuerdo, sobre todo en el siglo XVI y en la primera mitad del siglo XVII.⁵¹ Las *Mémoires* de Castelnau, Beauvais-Nangis, Tavannes, Mergey,⁵² sin llegar al inicio hasta las de La Rochefoucauld, rebosan de ese «áspero sabor de la vida» del que hablaba Huizinga. Sol de las guerras de Italia, alegres masacres de las guerras de religión, andanzas funambulescas de la Fronda llenas de todas las aventuras de la política y del corazón, recuerdos dorados de una época loca, exuberante, de una nobleza violenta y voluble, que tendrán tanto éxito cuando, después de 1660, la pesada etiqueta de la corte las haga crecer, y que necesitarán de las excentricidades de la Regencia y de las imaginaciones románticas para resucitar. Este vigor de los recuerdos estalla aún más en las mujeres, quienes comienzan como guerreras, como M^{me} de Montpensier, y terminan como damas de la corte, como M^{me} de Motteville,⁵³ o, mejor aún, en las que siempre estuvieron alejadas, como esa amazona provincial de la Fronda que fue M^{me} de la Guette,⁵⁴ obstinadamente fiel al rey como Juana de Arco a Carlos VII, cuando atravesó Francia vestida de monje para recuperar a su marido que se había pasado del lado de Condé, y salvó al ejército de Turenne, apostada sobre un horno de cal. Desde Holanda, donde terminó refugiándose en lo de uno de sus diez hijos sobrevivientes, quiso ser de «esas pocas mujeres que se atreven a dar a conocer lo que les ha ocurrido» y «resucitar los encantos de [su] hermosa juventud». A esos grandes y a esos menos grandes hay que atribuirles el inconformismo y la libertad de tono de un arte que se pretendió sin arte. «Memorias, de todas las maneras de escribir la más sencilla y la más libre...», dice M^{me} de Caylus.⁵⁵ Un desenfreno, una naturalidad en el estilo que mucho hicieron para una definición negativa del género que equilibraba todos los posibles cambios inesperados...

Esa tradición nacida de la aristocracia feudal, polémica y guerrera no debe en efecto, disminuir el peso representado, en la sedimentación del género, por las Memorias de la corte. ¿Podrían concebirse hoy Memorias sin retratos, sin anécdotas, sin descripciones, sin su buena parte de confidencias y de rumores verificados o refutados, sin explicaciones psicológicas e históricas, sin preocupación por la puesta en escena, y

hasta sin «caracteres» y sin «máximas»? Si ese género sin leyes tiene sus pasos obligados, sus convenciones, sus costumbres y, para empezar, la del bien decir, lo debemos a la larga pregnancy de lo que Norbert Elias llamó la sociedad de la corte.⁵⁶

Desde el punto de vista cronológico, hay continuidad; desde el punto de vista de la dinámica de la memoria, el cambio es completo respecto a la tradición de las Memorias de espada. Ya no de las Memorias *contra* el poder del Estado, sino de las Memorias *del* poder del Estado. Ya no de las Memorias requisitorias, sino de las Memorias espectáculos y comentarios. Ya no de las celebraciones del pasado, sino, aun escritas en el pasado o en la denigración, de las celebraciones del presente. El fenómeno de la corte y la práctica de las Memorias son co-sustanciales; la Corte convoca a la memoria, pero no a la misma: una memoria esencialmente registradora y descriptiva. Mundo *centralizado*, jerarquizado, habitado por una luz focal pero constantemente cambiante, sacudido permanentemente y sobre el cual no deja de pesar, con un peso siempre infinitesimal, la presión de los clanes, de las alianzas, de las cábalas,⁵⁷ y por lo tanto de las traiciones, de las intrigas, de los complots; mundo en el que el mínimo gesto queda marcado con un significado irresoluble, sobre el cual planea en todo momento la sobreimportancia de lo no importante. Un mundo *fijo* que acarreó entonces, si no la aparición, al menos la promoción y generalización de todos los procedimientos vinculados al fijismo: el cuadro, la escena, la sentencia. Un mundo del *código* y de las leyes no escritas pero compartidas por todos, que implica el juego permanente de los aprendizajes y del desciframiento, de la interpretación y de la trasgresión. Un mundo del *teatro* y del *parecer*, que supone entonces los bastidores, el distanciamiento, la reserva, el exceso, la estrategia, y que convoca desde el comportamiento visible hasta los móviles ocultos, en una interrogación permanente sobre la naturaleza del ser. Un mundo *cerrado*, claramente cercado por fronteras externas —se pertenece a él o no se pertenece—, pero cuadriculado de fronteras internas móviles, variables al son del favor y del humor y que, por lo tanto, según los rangos y los días, hace y deshace micro-medios. Un mundo del gran mundo, donde los valores de la civilidad, del relacionamiento con los demás, de la conversación, del «ingenio» son superiores a todos los otros, pero requieren, por oposición, el retiro y la soledad, el sentimiento cristiano de la vanidad del mundo. Un mundo en fin, y quizá sobre todo, en que la sociedad política cruza y recorta a la sociedad mundana sometida al mismo régimen, de modo que las *Mémoires* del mariscal de Villars, militar y diplomático, y las de M^{me} de La Fayette, escritora y dama de la corte, no son más que las dos caras de un mismo sistema y expresan ambas con fuerza el mismo principio, que es sin duda uno de los que constituyen más fuertemente la tradición memorialista: una relación de marginalidad en el centro del poder y de centralidad en el medio del

poder. Todo en el fenómeno de la corte requiere las Memorias, pero en una relación totalmente diferente de las Memorias con la memoria. Hay que leer, por ejemplo, las *Mémoires* del duque de Luynes, bajo Luis XV, para medir el grado cero de esa memoria reducida al registro puro de los anales de la corte. Pero en el otro extremo, incluso en Saint-Simon, que lleva la lógica del sistema hasta su inversión completa y en quien se pueden encontrar todos los juegos de espejo posibles de la memoria, todos los enfoques retorcidos, oblicuos y penetrantes,⁵⁸ siguen siendo en lo profundo trazas de esa memoria de lo pormenorización. Aunque más no sea en la utilización decisiva del *Diario* de Dangeau y en la adopción formal del marco cronológico, como una solución improvisada.

Un universo semejante inscribe naturalmente a la escritura de las Memorias bajo el signo del secreto. Todas las dimensiones de las Memorias de la corte son finalmente reducibles a esa categoría fundamental. Si se toman los títulos exactos de las doscientas cincuenta y nueve Memorias relevadas por Bourgeois y André en *Les Sources de l'histoire de France* para el siglo XVII, casi todas prometen «detalles curiosos», «particularidades» o revelaciones sobre los reinos de Luis XIII, de Luis XIV o de sus principales personajes. Es la naturaleza misma del poder la que, también aquí, manda sobre la economía general del secreto. No hay Memorias sino un foco central de poder, poseedor y dispensador de todos los demás poderes. No hay Memorias, por lo tanto, sin secretos de Estado que de nuevo designen prioritariamente para escribirlas a los grandes, pero no los mismos ni por las mismas razones que los grandes feudales. Es la existencia superior del secreto de Estado la que, poco a poco, rige la disposición de las otras formas del secreto. Pues el secreto, en las Memorias clásicas, está lejos de limitarse a su dimensión política. Primero se adueña por oposición del reverso, disfrazado como el mismo abad de Choisy se disfrazaba de mujer,⁵⁹ travestido en secretos del corazón y en secretos de alcoba. Encierra un significado psicológico, moral, histórico. Escribir sus Memorias es explicar los grandes efectos por las pequeñas causas o, por el contrario, los pequeños efectos por las grandes causas; explicar a los hombres y comprender al hombre, revelar el «verdadero curso de las cosas». De allí el prodigioso enriquecimiento del repertorio que constituye el canon de las Memorias clásicas, desde el tratamiento de la escena hasta el arte del relato, puesto que el relato remite eminentemente a la psicología del secreto. De Retz a Saint-Simon, se asiste a su desarrollo y refinamiento.⁶⁰ Retz tiende a oponer los retratos, como el de Richelieu y el de Mazarin, o a yuxtaponerlos, como cuando no duda en presentar a los diecisiete futuros conjurados con fuerza y de pie: «Sé que a Usted le gustan los retratos [...] esta es la galería en la que las figuras aparecerán ante usted en toda su dimensión y donde le presentaré los cuadros de los personajes que verá más adelante en acción».⁶¹ Saint-Simon, al contrario, en cuya obra se han contado no

menos de dos mil cien, pero que extrajo su conocimiento de la teoría de los retratos desde el *Recueil de Mademoiselle*⁶² en 1659, los desparrama, los destila y los profundiza al ritmo de la acción, hasta convertirlos en un instrumento de una precisión insuperable. Pero el secreto, el verdadero, el grande, el esencial, es el que atañe a la redacción misma de las Memorias y que se ha convertido en la condición de su posibilidad. Una vez más, es en Saint-Simon donde aparece más claramente. El pasaje merece ser citado:⁶³

Esta lectura de la historia, y sobre todo de las memorias particulares de la nuestra de los últimos tiempos desde Francisco I^o que hacía de mí mismo, me dio ganas de escribir acerca de aquellos a quienes vería, con el deseo y la esperanza de servir para algo y de conocer lo mejor posible los asuntos de mi época. No dejaron de presentarse los inconvenientes en mi mente; pero la resolución bien firme de mantener el secreto para mí solo me pareció remediar todo. Las empecé entonces en julio de 1694, siendo maestre de campo de un régimen de caballería a mi nombre, en el campo de Ginsheim, en el Vieux-Rhin, en el ejército comandado por el mariscal duque de Lorges.

Pasaje asombroso en muchos aspectos. Primero por su simplicidad, cuando se piensa en la complejidad arborescente que cincuenta años de elaboración continua terminaron dándole a su proyecto. Pasaje revelador también del mecanismo de la memoria clásica: ¡Saint-Simon habría comenzado sus *Mémoires* a los diecinueve años! Precocidad sin duda única y que bien señala, hasta en el memorialista cuyo genio maniaco y demiórgico llevó a la «corte» a la intensidad de una entelequia alucinatoria, la adecuación natural del fenómeno y de su expresión. Pero pasaje más asombroso aún por el ensamblaje, congénito según él, entre el proyecto en su inmensidad y el secreto en su radicalidad.

Lo esencial de las Memorias de la corte está en otro lado sin embargo: en el vínculo, definitivamente establecido, y prometedor de intercambios que ya no se detendrán, entre las Memorias y la literatura. En la formación misma de la estética clásica, entre 1660 y 1680, fue el cuadro de las Memorias, con todo lo que ese término comprendía de referencias a la simple verdad y a lo natural, el que le dio a la novela sus soluciones y el punto de partida de su emancipación y de su definición moderna. Se sabe el papel que jugó en *La Princesse de Clèves* y la carta famosa de M^{me} de La Fayette a Lescheraine,⁶⁴ en la que la futura autora de las *Mémoires de la cour de France* decía de su novela que «era una perfecta imitación del mundo de la corte y de la manera en que allí se vive. No hay nada novelesco y afectado; por ende, no es una novela, son propiamente memorias». La novela, tal como la entendemos desde entonces,

se constituyó a partir de la misma «célula madre» que las Memorias auténticas.⁶⁵ La línea divisoria que separaba cuidadosamente Memorias y novelas, las primeras centradas en el relato autobiográfico e histórico, las segundas en el relato de imaginación barroco, heroico o pastoril, se esfuma para pasar, desde entonces, ya no entre dos géneros, sino entre dos géneros de género: las novelas y Memorias más orientadas hacia el análisis, la penetración psicológica fina, el relato personal, la vida psíquica y las emociones individuales; las novelas dedicadas por otro lado a la descripción realista y sociológica, en que prevalecen el relato pintoresco y el reportaje documental. De las Memorias, la novela tomó prestada la fórmula al punto de vaciar a la palabra de sus referencias precisas y subvertir su significado. Desde Courtlitz de Sandras, que se ingenió para entreverar todas las pistas,⁶⁶ solo sirve para sostener embustes y para mezclar lo falso con lo verdadero: de 1700 a 1750 se computan más de dos mil novelas escritas en forma de Memorias.⁶⁷ Acerca de estas evoluciones, los excelentes trabajos de los historiadores de la literatura Georges May, René Démoris, Jean Rousset, Marie-Thérèse Hipp aportaron importantes esclarecimientos y a ellos remitimos,⁶⁸ por retener solo aquello que interesa directamente a nuestro propósito: el hecho generalizado y simple, pero inquietante sin embargo, de que los tres memorialistas más grandes de los siglos XVII, XVIII y XIX estuvieron también entre los literatos franceses más grandes, los tres obsesionados por una grandeza política de la que solo conocieron las migajas y en cuya carrera la redacción de las *Mémoires* fue a la vez periférica y absolutamente central. Lo que hace, efectivamente, que las *Mémoires* de Retz, de Saint-Simon y de Chateaubriand sean Memorias de Estado, en el sentido pleno de la palabra, no son las responsabilidades públicas que asumieron en ese momento, exagerando más o menos su importancia, sino su relación personal con el poder, con la política, con el Estado, hecha de identificación absoluta y de distancia radical, de aptitud imaginaria y de incapacidad casi voluntaria. Tres fracasados superiores de la política habitados por un *ego* que los iguala a los locos más grandes del poder, Retz a Richelieu, Saint-Simon a Luis XIV y Chateaubriand a Napoleón, pero a salvo del fracaso, a diferencia de sus *alter ego* cuyas Memorias no son esenciales a la gloria, gracias a la obra de arte literaria de sus Memorias. Es la aplastante superioridad de su triunfo literario el que, paradójicamente, los integra en el mismo nivel al sistema de las Memorias de Estado, de las que son incluso los garantes y los pilares pues, sin ellos, este sin duda no existiría.

Es bajo la influencia de tres grandes hechos que el término «Memorias» tomó su acepción contemporánea: la profundización del análisis del yo, la desaparición de un tipo de poder de derecho divino y la aceleración

brutal de la historia. Tres hechos íntimamente ligados entre ellos a fines del siglo XVIII y que fijaron definitivamente el género en su tradición democrática.

Para que haya Memorias en el sentido moderno, extensivo y limitativo de la palabra, primero tiene que haber fractura del marco social tradicional y advenimiento del individuo, no en el sentido psicológico, sino en el sentido social, en el sentido tocquevilliano de la igualdad de condiciones. Las Memorias le darán un lugar a la psicología, pero limitado y solo determinado por las necesidades de la definición social. No es más que un elemento de la indispensable identidad del memorialista, una ilustración de la carrera política y administrativa; pero, en cuanto esa identidad psicológica se vuelve objeto mismo de las Memorias, nos deslizamos hacia la autobiografía, que Georges Gusdorf mostró en páginas relevantes como la culminación de un vasto proceso de democratización.⁶⁹ Para que la distancia respecto a uno mismo parezca merecer el análisis, para que la faceta puramente privada de la existencia tenga realmente interés, para que la rememoración pueda ser continuada por sí misma, tiene que intervenir la movilidad social. De lo contrario, los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, los de Renan y de tantos otros tras él no podrían concebirse. Las investigaciones de Jacques Voisine lo han mostrado con precisión:⁷⁰ fue en 1856 que el *Dictionnaire de l'Académie* adoptó el término «autobiografía» en su sentido actual, como un neologismo, y Littré, en 1863, al consagrar con retraso y reticencia el desarrollo de un género al que las *Confessions* de Rousseau dieron una orientación decisiva y perfectamente consciente.⁷¹ En el preámbulo del manuscrito denominado «de Neuchâtel»,⁷² Rousseau anuncia claramente que la historia de su vida no será una novela ni un retrato: será la vida, no de un gran personaje «por el rango y por el nacimiento», sino de un hombre del pueblo que tiene «la fama de las desgracias». Será una historia interior, en la cual «el encadenamiento de las ideas y sentimientos» sustituirá a la cronología de los «sucesos exteriores», que no le interesa más que en la medida y en la manera en que lo afectaron. Quiere «volver [su] alma transparente a los ojos del lector», en una vehemente predicación secularizada. «Y que no se objete que, no siendo un hombre del pueblo, no tengo nada para decir que merezca la atención de los lectores [...] Cualquiera sea la oscuridad en la que he podido vivir, si pensé más y mejor que los Reyes, la historia de mi alma es más interesante que la de ellos.» Una historia, por lo tanto, del individuo.

Pero la incertidumbre de la autobiografía es tal aún en la primera mitad del siglo XIX que la *Vita* de Alfieri en 1810 y *Dichtung und Wahrheit* de Goethe, que también jugó un papel determinante en la formación moderna del género, todavía fueron traducidos bajo el título de *Mémoires*. En lugar de ese nombre Lamartine, en cambio, prefiere *Confidences*, mientras que George Sand, discípula de Rousseau sin embargo y editora

de las *Confessions*, vuelve a *Histoire de ma vie*. No importa aquí la cronología exacta sino el sentido del movimiento: la fijación de la autobiografía en el sentido de una historia interior,⁷³ psicológica y literaria, va a remitir definitivamente a las Memorias al relato lineal de una historia exterior. Dignidad, pero imperfección de las Memorias, cargadas todas de una solemnidad histórica y de una ilustración social que las hace insulsas. No resplandecen con las complejidades y visos de la psicología de las profundidades. No se estremecen tampoco con el patetismo de los humildes, quienes no tienen derecho, por cierto, más que a «relatos de vida», como Agricol Perdiguier, pero representan una contra-memoria de la base que hoy nos parece mucho más interesante.⁷⁴ Ni *L'Âge d'homme*, de Michel Leris, ni Martín Nadaud, albañil de la Creuse: las Memorias se volvieron en la época democrática el estadio elemental de la autobiografía. Pero la autobiografía las hizo aparecer al mismo tiempo como basadas sobre presupuestos elementales y hasta triviales, cosa a la que están lejos de limitarse. Se trataba de notables, quizá, pero cuya carrera abarca un largo período y se carga, a través suyo, de una historia exterior a sí mismos.

Pues lo exterior no ha dejado de prevalecer, en una precipitación histórica que, a su vez, no dejó de multiplicar los teatros de lo memorable. Memorias testimonios: la era democrática hizo de las Memorias un periodismo del interior del poder. Allí está quizá lo esencial. El derrumbe de un poder monárquico de derecho divino, de un monopolio estatal de la memoria contra el cual o en cuyo interior habían proliferado las Memorias, dominadas por las Memorias de Estado, borró definitivamente la frontera que deja fuera de su órbita a las Memorias de tipo periodístico. Esas Memorias diarios siempre existieron, desde el Burgués de París en el siglo XV, Pierre de l'Estoile en el XVI o, no tan diferentes, Tallemant des Réaux o Sébastien Mercier. La crónica, recientemente recuperada, que Pierre-Ignace Chavatte,⁷⁵ obrero textil de Lille, registró durante toda la segunda mitad del siglo XVII responde a la misma entusiasta curiosidad y a la misma tenacidad para el apunte. El rumor, la anécdota, la crónica policial, el tiempo que pasa, el precio de la vida, la aventura de lo cotidiano, los trabajos y los días. Ese tipo de «crónica memorial», como la llama Chavatte, representó durante mucho tiempo el reverso de las Memorias de Estado. Nace en medios sociales que le son extranjeros, urbanos, burgueses, populares; supone una forma completamente diferente de memoria, la captación de lo instantáneo; no recoge del poder más que los ecos lejanos, retransmitidos con espíritu temeroso, pasivo o crítico. La mezcla de amabilidad y de grosería, la pasión por el detalle verdadero les confieren interés. Son Memorias de opinión. El siglo XVIII las había visto multiplicarse, con el desarrollo de París y el nacimiento de una fronda intelectual. Ese «espíritu público»⁷⁶ se expresa plenamente en las Memorias de Buvat, copista de la Biblioteca del Rey, bajo la pluma de abogados como Mathieu Marais y sobre todo el excelente Barbier, quien no tiene

igual para glosar sobre las disputas del Parlamento y de la Corona, o aún en los treinta y seis volúmenes de las *Memorias secretas de la república de las Letras*, siendo los cinco primeros de Bachaumont. El formidable ímpetu de la Revolución, el desmoronamiento del poder monárquico de derecho divino, la ampliación brutal del espacio público, la precipitación del ritmo de los acontecimientos hicieron que ese modo menor cambiara repentinamente de escala para pasar a darle una dimensión central. Compárese, por ejemplo, los *Souvenirs* de M^{me} de Caylus y los de la condesa de Boigne,⁷⁷ en el orden mundano, o, en el orden intelectual y literario, las *Mémoires* de Bachaumont y las de Rémusat,⁷⁸ y se verá fácilmente cómo, a un siglo de distancia, el componente periodístico se integró para siempre a la tradición preponderante de las Memorias.

El advenimiento de la democracia implicaba entonces, en su principio mismo, una redistribución definitiva del género, la generalización y diversificación al infinito del acto autobiográfico, al mismo tiempo que una redefinición de las Memorias por la política. La palabra quedó rápidamente connotada con el Estado: su vida, sus instituciones, sus partidos, su diplomacia, sus estrellas o sus simples actores, en una jerarquía de intereses que se adapta bastante a la jerarquía de las responsabilidades. Pero al volverse casi funcional, el ejercicio perdió en calidad lo que ganó en cantidad. La división política del Estado amontona todos los días, entre el barullo de la actualidad mediática y el trabajo crítico de los universitarios, una capa cada vez más espesa de testimonios individuales que timonean la historia. Los contemporáneos se dieron cuenta muy rápidamente de la degradación y contagio del fenómeno. «El tiempo en que vivimos necesariamente tuvo que darle a las memorias numerosos materiales», comprueba Chateaubriand en el prefacio de *Études historiques* (1831). «No hay nadie que no se haya vuelto, por lo menos por veinticuatro horas, un personaje histórico y que no se haya creído obligado a enterar al mundo de la influencia que ejerció sobre el universo.» Parecer compartido por los historiadores de la literatura: «Las Memorias del siglo XIX, escribe Frédéric Godefroy,⁷⁹ salvo pocas excepciones, no destacan sino a orgullosas personalidades, debido al afán por absorber los acontecimientos en su propia existencia o por abandonarse, para retener su papel, a generalidades históricas que todos conocen». Una iniciativa como la de Petitot es hoy impensable. El tiempo en que empezó a dejar de ser posible es precisamente aquel en el que la llevó a cabo. La noción misma de «Memorias de la historia de Francia» se ha disuelto, dispersado hasta el agotamiento en el día a día de la política. Y es ese agotamiento el que permite percibir hoy la especificidad del fenómeno y la originalidad de una tradición. Las Memorias de los hombres de Estado han quedado atascadas en la prosa del poder. Fueron necesarios De Gaulle y su excepcional destino para que se iluminara, en ese último destello, la poesía retrospectiva de la memoria de Estado.

3. *Memorias de Estado, memoria del Estado*

Es retrospectivamente, en efecto, que aparece en forma singular e históricamente reveladora, la magia que solo un pequeño número irradia: aquellos que, de Sully a De Gaulle, de Richelieu a Napoleón, fueron o supieron convertirse verdaderamente en la expresión del poder, la encarnación de un momento del Estado, la historia en marcha, y cuyas Memorias, que tanto hicieron para la suya propia, quedan como fragmentos de la nuestra. Están aparte, son centrales. Pues, de las tres tradiciones formadoras de las Memorias que han sido identificadas y que son responsables de su proliferación nacional, cada una, como se ha visto, es la expresión de una figura del Estado, pero ninguna es su epicentro: la primera, la de las Memorias de espada, se arraiga en una reacción contra el Estado; la segunda, la de las Memorias de la corte, se desplegó en una dependencia marginal a la incumbencia del Estado; y la tercera, la tradición democrática, está ligada a la dispersión del poder del Estado y a su posesión pasajera. Memorias de Estado lo son todas y sin embargo ninguna lo es: relatos del poder, pero indirectos. ¿Qué ocurre con ellas cuando es el poder el que habla?

La fuerza de identificación y de encarnación de esas Memorias proviene de un desfase decisivo con las Memorias comunes. Desfase implicado por su propia ambición y su situación histórica —grandes escritores, ministros que asumieron el poder por la confianza de los reyes o poseedores del poder supremo por derecho divino, revolucionario o electivo—, pero que solo termina con las contradicciones propias de ese género personal para remplazarlas por otras. Todas las memorias conocen, en efecto, una mezcla de apagamiento y de sobreafirmación de lo individual, un juego imponderable de la ausencia de sí y de la sobredeterminación de la presencia de sí. Todas están habitadas por una dialéctica sutil de la legitimidad y de la ilegitimidad —«¿debo tomar la palabra, puedo no tomarla?»—, y todas resuelven ese dilema solo mediante un arsenal de motivos codificados y una gama de pretextos, cuyo repertorio podría agotarse con apenas una comparación sistemática de los prólogos. Todas, finalmente, remiten a un tipo tradicional que dicta un estilo del recuerdo y deja al autor la elección de lo que quiere recordar o callar: libro de familia o libro de retiro, Memorias documento o Memorias testimonio, Memorias justificación o Memorias confesión, Memorias testamento o Memorias realización. Aunque la mayoría mezclen varios de estos tipos particulares. Las Memorias nobles trascienden todas estas categorías regionales y gozan de una fuerte legitimidad de principio. La *captatio benevolentiae* no es necesaria. En cambio, como nadie ignora la versión externa de los hechos, que es un paso obligado, es la versión interna la que se espera del autor, quien a su vez sabe que estará obligatoriamente controlada. El memorialista noble también

sabe que no puede jugar con la distancia entre lo que hizo y el hombre en el que se convirtió: sus Memorias pertenecen al acto, del cual son la versión *ne varietur*. En última instancia, los grandes memorialistas de Estado no son más que sus Memorias. Algunos, como Sully, hasta tuvieron la suerte de que la destrucción de una parte de los archivos administrativos haya limitado a los historiadores, hasta un período reciente, al simple registro de su versión de los hechos.⁸⁰ ¿De lo contrario, habría un mito de Sully, vivo y conmemorado hasta el régimen de Vichy?⁸¹ Pero la observación vale prácticamente para todos; ¿qué serían Comynes y Retz sin sus Memorias, e incluso Napoleón o Chateaubriand? El descubrimiento póstumo del diario⁸² de algunos personajes de Estado, aun secundarios, como Vincent Auriol, transformó completamente su figura histórica.

La adecuación absoluta del autor a su tema, del yo a la historia y del testigo al actor dan al «yo» de las Memorias del Estado un estatuto fuertemente ambiguo y problemático. La primera persona debe convertirse casi en una tercera persona. Ya no es el «yo» escrutador de la autobiografía en busca de sí mismo y de su propio pasado, de su propia coherencia artificial, sino el «yo» impersonal y ultra-personal, carnal y desencarnado del personaje histórico, el héroe de una autobiografía de nombre colectivo. Malraux tiene un buen pasaje sobre De Gaulle y su relación con el personaje simbólico cuyas Memorias escribe, «donde Charles no aparece nunca».⁸³ Ese personaje sin nombre de pila de las *Mémoires* habría nacido, según confiesa el propio general, de las aclamaciones que saludaron su regreso y le parecieron no estar dirigidas a él. «Las futuras estatuas poseen a quienes son dignos de estatuas.» Luis XIV y Napoleón hicieron mejor aún: solo tienen nombre de pila. El hombre privado en el primero coincide exactamente con el hombre público y las famosas familiaridades del emperador pertenecen a su imagen de aventurero coronado. Las fuertes encarnaciones se obtienen al precio de las grandes desindividualizaciones, las identificaciones extremas se pagan con el abandono de la persona en beneficio del personaje. De allí esa combinación asombrosa, en las grandes Memorias de Estado, de proximidad identificatoria con el otro y de distancia consigo mismo. No hay diálogo con el lector, como en Rousseau, no hay mirada divina, como en San Agustín: un yo igual a sí mismo y a lo que los demás esperan de él. Para esta alquimia, la simple posesión de poder no alcanza en absoluto: no lo lograron ni Poincaré ni Auriol, cada uno en su *Diario*. En cambio, con *Fils du peuple*, la autobiografía a medida que Fréville compuso para Maurice Thorez,⁸⁴ las Memorias de contra-Estado alcanzan los mecanismos de las Memorias de Estado, al precio de contra-verdades que terminaron por volver al libro imposible de reeditar.

Las grandes Memorias del Estado solo escapan entonces a las contradicciones internas del género para volver a encontrarlas en el nivel

superior, en un grado de intensidad que altera sus datos y transmuta sus implicaciones. En ese sentido, constituyen la cumbre del género, su punto de culminación soberana, su perfecta realización y su legitimidad suprema. Pero, al mismo tiempo, son su completa inversión y componen una serie de excepciones, de elementos aparentemente incomparables entre sí. Cada uno bucea en su universo histórico particular, emana de personalidades excepcionales por definición. Cada uno es por sí solo su propio género puesto que todos pertenecen solamente al único cuyo secreto no pertenece a nadie: lograr su salvación histórica. Condenados entonces a la originalidad absoluta, incluso subrayada por la disparidad misma de los títulos: *Économies*, *Testament*, *Instructions*, *Mémorial*, *d'outré-tombe*, como si la palabra misma «Memorias», cuya adopción o rechazo siempre es descriptiva, trivializara el propósito para reducirlo a un modelo gastado, o voluntariamente referencial y la primera de las tareas consistiera en sacrificarse a él huyéndole; o más bien como si la sumisión implícita a un modelo implicara desmarcarse de él.

De allí la importancia de las modalidades y procedimientos mediante los cuales esas Memorias aseguran su diferencia radical. La gama es de una infinita variedad. En los grandes literatos es, evidentemente, un juego de espejos sutil y complejo con su propia memoria, tal como lo han analizado, en particular para Retz y Saint-Simon, los historiadores de la literatura.⁸⁵ Pero para los políticos, el desfase pasa, según las épocas y los tipos de hombres de Estado, a veces por la originalidad de la técnica, otras por la legitimación de la inscripción individual en la historia, otras por el carácter excepcional del estatuto mismo de las Memorias. Expliquémonos en detalle.

Técnicas narrativas. No era extraño, sobre todo hasta fines del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, que grandes señores, por toda clase de razones relacionadas con el orgullo de casta, la falta de costumbre, la modestia de fachada, la falsa imitación de los historiadores, la facilidad de encargar a otros su propio panegírico, mandaran hacer sus Memorias y abandonar la pluma a subalternos al punto de no tener nada que ver personalmente. Es el caso, por ejemplo, del duque de Rohan, de los mariscales d'Estrées y du Plessis, de Gramont, de Gaston d'Orléans. Algunos han ocultado tanto las pistas que resultan acrobáticas las atribuciones e incierta la lectura: esas Memorias que no quieren declararse como tales disocian hasta tal punto al narrador del personaje que ya no se sabe quién habla. El uso de una redacción por ayuda interpuesta estaba tan bien establecido que en 1675 todavía, cuando M^{me} de Sévigné desea que Retz comience sus Memorias, lo incita a «escribir» o a «hacer escribir» su historia, siendo las dos expresiones visiblemente equivalentes para ella. Es así que Simone Bertière habla de «Memorias sin prime-

ra persona».⁸⁶ ¡Qué diferencia, sin embargo, entre esas autobiografías indirectas y la asombrosa puesta en escena a la que recurrió Sully! Sentado majestuosamente en la gran sala de su castillo,⁸⁷ el señor de Sully, mudo, escucha y aprueba el relato de su carrera política redactada para él por sus cuatro secretarios, ante quienes consiente en «rememorarse». Como dice Sainte-Beuve, «se hace restituir sus recuerdos bajo forma obsequiosa y, por así decirlo, bajo cuatro incensarios; asiste bajo el palio y escucha con complacencia sus propios ecos».⁸⁸ Sully los conoce muy bien: «Rememoraremos entonces a su grandeza que el Señor vuestro padre tenía cuatro hijos...» Esta ficción narrativa permite todas las digresiones, los detalles, los silencios, las jugarretas y los arreglos de cuentas; le permite al ministro en desgracia, con la ayuda de documentos y cartas, pulir y repulir sus odios y sus desprecios y monologar durante treinta años su propia gloria entremezclada con la de Enrique IV y la de Francia. Lo cual no le impide, en su «Aviso al lector», como apunta maliciosamente Fumaroli, enumerar las «trece reglas» de imparcialidad del historiador, que está convencido de haber respetado...⁸⁹

Pero hay otras estrategias narrativas, más fecundas, como el papel mediador que Retz le hace jugar a su «confidente», ya se trate de M^{me} de Sévigné, de M^{me} de Caumartin, de M^{me} de La Fayette o de M^{me} de Grignan.⁹⁰ Todos los memorialistas que lo precedieron también habían asegurado no escribir más que para sus familias o para sus amigos, o por alguna invitación que no podía rechazarse. Así, Commynes solo había comenzado sus Memorias, dice, a pedido del arzobispo de Viena, Angelo Cato, aunque las haya continuado mucho después de la muerte del solicitante y su texto pruebe que, más allá de su destinatario inicial, se dirigía más a menudo a los príncipes.⁹¹ La petición de principio forma parte de la convención. «Señora, comienza Paul de Gondi, pese a todo el rechazo que siento en darle la historia de mi vida, que estuvo agitada por tantas aventuras diferentes, sin embargo, como usted me lo pidió, le obedezco, en detrimento de mi propia reputación. Los caprichos de la fortuna me hicieron el honor de [cometer] muchas faltas; y dudo que sea acertado correr el velo que cubre una parte de ellas. No obstante, voy a ilustrarla crudamente y sin rodeos de las particularidades más pequeñas, desde el momento en que comencé a conocer mi estado; y no le ocultaré ninguno de los pasos que he dado en todos los tiempos de mi vida.» A partir de este exordio inaugural, ya menos trivial que una simple invocación protocolar, ¿qué recursos el punto fijo de esa mirada femenina, imaginaria o real, imperativa y seductora, no le dio a esa vida dividida entre la vocación del hombre de espada, del hombre de Estado y del hombre de Iglesia?⁹² Destinatario único, representante de todos los públicos, piedra de toque interior, espejo íntimo, trampolín en el que el autor viene periódicamente a alimentar su elocuencia, su libertad de palabra, su gozo de decirse, la «confidente», a quien Retz

supo convertir en instrumento mismo de la completa renovación del género, juega en la construcción de las Memorias un papel tan fundamental como el narrador en la arquitectura de *À la recherche du temps perdu*. Es el mismo tipo de giro en la explotación de un procedimiento común que le da al *Testament politique*⁹³ de Richelieu —cualquiera sea la parte que le corresponda al padre Joseph— su fuerza encarnadora de la potencia de Estado, mucho más que a sus Memorias propiamente dichas, amplio relato cronológico hecho de materiales arbitrariamente agregados y de fragmentos de circunstancias, como *L'Histoire de la mère et du fils* (1600-1623) y la *Succinte Narration des grandes actions du Roi* (1624-1639). Testamento: la palabra pertenece a un género que no es exactamente el de las memorias, aunque cercano, y muy difundido en los siglos XVI y XVII. La época misma de la redacción del *Testament* de Richelieu (sin duda 1637) dio dos ejemplos notables: las *Instructions* a sus hijos del canciller Hurault de Cheverny publicadas por su hijo en 1636 y que sirvieron de modelo al *Testament* de Fortin de La Hoguette, *ou conseils fidèles d'un bon père à ses enfants* (1649), que tuvo dieciséis ediciones en el siglo XVII.⁹⁴ Mensaje social de comportamiento en la corte y en el mundo, mensaje estrictamente familiar y destinado a un uso privado, mensaje moral y cristiano de una preparación a la muerte: el *Testament* de Richelieu se inspira en un género que se volvió la expresión misma de la vida privada para llevarlo de golpe a la dimensión de un Príncipe, de la Monarquía o del Estado; lo sustrae a su significación íntima y a su experiencia particular para cargarlo con la gravedad del público y armarlo con esas *Maximes* que le dan su valor y que, al parecer, ya había recogido antes de modo independiente.

Distancia absoluta respecto a las Memorias de Estado: nunca brilló más, para darle su originalidad radical, que en los dos superpoderosos de la historia de Francia, Luis XIV y Napoleón, entre los cuales se impone la aproximación, precisamente porque se oponen los medios de identificación. De entrada, un hecho sorprendente: de Napoleón, nacido escritor, émulo de César, y desocupado a la fuerza, se podrían haber esperado Memorias; no las escribió personalmente, las habló involuntariamente, conscientemente a medias, por interposición interlocutor. A Luis XIV, quien podría haber prescindido de ellas por principio —¿acaso el sol ilumina sus propios rayos?—, se le ocurrió en cuanto asumió el poder personal en 1661 y se esmeró en ellas desde 1666, convencido de que los reyes «deben, por así decirlo, rendir cuentas públicas de todas sus acciones a todo el universo y a todos los siglos».⁹⁵ Y cualquiera sea la contribución de Colbert, del presidente de Périgny, preceptor del Delfín, de Péllisson, de su secretario Rose, en la redacción de los dos fragmentos continuados de los años 1661-1662 y 1666-1668 que nos quedan, los manuscritos muestran el cuidado con el que el monarca verificó cada palabra, asumiendo toda la responsabilidad. Sin embargo, no es ese

contraste el que más llama la atención, ni lo que da a esos dos textos extraños su carácter plenamente ejemplar. Esa ejemplaridad les viene de la adecuación perfectamente exacta entre el método, inmediato en un caso, mediato en el otro, y la imagen del Estado que quisieron dejar. Las Memorias de Luis XIV son un balance en caliente. Nacieron de la orden de establecer informes de los consejos, primero dada a Colbert, quien de inmediato comenzó un «diario hecho cada semana de lo que pasó para servir a la historia del Rey»; cuando deja de colaborar en 1665, el propio Luis XIV toma apuntes a mano en hojas sueltas; cuando empieza a dictar, el 14 de febrero de 1666, trata sobre el mes de enero y principios de febrero. Esta tarea, que solo interrumpirá en 1672 a comienzos de la guerra de Holanda y no retomará más que en forma esporádica, es la ilustración misma de la idea que Luis XIV se hacía del «oficio» de rey, «grande, noble y delicioso cuando uno se siente digno de cumplir con todas las cosas para las cuales se compromete». La consignación instantánea por el Príncipe de los altos acontecimientos traduce la profesionalización del ejercicio monárquico. Es la imagen misma del absolutismo y el Delfín, a cuya instrucción estaban destinadas inicialmente esas Memorias, representa la figura única y concreta de los súbditos, a quienes «en el fondo, con el giro de una frase, se busca complacer». De allí el retrato ligeramente pedagógico del Príncipe consagrado, que las *Mémoires* tienen como fin último retratar: orden, sentido común y grandeza de alma. La imagen que Napoleón hizo dejar de sí mismo a través de Las Cases⁹⁶ es, por el contrario, completamente involuntaria y retrospectiva. Se abrió en confidencias ante un desconocido, de quien no podía saber muy bien lo que haría con ellas, un hombre que ni siquiera era un familiar suyo, un noble emigrado a quien nada designaba para seguirlo hasta el otro lado del mundo pero que, por casualidad y por suerte, tuvo la habilidad de captar y respetar lo importante en sus machaqueos insistentes de exilado mientras que los otros compañeros, Montholon y Gourgaud, creían que alcanzaba con resumirlos en tres líneas. Todo el efecto se basa sobre una serie de contrastes: entre la miseria de Sainte-Hélène, los maltratos infligidos por Hudson Lowe y el antiguo poder del emperador en todas las áreas civiles y militares; entre el recuerdo del déspota y la humilde humanidad del proscrito; entre el balance catastrófico del tirano y el defensor liberal de la herencia revolucionaria. Y ese efecto fue fulminante. Por vías radicalmente diferentes y por motivos exactamente inversos, el *Mémorial de Sainte-Hélène* y las *Mémoires* de Luis XIV alcanzan el mismo resultado: no restituyen una acción, pero componen un personaje. No contribuyen a la historia sino que en forma accesoria, fundan el mito.

Finalmente vincular directamente al individuo con la historia: es la fibra más fuerte que hace a las grandes Memorias de Estado y nunca aparece mejor que en las de la época democrática. Hasta entonces, el

servicio al rey y la grandeza de la monarquía eran una causa suficiente para la acción política. Joinville se oculta detrás de San Luis, Comynnes detrás de Luis XI y así por delante. Cuando desaparece la monarquía legitimadora, la ambición política solo puede justificarse por la grandeza de la causa histórica, que le crea a un simple particular la obligación de asumir el poder a pesar suyo. Las Memorias de Estado más grandes nacen así, asistidas por el mérito y por la suerte, de una «fatal» necesidad. Necesidad: esa es la palabra, observó René Rémond al leer atentamente los ocho volúmenes de las *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*,⁹⁷ que vuelve a menudo bajo la pluma de Guizot, como la «naturaleza de las cosas» bajo la pluma de De Gaulle. Y es un hecho que, pese a la diferencia de épocas y de hombres, se podría señalar en los dos más grandes memorialistas del Estado democrático una relación con la historia que, aun cuando es aquí también totalmente antagónica, alcanza igual resultados totalmente parecidos: la identificación de la acción individual con un momento del Estado, destinado a la eternidad. Guizot es un historiador en la acción que sabe de qué están hechas las mejores Memorias, por haber publicado muchas él mismo y que, a los setenta años, lanza sobre su propia obra una mirada de historiador. Si bien, como los demás —Émile Ollivier, Clemenceau o Poincaré— defiende una causa, la de la monarquía de Julio, es en nombre de una interpretación más amplia de toda la historia de Francia, y de una interpretación crucial, dado que apunta nada menos que a asentar la forma política de la Francia moderna y a detener la deriva revolucionaria. Es hombre entonces de una acción natural y fuertemente ideológica, se niega a explicar la política mediante «esas comedias maquiavélicas», aunque «haya muchas» (t. II, p. 234) así como a explicar los grandes acontecimientos por pequeñas causas. La acción es mucho menos interesante, bajo su pluma, que las razones mayores que la motivan. Y es por eso, sin duda, que los tres primeros volúmenes, que tratan sobre el período anterior a su gran ministerio pero relatan la restauración, la revolución de 1830 y su acción en la Instrucción pública, llenos de análisis de fondo, son para nosotros más ricos que los cinco siguientes, repletos de asuntos comunes y corrientes que interesaban más a los contemporáneos, como la crisis de 1840, los negocios en Oriente o los casamientos españoles. Es en lo no dramático y lo reflexivo que la historia aparece en Guizot, por una deducción que busca captar su sentido. En De Gaulle, al contrario, nunca está más presente que en lo trágico y lo místico. Es como si De Gaulle hubiera «incorporado» a Francia, palabra que vuelve a menudo en sus escritos, lo cual le otorga sobre ella derechos que no requieren títulos: «Un llamado venido desde el fondo de la historia, luego el instinto del país me llevaron a tomar en cuenta el tesoro sin herederos, a asumir la soberanía francesa, soy yo quien detenta la legitimidad» (t. II, p. 321). Frase extraordinaria que toca justo la esencia de la memoria de

Estado. En ambos casos, no obstante, e independientemente del rigor altanero de estos dos pesimistas de principios y de convicciones, un bloque de historia ya conformado, hecho de análisis en uno de ellos, de sentimiento carnal en el otro, en fin una memoria histórica acompañada con una psicología y con una moral por lo demás no muy diferentes, les suministra hombres y situaciones, un esquema interpretativo que se aplica instantáneamente y que, con la ayuda de la distancia de la redacción —así como, señálemoslo al pasar, la fórmula idéntica de los documentos de apoyo— les permite integrar inmediatamente el acontecimiento. En ambos, «siendo [la historia] lo que es» y los hombres «lo que son», lo nuevo nunca es totalmente nuevo, se parece a lo viejo haciendo memoria con ellos, y esta a su vez, dado que es la de ellos, se vuelve una memoria de Estado.

No debería reducirse, sin embargo, el poder de identificación de esos textos emblemáticos a un simple conjunto de medios, de hechos particulares, de mediaciones obligatorias. Poder que obedece a razones más esenciales: la mezcla íntima de su necesidad y de su contingencia, que convierte a ese *corpus*, constituido en forma accidental, en un dispositivo de memoria fuertemente integrado.

Imposible, efectivamente, no pensarlo: podría no haber sido. Esta impresionante galería, reunida bajo encuadernaciones similares que hoy delatan aun más su homogeneidad, es el fruto del azar, de encuentros inesperados y del trabajo de erudición. Imagen inseparable de las más altas expresiones que tenemos acerca del ejercicio del poder y del desarrollo mismo de la historia nacional: es sin embargo una historia construida, arrancada de las sombras a las que estaba destinada, cuando no al fuego y a los ratones. Hasta el siglo XIX, ninguno de esos textos estaba hecho para ser publicado. Sully no dejó a nadie encargado de imprimirlas y las *Économies royales* aparecieron en su propio castillo. Pero las más canónicas de esas Memorias son hijas de lo improbable. Lo que se denomina las *Mémoires* de Luis XIV es, en realidad, un conjunto muy incongruente, salvado del fuego al que las estaba tirando meticulosamente el rey ya viejo, una noche de 1714, piadosamente rescatado por el mariscal de Noailles y entregado por él treinta y cinco años más tarde a la Biblioteca del Rey. Fue necesario el empeño de Grouvelle en 1806, de Charles Dreyss en 1860, de Jean Longnon en 1927 para practicar en esos palimpsestos rescatados una reconstitución digna de un templo griego. ¿Y el *Mémorial*? Ese caballito de batalla de la leyenda, sobre el cual Napoleón volvió a «inquietar a las inteligencias, dijo el joven Quinet, como un espectro que la muerte cambió totalmente»,⁹⁸ los ingleses podrían perfectamente no haberle devuelto a Les Cases los apuntes que le habían confiscado cuando partió de Sainte-Hélène... ¿Y Retz?, ¿y Ri-

cheliu? Los eruditos aún hoy discuten si Paul de Gondi preveía o no una eventual publicación de sus *Mémoires*, pero todos admiten que el problema solo habría podido plantearse si el autor las hubiera terminado. De todos modos, quedaron sin terminar. Buena parte del comienzo, además, quedó destrizada o perdida. El *Testament politique* estaba exclusivamente destinado a Luis XIII; fue publicado cuarenta y seis años después de la muerte de Richelieu, en 1688, en Amsterdam, por un editor protestante a cuyas manos nadie sabe cómo llegaron. Pero además esta publicación lo desviaba de su significado: se trataba de convertirlo en un instrumento de propaganda contra Luis XIV al contraponer a la reciente revocación del edicto de Nantes el ejemplo de una política más tolerante. La propia autenticidad del texto fue negada durante mucho tiempo, en particular por Voltaire, lo cual no impidió que se lo volviera a publicar a lo largo del siglo XVIII como una curiosidad en antologías apócrifas de testamentos políticos, junto a los de Colbert o de Mazarin. ¿Y qué decir de Saint-Simon? La clandestinidad parece no haberlo abandonado nunca. La preservación del océano de los manuscritos se debe a la ruina del pequeño duque, cuyos acreedores consiguieron cuando murió en 1755 los derechos sobre sus bienes.⁹⁹ Pero a partir de ese acto salvador, ¡cuántas vueltas! Copias que circulaban clandestinamente, juicios en cadena, fragmentos piratas con fines difamatorios, publicaciones prohibidas, sanción de Asuntos Exteriores donde habían sido entregados los ciento setenta y tres portafolios decomisados y de los cuales las Memorias que conocíamos hasta la edición en prensa de la Pléiade a cargo de Yves Coirault, no representan más que once, nada le falta a esta aventura policial. Guizot es el primero en romper con la tradición al firmar con Michel Lévy un contrato de publicación anual de sus ocho volúmenes y en enorgullecerse de la comunicación pública de «aquella obra que tanto significaba para mi alma».¹⁰⁰ Pero, aún hoy, el ala de una extraña Providencia parece cubrir la publicación de las *Mémoires* del General, cuya cronología aparece minuciosamente cronometrada: *L'Appel*, en el momento de la elección caricaturesca y fantasmagórica de René Coty, *L'Unité*, durante el desmoronamiento de la IV República, *Le Salut*, tras el regreso al poder, el primer volumen de *Mémoires d'espoir* tres meses antes de su muerte, en tanto el segundo, inconcluso y anunciado como menos bueno, le daba a ese destino tan consagrado el toque de lo inacabado que le faltaba... Destino extraño de todos esos textos, ingresados en el patrimonio por una serie de avatares, surgidos en la memoria viva por ediciones imperfectas y fuertemente eficaces, pulidos luego por la memoria erudita y crítica para desaparecer a menudo de circulación y reaparecer finalmente, en su mayoría poco leídos, en el Panteón lejano en el que se inmovilizan, presentes y ausentes, delante del tribunal indiferente de la posteridad, su único e incierto destinatario.

Ello no obsta para que estas Memorias de Estado compongan un conjunto que, retrospectivamente, es imposible no descifrar como un sistema. Pues ese corpus, en definitiva, obedece a tres categorías distintas y complementarias. La primera comprende a los ministros, caídos en desgracia o no, Sully, Richelieu, Guizot, quienes representan cada uno a su manera una imagen fuerte de la consolidación nacional: Sully, pilar del ruralismo, figura anticipadora de los ministros ideales del Antiguo Régimen, Colbert o Turgot; Richelieu, el símbolo fulminante de la razón de Estado; Guizot, el pedagogo de la Francia burguesa. Es el eje central de la construcción política del Estado, en la permanencia, el rigor y la dedicación que exige. No importa que esas obras se lean poco y que incluso se las retire del comercio. Sully, cuya acción fue indebidamente reducida al «pastoreo y la labranza»,¹⁰¹ vio cómo se reanimaba su imagen con cada empuje del ruralismo francés, por los fisiócratas, la Restauración, las leyes Méline, Vichy; la literatura sobre Richelieu,¹⁰² histórica o novelesca, popularizó ampliamente al autor de las *Maximes*; Guizot, afectado durante mucho tiempo por el descrédito que sufrió todo el pensamiento político de la monarquía parlamentaria, es hoy nuevamente objeto de interés.¹⁰³ Por más interesantes e instructivas que puedan ser las Memorias de todos los otros grandes ministros, ninguno se identifica a una causa que va tan lejos y afecta tan profundamente la idea que los franceses se han hecho o han querido hacerse de la estabilidad esencial y de la solidez superior del Estado. Esta serie constituye la viga maestra del edificio nacional. Y hay, por los flancos y por encima, en posición simétrica, por un lado los «literadores» del Estado —Retz, Saint-Simon, Chateaubriand— y por el otro los grandes políticos —Luis XIV, Napoleón y De Gaulle. Los servidores, los poetas y los encarnadores supremos. Y es la relación de esos tres grupos de textos, artificial y necesaria, la que hace toda la originalidad del sistema francés de la memoria de Estado y da su especificidad a la geografía de ese archipiélago. A esa memoria de Estado, la sirven los servidores, pero los encarnadores no la encarnarían si los poetas no la cantaran. Pues, en definitiva, son los grandes escritores apartados de la acción política, fascinadores y fascinados, los jugadores, los mirones, los adulones del poder del Estado que son los garantes últimos de un sistema a la francesa, basado enteramente sobre el prestigio de la escritura y de la música de las palabras. No hablemos de De Gaulle, su obsesión por la literatura es demasiado obvia. ¿Pero puede acaso olvidarse que, sin Balzac, Stendhal y Hugo, no existiría sin duda la figura romántica del prisionero de Sainte-Hélène? ¿Puede no advertirse que en el año 1668, en que Luis XIV comienza seriamente la redacción de sus *Mémoires*, Racine hace representar *Les Plaideurs*, Molière *Amphytrion* y *L'Avare*, Boileau compone su *Épître au Roi* y La Fontaine publica los seis primeros libros de sus *Fables*? Entre el contrabajo sostenido de la literatura y las orquestaciones dominantes de la figura

del Estado —pensemos solamente en la pareja De Gaulle-Malraux—,¹⁰⁴ el vínculo es más que estrecho.

Esta construcción, sin embargo, no sería más que una visión mental si no se señalara en ella lo esencial. Es decir que en las Memorias de Luis XIV, de Napoleón y de De Gaulle son los tres momentos clave de la unidad nacional los que quedan personificados: el advenimiento de la monarquía absoluta, la estabilización de la herencia revolucionaria y el arraigamiento en profundidad del Estado democrático y republicano. El hecho está allí, patente, contundente, sin equivalente en otros países y en otras historias y es el que controla la economía general de la memoria de Estado y su jerarquía implícita. Resulta que los tres hombres que más intensamente cristalizaron la legitimidad nacional y representaron, en nuestra historia y en nuestra mitología, las imágenes fuertes del Estado tras las grandes crisis en las que estuvo a punto de sucumbir, la Fronza, la Revolución, la derrota de 1940, registraron en Memorias, bajo condiciones diferentes y por motivos aparentemente no relacionados, su propia imagen y la reseña de su acción. Allí está la piedra angular del sistema, su garantía suprema y su última verdad. Si hay memoria de Estado en Francia y si adquiere una vibración tan intensa no es simplemente porque grandes hombres de Estado han reanimado la llama de un poder fuerte en forma periódica, sino porque los tres momentos cruciales en los que se soldaron la tradición histórica y su continuidad se cristalizaron en esos textos fundadores: coincidencia fuerte, que le da al sistema su pregnancia y su lógica interna.

Y poco importa, de hecho, que las *Mémoires* de Luis XIV no sean imprescindibles para su imagen y que no haya sido Napoleón quien manejó la pluma. Poco importa la circulación efectiva de esos textos y la práctica real que se tiene de ellos. No dejan de ser epifanías de la nación. La memoria de Estado, en Francia, no es de orden institucional y acumulativo sino de orden personal y casi parusíaco. No se leen las más grandes Memorias de Estado para conocer la verdad de las verdades, que supuestamente provendrían de ellas, sino para verificar la identificación de la persona con el personaje y del personaje con el Estado, en sus momentos más cruciales. Lo que queda de las *Mémoires* de Luis XIV no es el relato de los casamientos españoles, es la «nota real» que en ellas percibía Sainte-Beuve,¹⁰⁵ donde la soberbia del Rey Sol brilla aún más por su confesión acerca de la «violencia extrema» que se autoimpone «para dar a conocer la amistad y ternura que siente hacia sus pueblos». Lo que se retiene del *Mémorial* son las fulguraciones familiares del héroe clavado a su roca. Y lo que pasó de las *Mémoires de guerre* a la conciencia pública cabe entero en la primera frase,¹⁰⁶ esa «cierta idea de Francia», en la que cada uno puede proyectar la suya y cuya continuación no es más que su defensa e ilustración. El resto solo atañe a los historiadores. Las más plenas de memoria de Estado son las Memorias

vacías del mero relato de su acción. En ellas uno no se entera de secretos, se relaciona con un estilo, vuelve a las fuentes en una imagen, se somete a un rito, contempla el misterio de la encarnación. Es a partir de este que se opera un ordenamiento general y se crea un modelo, accidental y necesario sin embargo. Si estos tres textos no existieran, habría que inventarlos. Es lo que en realidad ocurrió con los dos primeros, pues el tercero logra su prestigio precisamente por la reactualización de los otros dos. Los tres fundan nuestro superyó del Estado. Y es él el que le da, progresiva y retrospectivamente, sabor e interés a las amarguras de Monluc, a la cháchara inteligente de la condesa de Boigne, a las peripecias de la carrera de Edgar Faure. Si no fuera por la irradiación que las grandes figuras supieron hacer reinar en torno a sus acciones, no habría tradición de Memorias y el tema no tendría fundamento para un historiador.

Antigüedad de la tradición del Estado, lazo vital entre la tradición literaria y la tradición política, esencia intensamente personal del poder en la tradición histórica: es en el cruce entre esas tres especificidades nacionales que encuentra su principio de orden una producción de Memorias, infinita en su permanencia y en su variedad. Las Memorias existen por lo menos desde el siglo XVI, pero como una colección de excepciones. El siglo pasado las descubrió y publicó profusamente. Hoy se impone una relectura, para descifrar lo que quieren decir y no está en ellas. El siglo XIX había encontrado allí los secretos de Estado de nuestra historia, hoy podemos ver la historia secreta de nuestra memoria de Estado. Pues, si es cierto que el sueño es la vía de acceso privilegiada hacia el inconsciente, entonces hay que considerar a las Memorias, no como un género anecdótico y marginal, sino como la vía real de nuestra identidad nacional, por no decir la vía sagrada.

NOTAS

- 1 Cf. en particular los trabajos de Philippe Lejeune, *L'Autobiographie en France*, París, Armand Colin, colección «U 2», 1971, *Le Pacte autobiographique*, París, Ed. du Seuil, 1975, y *Je est un autre*, París, Ed. du Seuil, 1980, a los cuales se puede agregar Georges May, *L'Autobiographie*, París, PUF, 1979 y Daniel Madalenat, *La Biographie*, París, PUF, 1984.
Para el diario íntimo: Béatrice Didier, *Le Journal intime*, París, PUF, 1976. Para la historia oral: Philippe Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París, Hachette, 1983. Para el autorretrato: Michel Beaujour, *Miroirs d'encre*, París, Ed. du Seuil, 1980. Para el método biográfico en las ciencias sociales: Jean Poirier, Simone Clapier-Valladon y Paul Raybaut, *Les Récits de vie, théorie et pratique*, París, PUF, 1983.
Para una bibliografía de los relatos de vida, «Life-writing in France: A French Bibliography», *Biography*, V, nº 4, otoño de 1982, a completar con Philippe Lejeune, *Bibliographie des études en langue française sur la littérature personnelle et les récits de vie, I: 1982-1983, Cahiers de sémiotique textuelle*, Université de Paris X-Nanterre, nº 3, 1984. Esta bibliografía va a aparecer cada dos años.
Cabe señalar que el *Dictionnaire des littératures de langue française*, editado por Bordas, dedica un artículo general a la autobiografía (D. Couty) pero no a las memorias.
 - 2 En especial *Les Valeurs chez les mémorialistes français du XVII^e siècle avant la Fronde*, Coloquio de Estrasburgo y Metz, 18-20 de mayo de 1978, patrocinado por la Société d'étude du XVII^e siècle, París, Klincksieck, 1979; fundamental.
 - 3 Son de particular interés los trabajos de Georges Gusdorf, *La Découverte de soi*, París, PUF, 1948, *Mémoire et personne*, París, PUF, 1959 y, sobre todo, «Conditions et limites de l'autobiographie», en *Formen der Selbstdarstellung, Festgabe für Fritz Neubert*, Berlín, Duncker und Humboldt, 1956.
 - 4 Georg Misch, *Geschichte der Autobiographie*, Frankfurt-en-Main, Schulte und Bulmke, 1949-1962, 6 vol. Los dos primeros volúmenes fueron publicados originalmente en Leipzig y Berlín, en Teubner, 1907 y 1931, y fueron traducidos al inglés, *A History of Autobiography in Antiquity*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1950.
 - 5 Para un inventario, consultar los manuales de Henri Hauser, *Les Sources de l'histoire de France, XVI^e siècle*, París, Picard, 1908, y de Émile Bourgeois y Louis André, *Les Sources de l'histoire de France, XVII^e siècle, II, Mémoires et lettres*, París, Picard, 1913.
Cabe agregar los artículos «Mémoires» en los diferentes volúmenes del *Dictionnaire des lettres françaises*, de Robert Barroux, París, Fayard, 1950-1951, 4 vol.
 - 6 Fueron los historiadores de la literatura clásica quienes en realidad más aportaron al estudio de las Memorias, independientemente de los trabajos especializados, cf. en particular los trabajos de Marc Fumaroli (ver más abajo n. 41 y de René Démoris (ver más abajo n. 68)
 - 7 Puede encontrarse un muy útil «Cuadro de las fechas de publicaciones de las principales Memorias desde mediados del siglo XV hasta mediados del siglo XVIII en el apéndice III de la excelente tesis de André Bertière, *Le Cardinal de Retz mémorialiste*, París, Klincksieck, 1977, pp. 606-615.
 - 8 Claude-Bernard Petitot nació en Dijon el 30 de marzo de 1772. Llega a París en 1790 y se lanza sin éxito en la tragedia: *Hécube* (en el Théâtre-Français), luego *La Conjuración de Pison*, *Geta*, *Laurent le Magnifique*, *Rosemonde*. Designado jefe de sección en la Instrucción pública del departamento del Sena, favorece la reanudación de los estudios de griego y restablece el concurso general. Se casa en Dijon en 1805. Fontanes, gran profesor de la Universidad, lo nombra inspector de estudios en 1808. Renuncia en 1815 y permanece como secretario general de la comisión de la Instrucción pública. Vuelve a la Universidad como consejero en 1821. En 1824, es nombrado director de la Instrucción pública y muere en 1825.
- 9 Dos documentos resultan esclarecedores sobre la aventura editorial de esas colecciones y la guerra de editores que generó. Se trata de un *Précis des contestations relatives à la collection des Mémoires sur l'histoire de France*, publicado por J.-L. Foucault el 6 de noviembre de 1827, 41 p. [B.N., Fp 2445] y del alegato del Dr. Gaudry, abogado de Brière, contra quien Foucault habría intentado entablar juicio por haberse negado a pagar 831 francos correspondientes al depósito de treinta y tres ejemplares de los nueve volúmenes suplementarios a los cuarenta y dos previstos inicialmente para la primera serie [B.N. Versailles, Correo de los tribunales, J.O., A 797]. La segunda serie, de setenta y nueve volúmenes, entre los cuales uno de «Tablas», costaba 480 francos y la suscripción a las dos series de ciento treinta y un volúmenes 750 francos.
 - 10 Louis Jean Nicolas (llamado Jean-Louis) Monmerqué (1780-1860), magistrado, juez auditor, luego consejero en el Tribunal de Apelación de París de 1811 a 1852; presidente del Tribunal en lo penal de la Seine en 1822, habría dirigido en forma liberal los debates del juicio a los cuatro sargentos de La Rochelle. Miembro de la Académie des inscriptions en 1833, figura el mismo año como uno de los fundadores de la Société de l'histoire de France.
Autor de reseñas históricas sobre Brantôme (1823), M^{me} de Maintenon (1828), Jean I, rey de Francia y de Navarra (1844), editor de las *Lettres* de M^{me} de Sévigné, diez volúmenes (1818-1819), de las *Mémoires* de Coulanges, de las *Lettres* de Luis XIV (1822) y, con Francisque Michel, de las *Historiettes* de Tallemant des Réaux, seis vol. (1833-1835).
 - 11 Sobre la profunda renovación del mundo editorial al final de la Restauración y principios de la Monarquía de Julio, ver los numerosos artículos que tratan el tema al final del segundo volumen y el comienzo del tercero de la *Histoire de l'édition française*, bajo la dirección de Henri-Jean Martin y Roger Chartier, t. II, *Le Livre triomphant (1660-1830)* y t. III, *Le Temps des éditeurs*, París, Promodis, 1984 y 1985.
 - 12 Albin de Berville, conocido como Saint-Albin Berville (1788-1868), magistrado y hombre de letras. Liberal bajo la Restauración, tuvo a su cargo la defensa de Paul-Louis Courier en 1821, la de Béranger en 1822 y sus alegatos fueron impresos como continuación de las *Œuvres complètes* del cancionista. Luego de la Revolución de Julio, fue nombrado abogado general de la corte real de París. Diputado de Pontoise de 1838 a 1848, ejerce en el centro. Miembro de la Asamble constituyente, se sitúa entonces a la derecha. Secretario permanente de la Société filotécnica a la que pertenece desde 1825. Periodista en la *Revue encyclopédique* y en el *Constitutionnel*.
Su *Éloge de Delille* fue galardonado por la Académie de Amiens en 1817, su *Éloge de Rollin* ganó el premio de elocuencia de la Académie française en 1818. Muchos de sus alegatos fueron integrados a la colección del *Barreau français* de Pancoucke y los *Annales du barreau* de Warée. Además de los *Fragments oratoires et littéraires* en 1845, sus *Œuvres diverses*, poesías y literatura fueron reunidas en 1868 y sus *Œuvres oratoires* en 1869.
 - 13 Jean-François Barrière (1786-1868), destinado a la abogacía, fue nombrado jefe de división en la jefatura de policía de la Seine, especialmente encargado de la organización de los hospitales. Publicista, colaborador de la *Gazette de France* y del *Journal des débats*, publicó, además de las dos grandes colecciones señaladas, las *Mémoires* de M^{me} Campan y las de Loménie de Brienne, así como dos antologías de fragmentos inéditos del siglo XVII, *La Cour et la ville sous Louis XIV, Louis XV et Louis XVI*, 1829 y *Tableaux de genre et d'histoire*, 1848.
 - 14 *Prospectus* de la colección Berville y Barrière de las *Mémoires relatifs à la Révolution française*, 8 p., B.N., La³³ 1.

- 15 Jean-Alexandre Buchon (1791-1846), publicista, historiador, viajero, dio a conocer en particular en su colección de crónicas una parte importante de los escritos de G. Chastellain, de J. Molinet y, por consejo de Dacier, de Froissart. Sobre su proyecto general de reforma de los archivos, cf. Pierre Petresson de Saint-Aubin, «Un projet de réforme des archives départementales en 1829», *Gazette des archives*, nº 68, 1er. trimestre 1970, pp. 46-48 y «Projet d'A. Buchon pour l'organisation des archives départementales», *Bulletin de l'École des chartes*, nº 129, 1971, pp. 120-129. Responsable de una misión en Grecia después de 1830, hizo publicar *La Grèce continentale et la Morée* en 1843, seguido de *Nouvelles Recherches sur la principauté française de Morée*, 1843-1844, 2 vols., así como diversos relatos de sus viajes a Italia, Malta y Suiza. Es también el autor de una *Histoire populaire des Français*, 1832, y de los tres primeros tomos de una *Histoire universelle des religions*, 1844. Colaborador de la *Biographie universelle* y de la *Revue indépendante*. Cf. Jean Lognon, *Alexandre Buchon, voyage dans l'Eubée, les îles Ioniennes et les Cyclades en 1841, avec une notice biographique et bibliographique*, París, Émile-Paul, 1911, prólogo de Maurice Barrès.
- 16 Jean-François Michaud (1767-1839), historiador y publicista, nació en Albens (Savoie). Empleado en una librería en Lyon a los diecinueve años, llama la atención de la marquesa Fanny de Beauharnais, quien lo lleva a París en 1790. Colaborador de diarios monarquistas, tiene que refugiarse en el Ain. Detenido el 13 vendimiario por haber apoyado a las secciones monarquistas contra la Convención, es condenado a muerte, huye a Suiza y solo regresa después del 18 brumario. En 1806, lanza con su hermano Louis-Gabriel una *Biographie moderne* o *Dictionnaire des hommes qui se sont fait un nom en Europe depuis 1789*, primera versión de la monumental *Biographie universelle* que dejará en manos de su hermano, para dedicarse a la *Histoire des Croisades*, cinco volúmenes de textos y cuatro volúmenes de bibliografía (1811-1822). Miembro de la Académie Française desde 1813, diputado bajo la Restauración, es el principal redactor de *La Quotidienne*, luego del *Moniteur* después de 1830. Detalle interesante: la reseña que se le dedica en la *Biographie universelle* subraya su participación puramente nominal en la famosa colección de Memorias «en la cual sabemos por su propia confesión que su parte de trabajo fue casi inexistente» —en esa época además estaba en tratamiento médico en Italia— y que da sobre él este juicio final: «Tenía algo de fineza, perfectamente académica, pero también algo de palidez e indecisión: la energía verdadera y sencilla, esa energía faltaba en su conversación y en sus escritos».
- 17 Jean-Joseph François Poujoulat, nacido en 1808, en Bouches-du-Rhône, sube a París en 1826 luego de hacer sus estudios en Aix. Llama la atención de François Michaud por su celo monarquista y católico y éste lo asocia a la Biblioteca de las Cruzadas. Poujoulat lo acompaña a Oriente en 1830 y publica con él la *Correspondance d'Orient*, siete volúmenes (1832-1835) y luego de su muerte, una nueva edición de la *Histoire des Croisades* (1840-1846). Diputado de 1848 a 1851 en la Asamblea constituyente y legislativa, en el grupo clerical y legitimista, se retira de la política después del 2 de diciembre para dedicarse al periodismo (*Le Musée des familles*, *La Quotidienne*, la *Revue des Deux Mondes*) y a su obra literaria. Esta comprende más de veinticinco títulos, repartidos entre tres centros de interés: Oriente (*La Bédouine*, 1835, premiado por la Académie française; *Histoire de Jérusalem*, 1840-1842; *Voyages en Algérie*, 1846); el catolicismo (*Histoire de saint Augustin*, 1844; *Lettres sur Bossuet*, 1854; *Le Cardinal Maury*, 1855; *Vie de M^{re} Sibour*, 1857; *Associations et congrégations religieuses*, 1869, etc.); la política (*Histoire de la Révolution française*, 1847; *La Droite et sa mission*, 1848; *La France et la Russie à Constantinople*, 1853; *Le Pape et la Liberté*, 1860).
- 18 Sobre Jacques-Joseph Champollion-Figeac (1778-1867), hermano mayor y colaborador de Jean-François, cf. la tesis complementaria de Charles-Olivier Carbonell, *L'Autre Champollion, Jacques-Joseph Champollion-Figeac*, Toulouse, Presses de l'Institut d'études politiques et l'Asiathèque, 1985. Fiel seguidor de Dacier, secretario permanente de la Académie des inscriptions et belles-lettres, fue profesor en la École des chartes y curador en la Bibliothèque royale; erudito en definitiva poco seguro, Jacques-Joseph Champollion-Figeac participó en la mayoría de los trabajos documentales iniciados por Guizot. Hizo entrar a su hijo Aimé como oyente libre en la École des chartes en 1830 y, al año siguiente, como «empleado en el sector manuscritos» de la Bibliothèque royale. Este iba además a escribir una obra sobre *Les Deux Champollion*, 1880. En la colección de Michaud y Poujoulat aparecen Jacques-Joseph y Aimé asociados nominalmente a la publicación de las *Mémoires* de François de Lorraine, del príncipe de Condé y de Antoine Puget (t. VI), del *Journal* de Pierre de L'Estoile (t. XIII), de Retz (t. XXIII), de las *Mémoires* de Brienne, Montrésor, Fontrailles, La Châtre, Turenne (t. XXV), de Omer Talon y del abad de Choisy (t. XXVIII).
- 19 Prospecto de la colección Guizot de *Mémoires relatifs à l'histoire de France depuis la fondation de la monarchie française*, Bibl. Nat., L⁴⁵q.
- 20 Es lo que le pasó a Paganel en 1810 por su *Essai historique et critique sur la Révolution française*.
- 21 Cf. Jean Tulard, *Bibliographie critique des Mémoires sur le Consulat et l'Empire*, Centre de recherches d'histoire et de philologie de la IV^e Sección de la École pratique des hautes études, volumen XIII, Ginebra, Librairie Droz, 1971.
- 22 Cf. Edmond Biré, *La Légende des Girondins*, Ginebra, Société générale de librairie catholique, 1881.
- 23 Sobre la génesis de la *Histoire des Girondins*, reeditada por Plon en 1984 con una introducción y notas de Jean-Pierre Jacques, cf. la tesis (inérita) de Antoine Court, *Lamartine historien*, Universidad de Clermont-Ferrand II, 1985, y el artículo de Fabienne Reboul «Histoire ou feuilleton? La Révolution française vue par Lamartine», de próxima publicación en la revista *Romantisme*, 1986.
- 24 Tema que ha sido muy bien analizado en la tesis (inérita) de Sergio Luzzato, *La Rivoluzione nella memoria, studio sulla memorialistica dei convenzionati*, École normale supérieure, Universidad de Pisa, 1985. Agradezco al autor el haberme comunicado sus datos.
- 25 Cf. Richard Switzer, *Étienne-Léon de Lamoignon-Langon et le roman populaire français de 1800 à 1830*, Toulouse, Privat, 1962.
- 26 Cf. Louis Maigrón, *Le Roman historique à l'époque romantique*, París, Hachette, 1898, así como Georges Lucaks, *Le Roman historique*, París, Payot, 1965. La cita de Balzac pertenece a *Du roman historique et de Fragoletta*, 1829.
- 27 Cf. El interesante artículo de Claude Duchet, «L'illusion historique, renseignement des préfaces (1815-1832)», *Revue d'histoire littéraire de la France*, 1975, t. 75, pp. 245-267.
- 28 Para convencerse, basta consultar el registro de las fuentes de Michelet establecido por Gérard Walter al final de su edición de la *Histoire de la Révolution* en la Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 1939.
- 29 Prospecto de una *Histoire de France* en treinta volúmenes, nunca terminada, que Augustin Thierry evoca en el prólogo (1834) de *Dix ans d'études historiques*. El texto, reproducido en la época en el *Journal des savants*, año 1824, p. 698, es citado por Louis Halphen en *L'Histoire en France depuis cent ans*, París, Armand Colin, 1914, p. 52.
- 30 Ver la contribución de Laurent Theis, «Guizot et les institutions de mémoire» en *La Nation*, t. II, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1986. Remitirse también al amplio e importante coloquio internacional, *Le Temps où l'histoire se fit science, 1830-1848*, organizado en el Institut de France por Robert-Henri Bautier en ocasión de la renovación de las ciencias históricas por el comité francés de Ciencias históricas, 17 al 20 de diciembre de 1985. Sus trabajos aparecerán en la revista internacional editada en Milán, *Storia della storiografia*.
- 31 Saint-Évremond, *Œuvres*, Londres, 7 vol., t. III, p. 137.

- 32 Voltaire, carta al abate Dubos, 30 de octubre de 1738, en *Correspondance*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, t. I, p. 1279.
- 33 Lenglet-Dufresnoy, *Méthode pour étudier l'histoire*, 1713, 2 vol., t. II, p. 5. Sobre los teóricos de la historia en la época clásica —el padre Rapin, Sorel, La Mothe Le Vayer—, cf. René Démoris, *Le Roman à la première personne*, París, Armand Colin, 1975, cap. I, pp. 78-89.
- 34 Cf. W. H. Evans, *L'Historien Mezeray et la conception de l'histoire en France au XVII^e siècle*, París, 1930.
- 35 Confusión señalada por Jean Le Pottier, *Histoire et érudition, l'histoire et l'érudition médiévale dans l'historiographie française du XIX^e siècle*, tesis (inédita) de la École des chartes, 1979.
- 36 Cf. Xavier Charmes, *Le Comité des Travaux historiques et scientifiques, histoire et documents*, París, 1886, t. II, pp. 3 y 39, citado por Louis Halphen, *L'Histoire en France depuis cent ans*, o. cit., en particular el cap. IV, «La chasse aux documents».
- 37 El *De vita sua* fue publicado por primera vez en francés por Guizot en 1825 en su colección *Mémoires relatifs à l'histoire de France*, t. IX y X. Georges Bourgin dio en 1907 una versión crítica del texto latino. La edición crítica en inglés comprende una interesante introducción de John F. Benton, *Self and Society in Medieval France, the Memoirs of Abbot Guibert of Nogent*, Nueva York, Harper and Row, 1970. Agradezco a Bernard Guenée el habérmela dado a conocer. Al final de su introducción de la historia de las cruzadas, Guibert de Nogent escribe efectivamente: «Pensé que si él era un hombre a quien Dios había otorgado el favor de escribir de manera conveniente sobre un tema como ese, ese hombre debía tratar de adoptar un tono más grave que el de todos los historiadores de las guerras de Judea [...] Le di a mi obra un título sin pretensiones, pero que debe servir a honrar nuestra nación: *Gesta Dei per Francos*».
- 38 La reseña de Renan de las *Mémoires* de Guizot apareció en la *Revue des deux mondes*, 1^o de julio de 1859.
- 39 Cf. Orest Ranum, *Artisans of Glory. Writers and Historical Thought in Seventeenth Century France*, University of North Carolina Press, 1980, así como dos artículos importantes de François Fossier. «La charge d'historiographe du XVI^e au XIX^e siècle», *Revue historique*, CCLVIII, 1976, y «A propos du titre d'historiographe sous l'Ancien Régime», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, t. XXXII, julio-septiembre, 1985.
- 40 Cardenal de Retz, *Œuvres*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1984, p. 635.
- 41 Marc Fumaroli desarrolló magistralmente esa idea en dos artículos esenciales, «Les Mémoires du XVII^e siècle au carrefour des genres en prose», en el número de la revista *XVII^e siècle* dedicado a las Memorias, 1971, y «Mémoire et histoire: le dilemme de l'historiographie humaniste au XVI^e siècle», en el coloquio de Estrasburgo y Metz, *Les Valeurs chez les mémorialistes français du XVII^e siècle avant la Fronde*, o. cit.
- 42 Id., «Les Mémoires du XVII^e siècle au carrefour des genres en prose», *ibid.*, p. 23.
- 43 [Nota de la traductora: la siguiente observación vale para el texto francés] Es por eso que nos hemos limitado, en este estudio, de acuerdo con la gramática pero contrariamente al uso natural, a considerar «las Memorias» como un masculino plural.
- 44 Epígrafe aun más revelador en la medida en que, por una vez inducido a error por su memoria, De Gaulle, como lo señala su biógrafo estadounidense Bernard Ledwidge, hace una cita errónea de *Hamlet*, que altera su sentido. Cf. Bernard Ledwidge, *De Gaulle*, París, Flammarion, 1984, p. 52.
- 45 Albert Sorel, «Histoire et Mémoires», *Minerva*, 15 de enero de 1903.
- 46 Cf. Philippe Ariès, «Pourquoi écrit-on des Mémoires?» en *Les Valeurs...* o. cit. Cf. también María Rosa Lida de Malkiel, *L'Idée de gloire dans la tradition occidentale*, trad. fr., París, Klincksieck, 1968.
- 47 «El cuerpo de la obra no pretendía ser hagiográfico sino autobiográfico», dijo Alain Archambault, uno de los recientes comentadores candienses de Joinville, quien fecha esas Memorias unos treinta años antes de la *Vie de Saint Louis*, 1212. Cf. «Les silences de Joinville», en *Papers on Language and Literature*, vol. VII, 1971. Agradezco a Jacques Le Goff por esta indicación. Ya era lo que pensaba Gaston Paris en «Jean, sire de Joinville», *Histoire littéraire de la France*, t. XXXII, 1898, pp. 291-459. Confirmado por Jacques Monfrin, que termina una edición de Joinville. Cf. asimismo la síntesis de Danielle Régner-Bohler en *Histoire de la vie privée*, t. II, bajo la dirección de Georges Duby, París, Ed. du Seuil, 1985, p. 376 ss.
- 48 Cf. *La chronique et l'histoire au Moyen Âge*, coloquio 24 y 25 de mayo de 1982, editado por Daniel Poirion, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1984, en que tres artículos están directamente relacionados con nuestro tema: Bernard Guenée, «Histoire et chronique: nouvelles réflexions sur les genres historiques au Moyen Âge», Christiane Marchello-Nizia, «L'historien et son prologue: formes littéraires et stratégies discursives», Olivier Soutet y Claude Thomasset, «Des marques de la subjectivité dans les Mémoires de Commines».
- Para las relaciones entre las cancones de gesta y la historia, Jean Frappier, *Histoire, mythes et symboles*, Ginebra, Droz, 1976.
- 49 Marc Fumaroli la ilustró muy bien en su introducción a las *Mémoires* de Henri de Campion, París, Mercure de France, col. «Le temps retrouvé», 1967.
- 50 Robert Arnauld D'Andilly, col. Petitot, 2^a serie, vol. XXXII.
- 51 Hay varios ejemplos en Jean-Marie Constant, *La Vie quotidienne de la noblesse française aux XVI-XVII^e siècles*, París, Hachette, 1985, basado en parte sobre una lectura atenta de las Memorias.
- 52 Las *Mémoires* de Michel de Castelnau, Jean de Mergey, Guillaume de Saulx-Tavannes, en la colección Petitot, 1^a serie, vol. XXXII, XXXIV y XXXV, las de Beauvais-Nangis, Société de l'histoire de France, 1862.
- 53 *Mémoires* de M^{lle} de Montpensier y de M^{lle} de Motteville, colección Petitot, 2^a serie, vol. XXXVII a XLIII.
- 54 *Mémoires* de M^{lle} de la Guette (1613-1676), editadas por Micheline Cuénin, París, Mercure de France, col. «Le temps retrouvé», 1982.
- 55 *Souvenirs* de M^{lle} de Caylus, editados por Bernard Noël, París, Mercure de France, col. «Le temps retrouvé», 1965.
- 56 Norbert Elias, *La Société de cour*, París, Flammarion, 1974. No dispensa de volver a la obra clásica de Maurice Magendie, *La Politesse mondaine et les théories de l'honnêteté, en France, au XVII^e siècle de 1600 à 1660*, París, 1898.
- 57 Cf. «Système de la Cour de Versailles» de Emmanuel Le Roy Ladurie, en el número 65 de *L'Arc* dedicado a él.
- 58 Cf. la introducción de Yves Coirault a su edición de Saint-Simon en la Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard. Y más abajo, nota 85.
- 59 Cf. reunidos en la misma tapa, *Mémoires pour servir à l'histoire de Louis XIV y Mémoires de l'abbé de Choisy déguisé en femme*, editados por Georges Mongrédien, París, Mercure de France, col. «Le temps retrouvé», 1966.
- 60 Cf. Dirck Van der Cruyssen, *Le Portrait dans les Mémoires de Saint-Simon*, París, Nizet, 1971.
- 61 Cardenal de Retz, o. cit., p. 286.
- 62 El retrato, desprendido de la novela e imitado de la pintura, cuyo vocabulario (el pincel, el trazo, la manera, etcétera) toma prestado, nació como un juego en la pequeña sociedad del Luxemburgo, en torno a M^{lle} de Scudéry y de M^{lle} de Montpensier. Reunidos primero por Segrais en alrededor de treinta ejemplares, esa *Galerie des portraits de M^{lle} de Montpensier* termina completando dos volúmenes de cerca de mil páginas en 1663, cotejados por Édouard de Barthélemy.
- 63 Saint-Simon, *Mémoires*, o. cit., t. I, p. 20.
- 64 M^{lle} de La Fayette, *Correspondance*, según los trabajos de André Beaunier, París, 1942, t. II, p. 63. Carta al caballero de Lescheraine, 13 de abril de 1678. M^{lle} de La Fayette no se declara autora de la novela, relata «lo que se dice».

- 65 La expresión es de Marie-Thérèse Hipp en su tesis, *Mythes et réalités, enquête sur le roman et les Mémoires (1660-1700)*, París, Klincksick, 1976, p. 531. La autora dedica la mitad de su introducción a una puesta a punto histórica sobre el género de las Memorias.
- 66 Inventor de la fórmula de las Memorias apócrifas, Courtitz de Sandras (1644-1712) es el autor de una obra enorme que mezcla un marco histórico, cuyos acontecimientos y personajes son conocidos, con el atractivo de anécdotas de guerra, de amor y de diplomacia secreta inverificables. Sus *Mémoires de d'Artagnan*, más o menos copiadas por Alexandre Dumas, son solo las más famosas. Cf. J. Lombard, «Le personnage de Mémoires apocryphes chez Courtitz de Sandras», *Revue d'histoire littéraire de la France*, agosto de 1977, número especial dedicado a la novela del siglo XVII, así como, también del mismo autor, *Courtitz de Sandras ou l'aventure littéraire sous le règne de Louis XIV*, tesis de Letras, Universidad de París IV, 1978.
- 67 Cf. Philip Stewart, *Imitation and Illusion in the French Memoir-Novel, 1700-1750, The Art of Make Believe*, New Haven, Yale University Press, 1969.
- 68 Cf. Georges May, «L'histoire a-t-elle engendré le roman?», *Revue d'histoire littéraire de la France*, abril-junio de 1955; René Démoris, *Le Roman à la première personne*, París, Armand Colin, 1975, que dedica un importante capítulo inicial, «Les Mémoires, l'histoire, la nouvelle», al nacimiento de las Memorias históricas, a las relaciones de los historiadores con las Memorias y a las Memorias frente a la estética clásica. Del mismo autor, el artículo clásico, «Les Mémoires de Pontis, Port-Royal et le roman», *XVII^e siècle*, n^o 79, 1968; De Jean Rousset, *Narcisse romancier*, París, José Corti, 1950, así como «Les difficultés de l'autoportrait», *Revue d'histoire littéraire de la France*, n^o 3-4, mayo-agosto 1969.
- 69 Cf. Georges Gusdorf, «Conditions et limites de l'autobiographie», o. cit.
- 70 Cf. Jacques Voisine, «Naissance et évolution du terme littéraire autobiographie», en *La littérature comparée en Europe occidentale*, conferencia de Budapest, 26-29 de octubre de 1962. Budapest, Akademiai Kiado [B.N. 8^o Z.38120 (1962)].
- 71 Cf. Yves Coirault, «Autobiographie et Mémoires (XVII-XVIII^e siècle) ou existence et naissance de l'autobiographie», *Revue d'histoire littéraire de la France*, n^o 6, 1975, así como Jacques Voisine, «De la confession religieuse à l'autobiographie et au journal intime entre 1760 et 1820», *Neohelicon*, n^o 3-4, 1974 [B.N., 8^o Z.43.411].
- 72 Se trata de fragmentos autobiográficos y de esbozos de las *Confessions*, conservados en la biblioteca de Neuchâtel y publicados en las *Œuvres complètes*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, t. I, p. 1148 y ss.
- 73 Sobre este punto, se pueden encontrar notas dispersas en Georges Gusdorf, *Les Sciences humaines et la pensée occidentale*. Por ejemplo, en el volumen IX, *L'Homme romantique*, París, Payot, 1984, recoge esta cita de Charles Nodier, en el «Prólogo nuevo» de *Thérèse Aubert* (cuya primera edición es de 1819): «Las jóvenes almas afectas al infortunio se equivocan cuando les gusta solo por su extrañeza. Es aún más monótono que el resto. Comprendo perfectamente que hay, como se dice hoy, mucho individualismo y, por consiguiente, un inmenso aburrimiento en el fondo de todo eso».
- 74 Cf. Agricol Perdiguier, *Mémoires d'un compagnon*, introducción de Philippe Joutard, París, U.G.E., 1964.
- Son numerosas las biografías de gente sencilla y anónima publicadas estos últimos años. Entre las más notables, cf. Maurice Agulhon, ed., *Martin Nadaud, Mémoires de Léonard, ancien garçon maçon*, París, Hachette, 1976; Jean-Marie Goulemot, ed., *Jamerai Duval (Valentin); Mémoires d'enfance et d'éducation d'un paysan au XVIII^e siècle*, París, Le Sycomore, 1981; Daniel Roche, ed., *Jacques-Louis Menestra, compagnon vitrier au XVIII^e siècle*, París, Montalba, 1982; Emmanuel Le Roy Ladurie y Orest Ranum, ed., *Pierre Prion, scribe*, París, Gallimard-Julliard, col. «Archives», 1985.
- Philippe Lejeune inició una vasta investigación sobre las autobiografías populares que da por tierra con la asimilación de la autobiografía con un género burgués. Ya

dio a conocer los primeros resultados: «Autobiographie et histoire sociale au XIX^e siècle», en *Individualisme et autobiographie en Occident*, coloquio del Centre culturel international de Cerisy-la-Salle, bajo la dirección de Claudette Delhez-Sarlet y Maurizio Catani, Institut Solvay, Bruselas, Ed. de l'Université de Bruxelles, 1983.

En esa antología hay también dos artículos relacionados directamente con nuestro tema: Friedhelm Kemp, «Se voir dans l'histoire: les écrits autobiographiques de Goethe», y Claudette Delhez-Sarlet, «Chateaubriand: scissions et rassemblement du moi dans l'histoire».

- 75 Cf. Alain Lottin, *Chavatte, ouvrier lillois*, París, Flammarion, 1979.
- 76 Cf. el libro muy útil de Charles Aubertin, *L'Esprit public au XVIII^e siècle, étude sur les Mémoires et les correspondances politiques des contemporains*, París, 1873.
- 77 Cf. los excelentes recuerdos de la condesa de Boigne, editados por Jean-Claude Perchet, 2 vol., París, Mécure de France, col. «Le temps retrouvé», 1971.
- 78 Cf. Charles de Rémusat, *Mémoires de ma vie*, presentadas y comentadas por Charles Pouthas, París, Plon, 1958-1960, 3 vol.
- 79 Frédéric Godefroy, *Histoire de la littérature française au XIX^e siècle*, París, 1879, t. I, p. 642.
- 80 Cf. Sully, *Mémoires des sages et royales oeconomies d'Estat*, colección Michaud y Poujoulat, 2^a serie, t. II y III y la edición de las *Oeconomies royales* por David Buixseret y Bernard Barbiche, de la que apareció solo el primer tomo (1572-1594), París, Société de l'histoire de la France, 1970.
- Sobre Sully, cf. Bernard Barbiche, *Sully*, París, Albin Michel, 1978.
- 81 Cf. Christian Faure, «Pétainisme et retour aux sources: autor du tricentenaire de Vichy», *Cahiers d'histoire*, t. XXVIII, n^o 4, 1983.
- 82 Del primero al último día de sus siete años en el gobierno (1947-1954), Vincent Auriol había acumulado, con la intención de escribir sus Memorias, miles de páginas manuscritas acompañadas del registro de sus entrevistas con el grabador disimulado en su escritorio. Esa masa considerable fue objeto de dos publicaciones póstumas diferentes que Jacques Ozouf dirigió conmigo: una edición abreviada en un volumen, Vincent Auriol, *Mon septennat (1947-1954)*, París, Gallimard, 1970, y una edición integral y crítica en siete volúmenes, Vincent Auriol, *Journal du septennat*, prefacio de René Rémond, París, Armand Colin, 1970-1978 (1947 por Pierre Nora, 1948 por Jean-Pierre Azéma; 1949 por Pierre Kerleroux, 1950 —próxima publicación— por Anne-Marie Bellec; 1951 por Laurent Theis, 1952 por Dominique Boché, 1953-1954 por Jacques Ozouf).
- 83 Cf. André Malraux, *Antimémoires*, en *Le Miroir des limbes*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, p. 114 y ss. Todo el pasaje, dedicado a la memoria de los grandes hombres, merece ser leído.
- 84 Sobre *Fils du peuple*, de Maurice Thorez, cf. Philippe Robrieux, *Maurice Thorez, vie secrète et vie publique*, París, Fayard, 1975, en particular cap. I.
- 85 Para Retz, cf. André Bertière, *Le Cardinal de Retz...*, o. cit., en particular pp. 300-306 (el pasado revisado a la luz del presente), 418-426 (la temporalidad en las *Mémoires*), 429-469 (la conducción del relato).
- Para Saint-Simon, cf. Yves Coirault, *L'Optique de Saint-Simon*, París, Armand Colin, 1965, en particular II parte, B, «La vision retrouvée dans le souvenir».
- 86 Cf. Simone Bertière, «Le recul de quelques mémorialistes devant l'usage de la première personne: réalité de la rédaction et artifices de l'expression», en *Les Valeurs chez les mémorialistes français du XVII^e siècle avant la Fronde*, o. cit.
- 87 Hélène Himelfarb se dedicó a mostrar la importancia del marco de la redacción de las Memorias al menos para el siglo XVII clásico: «Palais et châteaux chez les mémorialistes du règne de Louis XIV», *XVII^e siècle*, N^o 118-119, enero-junio 1978.
- 88 Sainte-Beuve dedicó tres artículos a las *Mémoires* de Sully, *Causeries du lundi*, París, Garnier, t. VIII.
- 89 Marc Fumaroli, «Le dilemme de l'historiographie humaniste...» en *Les Valeurs...*, o. cit., p. 29.

- 90 Cf. André Bertière, *Le Cardinal de Retz...*, o. cit., Primera parte, cap. III, «L'identité de la destinataire».
- 91 Commynes, *Mémoires sur Louis XI*, ed. Jean Dufournet, París, Gallimard, col. «Poilo», 1979, y en general los trabajos de Jean Dufournet, *La Destruction des mythes dans les Mémoires de Philippe de Commynes*, Ginebra, Droz, 1966, *Vie de Philippe de Commynes*, París, Sédès, 1969, y *Études sur Philippe de Commynes*, París, Champion, 1975.
- 92 André Bertière, *Le Cardinal de Retz...*, o. cit. y Marc Fumaroli, «Apprends, ma confidente, apprends à me connaître», *Versants*, I, 1981, retomado en *Commentaire*, nº 15, otoño de 1981.
- 93 Cf. Cardenal de Richelieu, *Testament politique*, ed. crítica de Louis André, prefacio de León Noël, París, Robert Laffont, 1947.
- 94 Cf. Marc Fumaroli, «Le dilemme de l'historiographie humaniste...», en *Les Valeurs...*, o. cit., p. 33.
- 95 Luis XIV, *Mémoires*, ed. Jean Longnon, París, Tallandier, 1978, y Charles Dreyss, *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin, avec une étude sur leur composition*, París, 1860, 2 vol.
- 96 Las Cases, *Mémorial de Sainte-Hélène*, 1ª ed. integral y crítica por Marcel Dunan, París, Flammarion, 1954, 2 vol.; introducción de André Fugier, París, Garnier, 1961, 2 vol., así como la edición de Seuil, col. «L'intégrale», introducción de Jean Tulard, presentación y notas de Joël Schmidt, 1968. Sobre la recepción reservada al *Mémorial*; ver más abajo, vol. III, el artículo de Jean Tulard, «Le retour des cendres».
- 97 Cf. René Rémond, «Le philosophe de l'histoire chez Guizot», en *Actes du Colloque François Guizot, Paris, 22-25 octobre 1974*, París, Société de l'histoire du protestantisme français, 1976.
- 98 Citado por Jean Tulard en su introducción, «Un chef-d'œuvre de propagande» en la edición del *Mémorial*, o. cit.
- 99 Claro resumen de la historia de los manuscritos por François-Régis Bastide, *Saint-Simon*, París, ed. du Seuil, col. «Écrivains de toujours», 1953, p. 175.
- 100 Cf. Michel Richard, «Guizot mémorialiste», en *Actes du colloque François Guizot*, o. cit.
- 101 Cf. Bernard Barbiche, *Sully*, o. cit., en particular pp. 197-201.
- 102 En último lugar, Michel Carmona, *Richelieu*, París, Fayard, 1983, y, del mismo autor, *La France de Richelieu*, París, Fayard, 1984.
- 103 Como muestra el título mismo de la obra de Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.
- 104 El título mismo de las *Antimémoires* es profundamente revelador por parte del escritor que, ya desde *Les Conquérants* (1928), ponía en boca de su personaje Garine: «¿Qué libros valen la pena ser escritos, fuera de las Memorias?» Prueba hasta qué punto Malraux era consciente, en su registro, como De Gaulle en el suyo, de la profundidad de una tradición y de la necesidad, no de recapitularla como el general, sino de subvertirla para renovarla. Para el juego de lo verdadero, de lo falso y de lo que Malraux llama lo «vívido», remitirse en particular a la esclarecedora comparación a la cual se libra Jean Lacouture entre la versión literaria y las versiones oficiales de la famosa conversación con Mao Tsé-Tung y, en general, «La mémoire», excelente capítulo final de su biografía, *Malraux, une vie dans le siècle*, París, Ed. du Seuil, 1973.
- 105 Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, o. cit., t. V, p. 313.
- 106 ¿Se habrá observado lo suficiente que esta famosa primera frase «Siempre me hice cierta idea de Francia» es la misma, desde el punto de vista del ritmo, que la primera frase de la *Búsqueda del tiempo perdido*: «Durante mucho tiempo, me acosté temprano»?

LA NACIÓN-MEMORIA

Si a la luz de estos* cuarenta y ocho abordajes puntuales —a los cuales hay que agregar los dieciocho de *La République*—, quisiéramos ahora emprender la recomposición que habilitan, veríamos fácilmente dibujarse cuatro tipos de memoria nacional.

El primero corresponde a la monarquía feudal y al período de definición y de afirmación del Estado. Larga génesis, obsesionada por sus orígenes, sean troyanos, francos o galos; y que mezcla íntimamente la afirmación de la legitimidad con la reivindicación de su ilustre antigüedad. Memoria esencialmente *regia*, pues está ligada a la persona del rey cuya preeminencia debe asegurarse y cuya sacralidad debe establecerse. De allí el carácter religioso, político, simbólico, historiográfico y genealógico de todos los lugares en los que se cristaliza. Si sus principales aspectos se encuentran reunidos bajo el signo de la «herencia», es porque en la época misma en la que se despliega, se preocupa por presentarse a sí misma como un ritual sin edad, y pretende confirmar su inscripción temporal mediante la sanción de lo intemporal o de lo sobrenatural. En ella se arraiga una sacralidad nacional aún sin nación, que legará a todas las formas siguientes de memoria nacional, y que le da permanencia a su validez. Todos los mecanismos mediante los cuales la memoria laica y republicana buscará captar para su beneficio esa herencia de sacralidad tomarán algo de aquellos por los cuales los teólogos de la monarquía, los historiadores del rey y los oficiales de la corona lograron fijar en la institución monárquica, en el cuerpo del rey algo de lo divino que estaba asociado a la Iglesia y al cuerpo de Cristo. Memoria fundadora, entonces, que expresan, en su acepción cristiana y dinástica las *Grandes Chroniques de France*, y en su acepción galicana y parlamentaria, *Les Recherches de la France* de Étienne Pasquier. Pero también se la encuentra aquí mismo en la formación del territorio, desde los límites feudales hasta las fronteras políticas, en la simbólica del Estado desde los primeros Valois hasta Luis XIV, como en las *Mémoires d'épée* que, de Commynes y Monluc al cardenal de Retz, constituyen la primera tradición de las Memorias de Estado.

El segundo tipo es la expresión pura de la *memoria-Estado*, monumental y espectacular, absorbida en la imagen de su propia representación. Versalles ofrece su ilustración más esplendorosa, grandeza en-

* Nota de la traductora: El autor se refiere al contenido del tomo II, *La nation*.

carnadora y alejada, que se inscribe en la piedra como se acuña en las medallas de la Academia de las inscripciones, fundada expresamente por Colbert en 1663; pero que se ve expresada igualmente por la naturaleza domesticada, el ritual de la corte, la heroización iconográfica del soberano, el código de la sociabilidad. Memoria de lo inmutable que se festeja, se celebra con panegíricos, se afirma en el esplendor de su poder y de su proyección. Memoria no coercitiva e impuesta, sino oficial, protectora y mecenas, bien expresada, en su doble vocación política y artística, por el Louvre, «morada de los reyes y templo de las artes», que la Revolución convertirá en el primer museo nacional abierto al público el 10 de agosto de 1794, aniversario de la caída de la monarquía. Memoria entonces fuertemente unitaria y afirmativa, pero que crea ella misma, con el Collège de France y la Academia francesa, sus espacios de libertad garantizados por el Estado; y que el siglo XVIII va a subvertir desde el interior manteniendo su formalismo exterior. El pasaje está claramente marcado, por ejemplo, en el tratamiento de las palabras ilustres, desde la oración fúnebre al elogio académico, o en el nacimiento del gran escritor con quien comienza el ritual de la visita. Se podría apreciar la expresión última de ese viraje en las *Mémoires* de Saint-Simon, verdadero contra-monumento secreto de la memoria monárquica de Estado.

Tercer tipo, la *memoria-nación*. Es el momento capital de la memoria propiamente nacional, cuando la nación toma conciencia de sí misma como nación, decretándose como tal durante la Revolución, concibiéndose bajo la Restauración para establecerse bajo la monarquía de Julio. Independientemente mismo de la constitución del «patrimonio», el cotejo de una cantidad de artículos sería necesario aquí para determinar su emergencia y valorización: desde el Código civil, su cimiento y condición primera, y la Estadística general de Francia, que supone el registro de cantidades comparables y de unidades iguales, hasta esa primera parte de las Memorias de Estado que muestra la capitalización de las memorias, pasando por las *Lettres sur l'histoire de France* de Augustin Thierry, que definen centralmente su intención. Memoria nacional dilatada en todas sus dimensiones, jurídica, histórica, económica, geográfica. Es la nación recuperándose como pasado a través de toda la historiografía romántica y liberal; descubriéndose en la profundidad de su vivencia a través de la novela histórica; poniéndose a prueba en la unidad de su ser geográfico, como canta el *Tableau de la France* de Michelet; explorándose con la creación de las Guides-Joanne; reflejándose en la pintura nueva de sus paisajes. Es la nación sobre todo como proyecto unificado que crea decisivamente los instrumentos de reexploración y de conservación de su propia memoria, museos, sociedades científicas, École des chartes, Comité de los trabajos históricos, Archivos y Biblioteca nacionales. Y hasta exaltándose, en ese período de paz, con los recuerdos de su grandeza militar, con los cuadros de batalla de la galería

histórica del museo de Versalles, con el regreso de las cenizas de Napoleón. Sobre todo con ese mito del soldado-labrador que se encarna en el mítico soldado Chauvin. Momento históricamente pálido y hueco de la vida nacional, en que hasta la Revolución de 1830 parece una reducción en miniatura de la de 1789, bloqueado ante las expresiones fuertes de la aventura nacional: entre Napoleón el Grande y Napoleón el Pequeño, entre las Luces y el socialismo, entre la épica revolucionaria y la épica republicana. Sin embargo, es el momento más pleno de la memoria nacional, cuyo epicentro oscila de Guizot, el personaje más determinante de esa movilización memorial desde el punto de vista de las instituciones, a Michelet, que aquí no aparece individualizado en ninguna parte porque está en todos lados. Michelet, que trasciende a cualquier lugar de memoria posible porque es el lugar geométrico y el denominador común de todos, el alma de esos *Lieux de mémoire*.

Cuarto tipo de memoria, que ya mostraban los lugares propios de *La République*, la *memoria-ciudadano*; repercusión activa de la memoria-nación, su arraigo social y militante. Memoria de masa, fuertemente democratizada, que suele expresarse generalmente a través de sus monumentos educativos: en la historiografía científica, con el «Grand Lavis» y su esfuerzo inicial por convertir lo intuitivo del paisaje en el lenguaje de la geografía humana, con Vidal de La Blache. Se pone a prueba en el miembro fantasma de Alsacia; se impone a las miradas por los mapas escolares y la figura geométrica del Hexágono;* se visualiza en las estatuas de París, se difunde en el repertorio expandido de los nombres de calles, se verbaliza en la elocuencia parlamentaria del Palais-Bourbon. Se fija y se congela en el canon cultural de los clásicos escolares, cuyo parangón quintaesencializado puede verse sin exagerar en la *khâgne*** y su Espíritu Santo Alain, el filósofo de los *Éléments pour une doctrine radicale*. Esa memoria-ciudadano constituye un tope, la síntesis insuperable de una sociedad y de un Estado conciliados bajo el signo de la nación. La razón nos había empujado a comenzar por ella, aun cuando ese macizo unitario de la memoria nacional consolidada ha sufrido desde Verdún la corrosión del tiempo.

Memoria regia, memoria-Estado, memoria-nación, memoria-ciudadano; encontramos, en definitiva, los cuatro momentos fuertes de la identificación nacional: la monarquía feudal, la monarquía absoluta, la consolidación de la Revolución y la síntesis republicana. Resultado tranquilizador, pero decepcionante. ¿Era necesario entonces todo este rodeo? Si, al final de la carrera, se iba a desembocar igual en las distinciones clásicas de la historia política más tradicional, ¿para qué este

* Sobrenombre con el que designa a Francia por asociación con su forma hexagonal.

** Cursos de preparación en letras de uno a dos años para los concursos de entrada a las Grandes Escuelas orientadas a la investigación y enseñanza superior, principal-

juego de pistas y este acoso a la memoria? ¿Y qué es lo que agrega, fuera de la exploración simbólica, si no un tinte de imprecisión y de vaguedad —en el mejor de los casos, un tinte pintoresco— a las viejas distinciones, claras y demostrativas, de la historia del Estado francés? Es que estos cuatro tipos de memoria solo adquieren sentido a través de un quinto tipo que las hace aparecer, el nuestro: una *memoria-patrimonio*.

Por memoria-patrimonio no basta entender la ampliación desmedida de la noción y su dilatación, reciente y problemática, a todos los objetos testigos del pasado nacional, sino, mucho más profundamente, la transformación en bien común y en herencia colectiva de las implicaciones tradicionales de la memoria misma. Ese metabolismo se traduce en primer lugar por el agotamiento de las oposiciones clásicas que, al menos desde la Revolución, sustentaban la organización de la memoria nacional: Francia nueva contra Francia antigua, Francia laica contra Francia religiosa, Francia de izquierda contra Francia de derecha. Agotamiento que no implica la desaparición de las filiaciones y de las fidelidades; y, al menos en lo que concierne a la última fractura, no impide las divisiones necesarias para la organización democrática, aunque no cuestiona el principio mismo de esa democracia. Esta transformación patrimonial de la memoria también se expresa por el ascenso de lo nacional reprimido y el retorno liberado a los episodios más dolorosos de la conciencia colectiva, desde la guerra de los albigenses hasta la colaboración, pasando por la Saint-Barthélemy y la guerra de Vendée. O aun por la adhesión mínima en torno a valores-refugio como la república (ver la conclusión del tomo I, «De la République à la Nation»). Se manifiesta sobre todo por una revitalización cada vez más clara del sentimiento de pertenencia a la nación, ya no vivido en el modo afirmativo del nacionalismo tradicional —aunque alimento algunos de sus empujes—, sino en el modo de una renovada sensibilidad a la singularidad nacional, combinada con una necesaria adaptación a las nuevas condiciones que significan para la nación su inserción europea, la generalización de los modos modernos de vida, la aspiración descentralizadora, las formas contemporáneas de intervención estatal, la presencia fuerte de una población inmigrante poco reducible a las normas de la francidad consuetudinaria, la reducción de la francofonía.

Transformación decisiva. Es ella la que conlleva la renovación, presente en todos lados, del abordaje histórico de Francia por la memoria, cuya centralidad querría consagrar esta empresa de los *Lieux de mémoire*.

La memoria es hoy efectivamente el único trampolín que permite recobrar a «Francia», como voluntad y como representación, la unidad y la legitimidad que solo había podido conocer por su identificación con el Estado, expresión de una gran potencia en su largo período de grandeza. Esta antigua y marcada asimilación del poder, de la nación y del Estado

en la imagen de Francia se deshizo progresivamente ante la evolución del mundo y la relación de fuerzas. Y protestan contra ella, desde hace más de medio siglo, tanto la ciencia como la conciencia.

El declive francés comenzó tras la primera guerra mundial; pero, englobado en el de toda Europa, solo estuvo orquestado en su interior por voces reaccionarias que al mismo tiempo descalificaron su fundamento en el resentimiento nacionalista y la ilusión restauradora. Pero es un hecho que Francia, que hasta ese momento podía jactarse de ser el laboratorio de todas las grandes experiencias europeas —desde el feudalismo hasta la república, pasando por el absolutismo, desde las Cruzadas hasta el colonialismo pasando por la Reforma y las Luces— no hizo más que soportar, desde la guerra, el contragolpe de los grandes fenómenos llegados de otros lados: la Revolución de 1917 y el fascismo, la crisis económica o la expansión de las «Trente Glorieuses». La franca derrota de 1940 se vio ocultada por la victoria de los Aliados, a la cual se agregó la Francia libre. De Gaulle, a quien se debe el restablecimiento de la república, borró el sentimiento de fracaso en el que se hundía nuevamente ante el problema colonial y la parálisis de las instituciones. Con la ayuda del crecimiento, supo vestir con un lenguaje victorioso el repliegue de la bandera en Argelia; y pronto incluso, hacerlo olvidar por la entrada de Francia en el círculo de las potencias nucleares. El año 1962 no deja de ser el inicio de una toma de conciencia decisiva que el final de la edad gaulliana y la crisis económica generalizaron. La estabilización definitiva de Francia en el rango de las potencias medianas y en el seno de Europa requiere un ajuste de la mirada sobre sí misma y sobre su pasado.

Con más razón en la medida en que, al mismo tiempo, todo el esfuerzo de los historiadores consistió precisamente (ver «L'heure des Annales» en *Les lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. I) en alejarse del fenómeno nacional en su identificación tradicional con el Estado para descender del cielo de las proclamaciones unitarias al ras de la tierra de las realidades. Que esas realidades se ubiquen en un nivel de análisis inferior al de la entidad nacional, por ejemplo la región, el departamento o el poblado, o que se sitúen en un nivel superior, como los grandes ciclos económicos, las corrientes demográficas, las prácticas culturales, etcétera, el hecho es que están en todo caso en otra escala y obligan a redefinir su especificidad. Es llamativo y significativo el paralelismo, además, entre las fechas clave del destino de la nación y los avances metodológicos de la historiografía francesa. La depresión de 1930 coincide con la creación de los *Annales*, la posguerra con el hermoso período de la historia demográfica, económica y social, los años que siguieron al fin de la guerra de Argelia con el avance de la historia de las mentalidades. Como si la ciencia y la conciencia nacionales marcharan al mismo paso, ambas registrando el mismo fenómeno, pero la ciencia recuperando en universalidad del método lo que la conciencia perdió en universalidad

de la presencia. Sea o no adecuada esta hipótesis, el resultado fue el mismo. Para el análisis historiador, tal como ha sido practicado hasta ahora, el objeto Francia ya no es una unidad de trabajo operativa y convincente. Examínense los factores económicos, las prácticas culturales o las evoluciones mentales, ya no es tan obvia una pertenencia de conjunto y la existencia de «una Francia» se ha vuelto puramente problemática. Valga como ejemplo la incertidumbre sobre el contenido del mensaje educativo en materia nacional. Ya no corre una «historia de Francia» como en el tiempo de Lavissee. Y no es seguro que todas las que hoy se escriben, y que sintetizan treinta años de análisis parciales, puedan hacerlo de otro modo que no sea interrogativo.

Es en función de la memoria y solo de la memoria que la «nación», en su acepción unitaria, mantiene su pertinencia y su legitimidad; que tiene lugar una capitalización y que se impone una profundidad, que la evidencia misma de una continuidad estatal conserva y recobra todo su sentido, no como un asunto de orgullo capaz de inspirar una política de gran potencia o de justificar un lenguaje de superioridad, sino como un hecho.

Pues, de todas las naciones europeas, Francia es justamente aquella en que fue más precoz la determinación estatal, más constante y constitutiva, hasta volverse, para la conciencia común, casi inmemorial e ininterrumpida. Aquella en la que, a diferencia de todas sus vecinas, la continuidad dinástica, respaldada por la continuidad geográfica y territorial, no dejó de encontrar sus enroscamientos y sus renovaciones. Aquella en la cual la voluntad continuista y la afirmación unitaria vinieron de arriba, alimentadas y proferidas más enérgicamente aún, y a veces hasta desesperadamente, cuanto más vigorosas eran las fuerzas de disrupción, menos homogéneos los conjuntos a dispersar, más amenazante la desintegración. La construcción autoritaria de la memoria histórica que hizo la fuerza de Francia y fue el instrumento de su «grandeza» es sin duda al mismo tiempo la expresión de su debilidad congénita. Francia es una nación «estado-centrada». Solo ha mantenido la conciencia de sí misma por la política. Ni por la economía, impregnada de voluntarismo mercantilista, que se mantuvo, incluso en el momento más fuerte de la Revolución industrial y del capitalismo flamígero, como una preocupación subordinada. Ni por la cultura, de irradiación mundial sin embargo, pero que no pudo irrigar el tejido social más que a través de los canales que el Estado le trazaba. Ni por la sociedad, que ha sido mantenida bajo tutela. Ni por la lengua, que se impuso de manera coercitiva. De allí el papel director y protector, unificador y educador del Estado en esas cuatro áreas, que alcanzaron para cristalizar en otro lugar la conciencia de la comunidad y el sentimiento de la nación. Es el Estado el que en Francia orientó tanto la práctica como los conceptos de economía, incluso liberales, y los ha implantó en forma dificultosa e

incompleta; fue el Estado el que creó las grandes instituciones universitarias y académicas, a cambio de concederles los instrumentos de su autonomía; el que difundió los códigos lingüísticos considerados correctos y suprimió los dialectos; el que civilizó a la sociedad. Ningún país estableció una adecuación tan estrecha entre el Estado nacional, su economía, su cultura, su lengua y su sociedad. Y ningún país conoció tampoco tan claramente y en dos oportunidades la experiencia de un radicalismo de Estado, la primera con el absolutismo de Luis XIV, la segunda con la Revolución, con la reinterpretación obligatoria e integral de la memoria histórica de la nación que cada una de esas experiencias conlleva. La paradoja de la historia nacional francesa estuvo en localizar su continuidad esencial en lo que es menos continuo por naturaleza, la política. La memoria nacional francesa se desarrolló así de un modo más conflictivo que otras, el de la radicalidad exclusiva o de la sedimentación obstinada.

Pero una historia enteramente desarrollada bajo el horizonte del Estado-nación ya no puede dar cuenta de esa sedimentación nacional de la memoria, que se entretejió en torno al Estado. Esta postulaba una unidad natural que desmienten todos nuestros conocimientos. Proponía una historia ejemplar, cuando el mundo ya casi no tiene lecciones para recibir de Francia. Correspondía a una visión conquistadora y universalista de la nación, que el repliegue en el Hexágono tornó ingenua e irrisoria. Ocultaba lo que la nación tenía de particular, proponiéndolo al mismo tiempo como modelo al mundo, incluso imponiéndolo. La historia barrió con ese modelo imperial y militar. Es solo en la memoria que la historia nacional comprende su propia continuidad. «Francia» es su propia memoria, o no es. Si hay nación, esta no responde a la causalidad lineal y a la finalidad providencialista que regía la historia del Estado-nación, sino a la permanencia actualizadora que rige la economía de la memoria y procede por aluviones acumulativos y compatibilidades combinatorias. El propio interés de los cuatro tipos de memoria que presentamos en su simplicidad esquemática, no es recaer automáticamente en las cuatro etapas de la formación nacional sino trascender esos recortes establecidos para cubrirlos con capas de otra historia. Lo que muestran claramente, contrariamente a una sucesión progresiva, es una permanencia de memoria cuyos estratos anteriores integraron la continuidad de una historia, aun la más remota. Se articulan y enroscan sobre sí mismas, se encabalgan y se fusionan, de tal forma que ninguna se pierde completamente. Su develamiento mismo es efecto de una memoria. Hay un «tocquevillismo» de la memoria y es el que le da a estos cuarenta y ocho pantallazos lúcidos y penetrantes e irradiantes su indudable capacidad reveladora.

Esta se da a través de la exhumación de una *continuidad*, la valorización de una *singularidad* y la aparición de una *cronología*. Una continuidad que puede inspirarle al ciudadano que la siente, al historia-

dor que la explora una inagotable pasión y una insondable fascinación por la grandeza única del fenómeno —que ha conmovido a todos los que participaron en particular en estos *Lieux de mémoire*, yo en primer lugar—, pero en ningún caso una identificación paródica con esa grandeza perdida o la más mínima de las nostalgias. Una singularidad cuyos meandros y finos contornos estos tres volúmenes, ya demasiado espesos, no pretenden agotar; pero cuyo estilo pretenden definir con bastante precisión para permitir, con otros tipos de formación nacional, las comparaciones que se imponen y que son las únicas que le darían su verdadero relieve. Francia no tiene el monopolio del Estado-nación, pero tejió esa experiencia con un desarrollo del Estado, con un arraigo territorial y con un modo de expresión cultural que la convierten en una «nación-memoria», en el sentido en que los judíos, sin tierra y sin Estado durante mucho tiempo, atravesaron la historia como «pueblo-memoria». La memoria del Estado nacional se solidificó en una tradición histórica, una historiografía, paisajes, instituciones, monumentos y discursos que una elección acertada permite controlar totalmente y que la disección historiadora permite recobrar. Este libro no tiene otro objeto.

El más ínfimo de los resultados que alcanza no es, sin embargo, de paso, la manifestación de una cronología diferente de las que nos son familiares, en particular esa emergencia masiva de memoria nacional entre 1820 y 1840 que tantos artículos han tenido que subrayar, así como tantos artículos de *La République* lo habían hecho para los años 1880-1890. Si la recordamos para terminar, es porque la sanción de cualquier nuevo abordaje histórico ha sido siempre lograr el establecimiento de una cronología, punto de partida, o experiencia definitiva, que delinea la historia nacional con el tamiz de un nuevo enfoque temporal. La historia política de Francia tiene su cronología, fuertemente enriquecida por provenir directamente del sentimiento de sus contemporáneos. Pero la historia económica o demográfica, la historia social también tienen la propia, de alcance más amplio y con curvas de mayor duración. La historia cultural y la de las mentalidades impusieron otras. Que una primera delimitación aproximada y general de la memoria, materia rebelde por definición a cualquier corte temporal preciso, resulte inmediatamente en secuencias propias y asimilables a otras secuencias significativas en registros diferentes, alcanzaría para probar, si fuera necesario, su fecundidad operativa y su validez «científica».

Pero no es allí que está la principal razón de esa insistencia. Hay sin duda, entre ese primer siglo XIX atrapado por una necesidad de historias, que inventa la noción de patrimonio, descubre el gótico y se embriaga de lo «nacional» y nuestro último siglo XX, devorado por una necesidad

de memoria, que generaliza la noción de patrimonio, se apasiona por la Edad Media y se desengaña del nacionalismo triunfante, intercambios profundos y afinidades de sensibilidad que contribuyen a caracterizar a nuestro momento nacional en el movimiento mismo que hace resurgir a aquel que una marcada reputación de monotonía recubrió de indiferencia y de desprecio: período culturalmente rico del romanticismo, pero de menor brillo económico que el segundo y encerrado en la ausencia completa de seducción política de su monarquía burguesa, como lo estamos en el posgaullismo. Guizot pagó con su reputación, en la posteridad, la mediocre estrechez de ese liberalismo conservador, Guizot, que recobra aquí su figura central de gran organizador de la memoria.

Las dos épocas tienen en común un rasgo fundamental: el desarraigo brutal respecto al pasado tradicional y la apasionada necesidad de recuperarlo. Ese reencuentro se produjo tras la Revolución y el Imperio, por la historia y a través de una interpretación «nacional» del pasado monárquico de la vieja Francia. Luego de la epopeya gaulliana, de la guerra de Argelia y de la revolución económica más fuerte que Francia haya conocido, esa recuperación se opera para nosotros, por el contrario, a través de la memoria, y por un abandono de la versión nacionalista de la nación, galocéntrica, imperial y universalista. De ese abandono esencial no es responsable solo la evidencia de las cosas. Dos fenómenos de gran amplitud contribuyeron ampliamente: por un lado, el ecumenismo gaulliano, que jugó para consolidar en la derecha la aceptación definitiva de la nación bajo su forma democrática y republicana; por otro, la extenuación reciente de la idea revolucionaria, que jugó fuertemente en la izquierda para desligar a la nación de la ecuación en que la Revolución la había encerrado y reactivar su dinámica. Ahora estamos frente a ella, pero transformada en otra, instalada en un espacio plural y pacificado; emergida de su eternidad artificial y girando ya hacia un futuro imprevisible. Estamos frente a su realidad invertida, para descubrir la profundidad y la intensidad de sus resonancias y su extrañeza. Durante un siglo el nacionalismo nos había escondido a la nación. ¿No es el momento de volver a decir con Chateaubriand: «Francia debe recomponer sus anales para armonizarlos con los progresos de la inteligencia»? En la conmoción que conoce hoy la identidad nacional y la inestabilidad de nuestros referentes, la valorización de su patrimonio memorial es la condición primera del reajuste de su imagen y de su redefinición en el conjunto europeo.

La nación guerrera, imperialista y mesiánica está detrás de nosotros. La apertura de la nación al mundo exterior pasa hoy por el dominio pleno de su herencia. Su futuro internacional, por su relación garantizada con el pasado nacional. Y el acceso a lo universal, por lo que hemos intentado aquí: una medida exacta de lo particular.

¿CÓMO ESCRIBIR LA HISTORIA DE FRANCIA?

Con estos tres volúmenes de las *France* se termina el emprendimiento de los *Lieux de mémoire*. Los cuatro volúmenes anunciados al principio terminaron siendo siete. No obstante, lo que, con los dieciocho pantallazos de *La République* (1984), no era sino un florilegio se convirtió en un mecano gigante de más de ciento treinta piezas dispuestas en forma meditada pero compleja, un monumento catedralesco y laberíntico de travesías múltiples y diversas, de distancia focal infinitamente variable, de manejo improbable y problemático: un «lugar de memoria» por sí solo, dirán algunos, a estudiar y tratar como tal. Una expresión inusual, forjada para las necesidades del caso, escapó a su inventor para transformarse, a una velocidad récord, en una locución del vocabulario común. Al mismo tiempo, la noción, teorizada ocho años antes del inicio del primer volumen,¹ generaba tanto en Francia como en el extranjero múltiples líneas de trabajo y, al lado de copias más o menos apropiadas y de utilidades abusivas, aplicaciones a menudo fecundas. Llegó el momento de aclarar todas esas extensiones, esos desbordes.

La realización del proyecto lleva implícita en su definición misma, efectivamente, el peso de su propia historia. La idea general de partida, contrariamente a la historia habitual, se basaba sobre la exploración selectiva y erudita de los puntos de cristalización de nuestra herencia colectiva, el inventario de los principales «lugares», en todos los sentidos de la palabra, en los que se había anclado la memoria nacional, una amplia topología de la simbólica francesa. Estaban previstos entonces cuatro volúmenes: uno para *La République*, dos para *La Nation*, uno para *Les France*, cuyas entradas estaban anunciadas: regionales, religiosas, sociales y políticas. En el camino, y después de *La République*, los dos volúmenes de *La Nation* se transformaron en tres (1986). No por incontinencia de los autores o por falta de control del director del proyecto, sino por una lógica interna que no ha dejado de gobernar todo el desarrollo del emprendimiento. *La République* podía efectivamente conformarse con muestras bastante demostrativas para verificar la validez de la noción, sugerir la variedad de sus aplicaciones posibles y concentrar el tiro en su momento más central e indivisible, la síntesis creadora de los comienzos de la III República. *La Nation* había obligado a cambiar de

registro. Es que ya no se trataba de un monitoreo selectivo de muestras puntuales en el fondo común de la herencia colectiva, sino de un vasto intento para hacer aparecer y reconstituir, bajo la carne de la historia vivida, la osamenta de esa historia. Lo demostrativo ya no residía en la elección de los hitos, desde los más evidentes hasta los menos visibles —desde la bandera tricolor hasta los funerales de Víctor Hugo y la biblioteca de los Amigos de la instrucción en el distrito III de París—, sino de la puesta de manifiesto de su organización secreta, de su arquitectura panorámica y jerarquizada. La prioridad ya no se limitaba a los temas sino a su articulación; ya no al interés de su análisis interno, sino a su disposición. De allí la tripartición a la que llegué finalmente: primero el inventario de lo *inmaterial* con la «Herencia», la «Historiografía», los «Paisajes»; luego lo *material* con «El territorio», «El Estado», «El patrimonio»; lo *ideal*, finalmente, con «La gloria» y «Las palabras». Lo cual no quita que ese segundo cuerpo de la nave, sobrecargado, se desvió de la trayectoria inicialmente prevista y obligó a rever todo el programa final.

Mientras tanto, sin embargo, varios datos nuevos vinieron a interferir. Estaba la masa misma de esos cuatro volúmenes que parecían, al menos por su número, haber cumplido con el programa anunciado. Estaba la difusión intensiva de la noción, cuyo uso, aun limitando su alcance a los lugares materiales y monumentales, no dejaba de expresar lo que el término, de vocación pública, había pasado a significar para el público.² Y en esta materia, *vox populi, vox Dei*. No podía hacer otra cosa que aceptarlo, satisfecho de haber agregado una palabra al diccionario. Pero, debido a un extraño retorno de las cosas, ¿acaso no se iban a explotar interminablemente una idea y una palabra que, además, circulaban por todos lados? ¿Utilizar un título ya tan trivial como poco indicativo? ¿Caer del nombre común al lugar común? Estaba, finalmente y sobre todo, el regreso masivo a la historiografía nacional, anunciado en la conclusión de *La République* como uno de los rasgos relevantes de la disciplina, y que se cristalizaba en un aluvión de publicaciones.³

¿Era necesario agregar algo más? ¿No estaba todo dicho? ¿Otro volumen más tenía acaso el más mínimo sentido en ese panorama? Indudablemente, ninguna de esas historias de Francia obedecía a la fórmula de los «lugares». ¿Y si, precisamente fiel a esa fórmula y al dinamismo multiplicador que implicaba, el tercer piso de la nave fuera a desembocar por el contrario —1,3,6...— en un resultado francamente insoportable para el lector tanto como para el editor? Prolongación menos justificada aún en la medida en que, a modo de circunstancias agravantes, ya regía el bicentenario de la Revolución o ya se preparaba el año De Gaulle, privando al proyecto de las *Francias* de segmentos enteros, amputándolo de temas esenciales que deberían haber ocupado allí un lugar.⁴ ¿No hubiera sido mejor detenerse allí?

Es que, además, proseguir implicaba en todos los aspectos duplicar

la apuesta arriesgando la apuesta inicial. La misma lógica, en efecto, que había presidido el despliegue imprevisto de *La Nation* repetía sus imposiciones e intensificaba sus aplicaciones, fuera por la elección de los temas o por su tratamiento.

Pocos habían sido entonces, para los volúmenes anteriores, los temas obligatorios y las obligaciones en serie. Por el contrario, hubo que aislar mejor el ángulo de ataque, detectar los puntos sensibles, inesperados, reveladores: el soldado Chauvin al lado de Verdún, la *khâgne* al lado del restaurante La Coupole, las *Guides-Joanne* al lado del *Tableau de la géographie de la France*. Eran esas asociaciones las que de golpe se volvían ilustrativas. Abordar la cuestión de las Francias era, en cambio, aceptar que los temas se imponen, ineludibles, y se llaman inevitablemente unos a otros. Clásicos, por lo tanto, profusos, y en series. Imposible no tratar «La corte», por ejemplo, o «El departamento». Juana de Arco o la Torre Eiffel; al lector le llamaría la atención no encontrarlos. Pero al pertenecer cada uno de esos temas a una categoría de lugares de memoria —modelo social, división del espacio-tiempo, figura emblemática, lugar consagrado—, era impensable no tomar en cuenta las demás representaciones principales, o hasta su totalidad. «El Antiguo Régimen y la Revolución» es también uno de los lugares capitales de la división de la memoria política. Pero tenerlo en cuenta implicaba cubrir todas las divisiones capitales de la memoria política, desde «Los francos y los galos» hasta «La derecha y la izquierda». Imposible, por definición, tratar todos los lugares de memoria de Francia: no se trataba de una enciclopedia ni de un diccionario. Pero, en el marco elegido, se imponía ser sistemático y coherente. En *La Nation*, solo estaba la sección dedicada a la «Historiografía» que obligara a su estratigrafía metódica. La regla general sería aquí la nomenclatura; dejaba poco lugar para la fantasía o lo arbitrario. Era necesario entonces, sin llegar a la exhaustividad, aceptar ser extenso, sobre todo desde el momento en que la casi totalidad de los temas eran síntesis: el medievalista que, en *La Nation*, debía presentar «*Las Grandes Crónicas de Francia*» podía conformarse con el equivalente de un prefacio. El medievalista a quien se le confiara esta vez «La catedral», espejo del mundo, foco de cultura y encarnación de la Francia cristiana, no podía conformarse con veinticinco hojas.

Mucho peor: la mayor parte de los temas se habían presentado hasta entonces como «lugares de memoria» evidentes; bastaba identificarlos y hacerlos aparecer como tales, vincularlos entre ellos. Esta vez, habría que elaborarlos.⁵

El radar de los «lugares» había sido necesario, pero suficiente, para mostrar, en su campo, el Panteón, el *Dictionnaire pédagogique* de Ferdinand Buisson, los museos de provincia, los nombres de calles, el calendario revolucionario, el Hexágono y tantos otros objetos cuya novedad a los comentaristas les gustó reconocer. La rentabilidad de la noción se impuso inmediatamente. Pero aquí no nos habían esperado para escribir

bibliotecas enteras sobre Vichy, la generación, Vézelay o la vid y el vino. La iniciativa tropezaba con los temas y los asuntos para los cuales sin embargo había sido concebida. No habría prácticamente ningún tema nuevo en sí mismo. El desafío estaba radicalmente en otro lado, en el interior del tema mismo, en la construcción que se le impondría activamente, y la significación que de esta se desprendería. No sería lugar de memoria sino en la medida en que el historiador supiera, si puedo decirlo así, «lugar-de-memorizarlo». Acerca de las relaciones de París con la provincia, de los proverbios, de los cuentos y las canciones, de la genealogía o la arqueología industrial, de las relaciones entre comunistas y gaullistas o de los castillos del Loira, se sabe todo. El asunto era saber si el hecho de constituirlos en «lugares de memoria» permitía hacerles decir a esos *topoi* otra cosa, que no habrían podido expresar sin esa operación.

Fueron esas imposiciones y esas obligaciones las que me provocaron intelectualmente. No tanto los temas en sí mismos, pese a que eran muchos los que tendían sus brazos, no tanto los compromisos tomados y los programas anunciados, sino ese enigma y ese reto: había que ir hasta el final para experimentar si la noción, espontáneamente adaptada a los instrumentos de la memorización, a lugares-refugio del recuerdo, a símbolos identitarios de grupos particulares, enteramente nacida del sentimiento de pérdida y por ello impregnada de nostalgia de las cosas difuntas, conservaba su validez heurística, su capacidad operativa, su dinámica de liberación en los casos difíciles en los que debía volverse sobre sí misma, encontrar un segundo aliento, revitalizar lugares transformados en comunes. Si, al pasar al modo mayor y proyectarse en la pantalla grande de nuestras identidades colectivas, se diluía en la metáfora, perdía sus contornos y sus aspectos incisivos, se trivializaba en los «lugares de historia»; o si, por el contrario, experimentada empíricamente sobre estructuras elementales, se revelaba capaz de convertirse en una categoría de la inteligibilidad histórica contemporánea. Meterse a fondo con Descartes o con la *Recherche du temps perdu*, el *coq gaulois** o la costa. Abordar la cuestión de las Francias, era imponer a la noción la prueba de fuego, traspasar la línea. Era ese asunto el que me atormentaba.

Una solución sabia, que parecía reunir rigor y economía a la vez, habría consistido, en inclinar la noción hacia lo más simbólico que tiene, concentrar el análisis en lo más simbólico que Francia misma tenía: sus fechas (89, 48, 14, 40, 86), sus acontecimientos, sus figuras, sus lugares y sus instituciones. La fórmula tenía la ventaja de que cabía en un solo volumen y cerraba elegantemente la propuesta. Por un momento la adopté. De hecho era un reconocimiento de debilidad. No, era la solu-

* Nota de la traductora: Literalmente: gallo (*coq* en lengua celta) galo (en francés). Transformado en símbolo de los galos por el doble sentido de *gallus* en latín: gallo y galo. Adoptado como símbolo casi oficial de la III República el gallo sigue figurando en el sello de Estado. También evoca a Francia como emblema deportivo.

ción más costosa, la que movilizaba a una masa crítica de temas suficiente para alterar la noción hasta los límites de lo discutible, línea que, tal como terminé convenciéndome, se inscribía en el espíritu mismo del proyecto. Paciencia si la empresa se retrasaba y se recargaba. Paciencia si algunos artículos no acertaban exactamente el punto; lo esencial era que, para la mayoría, se hiciera la demostración y se ganara la apuesta. Paciencia si una modesta experiencia comenzada en los tanteos de un seminario terminaba en un alarde algo megalómano; las empresas de envergadura no son tan frecuentes hoy en día. Paciencia o, mejor aún si, en su florescencia la noción adquiriría una complejidad suplementaria hasta rodearse de un halo de incertidumbre. ¿No ocurre lo mismo con todos los instrumentos conceptuales de los que se han apropiado los historiadores: la noción de mentalidad, por ejemplo, era tan clara, tan nítida, para no hablar de hecho, de acontecimiento, de causa, de documento? Su imprecisión no les impidió ser fecundas; es por su uso que se las juzga y es su vaguedad la que les da fuerza. Las verificaciones científicas tienen ese precio. Me decidí entonces a lanzarme nuevamente y embarqué en ese alegre viaje a más de sesenta historiadores, a quienes nunca agradeceré lo suficiente. Tres volúmenes: su nombre equilibraría al de *La Nation*. Su plan obedecería a la especificidad de la memoria calcándose en sus organizaciones naturales: en torno a sus fracturas primero, a sus continuidades verdaderas o falsas luego, finalmente a sus fijaciones simbólicas. Su espesor duplicaría la masa ya publicada. Era la única forma de estar seguro.

Les France, entonces. ¿Qué diferencia hay con *La Nation*? ¿Por qué el plural? ¿Y qué pasó con la noción de «lugar de memoria»?

Hay que reconocer que todo este libro se basa en una contradicción aparente que los comentaristas presintieron a veces sin hacerla aparecer claramente, porque es solo aquí que se hace patente, al mismo tiempo que sus enseñanzas se vuelven esclarecedoras. La contradicción reside entre el método y el proyecto. La ambición altamente proclamada en la presentación general (pp. X-XI) era efectivamente escapar, mediante la técnica de los «lugares», del círculo en el que se había encerrado la historia nacional, y que consistía en explicar permanentemente a la nación por la nación, a Francia por Francia. No obstante, a través de esos mil y un objetos en que usted busca a Francia, la solicita sin interrogarse nunca sobre ella, sin definirla, encerrándose en el tema del cual pretendía salir gracias a su método. Y encuentra al final de la carrera las mismas cartas que se repartió al principio. Su recorte mismo es típicamente francés: república, nación, Francia. ¿a qué otro país se lo podría aplicar? ¿Y por qué aislar a Francia como si la república no fuera

francesa, como si Francia no fuera una nación? Queda entonces un mosaico de Francia, en plural por estar fragmentada. Su instrumento no parece operativo sino por ser él mismo puramente francés. La prueba: ¿cómo lo traduciría en inglés, en alemán, en español? La tautología a la que pretendía escapar orgullosamente lo atrapa nuevamente en definitiva. Por ende, hurgar en los pliegues de la bandera tricolor, tipologizar los monumentos a los muertos, resucitar a Étienne Pasquier y sus *Recherches de la France*, recordar que el Hexágono es una expresión más reciente de lo que se creía, hacer la genealogía de la expresión «morir por la patria», etcétera, todo eso no carece de interés ni de encanto; pero ese paseo erudito y caprichoso por el jardín público de nuestro pasado nacional, demasiado largo para un ensayo, demasiado corto para un repertorio, por imponente que sea, y aun puesto en escena teatralmente, no modifica en nada la idea general que se hacía de Francia.

Vayamos más lejos: el resultado al que lo condena la contradicción de la que es prisionero, detectable desde *La République*, recogida por gente bien pensante después de *La Nation*, brillante en este último tomo, es una Francia despojada de dinamismo motor. Ese dinamismo podía ser de orden nacional: usted se priva de él debido a su propio recorte —puesto que para usted la nación no es más que un elemento del todo— y se defiende por rechazo a un derrape nacionalista. Podía ser de orden económico y social: queda descartado por su profundo desinterés acerca de las lecciones del marxismo. ¿Para qué entonces multiplicar los ángulos de ataque si es para desembocar en una Francia sin ángulos y sin ataque, ecuménica y pacificada? El gusano estaba en la fruta, el fracaso en el principio mismo. Armar a Francia a fuerza de «lugares de memoria», era hacer de Francia entera un «lugar de memoria».

Esa contradicción, en fin, estaba en el corazón de la noción. «Lugar de memoria», la expresión es linda, hizo fortuna al encontrar una necesidad actual de la sensibilidad colectiva, hace pensar en Chateaubriand, en Proust, en Michelet, sus tres autores predilectos cuya referencia tutelar se percibe muy bien. Pero, científicamente, solo tiene sentido, aplicada a la exploración de un tema tan grande, si consiste en poner en el mismo plano las realizaciones más acabadas de la experiencia y de la mitología nacional y los instrumentos de formación de esta experiencia y de esta mitología. Es además lo que usted hace, con éxitos y fracasos que le reconocerán. Es conmovedor colocar *Le Tour de France par deux enfants* al lado del 14 de Julio, es grato unir el *Trésor de la langue française* con el palacio de Versalles. Y quizá sea cierto que, si se frota «generación» y «lugar de memoria» como dos guijarros, terminan por aparecer algunas chispas inesperadas. Pero el propio procedimiento, destinado a hacer hablar hasta a la Estadística general de Francia o a los museos de provincia —¡qué desafío!— es, en sí mismo abrumador. Reims o Verdún, Saint-Denis, Juana de Arco o De Gaulle no pertenecen al mismo registro

que el comité de los Trabajos históricos o el diccionario Larousse. Es gracioso, original, un poco cansador, pero cuando usted lo aplica a temas tan cruciales como la inmigración, los judíos en Francia, el ejército, el Estado, el mundo obrero, culmina inevitablemente, junto a una Francia laxa, en una noción laxa. ¿Lugares de memoria realmente la costa o el bosque? ¿Lugar de memoria la derecha y la izquierda? Por querer ser todo, el lugar de memoria termina no siendo nada. Como prueba, lo que falta. En su Francia no hay, en particular, ni foco exterior, ni mirada del extranjero, ni todo lo que Francia reprime y no quiere saber de sí misma, sus disturbios y sus huecos de memoria. Se percibe de lejos adónde quiere llegar: en el mejor de los casos, un Inventario a la Prévert, en el peor un Sepulcro para Francia.

Es a ese requisito que hay que responder; es esa contradicción la que hay que disipar.

Es cierto que la iniciativa ha sido tironeada desde el principio por dos proyectos íntimamente mezclados que progresivamente compitieron en la interna. No un proyecto puramente epistemológico y teórico por un lado, y un proyecto resueltamente descriptivo y analítico por el otro. Sino un concepto estrecho y restrictivo del lugar de memoria, que concentraba la demostración sobre los memoriales verdaderos y emparentados (de los monumentos a los muertos a los museos, de los archivos a la divisa y a las conmemoraciones) y un concepto amplio y extensivo que tendía al encasillamiento sistemático y al desmenuzamiento de los bloques macizos de nuestras representaciones y de nuestra mitología nacionales. El propio plan, tanto en su conjunto como en sus detalles, conllevaba esa doble vocación. Y es por eso que no dudé en poner, por ejemplo, al lado de *La Marseillaise*, al *Dictionnaire pédagogique* de Ferdinand Buisson o, al lado del restaurante de La Coupole, la visita de los noveles autores al gran escritor. Atenerse a la acepción restringida podía aparecer más prudente, más elocuente, más riguroso. Pero era privilegiar una categoría de objetos y reducir la expresión a lugares a menudo materiales, tendencia que ya es por demás la de su uso público. En lugares de memoria se transformaban la piscina Molitor y el Fouquet's de los Champs-Élysées, o el hotel del Norte. ¡No era para la preservación de esos venerables edificios, de los que ninguno es, estrictamente hablando, lo que se puede llamar «lugar de memoria», que habíamos sentido la necesidad de movilizar a ciento treinta historiadores a lo largo de diez años!

Esa doble vocación, si creímos que teníamos que darle toda su amplitud, es porque está en el principio mismo de la expresión. La fórmula no está hecha para darle dignidad y un componente espiritual a memoriales que memoriales son, y no tienen más que seguir siéndolo. Tampoco está hecha para extender simplemente sobre objetos, lugares, acontecimientos dignos de memoria o monumentos que merecen o no ser pre-

servados, en una época de destrucción a veces salvaje de los paisajes y patrimonios, un poco del patetismo funerario que se asocia a todos los memoriales. No me apoderé de una noción existente en el vocabulario para desviarla, desplazarla, ampliar su significado. El lugar de memoria nunca fue para mí un objeto puramente físico, palpable y visible. Si creí poder cubrir ciertos objetos materiales con una expresión que hacía de ellos lo que propuse llamar «lugar de memoria», es porque era posible un relacionamiento entre la naturaleza de esos memoriales y un tipo de objetos extraordinariamente variados que no tienen en común más que su significado simbólico y su contenido de memoria.

El lugar de memoria supone, de entrada, el ensamblaje de dos órdenes de realidades: una realidad tangible y aprehensible, a veces material, a veces menos, inscripta en el espacio, el tiempo, el lenguaje, la tradición, y una realidad puramente simbólica, portadora de una historia. La noción está hecha para englobar a la vez a objetos físicos y objetos simbólicos, sobre la base de que tienen «algo» en común. Es ese algo el que define la cosa. Es sentido por cualquiera en forma espontánea y más o menos confusa. Le cabe al historiador analizar ese algo, desmontar su mecanismo, establecer sus estratos, distinguir sus sedimentaciones y sus coladas, aislar su núcleo duro, denunciar sus falsos pretextos y sus ilusiones ópticas, sacarlo a la luz, decir lo no dicho. La localización no es indiferente cuando proviene de la exhumación, pero no es el principal trabajo del historiador. Lo que cuenta para él no es la identificación del lugar, sino el despliegue de aquello de lo que ese lugar es la memoria. Considerar un monumento como un lugar de memoria no es en absoluto conformarse con hacer su historia. Lugar de memoria, entonces: toda unidad significativa, de orden material o ideal, que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo convirtieron en elemento simbólico del patrimonio memorial de una comunidad cualquiera.

Comunidad francesa y nacional en este caso. Es la doble faz que constituye por principio al lugar de memoria, el doble reino al cual pertenece y que obliga imperativamente, si se quiere ser fiel a su principio y desarrollar todas sus virtualidades, a remitirse, por un lado, a los memoriales verdaderos y emparentados (del Panteón o de la divisa republicana, por ejemplo) y, por el otro, a todas las entidades cuyo despliegue simbólico expresa un elemento esencial y significativo de la memoria nacional, recorriendo todo el espacio intermedio. Describir la costa o el bosque como geógrafo o describir lo que la fachada marítima de Francia y su superficie forestada, la más grande de Europa, encarnan todavía, una por su vocación histórica fallida, la otra por su potencial profundo de imaginario, no dependen del mismo trabajo. Hacer la historia de Vézelay y describir, como historiador, lo que, a su modo, el poeta expresaba al decir «Vézelay, es memoria», no son lo mismo. Estudiar a Descartes como el filósofo francés más grande o aun declarar «Descartes

es Francia» y mostrar cómo la filosofía francesa se conformó en torno a Descartes constituyendo a Descartes en modelo del filósofo francés, no alcanzan el mismo resultado. Hacer por un lado la historia política o ideológica de la derecha y la izquierda, tratar de definir las, retrazar las continuidades y metamorfosis de esas dos familias políticas y mostrar, por otra parte, cómo ese par de palabras, que Francia volvió universales y que nos resultan tan familiares, se estableció históricamente como la categoría básica de la confrontación democrática de las sociedades contemporáneas, no llevan a los mismos cuestionamientos. Contar la vuelta de Francia y mostrar cómo ese circuito iniciático, que renueva el circuito de los compañeros, inaugura montando un caballo democrático un conocimiento físico de las planicies y declives el mismo año en que Vidal de La Blache publicaba su *Tableau de la géographie de la France* (1903), se inscriben en registros sin relación. Y de cada uno de estos sesenta y ocho ensayos se podría decir lo mismo.

Es ese principio concreto y abstracto a la vez el que comandó todo: el plan, los temas, su lugar y su tratamiento. Que la operación activa y la constitución del tema en lugar de memoria hayan sido en esta última sección más importantes que la localización, que la identificación interna haya prevalecido sobre la identificación externa, no obedece ni desemboca en una metaforización de la fórmula. La alteración está relacionada con el tema.

El tema: la francidad, explorada en sus diferentes categorías. *La Nation* era el principio rector y director, el modelo y el padrón sobre los cuales se había construido Francia, el motor de su continuidad. Nación y memoria estaban intrínsecamente ligadas: la nación-memoria. Si se consulta el índice, ninguno de los temas de los tres volúmenes anteriores hubiera tenido lugar en estas *France*, de la manera en que se quiso que fueran tratados. Es que no eran más que los instrumentos de su construcción, los puntos de apoyo de su representación, los fundamentos ocultos de su edificación. Francia está íntegramente del lado de la realidad simbólica; a través de las múltiples peripecias de su historia y de sus formas de existencia, no tiene otro sentido más que simbólico. Es un principio de pertenencia. Que nación y Francia hayan podido parecer sinónimos y provenir de un mismo enfoque unitario es una de las particularidades de Francia, encarnación del modelo nacional; y una de las virtudes de la fórmula «lugares de memoria» es, justamente, permitir diferenciarlos bien.

Por eso, debido a la aplicación del mismo y eterno principio: las Francias. El plural no remite para nada a la famosa «diversidad» francesa; ni a las diferentes Francias que habían sido imprudentemente anunciadas, regionales, religiosas, políticas o sociales. No representa los diferentes conceptos que se pueden tener de Francia manteniéndolos por separado. Tampoco expresa, como también se había anunciado dema-

siado rápido, la alteración de una identidad hoy devenida dudosa. No está para recuperar temas trillados mediante una afectación de estilo. Sí está como el único medio para expresar con una palabra, con una letra, el principio de la descomposición que está en el fundamento de la empresa, en el corazón del «lugar de memoria» y de seguir su descenso capilar hasta en los meandros inagotables de cada uno de los temas que lo ilustran. Es allí que los envolvimientos y desenvolvimientos propios de la noción hacen sus circunvoluciones más helicoidales, su verdad molecular. Cada una de estas monografías es una inmersión profunda, una mirada multifacética de Francia, una bola de cristal, un fragmento simbólico de un conjunto simbólico. Claro que existe una Francia unitaria, pero a ninguno de esos temas, a ninguno de esos objetos, de esos «lugares» le habría hecho justicia una historia de Francia unitaria. Cada uno es toda Francia, a su modo. Porque cada uno reproduce en su seno, real o virtualmente, si se pudieran desarrollar todas sus implicaciones, todas las complejidades internas que inevitablemente habría borrado y recortado cualquier encuadre global, cualquier forma de «definición». Esos lugares, cuando están logrados, tienen un efecto ya sea de muñecas rusas, ya sea de caja de Pandora. Lo que expresa el plural de Francia es, en definitiva, la pluralidad de sus determinismos.

El verdadero problema que plantean, a través de esta última sección, *Les Lieux de mémoire* es saber —sería inútil disimularlo— cómo escribir hoy la historia de Francia. Tampoco disimularemos el deseo de ruptura en que esta vasta empresa se inspira y en la cual culmina, eso esperamos.

Vayamos a lo esencial, porque en definitiva cabe en pocas palabras.

Todas las historias de Francia tienen como punto en común, sin excepciones, el suponer que la totalidad orgánica, la entidad Francia está constituida por un conjunto de realidades que le corresponde al historiador establecer, analizar, relacionar, ponderar. Realidades que pueden ser de orden histórico (la fechas, los personajes, los hechos); de orden geográfico o geo-histórico; de orden político: el Estado, los poderes, el gobierno, la administración; de orden económico o social; de orden material o institucional; de orden espiritual o ideológico. Pero siempre realidades, por complejas que sean, que instituyen en torno a ellas un determinismo jerarquizador, por complejo que fuere, y cualesquiera sean las partes respectivas que se atribuyen al azar o a la necesidad. Los grandes modelos matriciales sobre los cuales se escribieron esas historias de Francia son, además, mucho menos numerosos de lo que podría llevar a pensar el flujo continuo de las historias de Francia. Incluso aquí intentamos mostrarlo.⁶ Para no retener más que los que todavía cuentan y actúan directamente sobre nosotros, estuvieron el modelo romántico, el

modelo positivista y el modelo de los anales. Para decirlo rápidamente: Michelet, Lavissee y Braudel. El modelo micheletiano buscó integrar en una unidad viva la totalidad de los elementos materiales y espirituales, pues Michelet pretendía ser el primero que penetró «en el infinito detalle de los desarrollos diversos de su actividad religiosa, económica, artística, etc.», el primero que vio a Francia «como un alma y una persona».⁷ El segundo depuró mediante la verificación científica la totalidad de la tradición nacional.⁸ El tercero —en la medida en que un monumento lamentablemente inacabado permite emitir un juicio— buscó individualizar las etapas de la duración, integró la geo-historia vidaliana, extrapoló a partir de los ciclos de los economistas una síntesis, la única que en Francia aplicó, modulándolos, los conceptos marxistas; y la única parte publicada manipula un conjunto impresionante de realidades geográficas materiales, demográficas y económicas. Pero en los tres casos, se trata de explicar el presente a través de lo que realmente pasó, de restablecer una cadena coherente, incluso en niveles muy diferentes de interferencias y de alcance.

Lejos de mí la idea de que esas realidades no existen y la Francia presentada aquí no tiene nada de imaginario. Pero a partir del minuto en que uno se niega a relegar lo simbólico a un área particular para definir a Francia como una realidad simbólica en sí misma —es decir, de hecho, a negarle cualquier definición posible que la redujera a realidades asignables—, la vía está abierta para una historia completamente diferente: ya no los determinantes sino sus efectos; ya no las acciones memorizadas ni aun conmemoradas, sino la traza de esas acciones y el juego de esas conmemoraciones; no los acontecimientos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo, el apagamiento y la resurgencia de sus significados; no el pasado tal como tuvo lugar, sino sus reemplazos permanentes, sus usos y sus desusos, su pregnancia sobre los presentes sucesivos; no la tradición sino la manera en que se constituyó y se transmitió. En síntesis, ni resurrección, ni reconstrucción, ni aun representación; una rememoración. Memoria: no el recuerdo, sino la economía general y la administración del pasado en el presente. Una historia de Francia, por lo tanto, pero en segundo grado.

Privilegiar así la dimensión historiográfica, o más bien someterse a sus imperativos, no obedece de ningún modo a una estrategia de rodeo para esquivar las dificultades o para extraer las consecuencias de las imposibilidades científicas, morales o cívicas de una síntesis plausible de la incierta historia de una Francia incierta. Por el contrario, es, me atrevo a decir, inscribirse muy estrechamente, muy dócilmente, en el proceso de profundización del movimiento histórico mismo, tal como se aceleró desde hace más de un siglo, tal como el advenimiento mismo de una disciplina científica de la historia marcó los inicios. La historia como ciencia y como conciencia siempre consistió, en sus sucesivos empujes

y sus decisivas renovaciones, en establecer una división clara, una discontinuidad controlada, entre lo que los contemporáneos creían vivir y haber vivido y la evaluación científica lo más precisa posible de ese arsenal de creencias; cada una de esas evoluciones estaba ligada al impacto de algún gran cambio, que a su vez implicaba una alteración general de las fuentes, de los métodos y de los centros de interés. Así, el trauma de la derrota de 1870 y la rivalidad con Alemania condujeron, en condiciones que aquí mismo fueron descritas en detalle, a erigir como imperativo categórico y discriminatorio el establecimiento o la verificación crítica del conjunto de la tradición nacional transmitida mediante el recurso a las fuentes escritas y a su vez verificadas, acarreando la separación clara y definitiva entre las fuentes narrativas y las fuentes archivísticas. A esa discontinuidad crítica —la guerra de 1914 y la crisis económica de 1929— cuya fecha coincide simbólicamente con la creación de los *Annales*, le sucedió, debido a los progresos de la economía y de la demografía estadísticas, la evidencia de una discontinuidad estructural que consistió en oponer, a la vivencia de la conciencia individual o colectiva, la irrecusable verdad de las determinaciones a largo o a mediano plazo, cuyos mecanismos aprisionaban la vida de las sociedades y de los individuos, dictaban el ritmo de su renovación, la duración de su vida, la fecha de su casamiento, sus oportunidades de salvarse de las epidemias o de enriquecerse, su manera de amar, de leer y de hablar. Es a ese tipo de discontinuidad que pertenecen las famosas duraciones braudelianas, que contribuyeron considerablemente a romper la ilusoria homogeneidad del tiempo histórico. Por el mismo movimiento de profundización y ampliación histórica, el impacto de la descolonización y el despegue del crecimiento —que cortaron al mismo tiempo las filiaciones verticales con «ese mundo que perdimos», como dice un demógrafo inglés, y establecieron brutalmente solidaridades horizontales con ese mundo de los «caníbales» a la Montaigne, nuestros semejantes a los que no nos parecíamos— llevaron a la conciencia y a la ciencia de una distancia con respecto a nosotros mismos, de una discontinuidad de nuestra identidad en el tiempo, que la difusión pública del psicoanálisis contribuía a su vez a volver inteligible y familiar. Llamémosla discontinuidad *etnológica*. Es ella la que provocó en particular la emergencia de una historia de las «mentalidades», el interés por los grupos marginales —nuestros propios colonizados—, la historización a la fuerza de temas de aparente intemporalidad, como el clima, el cuerpo, el mito, la fiesta, o de aparente trivialidad, como la cocina, la higiene, los olores, o aun, con la ayuda de los medios, el interés crítico nuevo por la opinión, la imagen, el acontecimiento. Aquí también, cabe relacionar al pasar —otra correspondencia simbólica de la cronología— el fin de la guerra de Argelia, en 1962, y la aparición del libro emblemático de esa etapa, la *Historia de la locura*, de Michel Foucault. A la expresión «Orígenes de...», que había marcado tan-

tos títulos del primer momento de la fisura, a la expresión «Estructuras de...» que lo había seguido, le sucedía la hegemonía del título «Nacimiento de...», que marca muy bien el establecimiento de una secuencia, una historia de sí mismo tanto como de otro. Es la época en que los historiadores —nosotros mismos—⁹ comenzaron a hablar de «objeto» en lugar de sujeto, para decir más o menos lo mismo. La discontinuidad que vivimos hoy se inscribe en el mismo e incesante retorno de la historia sobre sí misma, en la sucesión y prosecución del mismo desfasaje más ampliado, con la diferencia de que se trata nada menos que de un abandono y de una reanudación general de la tradición histórica de conjunto.

Esa discontinuidad, que no podemos llamar de otra manera que *historiográfica*, es a la vez más difusa y más radical que las demás. Más difusa, porque proviene del cruce de varios fenómenos que son en sí mismos complejos y de largo alcance: las repercusiones políticas y nacionales de la era post-De Gaulle, los contragolpes del agotamiento de la idea revolucionaria y los efectos del impacto de la crisis económica. Pero más radical, porque los tres fenómenos se combinaron para disponer, entre los comienzos de una «segunda revolución francesa»¹⁰ y la cercanía finisecular del tercer milenio, los elementos de una constelación nueva que modifica profundamente la relación con el pasado y las formas tradicionales del sentimiento nacional.

La historia, y más precisamente la historia nacional, siempre se escribió desde el punto de vista del futuro. Es en función de la idea implícita, y a veces explícita, de lo que debía ser o sería ese futuro que se operaba, en la indeterminación profusa de todos los pasados superados, la recolección de lo que la colectividad necesitaba salvar de sí misma para enfrentar lo que le esperaba y que debía preparar. Es lo que hacía del presente una simple y permanente transición, y del historiador, un relevo, mitad escribano mitad profeta. Esa anticipación del futuro y esa recolección del pasado se hicieron, por decir las cosas abruptamente, según tres grandes esquemas de inteligibilidad: el de una restauración posible (de un antiguo régimen, de una estabilidad rural, de una Francia muy cristiana); el de un progreso posible (del dominio del hombre sobre la naturaleza y sobre sí mismo, de la organización de las cosas); el de una revolución deseable y de un reinicio de la historia. De esos tres esquemas, los rigores del siglo agotaron sucesivamente las esperanzas y las ilusiones. Y entre la imprevisibilidad opresora de un futuro infinitamente abierto y sin embargo sin porvenir, y la abrumadora multiplicidad de un pasado volcado sobre su opacidad, el presente se convirtió en la categoría de nuestra comprensión de nosotros mismos. Pero un presente dilatado, en el que es el cambio el que se volvió continuo, y que no se capta a sí mismo sino a través de un pasado provisto de un encanto y un misterio nuevos, un pasado refugio y más que nunca supuestamente poseedor de los secretos de lo que ya no es solo nuestra «historia», sino nuestra «identidad».

Curioso momento, de desgarramiento y de reencuentro, en que los franceses ya no están dispuestos a «morir por la patria», sino que son unánimes en descubrirse interesados y apegados a ella. En que ya no es solo la historia de Francia, su política, su economía, su sociedad, sin también y sobre todo sus paisajes, su patrimonio arqueológico y material, sus tradiciones, sus artes y casi los más mínimos testimonios de su ser los que se encuentran elevados a la dignidad del amor, a los honores de la conservación, al interés del conocimiento, solemnizados como una herencia que no sabemos bien de dónde nos viene ni para qué sirve, pero que no por ello es menos valiosa. En que las encuestas indican una tendencia al consenso, en que la mayoría parece por primera vez desde la Revolución estar bastante de acuerdo sobre lo esencial de las instituciones, aunque tenga que adaptarlas; en que los partidos, aun de extrema derecha, invocan a la república en su favor. En que las oposiciones clásicas —Francia nueva contra vieja Francia, Francia laica contra Francia religiosa y, mejor aún, Francia de izquierda contra Francia de derecha—, perdieron su filo exclusivista, puesto que hasta el partido comunista residual y el Frente nacional en pleno auge afirman, al menos verbalmente, su adhesión al principio de la democracia.

Pero momento también en que una incertidumbre completamente nueva planea sobre el contenido del mensaje educativo; en que la reivindicación de la libertad para la escuela religiosa provoca la manifestación callejera más grande desde la guerra; en que el discurso político agota su credibilidad dando vueltas en torno a lo no dicho; en que la más mínima reforma del sistema del Estado-providencia cuestiona los principios sacrosantos; en que la reforma de la ortografía provoca dilemas; en que el código de la nacionalidad, que fue objeto de incesantes reajustes según las necesidades de la demografía, bastó esta vez, dada la importancia de la inmigración magrebí, para desencadenar la gran querrela de la definición nacional, en que cualquier evocación del pasado, aun lejano, despierta siempre viejos demonios que se creían dormidos.

Sí, curioso momento, que ve por un lado la desaparición de una Francia «dominadora y segura de sí misma», aun tan profundamente dividida, y por el otro la emergencia, más allá de los reflejos tanto de un nacionalismo refulgente como los de un jacobinismo agotado, de un sentimiento completamente nuevo: el apego a una singularidad francesa, el descubrimiento del arraigo y de la profundidad del fenómeno nacional, una curiosidad pluralista y casi indiferenciada por la riqueza y la diversidad de sus expresiones. Como si Francia dejara de ser una historia que nos divide para convertirse en una cultura que nos une, una propiedad de título indiviso que se considera como un bien familiar. Pasamos de un modelo de nación a otro.

Intenté definir este pasaje al final del tomo anterior.¹¹ Resumámoslo. El modelo clásico, providencialista, universalista y mesiánico, se dis-

gregó progresivamente, desde el final de la guerra de 1914 al final de la guerra de Argelia. Esta, pese al acceso de Francia al rango de las potencias nucleares, selló la conciencia definitiva del declive. Hasta allí, la idea nacional se había solidificado en una identificación con la fuerza del Estado, cuya grandeza incesantemente renovada incluso las pruebas en las que habría podido hundirse no habían hecho más que confirmar. Estado fundado sobre la tierra y sobre un territorio, garante militar de las fronteras contra los vecinos extranjeros. Pero Estado portador, protector, vector, operador de la dinámica nacional. Otros países pudieron deberle a la economía, a la religión, a la lengua, a la comunidad social o étnica, a la cultura misma la fibra de su cohesión y el secreto de su convivencia. Francia los debió a la acción voluntaria y continua de Estado, de la cual, a diferencia de sus vecinos, conoció dos formas de experiencias extremas: el absolutismo de Luis XIV y la Revolución. A la primera se liga la alternativa siempre viva que coloca el centro de la gravedad nacional en las manos del poder central o, por el contrario, la confía al corazón de la sociedad civil. En la segunda nacieron los dos conceptos franceses de la idea nacional, que nos parecen retrospectivamente más complementarios que contradictorios, la Francia de la divisa republicana y de los derechos del hombre, la Francia «de la tierra y de los muertos».

La transformación profunda de la conciencia nacional a la cual asistimos hoy supone un modelo diferente de nación. Corresponde a la estabilización de Francia en el rango de las potencias medianas y a su inserción en un conjunto europeo, conflictivo, pero plural y pacificado. Corresponde, en el interior, a la generalización de los modos de vida modernos, al avance descentralizador, a las formas contemporáneas de la intervención estatal, a la fuerte presencia de una población inmigrante, difícil de integrar a las formas tradicionales de la asimilación. Corresponde sobre todo, desde el punto de vista político, al desvanecimiento del nacionalismo al cual nos habíamos acostumbrado desde hace un siglo, tal como el establecimiento de la república en tanto forma definitiva de la nación, lo había cristalizado, ya sea en su versión de izquierda, jacobina y patriótica, ya sea en su versión de derecha, conservadora, reaccionaria, a la Barrès-Maurras. A esa mutación sustancial contribuyeron, conjunta y separadamente, los dos fenómenos paralelos políticos más importantes del siglo XX, el gaullismo y el comunismo, representando, en condiciones ampliamente descritas aquí mismo,¹² a la vez el apogeo de la Francia nacional-revolucionaria y su canto del cisne.

Esa gran salida del nacionalismo tradicional, lejos de conducir a una extenuación del sentimiento nacional, por el contrario liberó su dinámica, y es este punto que hay que subrayar. Se traduce por el regreso arrasador y en profundidad, hasta la obsesión, de aquello a través de lo cual Francia mantiene su acceso a la grandeza: todas las formas de su

historia. Medido con sus criterios tradicionales, el sentimiento nacional puede parecer moderado. Pero indudablemente cambió menos de intensidad que de escala, y de modo de expresión. El marco unitario del Imperio murió, el del Hexágono en el cual se había establecido e inmovilizado, estalló hacia arriba y hacia abajo, en el nivel superior de Europa, de Occidente, de las democracias, en el nivel inferior de las realidades locales como la región, la familia, el país. De afirmativo, el sentimiento nacional se convirtió en interrogativo. De agresivo y militar, se volvió competitivo, concentrado en el culto de las prestaciones industriales y de las marcas deportivas. De sacrificial, fúnebre y defensivo, se volvió regocijante, curioso y, se podría decir, turístico. De pedagógico, ahora ya es mediático; y de colectivo, individual y hasta individualista. Una Francia para elegir, opción menú u opción guía Michelin. El sentimiento nacional era fuertemente cívico; ahora es afectivo y casi sentimental. Era universalista; resulta ser particularizante. Se lo sentía carnal, ahora se lo vive simbólico. ¿Francia convertida en el denominador común de todas las Francias posibles?

Es a esa vasta transformación que los historiadores de Francia se ven obligados hoy a adaptarse. Es la que dicta aquí imperativamente el regreso a lo nacional. No debido a quién sabe qué devoción postradora en la que se infiltrarían, bajo una apariencia científica, los efluvios de un nacionalismo preferencial y pestilente, sino porque el marco nacional se reveló como el más estable y más permanente. Es esa transformación la que nos inclina al deber de memoria. No por nostalgia pasatista o delirio museográfico, sino porque, en un país cuya continuidad incomparable impone el peso del tiempo largo, la legitimación de cada ruptura por el recordatorio de la fidelidad al pasado pasa siempre a su vez por la reconstrucción de ese pasado, su permanente refabricación. Los ingleses tienen la tradición, nosotros tenemos la memoria. Es también esa transformación la que nos impone la dispersión atomizada de los objetos. No por revoloteo de flor en flor y de objeto en objeto, sino debido a la deflagración del motor central y a la irradiación lejana de sus partículas. Es él que nos compele a la preocupación historiográfica. No por gusto del bricolaje o curiosidad perversa por el revés de las cosas, sino porque la manera en que esos bloques ya constituidos fueron trasladados hasta nosotros, aparecieron, desaparecieron, fueron desmontados y reutilizados, es la materia misma de que está hecho lo que nos ha hecho. También él finalmente el que nos sugiere el pesaje, en los mismos platos de la balanza, de las expresiones más elevadas de la tradición del universalismo francés y de los más modestos instrumentos de su fabricación, puesto que lo que hay que comprender y volver perceptible es precisamente el porqué y el cómo de una propensión a lo universal, que es lo que Francia quizá tiene de más particular. En este libro y en su técnica apenas hay, lamentablemente, un lugar limitado para la fan-

tasía personal y los paseos sin rumbo. Es la respuesta requerida imperativamente por las exigencias del momento, la única que corresponde hoy al esplendor de la ciencia y al estado de conciencia. Dios está en los detalles, Francia también.

Pero esta percepción general de la unidad simbólica y patrimonial implica, como contrapartida, una vehemente apropiación individual de sus expresiones, un comercio con ellas, íntimo y totalmente personal, una comunión privada en la que se pone a prueba el papel igualmente nuevo del historiador en la ciudad. Todos los que participaron en esta empresa deben de haberlo sentido fuertemente. Ni escribano ni profeta. Intérprete e intermediario. Siempre relevo, pero no entre el pasado y el futuro: entre la petición ciega y la respuesta iluminada, entre la presión pública y la solitaria paciencia del laboratorio, entre lo que siente y lo que sabe. Intercambio, reparto y vaivén del que se desprende un sentido y en el que se expresa también una misión.

¿Qué queda de la república cuando se le quita el jacobinismo centralizador, el «libertad o muerte», el «no a la libertad para los enemigos de la libertad»? ¿Qué queda de la nación cuando se le quita el nacionalismo, el imperialismo y la omnipotencia del Estado? ¿Qué queda de Francia cuando se le quita el universalismo? Un aprendizaje de sí misma.

Un largo aprendizaje que, en el mismo impulso y al mismo paso convierte a estos *Lieux de mémoire* en mi Francia y a Francia en la de cada uno y la de todos.

NOTAS

- 1 Ver en esta obra, «Entre memoria e historia. La problemática de los lugares». Se recomienda al lector remitirse a ese pasaje.
- 2 Para el público y para el derecho. Así, la noción está siendo incorporada al aparato jurídico, pues la ley de 1913 sobre los monumentos históricos admite clasificaciones posibles bajo el nombre de «lugares de memoria».
- 3 Fernand Braudel con *L'Identité de la France* (París, Flammarion, 1986, 3 vol.); Jean Favier que dirigía seis volúmenes de una *Histoire de France* (París, Fayard, 1984-1988), la *Histoire de France illustrée* en la que se sucedían Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, François Furet y Maurice Agulhon (París, Hachette, 1987-1991), Pierre Goubert y Daniel Roche, *Les Français et l'Ancien Régime*, París, Armand Colin, 1984, 2 vol., seguidos de Yves Lequin con una *Histoire des Français*, XIX^e-XX^e siècles, en tres volúmenes (París, Armand Colin, 1984) y finalmente, bajo la dirección de André Burguière y Jacques Revel, los cuatro volúmenes de una *Histoire de la France* (París, Ed. du Seuil, 1989-1992).
- 4 Así, «Les droits de l'homme», que Marcel Gauchet publicaba en el *Dictionnaire critique de la Révolution française* bajo la dirección de François Furet y Mona Ozouf (París, Flammarion, 1988) y que desarrollaba en *La Révolution des droits de l'homme* (París, Gallimard, 1989). Así «De Gaulle, homme-mémoire», que Jean-Pierre Rioux trataba en forma bastante extensa con «Le souverain en mémoire», síntesis de un trabajo de seminario destinado a *De Gaulle en son siècle*, Actes des Journées internationales de l'Unesco, París, La Documentation française, 1991, t. I.
- 5 Desde la presentación del conjunto, yo había indicado que el «verdadero problema de esta última parte no está en la abertura indefinida del tema, sino en la elaboración suplementaria que exige de la noción misma de lugar de memoria».
- 6 Ver la sección «Historiographie» del tomo II, *La Nation*, vol. I, *Les lieux de mémoire*, Gallimard, París 1984.
- 7 Michelet, Prefacio de 1869 a la *Histoire de France*.
- 8 Ver «L'Histoire de France de Lavisse», t. II, *La Nation*, vol. I, *Les lieux de mémoire*, Gallimard, París 1984.
- 9 Cf. *Faire l'histoire*, en co-dirección con Jacques Le Goff, París, Gallimard, 1974, cuyos tres volúmenes tenían por subtítulos: «Nuevos problemas», «Nuevos enfoques», «Nuevos objetos».
- 10 Ver Henri Mendras, *La Seconde Révolution française*, París, Gallimard, 1988.
- 11 Ver «La nación-memoria», en esta misma obra.
- 12 Ver en esta misma obra, «Gaullistas y comunistas».

GAULLISTAS Y COMUNISTAS

1. *El trabajo del tiempo*

«Estamos nosotros, los comunistas y nada más.» ¿Qué fortuna no tuvo la famosa fórmula de Malraux, en el congreso nacional del RPF, en 1949, cuando lo que más contó fue el «nada más»? Las dos fuerzas políticas que, durante treinta años, desde la Liberación hasta mediados de los años setenta, dominaron la vida política francesa con su energía polarizante no tuvieron en el recuerdo, sin embargo, la misma suerte. La licuefacción del comunismo significó su maldición, su satanización retrospectiva; el gaullismo, que vivió una erosión paralela, terminó en cambio aureolado por la sacralización de su fundador.

Prodigiosa metamorfosis. Para quien quiera explorar hoy cómo se dio en el tiempo, lugar de memoria, la oposición entre ambos fenómenos, es imposible no tomar la medida de esa transmutación de la imagen que se hizo en menos de veinte años, para precipitar en ese momento de verdad, quizá provisorio, que vio simultáneamente —1989, 1990— el naufragio histórico del comunismo y, en ocasión del centenario de su nacimiento, la consagración histórica del general De Gaulle. E incluso de una doble transmutación, puesto que la sacralización de la persona del general se hizo al precio, hay que subrayarlo, de una completa inversión de su propia imagen.

En eso estamos. El hombre de Estado más cuestionado en vida se convirtió para todas las encuestas,¹ veinte años después de su muerte, en el más incuestionable, campeón de todas las categorías de la memoria colectiva de los franceses. El más grande divisor nacional se transformó en último símbolo de la unidad y de la convocatoria. El hombre del *Coup d'État permanent* es ahora aquel a quien debemos las instituciones más ampliamente aprobadas desde hace dos siglos. El militar siempre sospechoso de cesarismo boulangiste se adelanta a Hugo, Jules Ferry, Clemenceau, en el Panteón de la República. El apóstol de las nacionalidades del siglo XIX y el más hostil a una organización supranacional de Europa es saludado como el mejor artesano de su construcción. El

contemporáneo en espíritu de Barrès y de Péguy crece como visionario del siglo XXI. El hombre de la diferencia, glacial y taciturno comendador, se transformó, por obra y gracia de los medios de comunicación, por la simpatía de la caricatura, por la virtud de un comentario interminable, en la imagen de Epinal más consumible de la imaginación popular, el gran Charles, nuestro Asterix nacional y nuestra Torre Eiffel. Y son la idea comunista, ayer aún juventud del mundo y promesa del mañana que canta, el estalinismo, injuria convertida en título de gloria, vivido por sus apóstoles como el calor y casi la leche de la ternura humana, los que, víctimas de la infamia burocrática y totalitaria, estigmatizados por el gulag, denunciados por sus ex partidarios, quedan marcados por el signo de la mentira y de la perversión. De la interpretación siempre posible en términos de nacionalismo autoritario clásico, de la que el general De Gaulle nunca se desprendió completamente, ya no queda nada: el fenómeno tomó las dimensiones que quería el general. Y del fondo de humanismo radicalizado, aun tan provisoriamente descarriado que, todavía después de Solzhenitsin, aseguraba la reputación aparentemente inagotable del comunismo, ya no queda más nada tampoco: la comparación con el nazismo está a la orden del día y dista poco de obrar en beneficio de este último, que tendría a su favor por lo menos el no haberse presentado bajo la máscara emancipadora del marxismo y adornado con las palomas de la paz. En ambos casos, el recuerdo borró el paso a paso de las realidades vividas de la historia. El credo comunista es el que se convirtió en un enigma, incluso y sobre todo para sus antiguos creyentes que no dejan de tratar de comprenderlo; y el antigauillismo es el que siente retrospectivamente la necesidad de justificarse.²

Resultado mucho más sorprendente aún en la medida en que, en términos generales, el comunismo es el que podía parecer indiscutiblemente el fenómeno más intenso, el menos ligado a las circunstancias y a la de una personalidad excepcional, el más orientado hacia el futuro, el más cargado de historia, en lógica y en razón, en el espacio y en el tiempo. Escatología laica que traía consigo su política, su moral, su filosofía, su ciencia, su estética, su manera de vivir y su comportamiento cotidiano; *praxis* que poseía su Biblia —Marx, Engels, Lenin—, su Historia santa —la del Partido—, su Tierra prometida —la Revolución mundial—, su pueblo elegido —el proletariado—, ¿cómo comparar su grandeza a un gaullismo marcado desde el principio por un nacionalismo estrictamente nostálgico, ligado por definición a una aventura puramente individual y política? Puede compararse y oponerse, desde el punto de vista político, las íntimas polarizaciones negativas que tenían en las peripecias agitadas de sus enfrentamientos³ De Gaulle y el PCF, los comunistas y los gaullistas, en su duelo-dúo compadre y cómplice. La aversión mutua que, a los ojos de los comunistas y según la época, no podía sino convertir a ese general perteneciente a la nobleza en un

reaccionario, un dictador y un fascista en potencia; y a los comunistas, para ese campeón del nacionalismo, en *moscuteros*, separatistas y totalitarios. También el profundo parentesco que les daba el compartir los rasgos más arraigados en la cultura política y en la tradición francesa: un patriotismo jacobino, un nacionalismo puntilloso, un voluntarismo heroico y sacrificado, el sentido del Estado, una comprensión trágica de la historia, la misma hostilidad a la modernidad estadounidense y al mundo del capitalismo y del dinero. No se puede comparar, en términos de carga de memoria histórica y de esperanza de futuro, una gran religión secular de los tiempos democráticos que enraizaba la dinámica de la lucha de clases hasta en las sociedades primitivas y cuya Iglesia, encarnada por la Sección francesa del Partido Internacional comunista, proyectaba su acción en el marco de una estrategia mundial, con una simple «idea de Francia» que se agota en su propia repetición y el mantenimiento del «rango», llamada a desaparecer junto con su gran encarnador. Sin embargo, es la idea comunista, esa totalidad orgánica, la que, pese a la supervivencia de un partido residual, se volatilizó hasta el punto de hacer parecer a la rica memoria de la que era portadora como la más artificial y la más pobre; y es la memoria del gaullismo, completamente despegado de la familia política que todavía se identifica con él, la que, debido al milagro gaulliano, se arraigó en la conciencia francesa para despertar en ella los ecos más profundos y convertirse, como impronta indeleble y marco insoslayable, en la máxima referencia de nuestra actual memoria colectiva y nacional.

¿Hasta dónde llegará esta disparidad? ¿El futuro la confirmará acaso en su estado actual o modificará sus referencias? ¿La imagen gaulliana recobrará proporciones menos invasoras o se fijará definitivamente, en la historia y en la leyenda, como la última figura de una grandeza perdida para siempre? ¿Y la saga comunista verá salir algo de su purgatorio o se hundirá en un infierno definitivo como el agujero negro del siglo? Preguntas imposibles de responder, pero también de evitar, y que imponen aquí, desde el punto de vista que nos ocupa, que delimitemos los planes y niveles de análisis.

Quien dice gaullista y comunista, o comunismo y gaullismo como lugar de memoria, dice en efecto varias cosas. Está el recuerdo que dejaron esos dos movimientos, cuyo balance acabamos de hacer groseramente, pero cuyas ramificaciones y trazas quedan por definir.⁴ Está la historia imbricada de esas dos fuerzas políticas primordiales, sus estrategias recíprocas, sus imágenes en espejo, sus vidas paralelas y sus novelas cruzadas, cuyos virajes permanentes provienen de una historia política ampliamente forjada y bien forjada; no nos concierne aquí más que indirectamente. Pero también hay un aspecto completamente diferente y es que ambos fenómenos políticos tuvieron un fuerte componente de memoria. Es decir que la memoria, dimensión capital de la identidad, juega

para ellos un papel y ocupa en su orquestación un lugar sin parangón con cualquier otra familia o movimiento político. Ambos se nutren de la historia y hacen de ella un uso intensivo. Ambos tuvieron un cuidado escrupuloso de su propia historia. Ambos jugaron fuertemente con la memoria. En ese sentido, se puede y se debe explorar las memorias gaullista y comunista en su riqueza y su especificidad propias. Cada una tiene su bagaje y su estructura, sus técnicas y su registro, cada una posee su sistema de símbolos, sus formas de pedagogía, sus rituales, sus instrumentos y su historia.⁵ Pero no son ellas las que nos interesan prioritariamente. Está por fin y sobre todo el hecho de que el gaullismo y el comunismo fueron, en sí mismos, fenómenos de memoria. De ella extraen su existencia misma. Su fuerza de convocatoria y su seducción movilizadora, De Gaulle y el PCF las obtuvieron efectivamente no tanto de su coherencia ideológica, del número de sus adherentes o de su relación con el poder sino de la legitimidad histórica que pretendían encarnar, de su aptitud a representar a Francia, toda Francia, la verdadera Francia.⁶ Cada uno hizo a su modo la síntesis de los dos temas más relevantes sobre los cuales se tejió la historia de la Francia contemporánea, nación y Revolución. Dos versiones de la legitimidad nacional, sincréticas, rivales y complementarias, cuya oposición estructura la memoria histórica de la Francia contemporánea, en un paroxismo que ilustra de un modo particularmente brillante, y quizá último, el papel motor que juegan en la política, en Francia, la convocatoria de los grandes recuerdos y la manipulación emotiva del pasado. Es por tal motivo y en ese sentido, aun y debido a que todas las demás razones se acumulan para reforzarlas, que gaullismo y comunismo se constituyen, hablando con propiedad, en «lugares de memoria».

Estas precisiones son aún más necesarias en la medida en que ambos fenómenos son un ejemplo, único sin duda, de dos recorridos de memoria opuestos.

Toda una serie de circunstancias y de intermediaciones intervinieron efectivamente para que la memoria gaulliana del gaullismo se prorrogara a sí misma y se solidificara como tal en los términos de la celebración. Primero estuvo, como elemento esencial, el orden de las sucesiones presidenciales cuyo juego sutil e inesperado favoreció fuertemente el florecimiento progresivo de la última de las imágenes fuertes de la identidad nacional: el banquero industrialista de la era Louis-Philippe, el más próximo pero también el más lejano, el joven economista tecnócrata de intención «descripadora», de imagen flotante y poco arraigada en el terruño de las familias, la llegada en fin del más irreductible de los adversarios, pero a quien se debe, de hecho, lo esencial de la implantación. Primero, porque la adopción de las instituciones gaullianas por su permanente detractor y

su puesta a prueba por la experiencia de la cohabitación las exoneraron para siempre de cualquier sospecha partidaria para darles unción nacional.⁷ César y Sylla se volvieron Solón. Luego, porque François Mitterrand se hizo el artesano de una consagración en espejo, instaurando con su rival difunto uno de esos diálogos en la cumbre de referencias político-literarias que gustan tanto a los franceses, convocado por la noción misma de «alternancia» y prestándose a todo tipo de ejercicios de simetría —la «marca» y la «traza».⁸ Finalmente y sobre todo, porque esa operación autorizó y sancionó por adelantado la adhesión póstuma de la izquierda, que es el hecho más notorio y más decisivo del arraigo de la imagen gaulliana.⁹ «¿Nos volvimos todos gaullistas?» se pregunta Max Gallo antes mismo de la llegada de la izquierda al poder.¹⁰ Ese amplio movimiento se reforzó con otro, que contribuyó a recentrar la figura del gran hombre. En el momento en que el derrumbe del internacionalismo proletario revitalizaba la idea nacional para darle una nueva juventud a lo que aparecía como la vieja ley del mundo, el renacimiento, en Francia, de un nacionalismo de extrema derecha, que se creía muerto desde la guerra, vino a depurar por oposición al nacionalismo gaulliano de sus rasgos más caricaturescos, para abrirlo, patriotizarlo aún más, adornarlo con un ecumenismo bastante indiferenciado para que todas las familias políticas y todas las sensibilidades se reconocieran en él —la de Barrès como la de Péguy, la de Michélet como la de Renan—, y convertirlo en el estandarte cuya invocación, en suma bastante platónica y poco comprometedor, se vuelve muy digno. Más aún cuando, como circunstancia suplementaria, la reducción de la ética revolucionaria a la filosofía de los derechos humanos, sobre la que iba a concentrarse el bicentenario de 1789, iba a permitir que la imagen del general absorbiera toda la herencia de la Revolución francesa. Triple extensión, entonces, del asiento de la memoria gaulliana: de la aventura individual a la inscripción constitucional, de la derecha a la izquierda, del racionalismo de retracción al ecumenismo republicano. Triple trasgresión de su espacio histórico natural que, inteligentemente manejada por los oficiantes del recuerdo, tras haber sido lanzada por el propio interesado¹¹ y servida por la deriva derechista de la herencia puramente política del gaullismo, arrancó al general del círculo de las opiniones partidarias para instalarlo muy rápidamente en el centro de la mitología nacional.

Muy rápidamente. Pues si la mitologización del general De Gaulle es un proceso de larga duración que forma parte de su historia y debuta con su aparición en la escena pública, no habría riesgo de equivocarse si se ubica su rápido poder de conquista y su cristalización irreversible en los dieciocho meses que van desde su desaprobación por los franceses en el referendo del 28 de abril de 1969 hasta la apoteosis planetaria de los funerales del 12 de noviembre de 1970.¹² Orquestación mágica de los temas y de los actos: estuvo el retiro, tema sustancial y triplemente modulado en su significación histórica y política, desde el comunicado

lacónico del 28 de abril: «Dejo de ejercer mis funciones de presidente de la República. Esta decisión se hace efectiva desde hoy al mediodía», hasta el no menos lacónico y definitivo: «No diré más nada». En su significación privada, por el encierro de La Boisserie antes de la muerte, ya transformada en peregrinaje de los íntimos y de los superfieles del roble al que se derriba. En su significación imaginativa y casi metafísica por ese retiro en el retiro, ese retiro *en abyme* en el Elsinor del Connamara de donde surgieron esas imágenes de menhir en duelo que dieron la vuelta al mundo. Luego la altisonante salida del primer volumen de las *Mémoires d'espoir. Le Renouveau*: ciento setenta mil ejemplares vendidos en tres días, del 7 al 10 de octubre, un éxito fabuloso. Y un mes después, la muerte en medio de ese triunfo, ocupación trivial y sin embargo tan cargada de símbolos, la muerte casi instantánea, como la de un santo llamado en vida por Dios. Y finalmente, en la estricta aplicación de las cláusulas testamentarias fechadas en 1952, es decir antes del retorno al poder, la doble y solemne programación de los funerales, los de Notre-Dame con el ataúd vacío en torno al cual solo faltaban, para su mayor gloria, el África del *apartheid* y la Grecia de los coroneles, los de Colombey con «la parroquia, la familia, el Orden; los funerales de los caballeros»;¹³ doble ceremonia, íntima y planetaria,¹⁴ completada por el homenaje espontáneo de la muchedumbre anónima que, toda la tarde, bajo la lluvia, remonta esos Champs-Élysées por los que él había descendido con ella en medio de la luz del 26 de agosto de 1944. Allí se jugó, en un juego del azar y de la voluntad, en la articulación de la presencia y de la ausencia, entre lo que ya no era más la vida y aún no era la muerte, una secuencia simbólica, un extraordinario teatro de memoria cuya planificación milagrosa y gestual preciso parecían, sin que hubiera conciencia de ello en aquel momento, responder como contrapunto a esa otra puesta en escena de memoria que había sido, en el registro opuesto, la explosión emocional de mayo de 1968. Allí, las barricadas simbólicas que recordaban el París de 1848 y de la Comuna, las banderas negras del anarquismo mezcladas con las banderas rojas de la Revolución, y poco después los acuerdos de Grenelle que repetían los acuerdos de Matignon del Frente popular; allí, la memoria comunista arrancada a los pontífices del comunismo por el desencadenamiento juvenil, estudiante y obrero. Aquí, la gran escapada del hombre solo, la reemergencia de otro De Gaulle que diez años de hombre de Estado habían hecho olvidar: el insurrecto del 18 de junio, el solitario de la travesía del desierto, el escritor de las *Mémoires de guerre* a quien el tiempo había ofrecido, *in fine*, la reviviscencia de su verdadero destino.

Ese triunfo de memoria ofrece un contraste sorprendente con el vía crucis de los comunistas. El primer fogonazo fue para ellos el Informe Jruschov, durante el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956, tras el reconocimiento del cisma yugoslavo y en vísperas del aplastamiento de

la revuelta de Budapest por los carros soviéticos.¹⁵ No habían faltado hasta ese momento las denuncias de la memoria oficial y el análisis de sus manipulaciones. Pero por primera vez la denuncia de los «crímenes» y de los «errores» de Stalin era lanzada desde lo alto de la tribuna más oficial de la jerarquía comunista y la caja de Pandora ya no volvería a cerrarse. El encanto estaba roto, la memoria comunista definitivamente afectada. Los propios esfuerzos de Jruschov para circunscribir inculpa-ción del pasado únicamente a los perjuicios del «culto a la personalidad» iban a revelarse más devastadores aún en la medida en que el thorezo-estalinismo no había dejado de construirse y presentarse como la figura consagrada del marxismo-leninismo. El ataque a la piedra angular amenazaba por lo tanto al edificio entero. Lo que resultaba definitivamente cuestionado era la infalibilidad inherente a la práctica del centralismo democrático. Ante esa amenaza, central esta vez, a la integridad de su memoria, la reacción oficial del Partido fue típica, y fatal. Nunca hubo concesión franca, palinodia pública o retractación expiatoria a los que la identidad del Partido no hubiera resistido. Pero en ese universo de palabras con doble y triple sentido, en ese lenguaje eternamente encriptado, detrás de las denegaciones escandalosas y los reclamos permanentes de transparencia y de continuidad sin falla, había deslizamientos insidiosos, desmoronamientos internos rápidamente tapados, adaptaciones calculadas al milímetro, la eliminación progresiva de las formulaciones menos tolerables y la aparición subrepticia de algunas palabras clave, según una técnica probada. Mientras el choque de 1956 desencadenaba la gran diáspora, intelectual sobre todo, que le daría visibilidad histórica a la categoría de los «ex», el PC iba a encerrarse entonces, durante veinte años, en la fórmula del «supuesto informe atribuido al camarada Jruschov». Hubo que esperar a 1977 para que, en pleno impulso de la unión de la izquierda y de la tentación eurocomunista, en el contexto de *aggiornamento* de fachada del XXII Congreso, y al término de oscuras y confusas polémicas abiertas por Jean Elleinstien en *Le Monde* y en la televisión por la difusión de la película *L'Aveu* en «Dossiers de l'écran»¹⁶, el buró político publica en *L'Humanité* del 13 de enero uno de esos largos comunicados llenos de explicaciones que solo pueden descifrar los iniciados: «Para que en la preparación del XIV Congreso del Partido comunista francés [luego del informe Jruschov] todos los militantes puedan discutir en forma útil los problemas planteados por el informe del camarada Jruschov, el buró político había pedido al comité central del Partido comunista de la Unión Soviética el texto de ese informe del que tomaron conocimiento los miembros de ciertos partidos comunistas y obreros». Telón. El pasaje de la tesis de los «retrasos», admitido por Georges Marchais, en la reevaluación de «ciertas posiciones teóricas» de los años 1955-1960, a la problemática general de lo «complejo y contradictorio» que prevaleció en lo que Roger Martelli, miembro del comité

central e historiador del Partido, terminó explicando en 1982 como un «bloqueo estratégico»,¹⁷ no modifica el fondo del asunto. No está en la naturaleza del PC poder afrontar su pasado de frente.

La crispación estaliniana del aparato tuvo como efecto comprometer bastante a toda la herencia fundadora para verla en definitiva capturada, combatida, arrinconada a la defensiva, acorralada entre dos frentes que se emanciparon de su hegemonía: uno, del lado socialista y socialdemócrata, al deshacerse del descrédito que los comunistas no habían dejado de hacer pesar sobre él; otro, en la ultra izquierda, al arrancarles el monopolio de la tradición revolucionaria para —con la ayuda del cisma sino-soviético y la guerra de Argelia— concentrar la herencia en el maoísmo y el tercermundismo y desembocar en la nebulosa izquierdista. Doble y vasta transferencia de memoria. En un frente, para que el renacimiento socialista se volviera posible y, con el agotamiento de la idea revolucionaria, la imagen de la izquierda no comunista lavara la sospecha de eternas «traiciones» que había hecho pesar sobre ella precisamente una lectura leninista de la historia, fue necesaria esa gran mutación cultural que fue —otra larga historia que aquí solo podemos evocar— la confluencia, durante los años setenta, de la Iglesia católica y del marxismo doctrinal. Una Iglesia católica que había iniciado su viraje a partir del concilio Vaticano II y cuya jerarquía, fenómeno completamente nuevo, se abrió al «diálogo» con la esperanza obrera.¹⁸ Un marxismo multiforme que floreció sobre las ruinas de la ortodoxia leninista y que, alimentado por la tradición renovada de Jaurès y de Blum, revigorizado por Gramsci, se convirtió mal que bien, hasta la ruptura política con los comunistas en 1983, pero sin ser nunca repudiado oficialmente,¹⁹ en la filosofía blanda y difusa, la referencia general del socialismo a la francesa. En el otro frente, al calor del militantismo izquierdista, trotskista o libertario, se llevaron a cabo, antes y después de 1968, una amplia puesta al día y un redescubrimiento sistemático de todos los movimientos revolucionarios ocultados por el bolchevismo leninista, de Cronstadt a los espartakistas, de Majno a los movimientos consejistas y los anarquistas de la CNT española. Rehabilitación a todos los niveles de los héroes y las víctimas de la «revolución desconocida»,²⁰ todos resucitables apenas pongan en dificultades la versión histórica del monolitismo oficial. Y monolitismo oficial él mismo suficientemente aletargado, suficientemente retorcido, suficientemente revisionista como para que lo remitieran a los clásicos del bolchevismo los defensores de un retorno a la ortodoxia pura y dura, como por ejemplo,²¹ esas conferencias que André Ferrat pronunció ante los cuadros de 1930, ¡y que quedaron durante mucho tiempo como la única *Histoire du PCF*²² de antes del Frente popular! Decididamente, la memoria negra del comunismo se había vuelto casi su verdadera memoria. Había perdido en todos los niveles. Profanada, desviada, caricaturizada hasta por sus guardianes

más atentos. ¡Qué caminos tuvo que recorrer desde los tiempos heroicos para que *L'Humanité* misma llegue a titular en cuatro columnas el último día del *Mundial*, como una burla a los valores más sagrados: «¡Es la lucha final!».

Resultado de esa evolución contradictoria, dos tipos ejemplares de memoria histórica que el historiador de lo contemporáneo pocas veces tiene oportunidad de captar en su pureza cristalina: una memoria mitificada, una memoria historicizada.

Todo ocurre, efectivamente, en el caso del gaullismo, como si la posteridad, generalmente implacable, hubiera no solo ratificado una política y una intención individuales de memoria²³ y suscrito a una aprobación masiva a la imagen que De Gaulle había querido forjar de sí mismo, sino como si se hubiera apropiado de los elementos de esa imagen para prolongarla, ilustrarla, enriquecer su materia prima y permitirle responder a sus necesidades propias, constituyéndola a su vez en un «lugar de memoria» autónomo. Para parodiar la fórmula misma del general en mayo de 1968, los fieles no han dejado de ser fieles, los medios de comunicación de mediatizar y los historiadores de historiar. Al ritmo de las conmemoraciones²⁴ y de las encuestas,²⁵ bajo el efecto de las oleadas de libros,²⁶ de las selecciones de fotografías²⁷ y de las series de televisión,²⁸ el personaje se transformó. Se estilizó por un ocultamiento progresivo de los períodos memorialmente dudosos: RPF, mayo de 1958, guerra de Argelia, mayo de 1968. Se «epinalizó» por el agregado de elementos que no tenía el modelo inicial: buen padre, buen hijo, buen esposo, buen cristiano. Se escolarizó en temas de examen de bachillerato,²⁹ se institucionalizó por la actividad del Institut Charles-de-Gaulle.³⁰ Así como la publicación de *Contre Sainte-Beuve* y de *Jean Santeuil* aseguró una base para la aparición meteórica de la *Recherche du temps perdu*, igualmente el primero de los doce volúmenes de *Lettres, notes et carnets*,³¹ hizo aparecer un De Gaulle antes de De Gaulle, preparado o no para el golpe de efecto del 18 de junio, a la vez que iluminaba la parte cuidadosamente escondida del edificio, el hombre privado. Signo y sanción del ascenso en potencia de la figura mítica: el fracaso regular de las ofensivas de contra-memoria provocadas por los resurgimientos periódicos del tema argelino o el del vichysmo de masa. El personaje tomó sus dimensiones de Padre de los franceses, a la vez por su inscripción en la galería de los ancestros y por la relación con el humor, la intimidad de la ironía, lo que Jean-Pierre Rioux llama acertadamente la «privatización del fervor». *Aimer De Gaulle* (1978) habla bien del título filial de Claude Mauriac,³² al que hace eco doce años más tarde, ya más fraterno, el de Régis Debray, *À demain De Gaulle*.³³

Al mismo tiempo, y pese a los casi tres mil títulos (!) que cuenta la bibliografía a él dedicada³⁴ (superior a la de cualquier otro personaje de

la historia de Francia, incluso Napoleón), De Gaulle todavía no entró en su edad histórica; quizá hasta le haya escapado para siempre. De la enorme producción de libros,³⁵ provenientes sobre todo de testigos, periodistas, politólogos, ¿cuántos pueden considerarse verdaderamente históricos? ¿Y cómo hacer la historia de un mito que no sea también la de un contra-mito?³⁶ Todos los historiadores, o casi, que abordaron tal o cual aspecto del gaullismo o de la acción del general De Gaulle estarían de acuerdo sin duda en que es defendible en ambas direcciones, por partida doble. Y que cada uno de los asuntos más relevantes, en particular desde 1958, comenzando por el regreso al poder y la guerra de Argelia, pero también Alemania y Europa, y también la Constitución, o la actitud ante Estados Unidos, o incluso el De Gaulle escritor, pueden prestarse a interpretaciones y juicios contradictorios, incluidas las interpretaciones del conjunto, que oscilan todas entre dos polos: el realista de la acción, del que François Goguel³⁷ se había hecho defensor, o el «artista de la historia» que Stanley e Inge Hoffmann³⁸ fueron los primeros en valorar. Y que el tratamiento histórico no puede consistir aquí en oponer a un De Gaulle un De Gaulle más verdadero, sino en inscribir en el centro de cada uno de los problemas una ambigüedad irresoluble. Entre todas esas interpretaciones, sin embargo, la memoria colectiva zanjó en el sentido que el general quería darle globalmente; y es a partir de ella que debe trabajar el historiador. Haga lo que haga, está preso de un dilema de fondo: concederle de entrada al fenómeno gaullista y al personaje De Gaulle la excepcionalidad absoluta que reclaman y abandonar lo esencial —que consiste para el historiador en desprenderse de aquello que, del tema del que habla, sigue siendo el tema que habla a través de él—; o rechazarla, con el riesgo en ese caso de perderse lo esencial, que consiste precisamente en lo que el gaullismo y De Gaulle tuvieron de excepcional. Los mejores biógrafos no pudieron evitarlo —Jean Lacouture en particular—,³⁹ al aplicar de entrada a De Gaulle el esquema interpretativo y los criterios con los cuales él mismo quería ser juzgado: los del héroe providencial, del Hamlet de todos los desafíos. A partir de esa concesión decisiva, se podrán aportar todas las restricciones y matices que se imponen, pero se deja de lado lo que estaría en tela de juicio para un historiador: el personaje es calibrado de acuerdo con las normas que él mismo había impuesto. Fue él quien dictó las reglas del juego, como en un cuadro de La Tour o de Vermeer, en que la luz que parece estar iluminando el cuadro viene del propio cuadro. No es «ego-historia», sino «eco-historia», que prolifera y se disemina a partir de un foco central y constitutivo, desarrollando géneros cada vez más refinados y ramificados que se llaman unos a otros en una vuelta de tuerca perpetua, en que el testigo llama al contra-testigo y al testigo del testigo, en que el comentario oficial llama a la confidencia, y la cobertura de lo

cotidiano a la tentación periódica de la síntesis; la jerarquía de las proximidades obliga a la palabra de unos y al silencio menos elocuente de los otros, la extrañeza del modelo genera el retrato y el análisis psicológico, su nobleza provoca la movilización general de las plumas nobles,⁴⁰ su solemnidad estimula la caricatura y la publicación de apuntes ingeniosos, su extranjería tienta la mirada de los extranjeros: la escalada se alimenta de sí misma. La gaullología tiene sus leyes y sus ritmos, sus grandes sacerdotes y sus monaguillos; hasta tiene sus historiadores. Pero aun en ese caso, la historia del gaullismo y de De Gaulle no puede escribirse sino desde el seno de una historia «gaullizada» o «gaullificada». Prueba tangible de que, contrariamente a las apariencias, el trabajo histórico no siempre es posible.

Es por el contrario en el terreno de la historia, y de la historia más crítica, la que se dedica al establecimiento y relacionamiento de los hechos, que fue atacada la memoria comunista, minada desde el interior y desde el exterior, y finalmente menoscabada.⁴¹

Terreno mucho más sensible en la medida en que el PC había hecho siempre de la historia un uso abusivo y estratégico. Marxista, ¿cómo escaparía al recurso permanente de su explicación? «La historia nos enseña que...» Popular y proletario, ¿cómo no habría hecho justicia a una pedagogía de la memoria a gran escala, escuelas primarias del Partido, ediciones de propaganda, memorias de revolucionarios, recordatorio incesante de las luchas obreras y de las luchas clandestinas contra el ocupante, diluvio de literatura edificante? Algunas encuestas mostraron incluso que, en un nivel de instrucción comparable, los comunistas sabían más historia. Desde fines de 1938, el Partido tenía una comisión oficial y no desdeñó nunca proveer a sus tribunas oficiales de historiadores. Mejor aún: ningún partido ha estado tan preocupado constantemente por su puesta en escena histórica, por la presentación de su propia historia; ninguno ha erigido hasta ese punto el deber de memoria en elemento clave de su identidad. Pero una historia muy especial, una «historia-memoria» de mecanismos perfectamente aceitados y codificados.⁴² Hasta comienzos de los años setenta, no hubo ningún historiador profesional del Partido; toda la producción pretendidamente histórica era monopolio de los responsables políticos, dominada por el inigualable modelo de *Fils du peuple* (ver el análisis de Michelle Perrot en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. III) y de las *Œuvres* de Maurice Thorez. Una historia puramente oficial politizada entonces que, aun cuando no emanaba directamente de las autoridades del Partido o no recurría a historiadores de oficio para convertirlos en instrumentos envilecidos de su propaganda (como Jean Gacon y Jean Bouvier con *La Vérité sur 1939*, en 1954), seguía siendo una «voz de la institución», escrita con el «espíritu de Partido» que reivindicaban aun explícitamente, en 1964, los prologuistas del muy esperado y muy decepcionante primer manual

de *Histoire du PCF*.⁴³ «El principio básico de este estudio es el espíritu de Partido en las ciencias, el único que une el vigor y la honestidad científicas». Una historia mucho más puntillosa que imitadora, calcada sobre un modelo de referencia impuesto desde el exterior, pues el PC solo recordaba con la mirada fija en un registro que no era el suyo, y cuya norma y tono había fijado ya en 1937 la *Histoire du PC (b) de l'URSS*, de célebre memoria. Una historia esencialmente interpretativa, adaptadora, cuya retórica enfática y perentoria obedecía a una economía interna propiamente an-histórica. Una historia totalmente lineal y confirmadora en la que siempre se trataba, como tantos títulos lo recalcan, de ir «De... a...»;⁴⁴ una historia de elementos fijos, de roles asignados, empezando por los de la burguesía imperialista por un lado, del Partido heroicizado y de la clase obrera encarnación de la patria recobrada por el otro. Una estructura general que se había llegado a analizar, como Georges Lavau, en términos de cuento maravilloso, a la manera del folclorista Vladimir Propp, y de la que florecen a veces postreras muestras, últimos fósiles de una manera de escribir la historia con la cual los comunistas se vieron obligados a romper progresivamente.

Pues es precisamente su propia memoria la que le ha sido devuelta al Partido desde hace veinte años, a fuerza de desmontajes históricos a cual más mortal. En ese trabajo de socavación, los historiadores encontraron el refuerzo de memorialistas —a veces fueron los mismos—. Testimonios, recuerdos,⁴⁵ autobiografías de ex responsables o simples militantes se han convertido en un género a estudiar como tal, un corpus científico de una extraordinaria riqueza y diversidad, incesantemente renovado por el carácter de «colador» del PC, un lugar de memoria en sí mismo, el instrumento por el cual la memoria oficial del comunismo pasó, en todos los sentidos del verbo, a la verdad vivida de los recuerdos individuales, independientemente de su relación con la verdad. Globalmente, quizá el género contribuyó menos a la descomposición del fenómeno que a su inmovilidad, pero a veces constituyó un verdadero impacto —piénsese en la *Autocritique* de Edgar Morin en 1958 o en *L'Aveu* de Artur London en 1968—⁴⁶ dejando a los especialistas una mina inagotable de informaciones puntuales.

Todo pasó por allí entonces. Primero, las condiciones mismas de su nacimiento,⁴⁷ luego la persona de Maurice Thorez,⁴⁸ finalmente y sobre todo el oscuro período que va desde el pacto germano-soviético, en septiembre de 1939, a la invasión alemana de la Unión Soviética, en junio de 1941, y que plantea el problema crucial del derrotismo revolucionario y de la fecha de entrada de la dirección en la Resistencia.⁴⁹ No hay un rincón de la memoria que no haya pasado por el tamiz. Los comunistas tuvieron que admitir el protocolo secreto agregado al pacto germano-soviético,⁵⁰ la fabricación de un número fantasma de *L'Humanité* fechado el 10 de julio de 1940,⁵¹ las gestiones ante la Propagandastaffel para hacer reeditar el diario del Partido, la carta de Billoux a Pétain

para liberar a los comunistas encarcelados,⁵² todos puntos neurálgicos que perduraron como un tema clave en el interior mismo de la dirección⁵³ y por los cuales, aún hoy, los historiadores comunistas luchan férreamente.⁵⁴ Una historiografía de combate, cuyo primer marco global de interpretación fue realizado por Annie Kriegel, creció con un batallón de historiadores en el que se codean la generación marcada por la guerra de Argelia y 1968 y la marcada por la Unión de la izquierda y su ruptura. Obligó a los comunistas a reaccionar. Una línea divisoria constantemente móvil, reclamada tímidamente por el comité central de Argenteuil, en 1966, que prohibía toda verdad oficial que contradijera la «historia real», se amplió lentamente entre lo que Marie-Claire Lavabre y Denis Peschanski llaman acertadamente la «historia-referencia», es decir la política en pasado, y la «historia-sustancia»,⁵⁵ que es objeto de un desarrollo relativamente autónomo desde 1970. De «sujeto» de la historia, el Partido se transformó en «objeto» de la historia.⁵⁶ El *Manual de 1964* estaba enteramente controlado por la dirección política. *Étudier le PCF*, en 1979, al igual que *Le PCF, étapes et problèmes, 1920-1972*, en 1981, dos publicaciones destacables del Institut Maurice-Thorez,⁵⁷ ya no lo fueron. Pero, aunque profesionales, los historiadores comunistas seguían imbuidos de las implicaciones políticas de la investigación: «El rechazo —aun sincero—, aclara uno de ellos, de una historia esencialmente justificadora no puede conducir a una posición simplemente inversa que vería cómo el PCF deja un terreno de actividad importante para él mismo y para la batalla ideológica».⁵⁸ Es seguir estando, y hasta ahora, en el marco de los límites que definía Georges Marchais cuando, concluido el XXII Congreso, protestaba que a partir de ese momento era «impensable que no digamos la verdad sobre todos los temas» y volvía bastante platónica su invitación a los historiadores «a juzgar nuestro comportamiento pasado» al agregar: «Somos unánimes en considerar que, en lo esencial, la política desarrollada por nuestro Partido desde su fundación hasta el XXII Congreso sirvió a los intereses del socialismo».⁵⁹ Sea cual sea el irredentismo de los historiadores o el apego a sus mecanismos de interpretación, la batalla está virtualmente terminada, perdió su interés polémico. La memoria gaullista le ganó a su historia, pero la historia del comunismo le ganó a su memoria.

El trabajo del tiempo culminó entonces en dos situaciones diametralmente opuestas. El gaullismo presenta el caso extraño de una memoria histórica mitificada, que el análisis del historiador no puede dejar de alimentar, aun cuando se pretenda científico y «objetivo», de una historia íntegramente historicizada, al punto de no volverse inteligible, en tanto memoria, más que a través de una historiografía reconstitutiva; de lo contrario, ya ni se la entendería. Dos «ideales-tipo» de memoria que era imprescindible establecer, si se quiere volver ahora al paralelo.

2. El doble sistema de memoria

En el inicio, el exorcismo y el olvido: gaullismo y comunismo adquieren su existencia de memoria y su acoplamiento de hecho y por necesidad del onirismo histórico cuyo mantenimiento y resguardo fue su razón de ser. Está en el principio mismo del capital común que los divide, la inagotable legitimidad fundadora que les dieron la Franca libre y la Resistencia.

Toda la guerra fue, además de una operación militar y diplomática, una operación de memoria. Se trataba de lavar la vergüenza, de borrar la humillación sin precedentes de la «extraña derrota» y el trauma del derrumbe nacional, de hacer olvidar la culpa general del verano de 1940 y el peso de la bota alemana. Con la Liberación, había que enseñarle a un pueblo de *attentistes*, de prisioneros, de buscavidas, la lección de su propio heroísmo; hacerle creer a una nación mutilada que se había liberado ella misma y casi sola, por su combate en el exterior y en el interior; hacerle recobrar su «rango» asociándola, como fuera, al conciliábulo de los vencedores; convencerla, mediante una depuración selectiva y controlada, de que, aparte de una ínfima minoría de extraviados y de traidores, la masa inmensa de los franceses nunca había querido otra cosa que el bien de la patria. En plena insurrección de París, quedaron plantados los pilares de los dos mitos fundadores. En el editorial del primer número de la reaparecida *L'Humanité*, el 24 de agosto de 1944, Marcel Cachin, evocando el pacto germano-soviético apenas con la perífrasis púdica de «el hecho del 23 de agosto de 1939», se lanza a la vez a la justificación de la actitud pacífica de la URSS y de la actitud patriótica de los comunistas injustamente condenados:

Se ha clausurado *L'Humanité* porque denunciaba a Hitler, denunciaba a los traidores, a los muniquenses. Fue para cumplir las promesas que Bonnet hizo a los alemanes que se clausuró *L'Humanité* [...] Se le había mentido a Francia sobre las causas y las circunstancias del 23 de agosto. En esa fecha, entonces, la Unión Soviética desarticuló una manifestación contra ella y contra la paz por los muniquenses.

Y al día siguiente, 25 de agosto, De Gaulle en el Hôtel de Ville, aludiendo solo tardíamente a «nuestros queridos y admirables aliados»:

¡París ultrajada! ¡París destrogada! ¡París martirizada!
¡Pero París liberada! Liberada por ella misma, liberada por su pueblo con la ayuda de los ejércitos de Francia, con el apoyo y la ayuda de Francia entera, de la Francia que lucha, de la única Francia, la verdadera Francia, la Francia eterna.

Muy pronto entonces las dos versiones competidoras del resistencialismo se van a poner en marcha.⁶⁰ La de De Gaulle consiste en negar el episodio vichysta para insistir sobre la continuidad de la legitimidad republicana; es el sentido de la respuesta a Georges Bidault, ese mismo día en ese mismo lugar: «La república nunca dejó de ser [...] ¿Por qué debería proclamarla?» En borrar el contenido ideológico de la guerra e insistir sobre su significado nacional y militar; es el sentido del tema de la «guerra de treinta años». En minimizar por un lado el peso de la Resistencia interior, dominada por los comunistas, por otro el de la colaboración, confinada a su definición jurídica como «inteligencia con el enemigo» para exaltar la unidad de la Francia combatiente y patriótica. La de los comunistas se basa, por el contrario, sobre la prioridad dada a la lucha clandestina que se desarrollaba en territorio francés, de allí el mito de los «setenta y cinco mil fusilados»; sobre el contenido antifascista de la guerra y de una victoria cuyo principal artesano fue el ejército rojo, por lo tanto las FTP; sobre la lucha de clase que representó y que hay que continuar e intensificar en el «espíritu de Resistencia» contra todos los elementos que traicionaron. Esas dos versiones conocieron con el tiempo múltiples variantes, rectificaciones de detalle y adaptaciones circunstanciales. Conocieron muy pronto furiosos cuestionamientos internos y alimentaron incesantes polémicas, entre las cuales las últimas cristalizaron la pasión de los viejos círculos de la Resistencia en torno a la figura de Jean Moulin,⁶¹ transformada en emblemática por el traslado de sus cenizas al Panteón, en 1964.⁶² Pero juntas componen la temática básica de una imaginaria colectiva cuya mística tanto la historiografía erudita como las políticas oficiales de la memoria no han dejado de afirmar. Reinó prácticamente en forma excluyente hasta principios de los años setenta. En esto también 1968 marcó un corte. Y si desde hace veinte años estalló en pedazos en medio del aluvión compulsivo y obsesivo de la memoria negra de la guerra, en que cada año trae su parte de «retro Satanás»,⁶³ se podría medir el peso de su arraigo mental e institucional en el fuego de barrera que desencadenaron sus primeros cuestionamientos: el escándalo provocado por la primera novela de Patrick Modiano, *La Place de l'Étoile* (1968), las polémicas que acompañaron *La France de Vichy* de Robert Paxton (1973), la prohibición de difusión por diez años de *Le Chagrin et la Pittié* (1971) por parte de la televisión estatal.⁶⁴

El mecanismo compensador y la prestidigitación histórica, intrínsecas a ambos fenómenos, distan mucho de limitarse a las necesidades de la guerra. Ya se ponga el acento sobre el realismo de la política gaulliana o sobre su utilización intensiva de los mitos, en treinta años de presencia nacional, el genio histórico de De Gaulle consistió en envolver la disminución real de la potencia francesa con el vocabulario de la grandeza; en transformar mágicamente la más dura de las derrotas

militares de Francia en una suerte de victoria. En hacer olvidar la arriada de la bandera en Argelia por la entrada casi simultánea de Francia en el club de las potencias nucleares. En aliviar con una mística de la independencia y una explotación del antiamericanismo popular las nuevas imposiciones de la dependencia atlántica. En compensar con una invocación sensible a la Francia eterna la llegada brutal de la tercera revolución industrial, pues los franceses solo podían enfrentar las duras trivialidades del capitalismo si se les hablaba en otro lenguaje. El ilusionismo nostálgico fue incluso el gran encanto de la memoria gaulliana. «Francia no es ella misma sino cuando sueña» dijo Malraux para De Gaulle; manera oracular de decir que, en ese viejo matrimonio, «lo que los franceses agradecerán continuamente a De Gaulle es el haberles ofrecido las dulzuras de la amnesia».⁶⁵

Amnesia: la palabra, en cambio, puede parecer incongruente, aplicada a la acción del partido comunista que se pretendía tan estrechamente apegado al realismo de las luchas obreras. Está claro, sin embargo, y cuanto más se sabe, más se aprende, que todos los momentos y todos los episodios en que se desplegó la furia comunista, Frente popular, Liberación, guerra fría, correspondieron, en realidad, a los momentos en los que el Partido vivía, tanto en el plano de su credibilidad frente a Moscú como en su capacidad de intervención nacional real, la penosa experiencia de sus límites y de su resignación real a la impotencia. El año 1947, por ejemplo, si se lo mira de cerca, sería particularmente significativo en ese sentido.⁶⁶ Respaldado por su electorado del 25%, sus cinco miembros en el gobierno, su leyenda y su prestigio en el punto más alto, el «primer partido de Francia» nunca pareció tan fuertemente instalado en su encarnación nacional, tan amenazador para la IV República frágil y naciente. Las huelgas insurreccionales de noviembre hicieron tambalear realmente al régimen sobre sus bases. De la expulsión de los ministros comunistas en mayo a la condena de la dirección francesa por Jdanov en setiembre por «cretinismo parlamentario», el año del mayor fragor, dominado por el «director de orquesta clandestino» (*dixit* Paul Ramadier), no es sin embargo más que una serie de derrotas, en las que el Partido no deja de batir en retirada y pierde en todos los niveles, hasta la confesión pública del «repliegue estratégico». El PC nunca desencadenó la tormenta más que a la medida de su atentismo forzado. Es que, en tanto partido revolucionario, siempre tuvo que vivir de una revolución futura, diferida, prometida y postergada, cuyas «condiciones objetivas» nunca se daban, prefiriendo siempre, antes que los riesgos reales del compromiso de su apuesta, el mantenimiento de sus posiciones y el repliegue sobre la coherencia de su identidad interna. El verdadero partido se jugó con la Liberación, a fuego lento; y los historiadores siempre se preguntaron si el Partido no se limitó simplemente a simular querer jugarlo.⁶⁷ Fue ahí que perdió definitivamente, y perdió contra De Gaulle. Encerrado luego en una construcción

puramente ideológica de la realidad —la crisis general del capitalismo, la Unión Soviética como agente de la paz contra el imperialismo estadounidense, el gaullismo como «régimen presidencial orientado hacia la dictadura personal y abriendo el camino hacia el fascismo», etc.—, el PC tuvo que desplegar no solamente una lengua, sino una lógica y un comportamiento políticamente correctos que hacen de su cantinela teórica, de su agresividad repetitiva una forma de desvío de la atención, una supresión subrepticia de su pasado. ¿Hasta qué punto no hay que interpretar las contrapropuestas permanentes del estalinismo francés, los excesos de su intemperancia así como la confesión de su incapacidad para ceder a lo real, el precio a pagar por el atentismo histórico al que tuvo que obligar a sus tropas? Cabe plantearse la pregunta.

El mecanismo compensatorio no tiene en ambos casos, como se ve, ni el mismo sentido, ni la misma función. En De Gaulle, el discurso se añade a una historia que contradice, invocando desde la prosa de la realidad a la poesía de la leyenda, desde los «zánganos» de los franceses a Francia, desde la «fatalidad de las secuelas» al voluntarismo histórico. De allí el registro que cubre, desde el hombre de las tempestades y del eterno desafío a las pequeñas ridiculeces del *père* Ubu. Para el Partido, el manejo del olvido, favorecido durante mucho tiempo por una rápida y fuerte renovación de las generaciones de sus miembros, es una técnica de poder y un instrumento de movilización, un medio para ocultar sus errores y sus virajes, una forma de terror y de intimidación, una manera de ser «cada vez más uno mismo», haciéndose olvidar uno mismo. En el primer caso, se trata de una proyección en la cual todos los franceses están invitados a reconocerse —«todos han sido, son o serán gaullistas»—, en el segundo una manipulación, que solo alcanza a quienes aceptan someterse a ella. Pero sí hay —fatalidad para uno, finalidad para el otro— una función histórica de exorcismo en el centro de ambos fenómenos que, mucho más allá de sus ideologías y de sus capacidades políticas, explica su seducción y su influencia; mucho más allá de la coherencia y de la consistencia de las respuestas que ofrecían a las contingencias de la historia, es decir lo que hay que llamar «contra-historia».

Memorias, entonces, y ambas carismáticas, combativas, estratégicas, próximas a referentes que les dan algo de su gravedad trascendental, «Francia», «la Revolución». Pero tan radicalmente extranjeras una respecto a la otra detrás de sus afinidades y tan diferentes en su organización interna y su economía vivida que, sin forzar el equilibrio, se puede llegar a oponerlas término a término. La memoria comunista es militante, antropológica y sectaria; la memoria gaullista es, por el contrario, contractual, simbólica y ecuménica. Una es abierta y la otra, cerrada sobre sí misma. Una es eternizada, la otra inmovilizada.

Si hay efectivamente una memoria verdadera, hecha de un acondicionamiento físico y mental del individuo íntegro, esa es la memoria comunista.⁶⁸ Mundo cerrado y autosuficiente, con sus arraigos territoriales saturados de costumbres y de recuerdos, sus ritos, sus códigos, sus tradiciones, sus símbolos, su lenguaje, sus ritmos repetitivos, su liturgia de lo cotidiano, sus reflejos mentales, sus celebraciones y sus altos lugares, comenzando por la sede del comité central que cantaba en 1933 el Aragon de *Enfants rouges*:

*C'est rue La Fayette au 120
Qu'à l'assaut des patrons résiste
Le vaillant Parti communiste
Qui défend ton père et ton pain*

Ningún partido, ninguna familia política ha generado un universo tan delimitado, tan enriquecedor, poblado de signos y de referentes, cálido, protector, tranquilizador. Su principio: como la felicidad, una historia sin historias,⁶⁹ un tiempo suspendido, una realidad de una intensidad sin igual a resguardo de las realidades. Toda la actividad militante era esa manera sutil y convincente de encerrar el tiempo en un presente sin jerarquía ni perspectiva.⁷⁰ La mera lectura de *L'Humanité*, como la de la *Pravda*,⁷¹ da la impresión de un tiempo compartimentado, fraccionado, destemporalizado, puesto que a través de las mil noticias la cuestión es dar todos los días la misma, la que hay que dar. Una campaña borra a otra, puesto que cada vez la cuestión es estimular el ardor de los combatientes con objetivos bien establecidos, darles la ilusión de la última batalla a fuerza de consignas. Cada vez, es el futuro de la patria del socialismo el que se juega y es el conjunto de las fuerzas de progreso el que libra la batalla. No hay acumulación de los hechos en ese universo cerrado de la repetición feliz, dado que, para el buen alumno que es el militante absorbido en sus tareas, cada momento del presente es como el resumen simbólico de todo el pasado y la esperanza del futuro. Toda la historia misma del Partido puede escribirse —se escribió— con esa dialéctica de la identidad y del cambio. «¿El partido ha cambiado?» De esta pregunta eternamente recurrente, se podría hacer una recolección que comenzaría casi en 1920. De allí el gusto inmoderado de los comunistas por las fiestas,⁷² las conmemoraciones, los funerales,⁷³ rituales de memoria sin memorización verdadera, apoteosis de la leyenda participativa en que se despliega la esencia de lo que hace a la memoria comunista; en que los lugares están marcados —desde Muro hasta el Vel'd'hiv', desde el 1º de mayo hasta la estación de subte— por una apropiación visible y generalizada; en que el estar-juntos se extiende a todos los que ya no están; en que el énfasis natural de la palabra comunista y la jerga política⁷⁴ puede animarse con el «gran empuje» de la clase obrera.

Tan grandes son la fuerza de impregnación de esa memoria, su profundidad de arraigo y su fuerza de difusión que, como las ondas de una piedra en el agua, se la podría calibrar por elementos que le son externos: sus entornos, sus efectos. Por lo que permanece, por ejemplo, en tantos que ya no la comparten, pero que conservaron de ella el gesto o la entonación. M^{me} de Maintenon había inventado el «cuerpo enderezado»; Gambetta, una retórica de banquetes republicanos; Thorez, una gestual y un fraseado, un mantenimiento estaliniano especial hecho de familiaridad popular, de pedagogía responsable y agresiva, de un «yo-nosotros» portador del pasado revolucionario y del porvenir del mundo. Como Proust descubría en un extraño gangueo del barón de Charlus la herencia inconsciente de un tío bisabuelo que no había conocido, muchos ex comunistas de la gran época quedarían asombrados si se les hiciera notar tal entonación del discurso, tal amplitud en la inspiración, tal rigidez en el optimismo demostrativo, tal dejo de humanismo quejoso y de violencia viril por la que pasa aún, veinte años después, el recuerdo de su antiguo acatamiento. Memoria verdaderamente incorporada. «La gran revolución rusa», «nuestro gran entusiasmo», «el caudal inmenso de la república social establecida en Moscú», «ese hecho, el primero de la historia del mundo»: no son más que simientes en estado naciente extraídas del discurso de Marcel Cachin en el congreso de Tours. Para que aparezcan en boca de un hombre tan marcado por el siglo XIX antes de convertirse en los estereotipos del futuro discurso político, el bolchevismo tiene que haber encontrado fuertes predisposiciones en la herencia laica y republicana. No hay *Fils du peuple* sin *Tour de la France par deux enfants*.⁷⁵ No hay trasplante bolchevique sin el refuerzo, en el interior del Partido que se arroga su monopolio y endurece su significado para su uso, de los rasgos más generales y permanentes de una mentalidad propiamente nacional: la piedad cristiana reconvertida en el patriotismo del «pueblo de Francia», la sumisión a la autoridad del Estado transformada en centralismo democrático, el humanismo racionalista y laico que desemboca en la lógica revolucionaria. Es esa reconversión concentrada la que le dio al maniqueísmo comunista, dentro de sus límites pero mucho más allá de la esfera de influencia del Partido, su capacidad intimidante, su hegemonía sobre la izquierda entera e incluso más allá: todo lo que no estaba marcado por el «anticomunismo visceral» interiorizó más o menos algo de la mirada comunista, respetó su lógica de pensamiento, reconoció su cultura política, admitió implícitamente sus marcos de referencia y sus normas de interpretación porque compartía algo de su bagaje. La memoria comunista tiene su genealogía nacional, pero la ciudadela sitiada del socialismo hizo de ella una memoria atrincherada, obsesionada por una relación constitutiva con el adversario interior, regida por la ley de la ortodoxia y de la herejía, de la inclusión y de la exclusión. Es sobre ese pasaje, entrada/salida, conversión/ab-

juración, que además están construidas las primeras «Memorias» de los antiguos comunistas,⁷⁶ testimonios y relatos de lo que Claude Roy llama maravillosamente «la larga estación alienada de nuestras vidas». ⁷⁷ Al releer esos testimonios, hasta el último a la fecha, *Ce que j'ai cru comprendre* de Annie Kriegel,⁷⁸ al verlos hoy acosados en la televisión, como *Les Mémoires d'ex* de Mosco,⁷⁹ se impone un sentimiento extraño, de distancia en la proximidad y de misterio en la evidencia. Dicen todo, salvo lo esencial. Los hechos, pero no la fe, el cómo, pero no el porqué. La memoria se llevó con ella su secreto.

El universo del «compañero» no es el del «camarada». Fundamentado en la noción de fidelidad, juega por entero en la duración. Está hecho de filiación y de afiliación, de una dialéctica del unanimismo y de la soledad, de tiempos fuertes y de tiempos muertos. «Todos han sido, son o serán...» Una memoria con eclipses, con dientes de sierra y en acordeón, cuya curva de adhesión política no revela más que la corteza.⁸⁰ El principio que la habita está hecho de un extraño y quizá único ejemplo de telescopaje de ultra-personificación y de absoluta despersonalización. Es el secreto del Comendador —hacerse símbolo—, cuya trayectoria histórica parece ir de la afirmación individual de circunstancia: «Yo, el general De Gaulle, actualmente en Londres...» al anonimato del texto constitucional. Y que el desdoblamiento histórico parece marcar desde el nacimiento —¿por qué providencial azar el padre de un hombre llamado a semejante destino le puso de nombre Charles?— hasta la muerte, con el doble funeral y el homenaje mundial en Notre-Dame. Pasando por la entrada en la historia: por un lado, el 18 de junio, la aventura solitaria de un hombre de cuarenta y nueve años arrojado «fuera de todas las series»;⁸¹ por el otro, la Francia eterna, la llama de la Resistencia que no se apagará. Hasta en su persona se encuentra esa mezcla inquietante de una individualidad por lo menos poco trivial y un conformismo sorprendente.

En ninguna otra parte iba a aparecer mejor este contrapunto que en el enfrentamiento con la naturaleza, el fenómeno más an-histórico por definición. De Gaulle jugó este juego fuertemente, como para subrayar el pasaje de la sumisión a la «naturaleza de las cosas», a la decisión histórica rápida, la agitación de la tormenta y la significación intemporal de la acción. Enero de 1946: «Meditando frente al mar, decidí el modo en que me iba a ir». Del Mediterráneo de Antibes a la costa oeste de Irlanda, «en un sitio salvaje y alejado de las aglomeraciones, con acceso a una playa lo más desierta posible [...], lindera o próxima a un bosque», el extraordinario director teatral siempre colocó su papel en una profunda armonía con los paisajes, aspecto sobre el cual se cierra el primer tomo de *Mémoires de guerre*. «Desde la pieza en ángulo en la que paso la mayor parte de las horas del día, descubro la lejanía en dirección del poniente [...] Vastos, tristes y asolados horizontes; bosques, prados,

cultivos y páramos melancólicos; relieves de antiguas montañas muy erosionadas y resignadas; poblados tranquilos y poco afortunados, cuya alma y lugar nada ha cambiado, desde hace milenios. Como el mío...» Presencia histórica de lo inmemorial: hay toda una geografía afectiva del general,⁸² una cultura espiritual del coto cerrado que dice mucho acerca del humus en el que se arraiga la memoria gaulliana.

Igual plasticidad sincrética y recapituladora pueden encontrarse en el registro histórico. De Gaulle no solo tuvo el don de evocar el recuerdo de los personajes más grandes de la historia de Francia, sino de encarnar alternadamente a los más contradictorios:⁸³ Juana de Arco y Luis XIV, San Luis y Clemenceau, Napoleón y Gambetta. De incorporar todos los estratos históricos de la formación nacional: la Francia cristiana y medieval, la Francia absolutista, la Francia revolucionaria y napoleónica, la Francia republicana. De hacer vibrar, en su persona, las cuerdas más sensibles de la tradición nacional, en él reunidas: la fibra militar, la fibra política y la fibra literaria. Memoria sincrética y encrucijada y, en ese sentido, menos interesante por su contenido, que dice a Francia entera y solo la dice a ella mediante los procedimientos y modalidades de su construcción.⁸⁴ Memoria de proyección —a diferencia de la memoria comunista, que es de introyección—, toda de actos, expresiones públicas y demostraciones por los hechos, poco proclive al proselitismo pedagógico y que, sin embargo, no se despliega más que en el espectro medio del imaginario nacional.

Nada ilustraría mejor ese mixto permanente de lo personal y lo impersonal, de lo particular y lo general, de lo individual y lo colectivo, de lo circunstancial y lo transhistórico que caracteriza a la memoria gaullista, que la incertidumbre que ronda sobre la designación de sus lugares. Los altos lugares de la memoria gaullista no faltan.⁸⁵ Su cartografía sumaria podría ir desde los extra-metropolitanos (Carlton Gardens, Argel, Saint-Pierre-et-Miquelon, Brazzaville, Dakar) hasta los de la capital (el monte Valérien, los Champs-Élysées, la calle de Solferino), pasando por los lugares costeros y fronterizos (la isla de Sein, Bayeux, Bruneval, Lille, Estrasburgo), distinguidos a menudo en el orden de los compañeros de la Liberación. Demasiado numerosos todos, sin embargo, precisamente, para no ser dudosos y sobre todo fragmentarios. Los dos únicos verdaderos lugares de la memoria gaullista ilustran bien, como todos los momentos de la gesta gaulliana, esa sorprendente bipolarización: la Constitución de la V República, epicentro del legado, y La Boisserie, convertida en el verdadero foco del culto memorial: «es mi morada».

Cada uno de esos dispositivos de memoria remite entonces a Francia, pero a dos tipos de Francia, a las dos formas más extremas de la memoria histórica y de la identidad nacional: una que hace de Francia

la tierra prometida de las revoluciones, que proyectó el racionalismo de las Luces en el universalismo revolucionario para proyectarlo luego sobre la Revolución soviética idealizada. La otra, que no deja de buscar sus fuentes en las profundidades afectivas de un patriotismo filial y religioso, en la afirmación de su personalidad milagrosa y de su esencia intemporal. La memoria comunista así como la memoria gaullista o, para decirlo mejor, gaulliana, operan una selección en el pasado nacional y funcionan sobre un esquema dualista, pero no el mismo. Para los comunistas, hay una Francia buena y una mala que, desde los Francos y los Galos hasta las multinacionales contra el «pueblo de Francia» pasando por los momentos clave de las comunas, de Étienne Marcel, de la toma de la Bastilla, de la Comuna y del Frente popular, organizan una visión maniqueísta y simplificadora de la historia. La frontera, en la visión gaullista, está más bien entre los franceses y Francia, entre los períodos calmos y los grandes sobresaltos salvadores, entre las vicisitudes de la historia y el genio de la patria. Una Francia lineal y dinámica a partir del año I, por un lado; una Francia cíclica y eternamente renaciente por otro. Pero una y otra memoria, a la vez revolucionaria y nacional, comulgan en la convicción de la singularidad y de la excepcionalidad del destino francés, de lo que hay en él, por la historia y por la Providencia, de único, universal y sagrado. El canto de la Unión de las juventudes revolucionarias de Francia, *Nous continuons la France*, hace eco al relanzamiento gaulliano de «Francia en estado de desherencia». «Tomar la continuación de la historia», «responder a algo profundo que está en este pueblo y de lo cual hacemos entrega», «ser necesariamente un momento de la Francia eterna»: estas fórmulas no son del general De Gaulle sino de un famoso editorial de Paul Vaillant-Couturier, en *L'Humanité* del 11 de julio de 1936 cuando, en medio del entusiasmo del Frente popular, en la exaltación de los marchas, de las huelgas con ocupaciones de fábricas, en el júbilo de los acuerdos de Matignon y del alivio de las vacaciones pagas, cuando el pequeño partido comunista de treinta mil revolucionarios se agranda en algunos meses a partido de masa de trescientos mil miembros, la dirección comienza de golpe a festejar las bodas de Lenin y de Juana de Arco al son mezclado de *La Internacional* y de *La Marsellesa*. La gran diferencia es que la ruptura que el partido comunista deseaba y representaba realmente en la memoria nacional y en la tradición francesa quedaba envuelta en el tema de la continuidad; y que, por el contrario, la continuidad esencial que quería encarnar y asegurar De Gaulle no podía volverse palpable sino mediante un gesto de ruptura. Pero ambos tuvieron de Francia y de su historia una visión igualmente mesiánica, más exacerbada aún en la medida en que le correspondía al Partido llevar a cabo y revelar su verdad revolucionaria y a De Gaulle hacerse un momento del eterno retorno.

De allí la fuerza de lo que, como memoria, ambos fenómenos tuvieron en común y la irreducible profundidad de lo que los divide. Ambos se alzaron con la misma reacción anti-alemana, ambos fueron espontáneamente anti-estadounidenses, ambos fueron hostiles a la CED, ambos se aliaron contra la Tercera Fuerza, ambos estuvieron contra la OAS y los defensores de la Argelia francesa, ambos fueron hostiles a una organización supranacional de Europa, ambos se rebelaron contra el empuje libertario y la «chienlit» (relajo) de mayo de 1968; pero nunca por las mismas razones ni en nombre de una misma idea de Francia. Es que en relación con la memoria, cada una mezcla dos memorias, sin diferenciar una de otra, pero allí radica toda la diferencia a los ojos de la otra. Ni bien tomó el giro que significó el Frente popular, la memoria comunista quedó doblemente asentada en el jacobinismo y en el bolchevismo y, como dijo Thorez, «cada hombre tiene dos patrias, Francia y la Unión Soviética». La memoria gaullista, por ser puramente patriótica, es a la vez nacional y nacionalista. Sobre esta base doble, ambas no pueden más que coincidir y chocar. Coincidir, porque si los comunistas son «el sueño de la justicia social», «nosotros somos, dijo Malraux, el conjunto de la fidelidad a Francia en su parte legendaria, es decir en su parte ejemplar». ⁸⁶ Pero coincidir solo en el choque permanente, en el furioso cuestionamiento de la herencia y el conflicto radical de legitimidad. ⁸⁷ «Los comunistas no están ni a la izquierda, ni a la derecha, están al este»: De Gaulle nunca dejó de explotar este argumento neutralizador y descalificador. En cuanto al partido comunista, independientemente de su estrategia cambiante según sus intereses, y debido a su incapacidad para hacer entrar al gaullismo en el marco teórico de sus categorías mentales y para medir la dimensión del fenómeno —no es el único en esto—, durante toda la IV República se consumió poco a poco en la demistificación del gaullismo de los «tiempos heroicos» y luego se quedó, hasta la muerte del general, en la definición que dio Maurice Thorez durante el verano de 1958, en el momento en que De Gaulle le iba a robar un millón de electores: «O el gaullismo no es nada, o es un fenómeno político y social, y en ese caso De Gaulle es inseparable de las fuerzas sociales que lo hacen surgir y que lo mueven». ⁸⁸

La acrobacia que los comunistas tuvieron que hacer permanentemente para articular su doble herencia y la simbiosis natural que el gaullismo en cambio pudo realizar entre sus dos componentes, a menudo separados por una leve frontera, instalaron en definitiva sus memorias, en todos los sentidos que toma aquí la palabra, sobre una disimetría de fondo. La memoria comunista fue hecha con retoques y remiendos permanentes. Ya en el congreso de Tours, se vio perjudicada por asuntos turbios, personalidades dudosas que hubo que maquillar periódicamente, excluidos, «traidores» y «renegados», ⁸⁹ fantasmas resurgidos del armario y verdades falseadas; no dejó de obnubilarse con su recomposición

interna y la fabricación de biografías imaginarias, empezando por la de Maurice Thorez. Cualesquiera hayan sido los arcanos de la razón de Estado, cara al maquiavelismo gaulliano, no tienen nada tan constitutivo como los famosos «secretos de Partido». La memoria comunista nunca fue responsable más que de sí misma: constantemente tuvo que adaptar su táctica a una estrategia internacional cuyo control no tenía y cuyos dirigentes a menudo eran los últimos en ser informados: Frente único, bolchevización, pacto germano-soviético, informe Jruschov, ruptura del Programa común, para recordar solo los escozores más grandes. A la memoria gaulliana no le faltan puntos oscuros, como la ejecución de Pucheu ⁹⁰ y de Brasillach, ángulos muertos y facetas poco confesables. Nada que ver, no obstante, con el calvario comunista, obligado a la inhibición y a la recomposición permanentes; la memoria gaulliana obedece a una sedimentación natural. El Partido se apropia de sus propios archivos y solo los comunica con cuentagotas, cuando ya no despiertan ningún interés, más que aseptizado. ⁹¹ El general De Gaulle se encargó regularmente de entregar los suyos a los Archivos nacionales. ⁹² Las *Mémoires*, acompañadas de documentos oficiales o privados, pueden ser discutidas por testigos o contradichas por los historiadores; ⁹³ por más sesgadas que estén, no necesitaron conocer las múltiples ediciones modificadas y progresivamente expurgadas de las *Œuvres* de Maurice Thorez. ⁹⁴ La memoria comunista, por más grande que haya sido su área de difusión en los momentos de esplendor más intensos del Partido, quedó confinada, si no a una secta, al menos a un sector de opinión, siempre ajena incluso para gran parte de la izquierda. El gaullismo, aun en los peores momentos del RPF o de la travesía del desierto, gozó siempre del prestigio del «más ilustre de los franceses» y de su pertenencia al cuerpo más oficial de la representación nacional, el ejército. Nadie protestó contra la cobertura tricolor de las *Mémoires de guerre*. Y no despertó tantas indignaciones la fórmula de 1960: «La legitimidad nacional, que encarno desde hace veinte años». ⁹⁵ Y sea cual sea la profundidad de los lazos del PC con el «pueblo de Francia» en los momentos más fuertes de su comunión nacional, durante el julio del Frente popular y la noche de la Resistencia, siguen siendo leves con relación a una experiencia histórica cuyas horas e imágenes más grandes pertenecen al álbum familiar de todos los franceses, que se identificó con un largo régimen, se cristalizó en instituciones que aún son las nuestras, se incorporó a nuestra propia memoria. Es esa disimetría la que distribuyó el lugar, semejante y diferente, que ocuparon el comunismo y el gaullismo en la memoria histórica de Francia.

3. En la memoria histórica de Francia

Salimos del mundo de guerra, de pobreza económica y de revoluciones que había dado a estos dos fenómenos su sentido y su peso. No solo la guerra de treinta años, invocada por De Gaulle en el momento de la Liberación para amortiguar el desastre de 1940, sino la guerra fría y la amenaza del apocalipsis nuclear ligado a la división bipolar, las guerras coloniales en que se establecieron los intereses materiales y simbólicos de la potencia francesa. Fue la guerra, con la revitalización de los alcances revolucionarios que implicaba, la que dio a esas dos memorias su energía movilizadora, su grandeza lírica y su parte de sacralidad. Y la que, desde las fechas clave en que ambas tuvieron su intensidad máxima, las irradia hacia atrás y hacia delante: hacia atrás, hasta los tiempos del *affaire* Dreyfus, de la Revancha y del advenimiento del socialismo internacional; hacia delante, hasta el final de la guerra de Argelia, hasta los efectos plenos del crecimiento, hasta la ola del izquierdismo tercermundista. Plena era del totalitarismo.

Si hubiera que establecer un punto de referencia, no habría error aquí tampoco en retener retrospectivamente el año 1965. Con la ida al balotaje del general De Gaulle en la primera elección del presidente de la República con sufragio universal, menoscabo inicial a la infalibilidad gaulliana, manera anticipadora de clamar: «¡Diez años son suficientes!». También —como paralelo invisible pero indicador no menos significativo— con la desintegración de la Unión de los estudiantes comunistas, eslabón más débil de la cadena, micro acontecimiento del que iba a nacer la nebulosa de los grupúsculos izquierdistas que aparecerían a la luz tres años más tarde.⁹⁶ Pero 1965 es también, simbólicamente, el punto de encuentro de toda una serie de parámetros económicos, demográficos, sociales y culturales a través de los cuales los sociólogos, como Herni Mendras, nos enseñaron a leer los inicios de una «segunda Revolución francesa»: ⁹⁷ inversión de la tasa de natalidad, disminución de la duración de la semana laboral, momento de arranque del trabajo femenino, recuperación de la proyección de la curva de crecimiento 1900-1914, fin del concilio Vaticano II, para no hablar de la generalización del libro de bolsillo y de los grandes supermercados o —¿por qué no?— de la aparición del desnudo en las revistas y en el cine. El fin de un mundo y el comienzo de otro, cuyos efectos presentía Mauriac cuando escribía, por ejemplo, en su *De Gaulle* de 1964: «El mundo de hoy que lo adversarios de De Gaulle no reconocen, ¿qué es lo que lo hace tan diferente? [...] En realidad el lavarropas, la televisión, la citroneta se convirtieron en los signos visibles de un paraíso que se manifiesta durante las tres semanas de vacaciones pagas [...] No fue De Gaulle quien inventó ese mundo, él el último paladín del antiguo mundo».⁹⁸

Esa salida de la «gran historia», ese alejamiento de la tragedia del

siglo habrían debido marcar a ambos fenómenos con la misma obsolescencia, y más aún la del paladín. Su oportunidad histórica fue la de participar en dos épocas de la historia francesa y de responder a un doble registro: un discurso de grandeza nacional un poco en falsa escuadra en aquel momento respecto a la realidad histórica; y la génesis de una sociedad que era totalmente extranjera a ese discurso, más proclive a disolverlo y a subvertirlo, una sociedad hecha de enriquecimiento económico, de individualismo hedonista y de euforia consumidora. Astucia e ironía de la historia: el dinosaurio de la guerra surgido del museo en el que escribía sus Memorias, «nunca cansado de aguardar en la noche la luz de la esperanza» —esa es la última palabra—, presidió por el milagro de otra guerra, igualmente nostálgica, el alumbramiento de un mundo que lo expulsa, pero en el cual todavía nos reconocemos y al cual dotó de instituciones que sus sucesores tornaron viables, aunque tan incompletamente democráticas. ¿De Gaulle salvado por las Trente Glorieuses del crecimiento y del industrialismo pompidoliano? La hipótesis no tiene nada de absurdo cuando se conoce el cuidado que tuvo De Gaulle desde 1958 de dejar en manos de su Primer Ministro la prosa de la necesidad para reservarse la poesía histórica cargada de los recuerdos de la gran aventura. Hasta sería necesario invertirla: De Gaulle convocado por las Trente Glorieuses, pues los franceses no soportan enfrentar la construcción de las autopistas si no se les habla en el lenguaje de las cruzadas. Al cristalizar la herencia política del gaullismo en la derecha modernizadora e industrial, el sucesor, semi-aprobado, semi-rechazado, permitió que el héroe «cayera a la izquierda», como recomendaba la sabiduría política de la III República y facilitó el vuelo inmediato del personaje hacia su mito. Para explicar los resurgimientos del comunismo pese a los golpes que la realidad histórica le asestaba, se ha invocado a menudo la renovación de las generaciones militantes, oponiéndolo al gaullismo apegado a la gesta de un hombre y destinado a desaparecer con él. La noria de las generaciones olvidadizas no impidió sin embargo ni la descomposición ideológica del marxismo, ni el debilitamiento sociológico de su base obrera, ni la desagregación del mito soviético, ni la desintegración del comunismo internacional, responsables principales del derrumbe del Partido francés. El encierro de la memoria comunista sobre sí misma se duplicó con un encierro histórico que contribuye a volverla enigmática. Ya no se comprende el ardor, el furor del compromiso, la lógica de la violencia, la pasión que la habitaba. La era de la opulencia la hundió totalmente; pero en cambio, fue ella la que le dio a la memoria gaullista emblemática por De Gaulle su posibilidad de supervivencia.

La dinámica histórica de ambos fenómenos saca fuerzas sin embargo de una fuente idéntica: la sucesión de las crisis en las que Francia se encerró desde la guerra de 1914, cuyo apogeo es el desastre de 1940 y

cuyas secuelas se harán sentir todavía durante casi veinte años.⁹⁹ Sangría democrática y moral duramente vivida por el capitán De Gaulle, para quien la humillación remonta al tratado de Francfort, sumisión nacional que explica en gran parte la opción del congreso de Tours por la afiliación a la III Internacional. La crisis de los años treinta se traduce por la crisis política de febrero de 1934, momento en el que el partido comunista sale de su marginalidad para meterse en la brecha del antifascismo y De Gaulle, en solitario, escribe uno tras otro *Le Fil de l'épée* (1932) y *Vers l'armée de métier* (1934). Desemboca en la crisis nacional de la renuncia de Munich, en septiembre de 1938, prefiguración del derumbe de 1940, que señala la inadaptación económica, política, moral de Francia a las condiciones del mundo moderno. Ante esta crisis de la identidad nacional, tres tipos de respuestas parecen posibles, para indicárlas esquemáticamente: la de la derecha nacional, adaptadora y tecnócrata, la de la derecha atraída a la órbita de la revolución contrarrevolucionaria y de tendencia fascista, la de la izquierda revolucionaria. Es la hora de los comunistas, no la de De Gaulle. Pero pasado lo peor de la crisis, la derecha revolucionaria se vio descalificada por la derrota del nazismo, la derecha reformista descalificada por sus compromisos vichystas; solo se encontraron frente a frente las dos columnas de marcha provenientes de la Resistencia. Frente al sentimiento mal asimilado de la decadencia nacional, del cual antes de la guerra solo parecía hacerse eco el lamento reaccionario del ocaso, frente a la urgencia de la recuperación modernizadora, De Gaulle y los comunistas ofrecieron soluciones de salvación, las únicas dos, tentadoras e inaceptables. Ambas comparían el mismo voluntarismo renovador, el mismo radicalismo, la misma fe en la capacidad revolucionaria y universalista de Francia, pero no la misma revolución, no la misma Francia ni el mismo universal. Que la solución gaullista haya triunfado sobre la solución comunista no obedece tanto a la superioridad intrínseca que se le puede atribuir retrospectivamente, ni a la superioridad estratégica de una sobre otra, sino a los avatares históricos que, al precipitar la caída de su rival, permitieron a la otra ocupar el terreno.

La relación de ambos fenómenos y sus posibilidades de arraigo memorial se evalúan bien, sin embargo, solo en su juego en torno a la centralidad republicana.

Pues es muy cierto que, en primera instancia y para una parte inalienable de su capital, el gaullismo y el comunismo se presentaron como la reanudación sincrética y la última síntesis de las tres grandes tradiciones acumuladas más hostiles a la tradición republicana, tal como la había consolidado la propia síntesis de la III República: la memoria monárquica-bonapartista-nacionalista por un lado, la memoria revolucionaria por el otro, en su versión terrorista, de familia monárquica aunque no anti-dreyfusard, arrastró mucho tiempo una reputación maurrasia-

na.¹⁰⁰ Y justo antes del abandono de la estrategia «clase contra clase», en el VII Congreso de la Internacional, el mismo Paul Vaillant-Couturier, de quien hemos evocado los arranques patrioterros en los grandes momentos del Frente popular, expresaba la posición oficial del pequeño partido comunista de agitadores bolcheviques cuando escribía en *L'Humanité* del 19 de febrero de 1935: «¿Defender la república, dice Blum? ¡Como si el fascismo no fuera todavía la república! ¡Como si la república no fuera ya el fascismo!».

Pero el hecho de que hayan consumado la memoria antirrepublicana no significa que gaullismo y comunismo no hayan mantenido relaciones ambiguas y radicalmente diferentes con la tradición republicana y al mismo tiempo contrarias a todas las apariencias, puesto que fue el hombre que llevaba consigo toda la memoria contra la cual se construyó la república el que la restableció dos veces,¹⁰¹ y el partido que pretendía ser su hijo natural y última defensa era el que la amenazaba más directamente. Pero gaullismo y comunismo asumieron sus herencias de memoria en forma muy contradictoria. El general De Gaulle nunca evocó ni reconoció sus afiliaciones manifiestas;¹⁰² dejó que sus adversarios se las atribuyeran, que establecieran entre ellas una continuidad que seguramente no tenían para él y las asociaran con su persona, cosa que nunca se dignó aclarar explícitamente. Negándole a Georges Bidault, el 24 de agosto de 1944, en el Hôtel de Ville, la proclamación de una república que, para él, nunca había dejado de existir; conformándose, en la conferencia de prensa del 19 de mayo de 1958, con el famoso exabrupto: «¿Acaso a los sesenta y ocho años uno se vuelve dictador?»; dejando correr por todos lados el rumor de una posible restauración, jugando en mensajes, privados por cierto, con la alusión a una sucesión dinástica¹⁰³. Pero acerca de la soberanía del Ejecutivo, De Gaulle nunca pretendió que proviniera de otra cosa que no fuera el sufragio universal.¹⁰⁴ A diferencia de Carnot, Napoleón no pertenece a su panteón personal y, de todos los capítulos y alusiones que le dedica, se destaca menos como fundador de un régimen que como aquel que consolidó la Revolución. Y al RPF, que recordaría más directamente los efluvios del nacionalismo finisecular, no le dedica más que algunas líneas en sus Memorias.¹⁰⁵ La obsesión decisiva no era la lucha contra la república, sino contra su debilidad congénita, «dotando al Estado de instituciones que le brindan [...] la estabilidad y la continuidad de las que carece desde hace ciento sesenta y nueve años».¹⁰⁶

Los comunistas, en cambio, se embanderaron agresivamente en la reivindicación de la herencia revolucionaria reinterpretándola doblemente, por un lado en torno a la Revolución francesa, por otro en torno a la Revolución soviética. Hicieron todo —ver los trabajos de François Furet—,¹⁰⁷ para envolver el 93 con el 89, vituperar a la democracia formal de los derechos del hombre en nombre de la vocación proletaria de la

que era virtualmente portadora la Revolución pero de la que se vio periódicamente frustrada por la victoria de la burguesía capitalista, y reacomodar toda la historia de Francia, desde los Galos, bajo ese enfoque.¹⁰⁸ Aceptaron de inmediato la imagen de recuperadores y continuadores de los Jacobinos que los bolcheviques les adjudicaban,¹⁰⁹ al punto que las veintiuna condiciones impuestas a los socialistas para la adhesión a la III Internacional pesaron mucho menos en el congreso de Tours que el reconocimiento entusiasta del pasaje de la antorcha evocado por L.-O. Frossard, por ejemplo, en su discurso del Cirque de París: «Los representantes calificados de los soviets, Lenin y Trotski, nos pidieron que les transmitiéramos sus saludos de fraternidad socialista y nos dijeron: “No es posible que en París el proletariado francés, los hijos de los Jacobinos del 93, de los insurgentes de 1830, de los revolucionarios de junio de 1848, de los combatientes heroicos de marzo de 1871, no entiendan que somos nosotros los herederos de su tradición revolucionaria”».¹¹⁰

Sobre esa doble fusión básica, negada por los gaullistas y voluntariamente asumida por los comunistas, se instalaron en unos y otros, con la democracia y el régimen de tipo republicano relaciones inciertas, ambiguas, flotantes, hechas de momentos de identificación pasional y de un arco iris de sospecha, atravesadas por una extraña dialéctica de la continuidad y de la ruptura, según si la «tradición republicana» se asimilaba al «sistema» para unos, al «poder burgués» para otros, o se identificaba con la defensa nacional y la salvación pública. Comunismo y gaullismo pudieron así, a veces juntos, a veces uno contra otro, convertirse en los sepultureros o los últimos salvaguardias de la república, compartir y disputarse la verdadera representación. Como en las elecciones municipales de 1947, cuando el Partido con el 30% de los votos y el RPF con el 40% acorralaron juntos a la legitimidad republicana en la caída más baja de su historia. Como en 1958, cuando, en la misma plaza de la República, los comunistas en mayo y De Gaulle en setiembre clamaban unos contra otros en su defensa. Como en 1961, cuando los batallones comunistas, ante el llamamiento del Élysée, estaban dispuestos a resucitar, contra la amenaza de los paracaidistas de Argel, a los taxis de la Marne. Como en 1965, cuando la primera elección del presidente de la República mediante sufragio universal, cuando André Malraux exclamaba en el Vel' d'hiv refiriéndose a François Mitterrand, aliado de los comunistas: «Candidato único de los republicanos, ¡deje dormir a la república!». Pero en todo momento, por y en la ruptura institucional o revolucionaria, ambos pudieron y quisieron representar la continuidad necesaria, ineludible, natural; y ambos representaron efectivamente la continuidad digna tanto como la alternativa de la legitimidad republicana.

Es que el rechazo, menos gaullista que gaulliano, a reconocerse en la herencia que evocaban el movimiento y su jefe, así como, por el contra-

rio, el apego voluntario de los comunistas a la referencia revolucionaria fueron precisamente la fuente de su hegemonía memorial, la fuerza de su escape posible frente a cualquier intento de reduccionismo aquí, de dilución allá, la razón de su imposible marginalización en los extremos, aun en los peores momentos de su común intemperancia contra la centralidad republicana o de su mutuo ostracismo; y, más aún que los servicios brindados a la patria durante la guerra, el motivo de su fuerte arraigo en la legitimidad nacional. Pues ese arraigo no se mide por la amplitud de su cuerpo electoral o por los resultados cambiantes de una consulta ocasional, sino por la naturaleza del papel efectivo que ocuparon ambos fenómenos en el imaginario nacional: la reconversión sutil de la imagen monárquica en el mantenimiento del sistema democrático, la reconversión brutal de la idea revolucionaria mediante su proyección sobre la revolución mundial provisoriamente soviética. Es ese doble lugar que quedó vacío el que les dio su magisterio de memoria.

Un magisterio de memoria que se ejerció sin embargo en condiciones muy diferentes, pues estuvo respaldado en unos por la cantinela de una fidelidad sin fallas a las promesas revolucionarias del pasado nacional, en los otros por la afirmación de una novedad política radicalmente original, vinculada a un hombre providencial sin relación con los demás «hombres providenciales». El partido comunista se concentró entero en el mantenimiento del depósito sagrado que convertía a la tierra de elección de las revoluciones del siglo XIX en la hija mayor del comunismo mundial y al marxismo intelectual en una clericalidad laica. Tarea facilitada por la larga y continua existencia legal que, a diferencia de todos los demás partidos comunistas europeos —y salvo durante el breve intervalo de la guerra—, benefició al PC; más fácil también por la larga cura de oposición que lo preservó de cualquier compromiso con la república burguesa. Pero tarea que, en manos del aparato más sectario y dogmático, el más orgulosamente estaliniano, el más dependiente también de su patrimonio de recuerdos y de tradiciones, lo condenó al bloqueo. Frente a todos los cambios de la historia y de la sociedad, el PC planteó, en forma precipitada, un esquema interpretativo hecho de antemano, basado sobre el postulado de la crisis general del capitalismo, convocando necesariamente en su estadio supremo al imperialismo y al fascismo.¹¹¹ A los tres hechos históricamente nuevos que conoció en su momento, o sea el nazismo hitleriano, el crecimiento económico de la posguerra y el fenómeno gaullista, le opuso impávido los reflejos de la guerra fría, la lucha de clases, la tesis de la pauperización absoluta de la clase obrera, la identificación del gaullismo con un «régimen de dictadura personal y militar impuesto por la fuerza y por la amenaza [...] de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más colonialistas de la gran burguesía».¹¹² Hizo abortar todas las veleidades de apertura que podrían haberse manifestado, con Waldeck-Rochet por ejemplo;¹¹³ y

perdiendo contacto rápidamente con las realidades, se encerró precozmente en una memoria esclerosada.

La revitalización de la figura del soberano en el sistema republicano responde a un proceso muy diferente, no concertado, ligado a dos hechos, uno psicológico y otro institucional: la personalidad de Charles De Gaulle y la Constitución de la V República. Pero la preeminencia del Ejecutivo en el pensamiento político y constitucional del general no venía con ninguna restauración de las prerrogativas reales. No era más que el remedio —periódicamente preconizado por todos los reformadores desde fines del siglo XIX— para las debilidades del régimen parlamentario en su larga tradición de reducción del poder presidencial. La «monarquía presidencial», en el marco de la V República, podía no ser más que una expresión metafórica y casi folclórica.¹¹⁴ Pero se la podía asociar en forma tan espontánea a ese hombre con aires de rey sin reino, personalmente sensible a las formas y a las fastuosidades del estilo monárquico, que la Constitución de 1958 y luego la ley de 1962 sobre la elección del presidente por sufragio universal parecieron ser menos la fuente de sus poderes y de su reforzamiento posterior que una construcción a medida (cuyo elemento central habría sido el famoso artículo 16 sobre los poderes especiales, que nunca fue aplicado...), luego un don real. No quita que el desplazamiento del centro de gravedad del sistema político hacia el jefe del Ejecutivo autorizó, convocó el desarrollo de prácticas regias, cuyo estilo debe quedar definido y cuyas modalidades y límites deben ser experimentados por cada uno de los titulares del cargo (ver «La cour» de Jacques Revel en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. II). Pues la figura y el lugar del rey en el recuerdo y en el imaginario nacional son ambiguos, puramente fantasmagóricos, mezcla de conjura definitiva y de secretas nostalgias (como lo muestra Alain Boureau en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. III). No pueden revivir sino mediante readaptaciones empíricas, prácticas alusivas, símbolos respetuosos de fronteras invisibles. Esenciales al sistema y periféricas, puro matiz y casi tenuous. Lo que, en el marco constitucional, transformó al general De Gaulle en un «rey» fue que haya ocupado un lugar que le era reconocido como suyo por un acuerdo tácito y únicamente sancionado por el sufragio; mientras lo ocupara, nadie lo podía tomar. Es por eso que la disputa electoral con François Mitterrand en 1965 pareció extraña, aunque normal: David contra Goliath. Pero bastó que los estudiantes desfilaran en mayo de 1968 al grito de «¡Diez años es suficiente!» y la Majestad real perdió pie. Y que Georges Pompidou proclamara en Roma el 17 de enero de 1969 su candidatura a la elección presidencial «cuando haya una», fue el sacrilegio, y en seguida el exilio. El «rey» gaulliano funcionó entonces como un mecanismo de doble expansión: por un lado, un violento retorno de memoria, menos amenazante que entretenido, tal como fue precozmente emblemático por la famosa crónica del *Canard*

enchâiné, «La corte»; y por otro, la construcción, coronada por el punto culminante de la partida, de una memoria de referencia que todos sus sucesores deben tener en cuenta, ya sea para igualarla, ya sea para distanciarse de ella. Inconclusión perpetua de la memoria gaulliana que, paradójicamente, y jugando en el sentido contrario, cumplió el mismo papel que el encierro en sí mismo de la memoria comunista: De Gaulle permitió que los franceses rehicieran su historia al revés y los comunistas que el «pueblo de Francia» la viviera hacia adelante.

Allí está, en definitiva, el alcance a largo plazo de los dos fenómenos: haber contribuido en forma simétrica y opuesta a cerrar el gran ciclo histórico abierto por la Revolución francesa. Uno, por la aculturación en profundidad de la derecha a la idea republicana, el otro por la integración nacional de hecho del mundo obrero separado hasta entonces. Gaullismo: el camino por el cual el patriotismo todavía irreconciliable con la Francia surgida de la Revolución se abrió a la democracia. Comunismo: el camino por el cual se patriotizaron los valores universales de la Revolución encarnada en el proletariado. Recorridos aparentemente modestos, pero de una eficacia memorial poderosa y de consecuencias duraderas.

Ninguna de estas dos operaciones fue directamente premeditada, pero el gaullismo y el comunismo las provocaron, acompañaron y a veces orquestaron. Cuatro circunstancias favorecieron la adhesión a la memoria de derecha. La primera fue la desaparición de las derechas tradicionales con la Liberación, desastre sin precedentes del que una parte de ellas solo se recuperará precisamente gracias al RPF.¹¹⁵ La segunda se relaciona con los mecanismos del crecimiento y con los efectos de la tercera revolución industrial, efectos y mecanismos políticamente neutros, pero que sin embargo terminaron transfiriéndole a la derecha, refugio tradicional de los arcaísmos, los valores del realismo y de la modernidad que parecía abandonar el anticapitalismo impenitente de la izquierda. La tercera está ligada a los esfuerzos de De Gaulle por integrar a los católicos a la república, asegurando mediante la ley Debré de 1959 lo que él consideraba como la paz en la institución escolar. La última y más importante resultó ser, pese a la voluntad del general de no comportarse nunca más como jefe de la mayoría hostil a otras fuerzas políticas salvo contra su voluntad, y pese a la multiplicidad de los componentes del gaullismo,¹¹⁶ entre los cuales el de la izquierda, la agrupación de las derechas y su alianza, salvo los extremos, bajo la bandera electoral de los movimientos y de los partidos que invocaban explícitamente su autoridad. El republicanismo gaulliano exoneró a la derecha del anti-republicanismo en el que lo había hundido Vichy (ver la demostración de Philippe Burrin en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. I). La

representación de la clase obrera por el partido comunista y la simbiosis que hizo con ella corresponden también, esquemáticamente, a un período casi paralelo cronológicamente del desarrollo económico y del mundo del trabajo, sólidamente asentado sobre la industria pesada y relativamente estable en sus estructuras desde comienzos de los años treinta hasta fines de los sesenta. Es el mundo el que explota con el Frente popular, cuando las huelgas con ocupación de las fábricas traducen la irrupción en la vida pública de aquellos que Simone Weil describe como «extranjeros, exiliados, desarraigados» en su propio país y cuando León Jouhaux y los representantes de la CGTU negocian por primera vez, inexpertos y asombrados, acuerdos paritarios con un patronato de derecho divino; cuando se fijan los bastiones rojos del norte y de la región parisina; cuando el impulso unitario le da al joven y nuevo obrero resultante de la segunda revolución industrial los instrumentos para su propia representación, política, sindical y simbólica; cuando el «metalúrgico» de *Le Jour se lève* de René Clair se vuelve objeto de la atención maravillada de los intelectuales y de los artistas; cuando debuta le epopeya legendaria de Billancourt y se constituye la genealogía ficticia pero sumamente activa de una memoria propiamente obrera.¹¹⁷ La «generación singular», dice uno de sus historiadores.¹¹⁸ O más bien las dos generaciones: porque es la misma clase obrera, animada por una violencia combativa hoy olvidada, fuertemente enmarcada por la CGT y el PCF, cuyas reivindicaciones controladas saben mezclar hábilmente las exigencias materiales con los objetivos políticos, la que va a perdurar treinta años y conformar los batallones de choque de la fuerza comunista: el mundo de las FTP de 1943, de las nacionalizaciones de 1945, de las huelgas insurreccionales de 1947, de las manifestaciones contra Ridgway la Peste en 1952,¹¹⁹ de las marchas antigauillistas de la plaza de la Bastilla hasta la plaza de la República en 1958 y también de los acuerdos de Grenelle en 1968. Y antes de estallar bajo los golpes de la desindustrialización y de los cambios de sus referentes colectivos, la candidatura de Jacques Duclos a la presidencia de la República, en la primera vuelta de las elecciones de 1969, precisamente tras la partida de De Gaulle, asegurándole el apogeo de su reinsertión simbólica.

Esta aculturación doble y paralela no expresa en absoluto el final de las violencias políticas y sociales, ni de las divisiones frontales, ni aún de las resurgencias solapadas de luchas de clases que se podrían creer superadas. Pero les impone formas completamente diferentes y les da un marco de referencia, se le llame democrático o republicano. Modifica suficientemente su expresión para provocar la emergencia de otra cultura política nacida de la propia decadencia gaullista y comunista y del doble movimiento de alejamiento y de arraigamiento gaulliano, y que confiere nueva actualidad a nociones y a palabras hasta entonces ajenos a la tradición francesa: consenso, pluralismo, control de la constitucionalidad

de las leyes.¹²⁰ Para alegría de algunos, que allí ven el fin de una cultura política de guerra y de exclusión, el fin de un mesianismo nacional del que el gaullismo y el comunismo representaban la figura exacerbada, parodias grandilocuentes de una realidad histórica ya superada. Para desesperación de otros, para quienes esas formas últimas de la grandeza, de la singularidad y del universalismo francés no dejarían detrás de ellas más que duelo y melancolía. Y, para todos, un sentimiento de vacío, la constatación retrospectiva de que el comunismo y el gaullismo, sin ocupar la totalidad del campo político, habían logrado ese milagro de ocupar solos el campo del imaginario y el presentimiento de que no está lejos el tiempo en que esa bipartición por dos fenómenos aun parásitos representaría la época bendita de una democracia regulada. Se piensa en Michelet, para quien la Revolución-Revelación constituía el canto del cisne de la *Histoire de France*,¹²¹ como en esa página de las *Mémoires d'outre-tombe* en las que Chateaubriand describe la palidez de la sociedad política de la Restauración tras la caída de Napoleón: «Enrojezco ante la sola idea de tener que ponerme a cotorrear en este momento de una multitud de seres ínfimos entre quienes me cuento, seres equívocos y nocturnos que fuimos de una escena de la que había desaparecido el gran sol».¹²²

Para el historiador, la metamorfosis es quizá de otro orden. Comunismo y gaullismo representaron las dos fórmulas extremas y acabadas de un modelo histórico y político francés, nacido de una historia más larga y continua que la de cualquier otro país de Occidente y que se creyó superior durante mucho tiempo por ser racional. Ese modelo implosionó y explotó al mismo tiempo. Fundamentalmente estatal y nacional, explotó en contacto con realidades nuevas para las cuales no estaba hecho: el pasaje de la gran potencia, a la cual correspondía, a la potencia media; el fin de la conciencia imperial; la sumisión a un control del mundo por dos sistemas que le escabullían; la aspiración regional y descentralizadora; la normalización impuesta por su inserción en un conjunto europeo. Fundamentalmente lógico y racional, implosionó en la medida en que, ante esas provocaciones externas, los comunistas respondieron extremando el racionalismo de las luces hasta convertirlo en el absurdo de la perversión integral; y los gaullistas respondieron recurriendo a una Francia ideal, abstracta, imaginaria, princesa de sueño, perdida en el bosque de la historia. Los dos hicieron vivir a los franceses una fuerte ilusión, para unos de ruptura y reinicio posible, para otros de una epifanía periódica de la salvación. Hoy se despiertan para descubrir retrospectivamente, nostálgicos y desengañados, sobre y por el agotamiento de ese doble sueño, lo que ese mismo modelo histórico tenía de extraño y especial, de qué tipo de racionalidad estaban hechos precisamente ese sentimiento de singularidad y esa relación particular con lo universal. Este momento impone al historiador una renovación de su programa:

una mirada nueva sobre la historia del siglo, un retorno al conjunto de nuestras tradiciones y de nuestras representaciones políticas. Exige «pensar» de nuevo la Revolución, provoca una nueva interrogación sobre la «identidad francesa». Requiere un amplio reajuste de nuestra relación con el pasado y un inventario de nuestra memoria, de la cual este emprendimiento pretende ser, a su manera, la fórmula y el lugar.

NOTAS

- 1 Últimas a la fecha: sobre «Les années De Gaulle» del 14 de junio de 1990, realizada por el IFOP para *Libération*-TF1-France-Inter, sobre el hombre, el presidente y el gaullismo (sobre el cual se desprende que para el 57% de los franceses no queda más que «poco» o «nada»); y sobre todo, la encuesta de la SOFRES, ordenada por el Institut Charles-de-Gaulle para las Jornadas internacionales organizadas por la UNESCO del 19 al 24 de noviembre de 1990 sobre «De Gaulle en son siècle». Se encuentra en *SOFRES. L'état de l'opinion 1991* (París, Ed. du Seuil, 1991), de Olivier Duhamel y Jérôme Jaffré y comentado por Raymond Barre. Tres encuestas las habían precedido en 1989: una, IPSOS-*Le Monde* del 4 de enero que mostraba a De Gaulle como «el mejor continuador de la Revolución»; la otra, Louis Harris-France para *L'Histoire* de julio-agosto (nº 124), que lo mostraba como el gran constructor de Europa; la última, Louis Harris-France para *L'Express* del 10 de noviembre, en que su regreso a los temas de 1958 era el acontecimiento «más fausto desde comienzos del siglo». Estos resultados cobran todo su sentido si se los compara a las encuestas del décimo aniversario de su muerte, en 1980. Hubo cuatro principales: IFOP-VSD del 12-18 de febrero, en que el 53% de las personas interrogadas declaran que habrían respondido a un nuevo llamado del 18 de junio (61% entre personas de 50 a 60 años); SOFRES *Histoire Magazine* del 22-28 de agosto (publicado en noviembre-diciembre) en que el 81% de los franceses consideraron su acción «muy» o «bastante» positiva; Louis Harris-France para *L'Histoire* del 12-17 de diciembre (publicado en abril de 1981, nº 33), en que De Gaulle aparece como «el personaje de la historia de Francia con el cual se preferiría conversar una hora», con el 19,5% contra el 13% para Napoleón; finalmente, una encuesta IFOP-*Les Nouvelles littéraires* del 26-31 de enero (publicada el 16 de febrero) en que De Gaulle aparece —en plena campaña electoral— como el presidente «más a la derecha» de la V República. Para las encuestas anteriores, cf. Jean Charlot, *Les Français et De Gaulle*, París, IFOP, 1971.
 - 2 Durante las Jornadas internacionales del 19-24 de noviembre de 1990, el Institut Charles-de-Gaulle preguntó: «¿Cuál es su posición actual respecto a De Gaulle?» a cierto número de personalidades: François Bloch-Lainé, Claude Bourdet, Raymond Bourguin, Jean Cathala, Michel Crozier, Jean Daniel, Jacques Fauvet, Françoise Giroud, Alfred Grosser, André Jeanson, Alain Krivine, Jean Lacouture, Bertrand Renouvin, Jean-François Revel, Guy Sorman y Michel Winock. Sus respuestas pueden ser consultadas en *De Gaulle en son siècle*, t. I, *Dans la mémoire des hommes et des peuples*, París, La Documentation française-Plon, 1991, pp. 483-525.
 - 3 Para un relato general de carácter periodístico, cf. Henri-Christian Giraud, *De Gaulle et les Communistes*, París, Albin Michel, 1988 y 1989, 2 vol.
 - 4 Acaban de ser ampliamente expresadas en *Cinquante ans d'une passion française: De Gaulle et les communistes*, bajo la dirección de Stéphane Courtois y Marc Lazar, prefacio de René Rémond, Actas del coloquio de Nanterre del 1º-3 de octubre de 1990, París, Balland, 1991. Nos remitiremos a este libro a menudo.
 - 5 Dos ejemplos —el de Marie-Claire Lavabre— que estudia los recuerdos escritos y orales de los responsables y militantes comunistas, según un programa anunciado en «Mémoire et identité partisane: le cas du PCF», Consortium européen de recherche politique, Salzburgo, 13-18 de abril de 1984, 16 p., opúsculo muy difícil de encontrar por lo cual agradezco a Lavabre que me lo haya proporcionado; y el de Nicole Racine-Furlaud, cuya comunicación en las Jornadas internacionales versó sobre «La mémoire du 18 juin 1940», *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 549-563.
- También se pueden cruzar ambas miradas como hacen los mismos autores en

- Cinquante ans d'une passion française: De Gaulle et les communistes*, o. cit. cuando la primera estudia los «Souvenirs et images de De Gaulle chez les militants communistes» y la segunda restituye la batalla simbólica «18 juin 1940 ou 10 juillet 1940».
- Es el tipo de trabajo que había iniciado Gérard Namer en su libro indispensable, *La Commémoration en France 1944-1982*, París, Papyrus, 1983.
- 6 Esbozó el problema en una conferencia pronunciada en el XXVI Encuentro Internacional de Ginebra dedicado al *Poder* (Neuchâtel, Ed. de la Baconnière, 1978), publicada con modificaciones: «Quatre coins de la mémoire», *Histoire*, nº 2, junio de 1979.
 - 7 Sobre el problema en su conjunto, consultar Olivier Duhamel, *La Gauche et la V^e République*, París, PUF, 1980, así como el coloquio organizado para el vigésimo quinto aniversario de la V República, y publicado bajo la dirección de Olivier Duhamel y Jean-Luc Parodi, *La Constitution de la V^e République*, nueva edición, París, Presses de la FNSP, 1988.
 - 8 Cf. Alain Duhamel, *De Gaulle-Mitterrand, la marque et la trace*, París, Flammarion, 1991.
 - 9 Sobre las relaciones de De Gaulle con la izquierda, su connivencia original, su noviazgo varias veces retomado y su matrimonio eternamente diferido, nada más perspicaz que el gran artículo de Jacques Ozouf en el momento mismo de la muerte del general, «Elle et lui», *Le Nouvel Observateur* del 16 de noviembre de 1970.
 - 10 Max Gallo en *L'Express* del 8-14 de noviembre de 1980.
 - 11 El general De Gaulle había colocado el tema en el tapete, en ocasiones por cierto excepcionales, como su entrevista con Michel Droit del 16 de diciembre de 1965, después del balotaje de la elección presidencial: «¡Francia no es la izquierda! [...] ¡Francia no es la derecha!». Ambas palabras aparecen muy poco en boca suya. Cf. Jean-Marie Cotteret y René Moreau, *Le Vocabulaire du Général De Gaulle*, París, Armand Colin, 1969.
 - 12 Cf. la excelente comunicación de Jean-Pierre Roux en las Jornadas internacionales, «Le souverain en mémoire (1969-1990)» a la cual resulta indispensable remitirse; *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 303-315. Se basa sobre un trabajo de seminario que dirigió en el IEP en 1988-1989. Le agradezco que me haya facilitado los apuntes. Me faltaron lugar y tiempo para hacer uso de ellos como merecían.
 - 13 André Malraux, *Le Miroir des limbes*, París, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 1976, p. 729.
 - 14 Cf. Bernard Rigaud, *Funérailles nationales, deuils internationaux, 1969-1970: les obsèques de John F. Kennedy, P. Tagliatti, W. Churchill, Ch. De Gaulle*, París, tesis EHESS, 1985, multigráfica. Ver también «Les réactions internationales à la mort du général De Gaulle», comunicación de Jacques Dupuy en las Jornadas internacionales, *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 607-611.
 - 15 Cf. Branko Lazitch, *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*, París, Ed. du Seuil, 1976.
 - 16 Luego de la difusión de *L'Aveu*, en que Jean Kanapa declaró que si los comunistas hubieran sabido, habrían reaccionado y que «en cuanto supieron, gritaron su reprobación», Jean Elleinstein escribió en *Le Monde* del 29 de diciembre de 1976 que los partidos comunistas extranjeros, y en particular el partido francés, recién había sido informados la mañana siguiente al Congreso mediante el envío del texto que debía ser devuelto de noche bajo promesa de no hablar de él. Al día siguiente, *L'Humanité* presentaba un desmentido categórico a Elleinstein y, quince días después, desmentía mediante un comunicado su propio desmentido. Sobre las palabras de Kanapa, se las puede comparar con lo expresado por él mismo veinte años antes tras el Informe Jruschov, en la tribuna del XIV Congreso del PCF: «Parece, en opinión de algunos, que deberíamos arrepentirnos, pedir perdón. La revelación de ciertos actos del camarada Stalin y de ciertas violaciones de la legalidad socialista ha provocado en nosotros sin duda una pena profunda [...] ¿pero arrepentirnos? ¿De qué deberíamos arrepentirnos? ¿De nuestra defensa empecinada e incondicional de la Unión Soviética frente a sus detractores siste-
- máticos? ¿De haber empleado nuestro espíritu de partido en no dejar menoscabar el frente sólido de nuestro Partido comunista y de nuestro pasado? ¡Ah no! Cualesquiera hayan sido las pruebas, las dificultades, los defectos, los tanteos, no, nunca nos arrepentiremos de esa hermosa y dura escuela del pasado que fue la de nuestro Partido durante todos estos últimos años y a la que debemos nuestro espíritu combatiente a la cabeza del movimiento revolucionario».
- 17 Roger Martelli, 1956, *le choc du XX^e Congrès, textes et documents*, París, Messidor-Ed. sociales, 1982.
 - 18 Cf. en particular los dos documentos de principios de julio de 1977, emanados del Consejo permanente del episcopado francés, que inaugurarían un amplio debate: *Le Marxisme, l'Homme et la Foi chrétienne*; el Consejo afirmaba: «no podemos alinear nuestra esperanza crista con el marxismo histórico y la dialéctica del partido comunista; *Foi, Marxisme et monde ouvrier*, de la Comisión episcopal del mundo obrero, que proponía «acoger la filosofía marxista para cuestionarla» (París, Ed. du Centurion, 1977).
 - 19 Lo fue implícitamente en el Proyecto socialista adoptado en el congreso del PS del 13-15 de diciembre de 1991, cf. *Un nouvel horizon*, París, Gallimard, 1992.
 - 20 Voline, seudónimo de V. M. Eichenbaum, *La Révolution inconnue, 1917-1921, documentation inédite sur la révolution russe*, París, Belfond, 1969, nueva ed., 1986.
 - 21 Sin hablar de Louis Althusser que reclamaba obstinadamente un retorno al estalinismo. Cf. *Réponse à John Lewis*, París, Maspero, 1973; *Éléments d'autocritique (1964-1975)*, París, Maspero, 1976; *Ce qui ne peut pas durer dans le Parti communiste*, París, Maspero, 1978.
 - 22 París, Bureau du mouvement ouvrier, 1931; reed. París, Ed. Git-le-Coeur, 1969. André Ferrat, miembro del Bureau político a los veinticinco años, en 1827, delegado con Thorez al VI Congreso de la Internacional y representante del PC en Moscú de 1924 a 1931, será finalmente excluido en 1937 por oposición de izquierda.
 - 23 Cf. Odile Rudelle, «Politique de la mémoire; politique de la postérité», en *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 149-162.
 - 24 Todas las precisiones en J.-P. Rioux, «Le souverain en mémoire», o. cit.
 - 25 Las encuestas que analiza André Guettard en 1980 en *La légende gaulliste et le dixième anniversaire de la mort du général De Gaulle*, tesina de DEA, bajo la dirección de Raoul Girardet, IEP, 1981, multigráfica, muestran bien que lo esencial ya estaba confirmado.
 - 26 De la muerte del general en 1974, se publicaron 123 libros y álbumes, o sea un promedio de 26 obras por año. La época se individualiza claramente en relación con las que la enmarcan: un promedio de 17 obras anuales de 1958 a 1969 y de 16 títulos por año de 1975 a 1990.
 - 27 El papel selectivo de las fotografías, que fue importante, aparece bien en la obra original de Jacques Borgé y Nicolas Viasnof, *De Gaulle et les Photographes*, París, EPA-Vilo, 1979.
 - 28 Aquí también, los ritmos son significativos: *Mon général*, de Olivier Guichard, *Le Verbe et l'Image* de Pierre Lefranc y Pierre-André Boutang, marcan el año 1980. *Français si vous sachiez*, de André Harris y Alain de Sédouy, aparece en 1982 como un contrafuego. La gran serie de Jean Lacouture, Roland Mehl y Jean Labib, *De Gaulle ou l'éternel défi*, difundida por TF1 en mayo-junio de 1988, acompañada del libro que se publicó bajo el mismo título, París, Ed. du Seuil, 1988, dominó la preparación del centenario. Del 21 de noviembre al 11 de diciembre de 1990, la Videoteca de París difundió el imponente compendio *De Gaulle à l'écran*.
 - 29 Marie-Hélène Pradines (seminario IEP de Jena-Pierre Rioux) estableció, por ejemplo, el inventario de los 77 temas de examen del bachillerato sobre De Gaulle propuestos de 1978 a 1988, dejando traslucir de este modo Academias particularmente «gaullistas», como Niza, Lille y Montpellier, otras más o menos refractarias, como Limoges, Dijon, Poitiers o Rennes.
 - 30 El Institut Charles-de-Gaulle, instalado en el nº 5 de la calle Solferino, en el edifi-

- cio en el que el general había establecido sus oficinas durante once años, es una asociación privada cuya iniciativa perteneció al general desde su partida y que fue fundada el 20 de febrero de 1971 bajo la presidencia de Pierre Lefranc. Jugó un papel particularmente importante por sus comisiones, su reagrupación de «amigos», sus ciclos de conferencias, coloquios, formaciones; sus círculos de estudios, sus exposiciones itinerantes, su revista trimestrial *Espoir* y la colección del mismo nombre, la librería *Notre siècle*, sus álbumes, sus publicaciones científicas como el *Index des thèmes de l'oeuvre du général De Gaulle*, París, Plon, 1978.
- Su mezcla de piedad hagiográfica y de preocupación científica, su organización a la vez campechana y militar, su actividad vigilante y su discreta eficacia merecerían un estudio atento.
- 31 La selección y presentación por el almirante Philippe De Gaulle de las *Lettres, notes et carnets* en seguida provocó la reacción crítica de los historiadores, en particular de Jean-Noël Jeanneney en *Le Monde* (18 de junio de 1980).
- 32 El libro de Claude Mauriac, *Aimer De Gaulle*, París, Grasset, 1978, fue inmediatamente seguido por la salva de los grandes oficiantes: Pierre Lefranc, *Avec qui vous savez*, París, Plon, 1979; Jacques Chaban-Delmas, *Charles De Gaulle*, París, Paris-Match/Éditions n° 1, 1980; Marcel Jullian, *L'Homme de 1940*, París, Robert Laffont, 1980; Maurice Schumann, *Un certain 18 juin*, París, Plon, 1980.
- 33 El éxito de Régis Debray, *À demain De Gaulle*, París, Gallimard, 1990, fue inmediato: cuarenta mil ejemplares.
- 34 Los dos tercios desde hace diez años. Una bibliografía internacional 1940-1981 fue publicada por el Institut Charles-de-Gaulle. Otra está en preparación.
- 35 Ver en particular la de Pierre Viansson-Ponté, bien ventilada y comentada, tras la muerte del general, al final de *La République gaullienne*, París, Fayard, 1971.
- 36 Abordé este tema en una contribución para las Jornadas internacionales *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 172-178, cuyos elementos retomo aquí.
- 37 Con quien coincidiría paradójicamente en este punto Jean-François Revel en su respuesta a la pregunta «¿Cuál es su posición actual...?» (ver más arriba nota 2). Es de interés la lectura de su «De la légende vivante au mythe posthume (1988)» publicado como introducción a la reedición, en las Éditions Complexe, de *Style du Général*, París, Julliard, 1959.
- Para una breve presentación de la posición de François Goguel, cf. su diálogo con Jean Lacouture, quien ve al «miticultor» allí donde su interlocutor ve a un empírico y un realista, «De Gaulle a-t-il inventé De Gaulle?», *L'Histoire*, n° 134, junio de 1990.
- 38 Stanley e Inge Hoffmann, *De Gaulle artiste de la politique*, París, Ed. du Seuil, 1973.
- 39 Jean Lacouture, *De Gaulle*, t. I, *Le Rebelle*, t. II, *Le Politique*, t. III, *Le Souverain*, París, Ed. du Seuil, 1984-1986, unánimemente saludado por la crítica.
- 40 Ver *De Gaulle et les écrivains*, Jean Serroy, ed., prólogo de Régis Debray, comentarios de Jean Lacouture, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1991.
- 41 Principales recensiones historiográficas: Nicole Racine, «État des travaux sur le communisme en France», en *Le Communisme en France*, París, Armand Colin, 1969, pp. 305-346. Annie Kriegel, «L'historiographie du communisme français: premier bilan et orientations de recherches», anexo de la primera edición de su obra clásica *Les Communistes français, essai d'ethnographie politique*, París, Ed. du Seuil, col. «Politique», 1986, retomada y completada con Guillaume Bourgeois en la edición modificada *Les Communistes français dans leur premier demi-siècle*, París, Ed. du Seuil, 1985 Anexos I y II.
- Ver también Roger Martelli, «Bref aperçu des publications consacrées au PCF depuis 1969», *Étudier le PCF*, n° 29-30 de los *Cahiers d'histoire de l'Institut Maurice Thorez*, 1979, pp. 128-170.
- Complemento de información por Marie-Claire Lavabre y Denis Peschanski, «L'histoire pour boussole? Note sur l'historiographie communiste, 1977-1981», *Communisme*, n° 4, 1983, pp. 105-114 y Marie-Claire Lavabre, ibíd., n° 7, 1985.
- Para un estado de la cuestión, cf. la discusión entre Stéphane Courtois y Roger Martelli, «Où en est l'histoire du PCF? Un échange», *Le Débat*, n° 31, setiembre 1984, pp. 149-177.
- 42 Cf. Georges Laval, «L'historiographie communiste: une pratique politique», en Pierre Birnbaum y Jean-Marie Vincent, *Critique des pratiques politiques*, París, Galilée, 1978, pp. 121-163.
- 43 *Histoire du Parti communiste français (manuel)*, bajo la dirección de Jacques Duclos y François Florimond Bonte, París, Ed. sociales, 1964, p. 10.
- 44 Por ejemplo Florimond Bonte, *De l'ombre à la lumière*, París, Ed. sociales, 1965.
- 45 Ver, por ejemplo, solo para el período de la guerra fría, y sin incluir las obras publicadas posteriormente, los quince títulos trabajados por Francine Simon, *La Mémoire communiste, les dissidents français et la guerre froide*, DEA del IEP, bajo la dirección de Raoul Girardet, 1978, multigrafiado.
- Son, en orden cronológico: André Marty, *L'Affaire Marty*, París, Les Deux Rives, 1955; Pierre Hervé, *Ce que je crois*, París, Grasset, 1958; Edgar Morin, *Autocritique*, París, Les Lettres nouvelles, 1958; Auguste Lecoœur, *Le Partisan*, París, Flammarion, 1963; Claude Roy, *Moi, je, Nous, Somme toute*, París, Gallimard, 1969, 1972, 1976; Dominique Desanti, *Les Staliniens, 1944-1956*, París, Fayard, 1974; Simone Signoret, *La nostalgie n'est plus ce qu'elle était*, París, Ed. du Seuil, 1976; Pierre Daix, *J'ai cru au matin*, París, Robert Laffont, 1976; Jean Duvignaud, *Le Ça perché*, París, Stock, 1976; Jean-Pierre Chabrol, *La Folie des miens*, París, Gallimard, 1977; Raymond Lévy, *Schartzenmurtz ou l'esprit de parti*, París, Albin Michel, 1977; Philippe Robrieux, *Notre génération communiste*, París, Robert Laffont, 1977; Charles Tillon, *On chantait rouge*, París, Robert Laffont, 1977; Robert Pannequin, *Les Années sans suite*, París, Le Sagittaire, 1977, 2 vol.; Jean Rony, *Trente ans de parti, un communiste s'interroge*, París, Christian Bourgeois, 1978.
- Cabe señalar que esta lista no tiene en cuenta las Memorias oficiales de los responsables comunistas publicadas durante el mismo período. Las principales son: Virgile Barel, *Cinquante années de lutte*, París, Ed. sociales, 1966; Jacques Duclos, *Mémoires*, París, Fayard, 1968-1972, 6 vol. entre los cuales el cuarto, *Sur la brèche, 1945-1952*, y el quinto, *Dans la mêlée, 1952-1958*, tratan sobre el período; Léo Figuères, *Jeunesse militante*, París, Ed. sociales, 1971; Fernand Grenier, *Ce bonheur-là*, París, Ed. sociales, 1974; Raoul Culas, *Souvenirs d'un condamné à mort*, París, Ed. sociales, 1976; Étienne Fajon, *Ma vie s'appelle liberté*, París, Robert Laffont, 1976.
- 46 Esos dos libros-acontecimiento, *Autocritique* de Edgar Morin, París, Les Lettres nouvelles, 1958, reed. París, Ed., du Seuil, 1975, y *L'Aveu* de Artur London, París, Gallimard, 1968, merecerían por sí solos un estudio sobre su recepción. Para el segundo, ver Annie Kriegel, *Les Grands Procès dans les systèmes communistes. La pédagogie infernale*, París, Gallimard, col. «Idées», 1972.
- 47 Cf. la tesis de Annie Kriegel, que dio el impulso a los trabajos universitarios sobre el comunismo, *Aux origines du communisme français, 1914-1920*, París, Mouton, 1964, 2 vol.; así, como del mismo año, su presentación del *Congrès de Tours*, París, Julliard, col. «Archives».
- 48 Cf. Philippe Robrieux, *Maurice Thorez, vie secrète et vie publique*, París, Fayard, 1975, así como la vasta serie que le siguió sobre la *Histoire intérieure du Parti communiste*, París, Fayard, 1980-1984, 4 vol.
- 49 Cf. Stéphane Courtois, *Le PCF dans la guerre, De Gaulle, la Résistance, Staline...*, París, Ramsay, 1980.
- Las Actas del importante y tumultuoso coloquio sobre el tema desarrollado en la École normale en octubre de 1983 fueron publicadas bajo la dirección de Jean-Pierre Azéma, Antoine Prost y Jean-Pierre Rioux en dos volúmenes diferentes: *Le Parti communiste des années sombres*, París, Ed. du Seuil, 1986, y *Les Communistes français de Munich à Châteaubriant, 1938-1941*, París, Presses de la FNSP, 1987.
- 50 Cf. Yves Santamaría, *Le PCF et son histoire: le pacte germano-soviétique. Étude de l'historiographie communiste (1943-1968)*, tesis de maestría de la universidad París IV, 1983, multigrafiada. El protocolo secreto preveía el reparto de Polonia luego de la victoria común.

- 51 El llamado del 10 de julio de 1940 es un volante intitolado *Peuple de France* firmado por Maurice Thorez y Jacques Duclos; de las quinientas líneas que lo componen, veintitrés medias líneas pueden ser consideradas como un llamado al «Frente de la libertad, de la independencia y del renacimiento de Francia». El resto afirmaba la posición pacifista y antibritánica del Partido. Desde 1948, A. Rossi en su *Physiologie du Parti communiste français* denunció el «falso patriotismo» y demostró también que el número de *L'Humanité* clandestino fechado el 10 de julio de 1940 en el cual figura la versión declarada oficial del «Llamamiento» y de la que *L'Humanité* del 12 de diciembre de 1947 había reproducido un facsímil, era falsa. Sobre las implicaciones políticas de ese «Llamamiento» y su uso conmemorativo, cf. Nicole Racine-Furlaud, «18 juin 1940 ou 10 juillet 1940, bataille de mémoires», en *Cinquante ans d'une passion française*, o. cit.
- 52 Jacques Fauvet, en colaboración con Alain Duhamel, ya daba cuenta de ello en su *Histoire du Parti communiste français*, París, Fayard, 1964, 1965, 2 vol.
- 53 Cf. el importante artículo de Stéphane Courtois, «Luites politiques et élaboration d'une histoire: le PCF historien du PCF dans la Deuxième Guerre mondiale», *Communisme*, nº 4, 1983, pp. 5-26.
- 54 M.-Cl. Lavabre y D. Peschanski, o. cit., señalan que casi un tercio de los artículos históricos publicados en los *Cahiers du communisme* de 1977 a 1982 está dedicado a los años de guerra. En 1990, Roger Bourderon dedica un número entero de los *Cahiers d'histoire* del Institut de recherches marxistes, nº 42, a 1940, complementado con un conjunto sobre «L'année quarante» en *La Pensée*, nº 275, mayo-junio 1990.
- 55 Cf. Marie-Claire Lavabre y Denis Peschanski, «Histoire militante. La formation historique dans quatre organisations de gauche», en particular «Parti communiste, la ligne générale», *Espaces-Temps*, nº 9, 1978, pp. 50-69.
- 56 La diferenciación es de Danielle Tartakoswki en su contribución a *Étudier le PCF*, o. cit., en la que escribe en particular: «La historia y el marxismo gozan en el marxismo y desde entonces en el PCF de un estatus particular. A diferencia de la filosofía, me parece que la historia terminó de pagar ese precio». De la misma autora, *Une histoire du PCF*, París, PUF, col. «Politique aujourd'hui», 1982.
- 57 El Institut Maurice Thorez, fundado en seguida de la muerte del secretario general en octubre de 1964, publica los *Cahiers*, luego *Cahiers d'histoire*, siendo uno de los más importantes el dedicado a *Étudier le PCF*, nº 29-30, 1979, que reúne a todo el joven equipo de historiadores comunistas Roger Bourderon, Jean Burles, Jacques Girault, Roger Martelli, Jean-Louis Robert, Jean-Paul Scot, Danielle Tartakoswky, Germaine Willard, Serge Wolikow. Se encuentra en *Le PCF. Étapes et problèmes, 1920-1971*, París, Ed. sociales, 1981.
- 58 Cf. J. Burles, *Étudier le PCF*, o. cit., p. 21. El mismo sonido de campana, por ejemplo, en S. Wolikow: «Para el historiador comunista, no se trata de ignorar las relaciones entre la política y la historia de su partido, pero tiene que definir las tal como se dan hoy [...], pensarlas en sus relaciones con las necesidades derivadas de su estrategia política», ibíd, p. 30.
- 59 Georges Marchais, 25 de enero de 1977, declaración delante de periodistas.
- 60 Cf. Henry Rousso, *Le Syndrome de Vichy*, París, Ed. du Seuil, 1987, quien no duda en definir a la Liberación como «un recuerdo pantalla», pp. 25 y 39.
- 61 Ver la polémica desencadenada por la publicación de los dos primeros volúmenes de la biografía monumental de Daniel Cordier, *Jean Moulin, l'inconnu du Panthéon*, París, Jean-Claude Lattès, 1989; su ex secretario cuestionó a Henry Frenay, jefe del movimiento Combat, por haber escrito en noviembre de 1940 un «manifiesto» simpatizante de la Revolución nacional, y readjudicó las responsabilidades del arresto de Caluire, uno de los enigmas más importantes de la Resistencia.
- 62 El discurso fúnebre de André Malraux a Jean Moulin constituye la versión más lograda del resistencialismo apropiador e identificador gaulliano. Buen análisis en H. Rousso, o. cit. pp. 95-111.
- 63 Cf. Pascal Ory, «Comme de l'an quarante. Dix années de "retro satanas"», *Le Débat*, nº 16, noviembre 1981, pp. 109-117; así como, del mismo autor, *L'Entre-deux-Mai. Histoire culturelle de la France, mai 1968-mai 1981*, París, Ed. du Seuil, 1983, pp. 118-127.
- 64 El mejor análisis de *Chagrin et la Pitié* es en mi opinión el de Stanley Hoffmann, en los *Essais sur la France, déclin ou renouveau?*, París, Ed. du Seuil, 1974, pp. 67-87.
- 65 Cf. Jacques Ozouf, «Un vieux ménage», *Le Nouvel Observateur*, 5 de enero de 1972, donde comenta el conjunto de las encuestas del IFOP presentadas por Jean Charlot, o. cit.
- 66 El contraste permanente entre la apariencia aterradoramente del partido comunista y su discapacidad real aparece muy bien a lo largo del *Journal du septennat* de Vincent Auriant, t. I, el año 1947, versión integral, París, Armand Colin, 1970, cuando Thorez, por ejemplo, confiesa al presidente de la República sorprendido, en plena crisis de mayo: «Estoy en las últimas.» Ver comentarios en la Introducción general.
- 67 Cf. la comunicación de Annie Kriegel en el coloquio franco-italiano de Nápoles en 1973, «Le Parti communiste français, la Résistance, la Libération et l'établissement de la IV^e République (1944-1947)», retomada en *Communismes au miroir français*, París, Gallimard, 1974, pp. 160-176; y la de Maurice Agulhon en el coloquio internacional de 1974 sobre la Liberación de Francia, «Les communistes et la Libération de la France», retomada en *Histoire vagabonde*, París, Gallimard, 1988, t. II, pp. 177-208.
- 68 Además de las Memorias, la sociabilidad comunista ha sido profusamente descrita por Gérard Vincent, «Être communiste? Une manière d'être», en *Histoire de la vie privée*, bajo la dirección de Philippe Ariès y Georges Duby, París, Ed. du Seuil, 1987, t. IV, pp. 427-458. Está bien ejemplificada por Jean-Pierre A. Bernard, *Paris rouge, 1944-1964, les communistes français dans la capitale*, París, Champvallon, 1991. La revue *Autrement* dedicó un número, con unas treinta contribuciones desiguales, a *La Culture des camarades*, nº 78, 1986.
- 69 Cf. el análisis antropológico de Jacqueline Mer, *Le Parti de Maurice Thorez ou le bonheur communiste français*, París, Payot, 1977, muy poco conocido.
- 70 Esta idea, que no hago más que retomar, fue bien desarrollada por Jean-Marie Goulemot, *Le Clairon de Staline*, París, Le Sycomore, 1981, a propósito del septuagésimo aniversario de Stalin. Agregar: Serge Collet, «La manifestation de rue comme production culturelle militante», *Ethnologie française*, t. XII, nº 2, abril-junio 1982, pp. 167-176.
- 71 Cf. Gabor T. Rittersporn, «Qui lit la Pravda, comment et pourquoi?», *Le Débat*, nº 2, junio 1980, pp. 82-92.
- 72 Cf. en particular Noëlle Gérôme y Danielle Tartarowsky, *La Fête de l'Humanité*, París, Ed. sociales, 1988.
- 73 Jean-Pierre A. Bernard, «La liturgie funèbre des communistes (1924-1983)», *Vingt-tième Siècle, revue d'histoire*, nº 9, enero-marzo 1986, pp. 37-53, constituye un buen ejemplo.
- 74 Cf. Françoise Thom, *La Langue de bois*, París, Julliard, col. «Commentaire», 1987. Así como el número especial de *Mots*, nº 21, diciembre de 1989, «Langues de bois?» que explicita en particular los orígenes de la expresión.
- 75 Es J.-M. Goulemot, o. cit., quien hace esta asociación. Sobre el *Tour de France par deux enfants*, ver el análisis de Mona Ozouf en t. I, *La République, Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984.
- 76 Annie Kriegel vino a esbozar la temática en mi seminario del EHESS, en 1979. Desde entonces ha sido definida con mayor precisión. Cf. por ejemplo Marie-Claire Lavabre y Marc Lazar, «Se ressembler à sa ressemblance, lecture de quelques récits autobiographiques, 1981-1983», *Communisme*, nº 4, 1983, pp. 114-119.
- 77 Claude Roy, *Nous*, París, Gallimard, 1972, p. 396.
- 78 Annie Kriegel, *Ce que j'ai cru comprendre*, París, Robert Laffont, 1991.
- 79 Serie difundida en 1990 por FR3.
- 80 Comparar, en el plano de la ciencia política, con Jean Charlot, *Le Phénomène gaulliste*, París, Fayard, 1970.
- 81 La expresión debe ser ubicada en su contexto: «A medida que se desvanecían

- las palabras irrevocables, sentía en mí mismo que se terminaba una vida, la que había llevado en el marco de una Francia sólida y de un ejército indivisible. A los cuarenta y nueve años, entraba en la aventura como un hombre que el destino lanzaba fuera de todas las series». *Mémoires de guerre*, t. I, *L'Appel*, París, Plon, 1954, p. 71.
- 82 Ha sido bien plantada por Jean-Pierre Rioux, «Les paysages du général De Gaulle», *L'Histoire*, nº 134, junio 1990, pp. 24-29, en donde se encontrarán numerosas citas, algunas de las cuales he recordado.
- 83 Cf. Alain Peyrefitte, «De Gaulle et les grands personnages de l'histoire de France», en *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 107-115.
- 84 Jean Lacouture esbozó para mí, en un gesto de amistad, los estratos, en una recorrida de su biblioteca. Desde la ola de la «revelación» (Philippe Barrès, Lucien Nacin, Madeleine Bainville, Georges Cattau, Jean Gaulmier, Maurice Schumann, coronel Rémy, Jacques Soustelle, el François Mauriac de *Baïllon dénoué*) hasta la fase del reflujo tras el regreso al poder (Jacques Soustelle segundo modo, Robert Mengin, Alfred Fabre-Luce, Jean-François Revel, coronel Argoud, coronel Trinquier, François Mitterrand) pasando por la primera ola crítica de la guerra, las Memorias mitigadas de la Francia libre y de la Resistencia, etcétera. Simples indicaciones, pero que sugieren lo que podría aportar al estudio de la construcción del personaje un recorrido fino de la sedimentación bibliográfica, en función de las épocas, de los géneros, de los temas y de los autores.
- 85 Nicholas Wahl también vino a mi seminario del EHESS en 1979 a esbozar la tipología.
- 86 André Malraux en su discurso del congreso nacional del RPF, el 12 de febrero de 1949. Cf. Jeanine Mossuz-Lavau, *Malraux et le Gaullisme*, París, Presses de la FNSP, 1982.
- 87 Cf. Stéphane Courtois, «De Gaulle et les communistes: confrontation de deux légitimités», comunicación en las Jornadas internacionales.
- 88 Maurice Thorez, «Rapport à la conférence internationale du PCF, 17-18 juillet 1958», *L'Humanité*, 18 de julio de 1958, citado por Marc Lazar, «Le PCF et le gaullisme 1958-1969», comunicación en las Jornadas internacionales. Completar con Marie-Claire Lavabre, «Les communistes et De Gaulle: une mémoire polémique», *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 564-573.
- 89 Cf. en particular Pierre Daix, *Les Hérétiques du PCF*, París, Robert Laffont, 1980.
- 90 Pierre Pucheu, patrón de combate, miembro del PPF y ministro del Interior del gobierno de Vichy hasta la llegada de Laval, a quien considera demasiado proalemán, se había ido a Marruecos en la primavera de 1942 animado por Giraud, quien se había declarado dispuesto a «darle un lugar en una unidad de combate». Detenido, luego encarcelado, rápidamente juzgado en Argel, es condenado a muerte y fusilado, por la presión de los comunistas que le reprochaban haber dado la lista de los cuarenta y siete rehenes ejecutados en Châteaubriand el 21 de octubre de 1921. El general De Gaulle le negó la gracia por razones de Estado, no sin haberle expresado su «estima» y su compromiso personal de velar por la educación de sus hijos. Es la primera frontera de «sangre» que el general De Gaulle franquea, dolorosamente, con Vichy.
- 91 Una experiencia personal: en 1963, preparando la colección «Archives» en Julliard y conociendo la existencia de los carnés de Marcel Cachin, hice todo lo posible para que su hija, Marie-Louise Jacquier, en manos de quien estaban, me los facilitara, de modo de publicar fragmentos junto con *L'œil de Moscou à Paris* de Jules Humbert-Droz. Por supuesto, me fueron negados como secretos de Estado. Hoy fueron entregados por Marcelle Hertzog a los Archivos nacionales para su publicación y fue el editor el que recibió el tirón de orejas por publicar esos volúmenes de gran tamaño.
- 92 Aunque el almirante De Gaulle obstaculiza su acceso, aun las que no están comprendidas por la prescripción de los archivos públicos, con el pretexto discutible de que se trata de archivos privados.
- 93 Cf. el análisis por Stanley Hoffmann, cap. VII y VIII de los *Essais sur la France*, o. cit.
- 94 El retrato de León Blum, por ejemplo, que figura en el quinto tomo y cuya violencia y antisemitismo cabe recordar hoy: «En realidad se llamaba Lévy-Corazón. Hablaba con ternura, tenía modos elegantes, manos finas, y blandas que se derretían entre las manos. Se lanzaba contra todo lo viril, lo puro, lo sano, lo popular, contra toda fe en las ideas, en los sentimientos, en los grandes hombres, en el hombre [...] Un instinto de gusano [...] político astuto [...] Tartufo inmundado, reptil repugnante [...] El chacal Blum, traidor reincidente, auxiliar de la policía, el soplón Blum [...] como Lady Macbeth, debe de ver con terror la sangre inocente que mancha para siempre sus manos de dedos largos y ganchudos», etcétera.
- 95 Una excepción sin embargo, típica del antigauillismo de izquierda de la época: Arthur Delcroix, «Vingt ans de légitimité», *Les Temps modernes*, nº 167-169, febrero-marzo 1960: «Es el 'es legal porque yo quiero' de Luis XVI en 1788, es la ficción del '19º año del reino' en 1814, es el llamado maurassiano al 'país real' contra el 'país legal'. Es el aspecto 'derecho divino' del gaullismo que además mezcla esa tradición monárquica con una práctica política mucho más próxima al bonapartismo. La Francia burguesa así lo quiere». Artículo mordaz digno de ser dado a conocer, pues su autor, Arthur Delcroix, seudónimo periodístico, no es otro que François Furet. El historiador de *La Révolution*, París, Hachette, 1989, no lo volverá a leer sin sonreír.
- 96 Sobre este episodio, ver Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, París, Ed. du Seuil, 1987, t. I, cap. IX, «États d'armes».
- 97 Henri Mendras, *La Seconde Révolution française*, París, Gallimard, 1989.
- 98 François Mauriac, *De Gaulle*, París, Grasset, 1964, p. 339.
- 99 Cf. Stéphane Courtois, «Gaullisme et communisme: la doublé réponse à la crise de l'identité française», en *Cinquante ans d'une passion française*, o. cit., pp. 305-332. Esclarecedor análisis, rico en citas, del que esta página no hace más que presentar la introducción.
- 100 Para liberarse de ella, fue necesario por cierto el capítulo muy nuevo de Jean Lacouture sobre las relaciones en los años veinte de De Gaulle con el muy republicano coronel Émile Mayer, sobre las cuales Henri Lerner había llamado la atención, «Le général De Gaulle et le cercle du colonel Mayer», *Revue historique*, enero-marzo 1983.
- 101 Ver Jean-Paul Cointet, «De Gaulle et la République ou la double reconnaissance (1940-1944)»; Jean-Pierre Rioux, «De Gaulle en République de Courseulles à Bayeux (1944-1946)»; Jean Lacouture, «De Gaulle, une certaine idée de la République», en las actas del coloquio de Niza sobre las Repúblicas francesas, editadas por Paul Isoart y Christian Bidegaray, *Des Républiques françaises*, París, Economica, 1988, pp. 683-729. Ver también Maurice Agulhon, «La tradition républicaine et le général De Gaulle», y Dominique Colas «Portrait de la République selon Charles De Gaulle», en *De Gaulle en son siècle*, o. cit., t. I, pp. 188-202. Consultar también Odile Rudelle, *Mai 1958, De Gaulle et la République*, París, Plon, 1988, así como, id., «Le gaullisme et la crise de l'identité républicaine», en *La Guerre d'Algérie et les Français*, bajo la dirección de Jean-Pierre Rioux, París, Fayard, 1990, pp. 180-202. Para una puesta a punto de conjunto, cf. finalmente Maurice Agulhon, *La République de Jules Ferry à François Mitterrand, 1880 à nos jours*, París, Hachette, Histoire de France Hachette, 1990.
- 102 Es sin embargo en el bonapartismo que, bien mirado, René Rémond termina ubicándolo. Cf. *Les Droites en France*, París, Aubier-Montaigne, 1982, pp. 313-350.
- 103 Ver en particular la carta a su hijo del 30 de abril de 1969, que provocó cierta emoción cuando apareció el duodécimo tomo de las *Lettres, notes et carnets*: «Mi querido Philippe, si llegara a ocurrir que yo desapareciera próximamente sin haber dado a conocer directamente a aquel a quien, en las circunstancias presentes, deseo que el pueblo francés elija como mi sucesor inmediato para presidente de la República, te confío el cuidado de publicar en seguida la de-

- claración adjunta. Digo: mi sucesor inmediato porque espero que luego seas tú mismo quien quiera y pueda asumir la tarea de conducir a Francia».
- 104 Ver en particular el rico análisis de Lucien Jaume, «L'État républicain selon De Gaulle», *Commentaire*, nº 51 y 52, otoño e invierno 1990, pp. 523-532 y 749-757.
 - 105 El episodio sin embargo encierra muchos significados y trajo vueltas de tuerca. Cf. Jean Charlot, *Le Gaullisme d'opposition, 1946-1958*, París, Fayard, 1983.
 - 106 *Mémoires d'espoir*, París, Plon, 1970, t. I, p. 23. Para la referencia de De Gaulle a la Revolución, cf. Odile Rudelle, «Lieux de mémoire révolutionnaire et communion républicaine», *Vingtième Siècle, revue d'histoire*, nº 24, octubre-diciembre 1989.
 - 107 En particular, en *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978, el capítulo sobre «Le catéchisme révolutionnaire».
 - 108 Remitirse en particular a «Communisme et Révolution française», *Communisme*, nº 20-21, 1988-1989.
 - 109 Sobre este vaivén ideológico, cf. Tamara Kondratieva, *Bolcheviks et Jacobins, itinéraire des analogies*, París, Payot, 1989.
 - 110 L.-O. Frossard, *De Jaurès à Lénine*, París, 1930, p. 155. Ese dogma fue constantemente reafirmado. Por ejemplo, André Fréville: «Su creación (del Partido comunista) no se debe ni al azar ni a una voluntad arbitraria, es el resultado de la evolución de todo el movimiento obrero francés», *La nuit finit à Tours*, París, Ed. sociales, 1950, p. 160. O Georges Cogniot en el coloquio aniversario de la Revolución de octubre de 1917 reunido por el IMT: «El acontecimiento de diciembre de 1920 es el tipo mismo del acontecimiento históricamente necesario», *Cahiers de l'IMT*, nº 78, noviembre-diciembre 1967.
 - 111 Remitirse, en la antología infelizmente póstuma de los ensayos de Frédéric Bon, *Les Discours de la politique*, París, Economica, 1991, cap. III, «Le discours communiste: invariants et variantes».
 - 112 Maurice Thorez, «Union et action de tous les Républicains pour le non au referendum plebiscité», *Cahiers du communisme*, vol XXXIV, nº 8, agosto 1958, p. 1128.
 - 113 Ver en particular sobre el intento de desovietización de Waldeck-Rochet, el análisis que le dedica Ph. Robrieux, en su *Histoire intérieure du Parti communiste*, o. cit., t. II, cap. VIII, «L'échec du Khrouchtchev français».
 - 114 Cf. Pierre Viansson Ponté, *Les Gaullistes, rituel et annuaire*, París, Ed. du Seuil, 1963.
 - 115 Ver la frase elocuente que inaugura el capítulo que René Rémond, en *Les Droites en France*, o. cit., dedica a la IV República: «En 1945, parece haber llegado la hora de escribir el análisis fino de la historia de la derecha» (p. 238).
 - 116 Cuya consideración, indispensable en el marco de un análisis político, no entraña en las necesidades de este ensayo.
 - 117 Ver Michel Verret, «Mémoire ouvrière, mémoire communiste», *Revue française de science politique*, vol. XXXIV, nº 3, junio 1984.
 - 118 Gérard Noiriel, *Les Ouvriers dans la société française, XIX^e- XX^e siècle*, París, Ed. du Seuil, col. «Points Histoire», cap. VI. Ver también Marc Lazar, «Le mineur de fond: Un exemple de l'identité du PCF», *Revue française de science politique*, abril 1985, pp. 190-205.
 - 119 La importancia histórica de la manifestación del 28 de mayo de 1952 contra el general Ridgway, sucesor de Eisenhower en el comando del SHAPE, siempre fue destacada. Aparece claramente en el ensayo que le dedica Michel Pigenet, «De la démonstration 'dure' à l'affrontement physique», *La Manifestation*, bajo la dirección de Pierre Favre, París, Presses de la FNSP, 1990, pp. 245-268.
 - 120 Ver François Furet, Jacques Julliard, Pierre Rosanvallon, *La République du centre*, París, Calman-Lévy, 1989.
 - 121 Ver Paul Viallaneix, «Michelet et la Révélation de 1789», *Romantisme*, nº 50, pp. 61-74.
 - 122 Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*, trad. José Ramón Monreal, Barcelona, El Acantilado, 2004.

LA ERA DE LA CONMEMORACIÓN

Extraño destino el de estos *Lieux de mémoire*: pretendían ser, por su enfoque, por su método y por su título mismo, una historia de tipo contra conmemorativo, pero la conmemoración se los reapropió. Tan fuerte ha sido su voluntad de alejar el riesgo de celebración, de romper con el elogio inherente al discurso continuo desde los orígenes, de objetivar el sistema de la historia nacional y de descomponer sus elementos, que llegaron a convertir a las propias conmemoraciones en objetos privilegiados de su disección. Y la presente obra es la primera que, en la historiografía nacional, desde la coronación de Reims hasta el Muro de los Federados, desde el elogio académico a los monumentos a los muertos pasando por el calendario republicano, el Panteón, el museo histórico de Versalles, los funerales de Víctor Hugo, el centenario de la Revolución y tantas otras manifestaciones o monumentos, le dedicó una atención tan sostenida al fenómeno conmemorativo, hasta componer una serie bastante representativa que ilustra todos sus estratos y permite establecer una tipología. Pero tan fuerte es hoy, sin embargo, la influencia de la memoria que la bulimia conmemorativa de época absorbió hasta el intento destinado a dominar el fenómeno; y, tan pronto como fue lanzada la expresión «lugar de memoria», la herramienta forjada para la puesta en evidencia de la distancia crítica se transformó en el instrumento por excelencia de la conmemoración. ¿Qué hacer, si no esforzarse por comprender las razones de esta reapropiación?

Entre un emprendimiento que colocó a la conmemoración en el centro de sus intereses y este momento histórico habitado por la obsesión conmemorativa, hay, efectivamente, un vínculo. ¿Cómo no tener en cuenta el hecho de que vieron la luz, estos *Lieux*, en una Francia que entró ella misma en una fase de alta frecuencia conmemorativa?

El fenómeno probablemente no sea exclusivo de Francia. Toca a todas las sociedades contemporáneas que se viven como históricas, es decir fundadas sobre la libertad instituyente de los hombres y no regidas por una voluntad divina y que, por ese motivo, sustituyeron las grandes fechas de su propia historia por las de la conmemoración cristiana. Pero Francia le dio una intensidad que le debe menos al azar de la cronología

que a la riqueza de su repertorio histórico, a la radicalidad de la ruptura revolucionaria y a la reflexión memorial a la que la condena el sentimiento de haber salido de la gran historia. Si se toma solo el intervalo que separa el primer volumen (1984) de estos otros (1992), cada año estuvo marcado por una celebración restallante o amortiguada: tricentenario de la revocación del edicto de Nantes, quincuagésimo aniversario del frente popular, Milenario capeto, vigésimo aniversario de mayo de 1968, bicentenario de la Revolución francesa, centenario del nacimiento del general De Gaulle. Y eso que esas son manifestaciones de vocación o de carácter nacional, pues cada año, cada mes trae consigo su lote de aniversarios obligatorios o fabricados.

La sincronía evidentemente no es fortuita. Conmemoraciones contemporáneas transformadas de ahora en adelante en «lugares de memoria», *Lieux de mémoire* saturados de conmemoraciones: para terminar, se impone explicitar esta relación. No para estudiar, como lo merecerían, cada una de las grandes conmemoraciones nacionales, ni para contribuir a la reflexión teórica sobre las conmemoraciones que, sobre la marcha misma del proyecto, aún se encuentra en la etapa del balbuceo; sino para aprehender, en un rápido abordaje de historia inmediata, el lugar de nacimiento de esos *Lugares*, el movimiento de época que los rebasa y los implica, los cuales a su vez quedarán marcados con su título. Son pocos los libros de historia cuya historia es suficientemente larga para incluir su propia historia. Es la suerte de este.¹

1. *La metamorfosis de la conmemoración*

Mayo de 1968, bicentenario de la Revolución, la época parece efectivamente enmarcada, dominada, y como dividida entre esos dos tipos de experiencias límite de memoria conmemorativa: la segunda, que representa el modelo de la conmemoración voluntaria y deliberada, imposible de esquivar, pero igualmente imposible de manejar y que muestra la dificultad nueva de conmemorar a conciencia; la primera, involuntaria e incluso inconsciente, imposible de controlar, y que muestra por el contrario la dificultad nueva de actuar sin conmemorar.

El Bicentenario no necesita exhibir sus títulos para representar la conmemoración. ¿No fue la Revolución la que inventó el fenómeno mismo, en la acepción que le damos hoy? Fue Mona Ozouf quien recordó aquí mismo que la voluntad de conmemorar la toma de la Bastilla se expresó en seguida del acontecimiento. Y Péguy: «El 14 de julio fue en sí mismo su propia conmemoración». ¿No es acaso la única de las grandes conmemoraciones nacionales que puede prevalerse de la repetición —lo cual alcanza para diferenciar la conmemoración de la celebración—, por la

cual el Centenario ofrece el prototipo del modelo a igualar y el Ciento cincuentenario el modelo a evitar?² ¿No es además la que proporciona el registro completo de las tensiones y de las contradicciones que habitan toda conmemoración, tironeada entre la conciencia de la distancia y la voluntad de abolirla, entre la espontaneidad festiva y la institución que la regula, entre la conservación anquilosada y la abertura hacia el porvenir, entre la fidelidad al mensaje y su adaptación al presente? ¿No es finalmente la que dirige, hacia adelante como hacia atrás, todo el dispositivo de repetición de las celebraciones nacionales, cuando el Milenario capeto no fue más que un contra-Bicentenario, el año De Gaulle una repercusión y el tricentenario de la Revocación una suerte de anticipación?

De los dos, es Mayo de 1968, sin embargo, el que evidentemente encarna, sin quererlo, el imperio de la memoria conmemorativa. Como hecho de acción revolucionaria, como hecho de historia que, en el sentido hegeliano, se escribe con letras de sangre, todos se preguntaron después qué fue lo que pasó realmente. No hubo revolución, incluso nada tangible y palpable, sino, muy a pesar de los actores, el resurgimiento incoercible y el festival esplendoroso del legendario completo de todas las revoluciones: las del siglo XIX y hasta del siglo XX francés, con la juventud de las escuelas que recordaba 1848, las barricadas de la Comuna, las marchas del Frente popular, el recuerdo vivo aún de la Resistencia; la de los soviets de Petrogrado y de la toma de poder leninista; las del tercer mundo, de China a Cuba. No se terminaría nunca de contabilizar la fantasmagoría histórica de la que mayo del 68 fue el recapitulativo puramente simbólico. *Los soixante-huitards* (militantes del sesenta y ocho) querían actuar, lo único que hicieron fue celebrar, en un último festival y una reviviscencia mimética, el fin de la Revolución. El acontecimiento no tiene otro sentido más que conmemorativo. Mayo del 68 incluso se adelantó al Bicentenario, al conmemorar a su pesar el fin de lo que supuestamente 1989 debía celebrar.

La oposición no se detiene allí. Mayo del 68 encarna hasta la caricatura la tendencia autorreferencial de cualquier conmemoración verdadera y el Bicentenario, su tendencia a la saturación histórica. Los últimos manifestantes de la operación «Jericó» del 11 de junio de 1968 seguían dando vueltas alrededor de la ciudadela de la ORTF cuando ya les estaban vendiendo *Le Petit Livre noir des journées de mai*, editado en caliente por Seuil. Ese es el verdadero advenimiento de la «sociedad del espectáculo», con el que los «acontecimientos» de mayo precisamente se proponían romper. La dimensión auto-consagradora y la dimensión auto-historicizadora son muy difíciles de discernir. El acontecimiento es en sí mismo su propio acontecimiento, única palabra que se encontró para bautizarlo. De allí el asombroso déficit de análisis propiamente histórico y la dificultad para descifrar el misterio, de allí la propensión de los actores a auscultarse periódicamente, al ritmo de su propia biogra-

fía. Mayo del 68 estuvo aún más encerrado en su «autosuficiencia», más condenado a su proliferación puramente memorial, más imposibilitado de irrumpir en el escenario público y nacional en la medida en que sus aniversarios decenales cayeron mal políticamente:³ el primero, 1978, luego de la caída de la izquierda y en pleno ímpetu de las elecciones de programa común; el segundo, 1988, en un campo dividido entre la derecha aún en el poder, la campaña presidencial de un hombre a quien 1968 solo le había dejado malos recuerdos, y los preparativos de una celebración revolucionaria cuyas jornadas de mayo habían sido precisamente la verdadera celebración.

El Bicentenario, por el contrario, quedó abrumado por una historia que le cuesta cargar. Ya en 1983 se planteaba el tema de saber si «se puede conmemorar la Revolución francesa», en términos cuya lucidez quedó luego confirmada.⁴ Buena parte de la conmemoración transcurrió en el debate sobre la conmemoración misma. Su defecto congénito fue precisamente correr tras su propia significación, de la que los tres presidentes sucesivos, sin hablar del propio presidente de la República,⁵ dieron versiones sensiblemente diferentes, pues no se imponía ninguna; fue no lograr nunca, salvo por la historia o a través de la movilización de redes republicanas ligeramente arcaicas, el calor militante y el arrebatado de la memoria revolucionaria, aún bien vivos ciento cincuenta años atrás. De allí la caída en la venta de objetos recuerdo, el amable despegue de los globos aerostáticos (en enero), las simpáticas plantaciones de los árboles de la libertad (en marzo), las animaciones —paródica, de la inauguración de los Estados generales en Versalles (en mayo), turística de las Tullerías, artística, de Valmy (en setiembre)—, momentos decretados como fuertes de un año sin momentos fuertes. En su desarrollo, el Bicentenario tuvo muy mala suerte. Mala suerte política con la hostilidad del alcalde de París convertido en Primer ministro, que obligó rápidamente a renunciar a la Exposición universal y a un programa más menguado; mala suerte circunstancial con la muerte de los dos primeros presidentes de la Misión, y los plazos muy cortos que le dejaron al tercero; mala suerte ideológica con el repliegue oficial en el mensaje único sobre derechos humanos, que contaba con la unanimidad, pero blanda y sin consecuencias; mala suerte en fin, sobre todo, con ese viraje verdaderamente expropiador que significaron, para la toma de la Bastilla, el derrumbe del muro de Berlín y la insurrección de la plaza de Tian'anmen. Por más que se recuperó *in extremis*, el 14 de julio, con el desfile de Goude que, gracias a la televisión, permanecerá como la imagen fuerte del Bicentenario,⁶ su historia no fue más que la interminable decepción, hábilmente maquillada, de una gran ambición inicialmente impulsada por la llegada de la izquierda al poder.⁷ Pero, en medio de sus infortunios, el Bicentenario encontró sin embargo una suerte imprevisible, la de haber tenido como efectivo conmemorador a un historiador convencido

de que «sin jugar excesivamente con el efecto espejo, es indudable que la manera en que se preparó y desarrolló el Bicentenario aportará preciosa información, en el futuro, más allá de sí mismo, acerca del estado de la sociedad, de la política y de la cultura francesas a fines del siglo XX».⁸ Jean-Noël Jeanneney duplicó entonces su actividad con la confección de archivos completos, bien clasificados e inmediatamente utilizables. Un amplio equipo de investigadores ya está trabajando para auscultar «la Francia de los años ochenta según el espejo de la conmemoración»,⁹ y no cabe duda de que terminó dándole, retrospectivamente, el espesor y la compacidad históricos que en el momento le faltaron particularmente. Curioso destino el de ese Bicentenario cuya historia va a resultar, para la historia, el acontecimiento que no fue.

Dos modelos, entonces, dos arquetipos que polarizan el campo de la conmemoración contemporánea y que, encima, remiten cada uno directamente a las dos nociones clave que las sustentan y organizan: el centenario —al cual se refiere el Bicentenario— y la generación —a la cual Mayo del 68 le dio su plena positividad.¹⁰ La unidad mecánica y neutra, a una distancia solemne y sin embargo reducida de la vida de los hombres, y la escansión existencial que le da forma y sentido al tiempo vivido. En su majestad secular, el centenario con sus múltiples y submúltiplos manda sobre todas las citas aritméticas del calendario. Solo la generación, por la multiplicidad que implica en torno a una misma fecha, vivifica la cita. No hay conmemoración, sin duda, sin esos dos instrumentos temporales, sin su cruzamiento también, que alcanza para dictar la intensidad del programa conmemorativo actual y su recarga permanente. El centenario es, efectivamente, una categoría reciente que los diccionarios permiten fechar con mucha exactitud en los primeros años de la III República¹¹ y que tres fechas decisivas entronizaron: el centenario de la Independencia de Estados Unidos (1876), el centenario de la Revolución francesa y el centenario del propio siglo (1900). Para que el centenario sea definitivamente consagrado, es necesario que el «siglo»,¹² ese invento del XVIII, cumpla él mismo cien años. Ya en 1889 Renan se entristecía por las obligaciones que imponía esa novedad y lamentaba «que no se pueda impedir que los siglos cumplan cien años».¹³ ¿Qué habría dicho en nuestros días? Habida cuenta de las creaciones y novedades de toda naturaleza surgidas en esos dos momentos capitales de la vida nacional que fueron justamente el período revolucionario y el período conquistador de la III República, ese simple pantallazo sobre el nacimiento de la noción alcanza para evocar la infinita multiplicidad de los centenarios, bicentenarios y, por consiguiente, cincuentenarios y ciento cincuentenarios de los que está plagada la cotidianidad conmemorativa oficial, institucional, desde hace unos veinte años y hasta el fin del siglo.¹⁴ ¡Y qué siglo! Es allí que el balance puramente aritmético se encuentra, en todo momento, con las ondas llegadas del otro polo,

el polo vivo, cuyo ritmo demográfico y generacional impone a la obligación conmemorativa otro estrato, otro espíritu, más exigente y más crispado, el de los actores, testimonios y víctimas de una historia terrible, acechados por el pasaje de la memoria de sangre a la historia de tinta. Una simple ojeada, por ejemplo, a los créditos otorgados a los ex combatientes, los años de doble aniversario, Gran Guerra y Liberación —1964, que culmina con la panteonización de Jean Moulin, 1984, en que los últimos veteranos festejan sus noventa años, 1994, que prepara la apoteosis—, alcanza para comprender, entre la edad de la jubilación y la del «último testigo», el empeño conmemorativo de las dos o tres últimas décadas. Alcanza más generalmente con intersectar esas dos nociones, centenario y generación, para ver que, de los años sesenta hasta los inicios del tercer milenio, los dos modelos no delimitan solamente en forma simbólica lo que, del simple punto de vista de la aceleración cuantitativa, se puede llamar ya la era de la conmemoración.

Lo importante, en esto, no es sin embargo la inflación proliferante del fenómeno, sino su transformación interna: la subversión y la erosión del modelo clásico de la conmemoración nacional, tal como la Revolución lo había inventado y tal como lo había establecido la III República conquistadora,¹⁵ y su sustitución por un sistema atomizado, hecho de lenguajes conmemorativos inconexos, que supone una relación diferente con el pasado, más electiva que imperativa, abierta, plástica, viva, en perpetua elaboración. ¿Qué es lo que une, por ejemplo —para tomar solo las manifestaciones de esas semanas en que escribo—, el desplazamiento oficial de François Mitterrand a Vimy, en Artois, para el septuagésimo quinto aniversario del desembarco de las tropas canadienses, un coloquio internacional por el bicentenario de la *Crítica de la razón pura*, el trigésimo aniversario del fin de la guerra de Argelia, el décimo quinto aniversario de Beaubourg, el quincuagésimo aniversario de la redada del Vél' d'hiv' y el centenario de la llegada de Paul Signac a Saint-Tropez? El reloj marca las horas, pero las horas ya no son las mismas. Evidentemente hay otra lógica operando. La desaparición del marco unitario del Estado-nación terminó con el sistema tradicional que era su expresión simbólica y concentrada. Ya no hay superyó conmemorativo, el cañón desapareció.

El modelo clásico suponía, en efecto, una soberanía impersonal y afirmadora —Francia, la república, la nación—, verdadera razón de ser de las manifestaciones cuyo gran ordenador y oficiante seguía siendo el Estado. La presencia del Estado se ha vuelto discreta en todos lados, más iniciadora que directora. Incluso para una celebración tan plenamente nacional como el Bicentenario, el decreto del presidente de la República que instituía la Misión solo habla de «fomentar», «armonizar», «coordinar», «favorecer». El modelo clásico suponía también la unidad

de una historia que, por ser épica, combativa, orientada, tenía sus elegidos, sobre todo políticos y militares, y sus excluidos, reducidos al silencio o al culto privado de la memoria: como, por ejemplo, fiel y casi clandestina, la misa aniversario de la ejecución de Luis XVI, el 21 de enero, y la ceremonia en el cementerio de Picpus. Aquellos cuya palabra fue más esperada y más escuchada durante el Bicentenario, no fueron los panegiristas de la Revolución sino sus víctimas, empezando por los denunciadores del «genocidio» de Vendée y los portavoces de la Iglesia perseguida. Y fue en nombre de los principios de la Revolución y de los derechos del hombre que reivindicaron, a su manera, su parte de conmemoración. De arriba hacia abajo, el modelo clásico descansaba en un orden y una jerarquía. Fueron ese orden y esa jerarquía los que se rompieron, en beneficio de una multiplicidad de iniciativas descentradas en las que se cruzan y encabalgan lo mediático, lo turístico, lo lúdico y lo promocional. No más construcciones monumentales, superada la edad de la estatuomanía, no más despliegue simultáneo en todo el espacio nacional, con identidad de lugares, de rituales, de marchas, en la indiferencia a los compromisos específicos de los grupos y de los individuos, sino el respeto de las procesiones generacionales. Ya no es más en la escuela, instrumento central del dispositivo tradicional, en las plazas públicas, en el ritual cada vez menos vivo de los 11 de Noviembre, 14 de Julio y 1º de Mayo¹⁶ que se afirma la identidad colectiva y se expresa el espíritu de la conmemoración, sino en la televisión, en los museos, en el Memorial de Caen y en el Historial de Péronne, en las miles de asociaciones creadas a tal efecto, en la avalancha de representaciones teatrales y musicales y de animaciones folclóricas; sobre todo y por todos lados, con los dos pilares inevitables de la conmemoración contemporánea en que se convirtieron la exposición obligatoria y el fatídico coloquio. La «Patria agradecida» perdió su perpetuidad, su abstracción trascendente. No se dirige tanto a los panteonizados ocasionales (René Cassin en 1987, Jean Monnet en 1988, el *abbé* Grégoire, Monge y Condorcet en 1989) sino a héroes categoriales y momentáneos, Coluche o Daniel Balavoine, la víctima del París-Dakar. No se expresa tanto en la ceremonia, el homenaje oficial y la consagración pública sino en programas de gran espectáculo, que retoman sus componentes escenográficos y dramáticos. La conmemoración más fuertemente reveladora del espíritu del momento, habría que buscarla en Pyu-du-Fou.¹⁷ Allí está todo: la iniciativa a contracorriente oficial de un presidente del Consejo general, Philippe de Villiers, su credo rural-cristiano fuertemente asentado en el que una Vendée ejemplar, testigo del mundo que hemos perdido, desarrolla en secuencias dramáticas su lección de contra-historia, una puesta en escena alucinante de pólvora, decibeles y láser que deja en la prehistoria al «sonido y luces», todo en un participacionismo cautivante integrado a una amplia red asociativa y de camaradería. Resultado: entre doscientos

tos y trescientos mil visitantes por año desde la visita oficial de Giscard d'Estaing en 1978. Estamos lejos de aquello que había conservado algo de la chatura del colegio en el que el joven Augustin Thierry se enardecía: «¡Pharamond, Pharamond, hemos combatido con la espada!». En verdad, el modelo tradicional se quebró.

La conmemoración propiamente nacional y cívica se hundió en lo político. Hay en ello una razón de peso: desde la guerra, ningún acontecimiento puede integrarse de pleno derecho a una memoria nacional unitaria.¹⁸ La Liberación inauguró la batalla de las memorias, cada una aún más combativa por ser legítimamente reivindicativa de una parte irresoluble de la representatividad nacional. La puja gaullista y comunista en 1945 fue el ejemplo más notorio. La memoria de la primera guerra había sido fuertemente unificadora; aun el recuerdo de Pétain, después de Vichy, no impidió que Verdún quedara como el símbolo reconocido de la nación entera. La segunda guerra fue enteramente divisora, incapaz incluso de generar una fecha de victoria única e incuestionable, puesto que la Liberación no se dio en todos lados al mismo tiempo ni de la misma manera; y el 8 de Mayo, flotante entre el armisticio del 11 de noviembre y la fiesta de Juana de Arco, que De Gaulle prefería, nunca encontró su razón de ser. No obstante, su supresión por Valéry Giscard d'Estaing en 1975 provocó una movilización inmediata y eficaz de los ex combatientes. La politización de la conmemoración, parcialmente responsable de su proliferación, transformó, en realidad, a todo el sistema: lo laicizó, lo democratizó, lo acercó a la manifestación.¹⁹ Consecuencia doble y de sentido inverso: por un lado, el código y la significación de la conmemoración pasaron a manos de grupos particulares, partidos, sindicatos y asociaciones, con todos los conflictos internos y las protestas inevitables que suponen en la organización de la propia ceremonia, en la medida en que cualquier detalle compromete a la organización general; por otro, lo opuesto, la manifestación nacional se convirtió no tanto en la expresión militante de la unidad de un grupo sino de la unidad conflictiva de todos los grupos en el interior de la democracia. El centenario de la Revolución había sido la ocasión para afirmar el estrechamiento de la familia republicana; el bicentenario, el lugar de expresión de todas las familias políticas. Los mecanismos de la V República no hicieron más que acentuar el fenómeno: en sus afirmaciones más oficiales, la propia memoria nacional no puede revestir, en manos de sus depositarios y magistrados supremos, más que una significación política. Por más nacional y patriótica que haya pretendido ser la conmemoración gaulliana, aun después de 1958, no se salva de la apropiación gaullista: como testimonio, por ejemplo, el poder sobre Mont Valérien. Que François Mitterrand inaugure su mandato con una visita a las tumbas de Schœlcher, Jaurès y Jean Moulin, reservando la de León Blum, en Jouy-en-Josas para una visita privada, es una versión política concreta de la memoria

nacional que emprende, y que emprende aún más al ordenar colocar flores en la tumba de Pétain desde 1987 o al decidir participar en julio de 1992 en la conmemoración de la redada del Vél' d'hiv'. En el nivel más alto, ya no hay más conmemoración nacional que no sea política, y hasta partidaria.

Además, el modelo entró sobre todo en competencia con el poderoso ascenso de lo local y de lo cultural, profundamente destructores de lo «nacional»; pero favorecidos, ambos, por la acción del ministro de Cultura y por la descentralización, por el desarrollo del turismo, la valorización del patrimonio, el renacimiento de las sociedades científicas, el interés de las colectividades locales o de las instituciones culturales. Ese es el fenómeno central que le dio un nuevo impulso a la vida conmemorativa pero invirtió su dinamismo: ya no viene de arriba, destilada según la escala de los valores nacionales y patrióticos, sino que obedece a la lógica propia de los intereses particulares, regionales, corporativos o institucionales, que transformaron al artesanato conmemorativo en industria. Tenemos, por ejemplo, este mismo año, la conmemoración del primer ascenso, en 1492, del monte Aiguille en la región del Isère: firma, en la cumbre, de una carta mundial de ética y de ayuda mutua entre los alpinistas, ascenso de los lisiados de diferentes países, «cordadas de honor» de tres generaciones de guías, estreno femenino de una vía nueva, y otras festividades. ¿Cómo no ver, en ese despliegue de esfuerzos, la réplica y contrapropuesta de la conmemoración del bicentenario del ascenso del monte Blanco, seis años antes? También está este año, el enorme programa en honor al setecientos aniversario de la fundación del Hôtel-Dieu de Tonnerre: coloquio de tres días sobre la acción humanitaria en Francia y en el mundo, con la presencia anunciada de Danielle Mitterrand y de Bernard Kouchner, festival de cine con la promesa de *Monsieur Vincent y Hiver 54, l'abbé Pierre*, ciclo de conferencias sobre la Edad Media inaugurado por el director general de los Archivos de Francia en persona. ¿Cómo no ver en esa movilización general la acción personal de Henri Nallet, en ese momento Ministro de Justicia y alcalde de Tonnerre? No son, sin embargo, más que dos ejemplos recogidos en el folleto anual de la Delegación para las celebraciones nacionales que tiene precisamente como tarea, desde hace casi quince años, centralizar, ayudar y estimular, mediante consultas de los anuarios provinciales y los diccionarios biográficos, las iniciativas dignas de recibir apoyo: más de mil manifestaciones fueron así relevadas desde hace seis años. Ningún científico, ningún escritor, ningún artista tiene la menor posibilidad de salvarse del radar conmemorativo: Châlons-sur-Marne desenterrará este mismo año a Nicolas Appert para festejar el centenario de la invención de la conserva y merecerá una estatua en Ipoustéguy. Las conmemoraciones culturales seguían siendo escasas, confinadas a la celebración escolar y, por más literarias que sean, directamente motivadas por

un momento o argumentario nacional.²⁰ Hoy en día ya no cuentan. Un ejemplo sorprendente: hasta Montaigne, cuyo cuatrocientos aniversario festeja Bordeaux pomposamente este año, no conoció ni su trescientos aniversario en 1892, ni su cuatrocientos aniversario en 1933. ¿Y qué decir de Stendhal, cuya activa Asociación de amigos encuentra la manera de festejar gloriosamente este año el ciento cincuenta aniversario de la muerte después de haber festejado no menos gloriosamente, hace menos de diez años, en 1983, el bicentenario del nacimiento? Pero es sobre todo en el área artística que el fenómeno es más notorio. Antes no faltaban las retrospectivas, sobre todo con posterioridad a la muerte, ni las exposiciones aniversario en las galerías privadas. El fenómeno nuevo, desde los años sesenta, transformado en ritual con el desarrollo de la institución museal y la nueva generación de conservadores, es la consagración en un gran museo nacional en ocasión del centenario o del bicentenario. Últimos a la fecha: Géricault, Vouet, Seurat. La regla es casi general: en el horizonte definitivamente abierto del museo imaginario, el aniversario conmemorativo se ha vuelto indicativo de una elección, casi el único referente posible, el instrumento de un programa de trabajo intelectual y científico.²¹

La dinámica misma de la conmemoración es la que se invirtió, el modelo memorial se impuso sobre el modelo histórico y, con él, un uso totalmente diferente del pasado, imprevisible y caprichoso. Un pasado que ha perdido su carácter orgánico, perentorio y apremiante. Lo que cuenta no es lo que nos impone sino lo que en él ponemos. De allí las interferencias en el mensaje, sea cual sea. Es el presente el que crea sus instrumentos de conmemoración, el que corre tras las fechas y las figuras a conmemorar, el que las ignora o las multiplica, el que las coloca arbitrariamente dentro del programa impuesto (como Valmy anexo a 1789) o al que se asigna una fecha (por ejemplo 1944 para el *affaire* Dreyfus, la condena, luego la rehabilitación), pero para transformar su significado. La historia propone, pero el presente dispone, y lo que sucede es regularmente diferente de lo que se quería. De allí ese extraño resultado de las grandes conmemoraciones nacionales que se sucedieron recientemente: son las conmemoraciones sin objeto más logradas, las más vacías desde el punto de vista político e histórico han sido las más plenas desde el punto de vista de la memoria.

El Milenario capeto y el año De Gaulle podrían ilustrarlo brillantemente. El Milenario capeto, o más bien lo que no era al principio más que la conmemoración del advenimiento de Hugo Capeto no representa nada, nada más que la última respuesta humorística, en plena cohabitación, de la derecha a la izquierda. Pero resulta que en la desactivación de la idea monárquica, entre el fantasma gaulliano y el fantasma de un «segundo

milenario» capeto que se anunciaba, la mecha inocentemente encendida por un puñado de historiadores que no creían mucho en él desencadenó un incendio de significaciones: el advenimiento de Hugo Capeto se convirtió rápidamente en «milenario» capeto, que remitía a los orígenes de la realeza y a lo que una joven medievalista, Colette Beaune, acababa de llamar *Naissance de la nation France*. El tema prendió en seguida.²²

Como prueba de la definitiva desaparición de cualquier amenaza de restauración monárquica aún presente bajo De Gaulle, el presidente de la República mismo contribuyó a convertir ese no-acontecimiento en un acontecimiento, nacionalizándolo con su presencia en la catedral de Amiens, el 3 de abril, al lado del conde de París, la autoridad anfitriona. Contrasentido histórico total, puesto que se constituía en punto de partida nacional a un hecho sin ningún peso y en fundador a una personalidad olvidada, transformada sin embargo en objeto de cuatro biografías en un año, dado que «Capeto» es una apelación tardía, que data del siglo XVI y que fueron los monjes benedictinos de Saint-Maur quienes revitalizaron la continuidad «capeta». ¡Qué importa la fragilidad histórica! Se trataba de un período totalmente asimilado y digerido, de un hecho tan hueco que podía volverse sin problema el receptáculo de todas las proyecciones latentes. En el mismo año, el éxito inesperado de una enorme biografía de Luis XIV, por François Bluche, diez años después del no menos sorprendente *Luis XI* de Murray Kendall, reeditaba por otras vías lo que Jaurès había llamado «el encanto secular de la monarquía». Los franceses se apuraban por consensuar un programa sin desafíos, las bodas de la nación consigo misma antes del acontecimiento divisor. Francia tenía entonces mil años, una fecha de nacimiento, una paternidad certificada, por lo tanto una identidad, la misma que el año anterior Fernand Braudel acababa de inscribir en la larga duración.

Esa refabricación del pasado, muy prometedora además de itinerarios flechados y de castillos remodelados, ese «zoom» histórico gigante sobre el objetivo inexistente contrasta con la pesada preparación de artillería del triple aniversario gaulliano, centenario del nacimiento, cincuentenario del 18 de junio, vigésimo aniversario de la muerte. ¿Por qué esa falta de perspectiva pese al aluvión editorial y mediático? La cronología daba para satisfacer a todas las expectativas: después de la monarquía, después de la Revolución, la síntesis iba a convertir a De Gaulle en el rey de la república, último episodio del pasado fundador que los franceses estaban invitados a revivir en su totalidad en tres años. Pero el cálculo falló sin embargo: el héroe ya estaba heroicizado, el coronamiento consagraba a un rey consagrado ya hacía tiempo, a quien incluso Hugo Capeto quizá acababa de servir involuntariamente de doble consagrador y sustituto de proyección.

A ese juego de la memoria y de la historia, el tricentenario de la revocación del edicto de Nantes, en 1985, le dio materia para otra discreta

anticipación. Un hecho de alcance histórico preciso y limitado, que en un principio no involucraba más que a los medios protestantes, terminó penetrado por un imaginario nacional. La intención de la Iglesia reformada de Francia así como la de la Sociedad de historia del protestantismo francés era, conforme a su tradición, aprovechar la oportunidad de una convocatoria, de una revitalización de la identidad comunitaria evanescente gracias a la profundización de la historia, un estrechamiento de los lazos con los hermanos dispersos en el extranjero; en síntesis, una memoria casi familiar, nutrida de una historia que solo le pertenece a ella. Pero resulta que las autoridades estatales empezaron a interesarse en los proyectos de la comunidad protestante para darles amplitud: en el Élysée, en Matignon, en el Hôtel de Ville, reclamaban la Revocación, como si sintieran confusamente que en ello iba una conmemoración posible de los valores mismos de Francia y de la república. Valores, por lo demás, contrarios al acontecimiento que se quería conmemorar: en 1685, lo que el edicto de Fontainebleau —*Une loi, une foi, un roi*, como dice Élisabeth Labrousse— pretendía realizar era el restablecimiento de la unidad nacional mediante la uniformidad; en 1985, lo que se quería celebrar era la diversidad en la unidad, la tolerancia, la libertad de conciencia que acababa de reclamar, el año anterior, la manifestación gigante a favor de la escuela libre, Francia tierra de asilo. El tronco del Estado se ofrecía al injerto del gajo. Y mientras el mundo protestante trataba el acontecimiento de modo trivial, historiográfico y desvitalizado, eran los no protestantes los que se ponían a vibrar con todas las cuerdas de la orquesta por la historia protestante: el exilio, la persecución, la exterminación, la tradición de la resistencia, la fidelidad comunitaria, el derecho de las minorías reducidas a la fuerza, la injusticia cometida en nombre de la razón de Estado, los derechos del hombre y del ciudadano. En los excluidos de 1685, la asociación de lucha contra el racismo SOS Racisme veía «potes»²³ y Madeleine Rebérioux, entonces presidenta de la Asociación para las celebraciones nacionales, veía en «los inmigrantes de hoy a los protestantes de ayer».²⁴ Sin pretender ser una anticipación del Bicentenario ni su rival, el tricentenario de la Revocación accedió, aunque más no sea por la presencia de François Mitterrand en la ceremonia de la UNESCO, a la visibilidad de la conmemoración nacional, rodaje espontáneo de los temas que al Bicentenario tanto le costó musicalizar, porque quería orquestarlos él.

No significa que, por el hecho de ser obligatorio, el Bicentenario no haya tenido su efecto. Al contrario. El fracaso político no hace más que valorizar el logro memorial. ¿Debido a qué y hecho de qué? Primero, y habida cuenta del peso mismo de la historia, hecho de distanciamiento, de solución de continuidad y de acercamiento a través del alejamiento. Fue porque Francia había salido globalmente de la ecuación revolucionaria que pudo, tranquila y casi unánimemente, concelebrar las conquis-

tas de la Revolución. Fue en la no-revolución que los franceses pudieron reencontrarse, felices al mismo tiempo de que haya tenido lugar. Fue la Revolución en tanto pasado que se sintieron libres de festejar, aprobar o juzgar o incluso aprender. Evacuación de la historia agradablemente confirmada por su reactualización en el Este contra el comunismo que invocaba su filiación a la Revolución francesa, y en nombre de los ideales que les proponían celebrar. Beneficio doble, que les permitió a los franceses haber sido revolucionarios, haber tenido razón en serlo, seguir siéndolo aun no siéndolo más. Fue como hecho de memoria que se vivió el Bicentenario y, en ese sentido, como un gran esquema unificador, una verdadera conmemoración. En la medida en que la Revolución se desarrolló por toda Francia, en cada ciudad y en cada pueblo, la proximidad jugó, sin que nadie lo haya pensado realmente, como una búsqueda genealógica de individuación. En Vizille no fue como en Cholet, en Lyon no fue como en Nantes. El Bicentenario, con el respeto que se le debe, funcionó como concurso inter ciudades o competencia deportiva; tuvo el mismo poder de identificación. Distancia y acercamiento cuya traza y efecto en profundidad son hoy difíciles de medir, pero cuyo mecanismo ya es claro, más allá de las reticencias de la capital y del escepticismo de los comentaristas. La originalidad del Bicentenario proviene enteramente de ese desfase entre lo que se quiso hacer pasar y lo que realmente pasó. No es muy exagerado decir que salió bien pese a los esfuerzos de los organizadores. Al menos reveló claramente lo que importaba destacar aquí: que el hecho mismo de conmemorar la Revolución era más importante que la Revolución que se conmemoraba.

2. De lo nacional a lo patrimonial

Esa metamorfosis de la conmemoración no expresaría en definitiva más que su final, si ella misma no fuera el efecto de una metamorfosis de una amplitud mucho mayor, la de una Francia que pasó en menos de veinte años de una conciencia nacional unitaria a una conciencia de sí misma del tipo patrimonial. Es de ese pasaje que hay que puntualizar las etapas y medir su significación.

El gran giro se ubica precisamente a mediados de los años setenta en que, por un extraño concurso de circunstancias, una serie de grandes alteraciones vinieron a cruzar sus efectos para, silenciosamente, hacer tambalear profundamente las bases mismas de la conciencia colectiva y nacional. El más decisivo es seguramente el que, al finalizar el crecimiento, evidenció, con una evidencia sensible y carnal, el fin definitivo del mundo campesino. Los observadores del progreso no habían olvidado evaluar su costo y sus estragos. Pero fue a partir de 1974, bajo

el primer choque de la crisis, tras lo que Jean Fourastié pronto bautizó «los treinta gloriosos del crecimiento», que se produjo la constatación general. Lo que, desde hacía diez años, había quedado incomunicado en manos de los investigadores de los pueblos desertados, de los historiadores de los *Paysans de Languedoc*, en el círculo estrecho de los etnógrafos abocados al Plouzévet del Finistère o la campaña de Châtillonnais, encerrado entre las paredes poco frecuentadas del reciente museo de las Artes y Tradiciones populares, estalla de repente en la escena pública, con la candidatura ecologista a la presidencia de la República del agrónomo René Dumont, con el éxito inesperado y simultáneo de la *Histoire de la France rurale*, de *Cheval d'orgueil* y de *Montaillou*, para culminar en 1980 con el año del Patrimonio. Ya la aparición de una «nueva clase obrera», a fines de los años sesenta había marcado una fecha; y cuando en marzo de 1971, para el centenario de la Comuna, Georges Pompidou fue a inclinarse ante el muro de los Federados, el ex apoderado del banco Rothschild cerraba el paréntesis abierto por la Semana sangrienta, quedaba claro que se terminaba un siglo de Francia obrera y que había llegado la hora del ecomuseo del Creusot. Pero el fin del mundo campesino iba mucho más lejos, hasta los cimientos de una estabilidad milenaria. Era la «larga duración» de Braudel que salía de las tesis de sus alumnos para golpear a la Francia profunda en el corazón de su identidad inmemorial. La caída por debajo del 10% de la tasa de población dedicada a la agricultura y el fin de la misa en latín significaban un giro enorme de la conciencia colectiva, el final definitivo de lo que quedaba activo y vivo de una memoria medieval y cristiana. Ya no quedaba sino la reconquista, a través de la historia y la proyección imaginativa, de un mundo perdido para siempre. Perdido, pero sin embargo presente, generador de una extrañeza hacia sí mismo, un mundo devuelto a su opacidad, su misterio y su seducción, salido de la continuidad de la historia para vivir de la discontinuidad de la memoria.

Ese choque esencial y mudo quizá se habría sentido con menos fuerza si no hubiera coincidido con la llegada al frente del Estado de un presidente cuya imagen juvenil, aristocrática, tecnócrata y parisina no tenía nada para favorecer la identificación con la Francia profunda; y, por el contrario, para subrayar la ruptura con el orden gaulliano. Desde los gestos espectaculares como el apretón de manos a los prisioneros, la supresión del 8 de Mayo, la mayoría a los dieciocho años, hasta el fondo mismo de la política, de prioridad económica y europea, de voluntad de «decrispación» y de gobierno de centro, los franceses vivieron, sobre todo en los inicios entusiastas del periodo presidencial, una especie de ingravidez histórica. Desarraigo del pos-De Gaulle, que también provocó profundos reajustes de memoria en varios niveles. La desaparición brutal del hombre del 18 de Junio marcó la salida de Francia de la órbita de la guerra. ¿Es necesario recordar que es el momento exacto en que, con

la gracia pompidoliana otorgada al miliciano Touvier, el recuerdo negro de la Francia alemana y vichyista puso en marcha su ascenso compulsivo, por todos los caminos de la historia, de la novela, del cine?²⁵ Pero el posgaullismo es también, y sobre todo, la reanudación de un pasado más profundo. Ante la supervivencia de las instituciones gaullianas a su fundador y una «segunda lectura» posible de la Constitución en vísperas de las elecciones de programa común, se confirmó el presentimiento de que De Gaulle había ganado su apuesta histórica y que la batalla política abierta por el 89 había encontrado su solución. Simultáneamente, eran los dos últimos siglos de historia de Francia los que se encontraban reinsertos en una perspectiva larga, tocquevilliana, de la historia del Estado-nación con los extensos siglos de la monarquía, la Francia de Luis XIV y del Milenario capeto. Impacto imposible de medir y sin embargo seguro, efecto póstumo del mito y de la inscripción en la galería de los ancestros de una nueva y por mucho tiempo última figura encarnadora: la renovación misma de esa galería, a la que el regreso de la biografía histórica no es ajeno sin duda; una re-sensibilización general de los franceses a «una cierta idea de Francia» —su historia, su especificidad— y, de un modo más general, una re-legitimación del tema de la nación, acerca del cual se comenzaba a reconocer en la izquierda, aprovechando incluso su declive, que el marxismo siempre había fracasado.

Más aún si se tiene en cuenta que el muro de hormigón del marxismo revolucionario, factor suplementario aunque decisivo a su modo de esa cristalización, de ese retorno de Francia a Francia y que hasta ese momento había resistido todas las arremetidas, se derrumba brutalmente, bajo la forma leninista del comunismo soviético así como bajo la forma maoísta de los grupúsculos izquierdistas. El «efecto Solzhenitsin» opera, y el éxito de los «nuevos filósofos» trae a la visibilidad pública aquello que, hasta entonces, se abría camino calladamente desde hacía varios años: una ruptura definitiva con el marxismo y la lógica revolucionaria, la aceptación en la izquierda de la propia palabra totalitarismo y el vuelco oficial hacia un antisovietismo declarado. «En 1981 se descubrirá, dice justamente Marcel Gauchet, lo que la buena resistencia del PCF había disimulado en las legislativas de 1978: que no se trataba de un fenómeno relegado a la *intelligentsia*, sino de una auténtica fractura social. La disolución, quizá, de la autarquía del sistema político-intelectual francés.»²⁶ Pues lo que se quebraba con el proyecto revolucionario, explica el mismo autor, era tanto la idea de un fin de la historia como la idea de una ruptura radical con el pasado. No hay retorno entonces a un tramo concreto del pasado sino desmoronamiento de un eje organizacional, de un marco fijo de representación, el final de una previsibilidad científica que devuelve el pasado entero a su libertad, a su renovación de sentido, para no decir a su legitimidad. Una ruptura, en todo caso, con todas las valoraciones de la ruptura: «Fue toda una actitud frente a

la tradición, que para muchos había llegado a su clausura y apelaba a un esfuerzo para superarla totalmente, la que se vio secretamente deslegitimada. Desorientación extrema: una manera de ser, de juzgar, de hacer, un instinto de la novedad establecido desde hacía décadas pierde súbitamente, sin desmentido visible, su razón de ser interior».

Apartamiento del crecimiento de la seguridad del inmovilismo rural, despertar del sueño de la grandeza gaulliana, disipación del espejismo en el que durante tanto tiempo había querido creer la patria de las revoluciones, esas tres ondas de choque entran de golpe en resonancia cuando, tras el fracaso de la reactivación chiraquiana, la llegada a Maitignon del «mejor economista de Francia», proveniente de la Europa de Bruselas, y su plan de austeridad concretizan una evidencia nueva, la sumisión a la ley de bronce de las exigencias exteriores. Mil novecientos setenta y siete: el año del alineamiento. Sumisión ineludible a la dimensión internacional, interiorización definitiva del pasaje de la gran potencia a la potencia media, enrolamiento de la república en el conjunto de las democracias comunes, principio del fin de la excepcionalidad francesa. La crisis de los años treinta se tradujo, en el sistema tradicional de la identidad, por una subida a los extremos; la crisis de los años setenta provocó lo opuesto: un hundimiento en las profundidades, un repliegue en sí misma, una recuperación de los referentes de proximidad.

Fue ese silencioso trabajo de recomposición, de una asombrosa rapidez, el que aseguró el éxito del año del Patrimonio; merece ser recordado puesto que fue ese año que la palabra misma hizo su revolución semántica.²⁷ Éxito completamente imprevisto,²⁸ surgido de una simple propuesta administrativa. En 1978, tras la separación en dos ministerios diferentes de Cultura y de Medio Ambiente, el nuevo Ministro de Cultura, Jean-Philippe Lecat, por temor a dejar escapar un área de su autoridad, pensó en crear una Dirección del patrimonio, que reagruparía los Monumentos históricos, el Inventario general lanzado por Malraux, y la Arqueología.²⁹ Propuesta que fue aceptada al final de un Consejo de ministros el 9 de agosto, al tiempo que el presidente de la República sugería que era una buena oportunidad para sensibilizar a los franceses acerca de ese tipo de cosas. Después del año de la Mujer y del año del Niño, ¿por qué no un año del Patrimonio? Está bien, dijo el ministro, pero para contar con el tiempo y los medios adecuados, sería mejor 1980. Lluven los créditos entonces en ese sector en 1979, más alegremente todavía en la medida en que existe la convicción de que es un área políticamente muerta. Y, por pura formalidad, se invita a los comités regionales a presentar proyectos. Es cuando empiezan las sorpresas. Las regiones se muestran fuertemente demandantes. La palabra patrimonio comienza a vibrar con resonancias inesperadas. Se la creía destinada al escribano y al ahorro debajo del colchón. Pero se dilató. El bien heredado del padre se convirtió en el peso que arraiga y el lazo que

vincula al todo social, depósito sagrado, valor sin precio que debe transmitirse. Descendió del cielo de las catedrales y de los castillos para refugiarse en las costumbres olvidadas y las antiguas maneras de hacer,³⁰ el buen vino, las canciones y los dialectos locales; salió de los museos nacionales para invadir los espacios verdes o afirmarse en las piedras de la viejas calles. Todo sirve, en ese momento, desde los estragos de los bulldozers hasta el sentimiento repentino del agotamiento de la creatividad artística, dispuesta al retorno a las fuentes; desde las esperanzas frustradas de la izquierda tras la ruptura del Programa común hasta las esperanzas que la Nueva Derecha deposita en las culturas populares. El pasado se vuelve atractivo y vendible, en aquel año que precede las elecciones presidenciales. En el patrimonio se descubre que está la patria, con todo lo que la palabra tiene de equívoco y ambiguo, digno y modesto óbolo de los humildes al gran tesoro colectivo, pero deriva también siempre posible del culto de los penates a la hostilidad hacia el inmigrante, cuya presencia comienza a hacerse sentir, desde el respeto por sus tradiciones hasta el rechazo de todas las formas de modernidad.

El movimiento vino entonces de la base, de la provincia, para luego retroceder hacia un París escéptico e irónico. Durante los seis primeros meses, no apareció ninguna mención en los medios nacionales; en cambio, hubo páginas enteras en los diarios locales. Hubo que esperar al verano para que se descubriera, gracias a las vacaciones, que los habitantes de Evron, en la Mayenne, por ejemplo, se vistieron con trajes del siglo X para festejar su milenario, o que en Saint-Symphorien, en la Sarthe, los jóvenes del poblado representaron por una noche el ataque de los Chouans; que, por todos lados, algo se movió en las profundidades. Inmediatamente se descubre, no sin asombro y espanto, la existencia de una inmensa red de voluntariado que, desde hacía tres o cinco años, se había constituido espontáneamente y que, sin pedir nada a nadie, e incluso dándole la espalda a cualquier intrusión burocrática y centralizadora, realizaba un enorme trabajo de campo: ¡no menos de seis mil asociaciones de defensa del patrimonio y cuatro mil asociaciones rurales de cultura y entretenimiento! La regionalización se había producido sola en los hechos. Solo faltaba que los políticos se subieran lo más pronto posible a ese movimiento emergente y que los poderes públicos lo enmarcaran, lo canalizaran, lo proveyeran de una verdadera política de la etnología.³¹ El año del Patrimonio es un poco como el Mayo del 68 de los provincianos y de los campesinos. Muy poca preocupación por el futuro, muy poca política verdadera de preservación y de transmisión, pero una corrida hacia el pasado. Los franceses partieron ese año, limitados solamente por la pobreza de los créditos, en busca de un continente en vías de disipación. Es el pasado lo que se conmemora, un pasado que la derecha en el gobierno descubrió un poco por casualidad y que la izquierda va a heredar, un año más tarde.

Retomemos el conjunto del fenómeno, que consiste en el pasaje de lo histórico a lo conmemorativo y de lo conmemorativo a lo conmemorativo. Retomémoslo porque, detrás de la evidencia y la continuidad misma de la experiencia, desemboca en una inversión radical del significado común de los términos; y la verdadera metamorfosis de la conmemoración está al final de esa inversión.³²

La historia, en el sentido en el que se la entiende espontáneamente y que expresaba esencialmente a la nación, así como la nación se expresaba esencialmente a través de ella, se había vuelto, a través de la escuela y a través del tiempo, el marco y el molde de nuestra memoria colectiva. La historia científica misma, tal como se constituyó en institutriz de la nación, consistía en la rectificación de esa tradición de memoria, su enriquecimiento; pero por más «crítica» que pretendiera ser, no representaba más que su profundización. Su fin último consistía en una identificación por filiación. Es en ese sentido que historia y memoria eran solo una; la historia era una memoria verificada.

Lo que hoy se llama comúnmente memoria, en el sentido en que se habla de memoria obrera, occitana, femenina, es al contrario el acceso a una conciencia histórica de una tradición difunta, la recuperación reconstitutiva de un fenómeno del que estamos separados, y que interesa directamente a aquellos que se sienten sus descendientes y herederos; una tradición que la historia oficial no había sentido necesidad de considerar porque el grupo nacional se había construido a menudo sobre su sofocación, sobre su silencio, o porque no había aflorado como tal en la historia. Pero una tradición que esos grupos ahora en vías de integración a la historia nacional sienten la necesidad urgente de reconstituir con los pocos medios disponibles, desde los más salvajes hasta los más científicos, porque es constitutiva de su identidad. Esa memoria es de hecho su historia.

Es esa inversión muy sencilla, pero no fácil, la que hay que subrayar porque es ella la que está en el principio mismo de la conmemoración patrimonial; pasó por la misma inversión. El fenómeno conmemorativo era la expresión concentrada de una historia nacional, un momento infrecuente y solemne, una forma siempre difícil del regreso colectivo a las fuentes, una afirmación simbólica de la filiación, una opción de herencia por una forma de transmisión, un punto de pasaje del pasado al futuro. Se disgregó. Se transformó, para cada uno de los grupos involucrados, en el hilo diseminado en el tejido social que le permitirá, en el presente, establecer un cortocircuito con un pasado definitivamente muerto. Esos hilos diseminados están en todos y en ningún lado. La conmemoración se emancipó de su espacio de asignación tradicional, pero además es la época entera la que se volvió conmemoradora.

El propio éxito que conoció la «nueva historia», a lo largo de los años setenta, expresa claramente el mecanismo y permite precisarlo. Éxito aparentemente sorprendente, si se piensa en la sofisticación de los pro-

cedimientos, la lejanía de los sujetos, la voluntad proclamada de romper con el recitativo del calendario de eventos y la biografía de los actores. Sin duda la subversión de la historia política y nacional clásica a la cual se habían librado en círculo universitario cerrado los historiadores que se identificaban con los *Annales*, sobre todo los de la segunda y tercera generación,³³ significaba ya una abertura a la memoria y una forma de vuelco de lo histórico hacia lo memorial; pero una abertura y un vuelco muy poco conscientes de sus implicaciones y de sus salidas. ¿Qué es lo que había entonces comenzado a fascinar al público en el análisis de los catastros medievales o en el establecimiento de las curvas demográficas del siglo XVII? Puede haber allí muchas cosas: la operación histórica de romper la hegemonía del tiempo histórico hasta la desarticulación de las identidades temporales clásicas.³⁴ El pasado no libra sus secretos espontáneamente. Es detrás de la evidencia de los hechos, detrás de los discursos y los gestos de los actores, más allá de los documentos en que se expresan que se ponen a hablar los «silencios de la historia», como decía Michelet; en el anonimato de los grandes números, en lo irrefutable de la estadística, el peso de la larga duración, las imposiciones de las estructuras. Pero al final, el súbito esplendor de una presencia irrecusable, el conejo surgido de la galera. Operación taumatúrgica que, de la inmensa sobredeterminación del tiempo, de la cadena de las «causas» y de las «consecuencias», saca un objeto nuevo y elocuente para nosotros. Como Pierre Goubert, que pasó diez años contabilizando los bautismos y los decesos en los registros parroquiales de Beauvaisis, pero para terminar en esa frase sobrecogedora del primer libro exitoso de la nueva historia, *Louis XIV et vingt millions de Français*. «En 1966, la esperanza de vida en el momento del nacimiento se acerca o supera los setenta años. En 1661, ¿llegaba acaso a los veinticinco años? Esas cifras brutales significan que en aquel tiempo, así como el cementerio estaba en el centro del pueblo, la muerte estaba en el centro de la vida.» El escenario de Versalles dio repentinamente un giro de ciento ochenta grados. ¿Otro ataque? El de Georges Duby, gran iniciado en las estructuras de las sociedades, economías y mentalidades medievales, con *Bouvines, best-seller* de 1973: «En 1214 el 27 de julio caía un domingo. El domingo es el día del Señor. Debe estar dedicado a él. Conocí campesinos que aún temblaban un poco cuando el mal tiempo los obligaba a cosechar un domingo: ¡sentían sobre ellos la cólera del cielo!». En definitiva, tuvo que estallar a plena luz el potencial conmemorativo de austeros trabajos para que el público descubra en ellos una percepción nueva del pasado y una escritura original de la historia; mientras, la opinión pública se percataba de los estragos provocados en la enseñanza primaria y secundaria por la aplicación brutal de sus métodos y de su espíritu, y los historiadores, por su lado, se volvían ellos mismos conscientes, de rebote, de la especificidad histórica de los problemas de memoria.³⁵

Está claro. Del mismo modo que lo que diferenciaba al historiador «nuevo» del «viejo» no era la materia, sino la actitud existencial frente al pasado, la tranquila seguridad de una continuidad para uno, la certeza para el otro de un corte radical y de los obstáculos a superar para abolirlo, también la frontera que separa lo memorial de lo histórico —un memorial a su vez fuertemente fabricante de historia— se basa, impalpable y sin embargo bien precisa, solo en el sentimiento de una amputación de una parte de sí indispensable para la conciencia de sí mismo. Es en esta frontera que Francia dio un giro en pocos años, entre 1975 y 1980, para hundirse cada vez más en el país de la memoria, mediante un repaso siempre más activo de su identidad consuetudinaria, al ritmo de un cambio perpetuo que revela, en cada momento, según quién se es, según dónde se está, una nueva figura del pasado. Lo rural, lo nacional, lo revolucionario fueron seguramente cambios decisivos. Pero están lejos de haber agotado su propio recorrido, y solo fueron los primeros.

Desde entonces la frontera de la conmemoración se volvió muy delgada, móvil y, sin embargo, nítida; a veces se sabe dónde empieza, pero no tanto dónde termina. Nada menos conmemorativo, por ejemplo, que la fotografía aérea, técnica de alta precisión. Pero ¿qué pasa cuando, debajo de lo que se creía un desierto de llanuras y bosques, aparece en el norte hace más de veinte años la red más densa de granjas galorromanas que casi confiere existencia a «nuestros ancestros los Galos»? ¿El *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier* de Jean Maitron, (analizado en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. III, «Les vies ouvrières») acaso no se convirtió en el equivalente exacto de los monumentos a los muertos? Cuando Le Roy Ladurie sale en busca de los irresucitables campesinos de Languedoc, ¿el simple denominativo no sustrae acaso a esos campesinos, más para el lector que para el autor, al estudio de una región entre otras para convertirlos en los actores anónimos de un gran personaje histórico que sí nos importa, el gran ciclo malthusiano que agobió a la campaña francesa con la peste negra cuando se iniciaba el siglo XVIII?³⁶ El museo de Artes y Tradiciones populares no tiene para sus conservadores nada particularmente conmemorativo, pero cuando, frente a la reconstitución de la sala común de una granja de Aubrac de hace un siglo, con su escotillón, su desaguadero y sus tabaqueras, un joven escritor de veintiún años, Hervé Guibert, se detiene «deslumbrado, como en la frontera del pasado», al constatar delante de «esa verdadera máquina de remontar el tiempo» que «ninguna fotografía, ni estereoscopia, o aun holografía, podría dar esa sensación tan fuerte de aspiración al pasado»,³⁷ ¿no se está en plena conmemoración? La excelente biografía que Jean Lacouture le dedicó a De Gaulle no tenía, que yo sepa, ninguna intención conmemorativa, al contrario. Pero resulta que para un joven historiador, que a su vez se interesó por Richelieu, «vale diez cruces de Lorena en granito», a tal punto lo que le recuerda de

su propia cultura política tiene «la eficacia de un monumento conmemorativo verdaderamente eficaz».³⁸ Y la boga del propio género biográfico, ¿no participa eminentemente del espíritu conmemorativo de la época? Sospechosa se ha vuelto la conmemoración imperativa y colectiva, pero inesperada la conmemoración individual y espontánea, cuando lo conmemorativo de uno ya no es lo conmemorativo del otro.

Ese impulso de conmemoración memorial, surgido de las profundidades de la sociedad civil —ese término de época— que no ha dejado de acelerarse y ampliarse, es el que la izquierda tuvo que manejar, en condiciones contradictorias.

Porque el regreso de la izquierda al poder tuvo en sí una significación altamente conmemorativa. No solo porque, como dice el nuevo presidente de la República en medio del alborozo de su entronización el 21 de mayo de 1981, «tercera etapa de un largo caminar, después del Frente popular, después de la Liberación, la mayoría política de los franceses, democráticamente expresada, acaba de identificarse con su mayoría social». Sino porque, en Francia, la conmemoración es de izquierda, al punto de hacer aparecer a las conmemoraciones de derecha como contra-conmemoraciones. Es una expresión laica, ligada a la tradición de las Luces, de la Revolución y de la república, cuyo primer gesto en 1880 fue la instauración de la fiesta nacional en su doble significación, toma de la Bastilla y fiesta de la Federación. En Inglaterra, donde la monarquía aún pervive, las fiestas civiles son poco numerosas, el tricentenario de la «Gloriosa Revolución» en 1988, y el *Bill of Rights*, fueron poco celebrados y, hecho muy significativo, no hay fiesta nacional propiamente dicha. En Estados Unidos, donde el acceso a la modernidad política y democrática no tuvo que realizarse contra un orden monárquico y religioso, las grandes fiestas de fundación se desarrollaron en un marco en el que sociólogos e historiadores contemporáneos reconocieron una verdadera «religión civil».³⁹ En Francia, los rituales monárquicos —consagración o coronación, entradas reales, funerales, *lits de justice*— no pertenecen al ámbito de la conmemoración, que marca por el contrario la ruptura con la monarquía de derecho divino.⁴⁰ Es lo que le dio dimensión emblemática a la visita inaugural de François Mitterrand al Panteón, ese mismo 21 de mayo, que envuelve la década hasta convertirla en el pasaje obligado de cualquier retrospectiva.⁴¹ Más allá mismo de la ceremonia, más allá de la elección del lugar, cargado de sentido, y del rearraigo afirmado en una versión de la historia nacional, hubo allí, en un fervor que no conoció ninguno de los compromisos del Bicentenario, como una conmemoración de la conmemoración. La revitalización de la conmemoración nacional quedó como uno de los deseos y una de las preocupaciones del poder.⁴² Pero ante su anemia evidente, el Estado tuvo que recuperar, favorecer y enmarcar el nuevo empuje de laicización conmemorativa al que, por más profundamente alejado del autoritarismo que estuviera, su ideología le ordenaba adaptarse.

Ese empuje se expresó en la eclosión patrimonial que culminó en la inversión de la noción.⁴³ Como la conmemoración clásica sobre la ceremonia, el patrimonio se había cristalizado, desde hacía un siglo y medio, en el «monumento histórico», testimonio irrecusable de un pasado superado y amenazado que la colectividad nacional reconocía y designaba así como representativo de su identidad. Porque, para emplear la expresión de Paul León, director de Bellas Artes al término de la primera guerra, «en su imagen se reflejan los rasgos eternos de Francia».⁴⁴ El interés nacional, sobre el cual se basaba la ley de 1887, el interés público al cual se refiere la ley de 1913 justificaban entonces procedimiento autoritarios que daban al Estado el derecho de imponer tanto a los comunas como a los propietarios privados su política y su ley. El patrimonio era una forma de apropiación colectiva, completada en 1927 por la inscripción en el inventario suplementario, destinado a asegurar la conservación de aquellos edificios que, juzgados como de interés secundario, no entraban en el campo de la clasificación. Mal que bien, el sistema se había mantenido hasta fines de los años setenta, al ritmo senatorial de ochenta clasificaciones anuales y de un centenar de inscripciones en el inventario. Luego, bruscamente, por secciones enteras, entraron en el dominio patrimonial categorías de objetos de los campos estéticos o culturales obsoletos en riesgo de desaparición por la transformación industrial y la ordenación del espacio. El propio Malraux había abierto el camino al imponer a la administración reticente la arquitectura del primer siglo XX. Y Jean-Philippe Lecat, al inaugurar campañas temáticas, cuyos primeros beneficiarios fueron, en una atención renovada por los edificios de culto, los órganos y las sinagogas de los siglos XVIII y XIX. Luego fue bruscamente, después del patrimonio etnológico y campesino, el conjunto del patrimonio industrial y urbano. Finalmente, toda la arquitectura del siglo XIX, tras el holocausto de los Halles de Baltard en 1970, comenzaba su repunte espectacular;⁴⁵ se traducía diez años más tarde por la apertura del museo de Orsay. La destrucción del marco de vida tradicional acelerada por la industrialización traía la defensa de los sitios naturales al mismo tiempo que una reflexión nueva sobre la noción misma de «paisaje». Y paralelamente, se convertían en actores y socios del patrimonio las colectividades locales, los particulares reagrupados en asociaciones cada vez más activas y numerosas de carácter nacional, departamental o profesional, desde los Sitios y Monumentos antiguos de la Ardèche hasta la Ajecta, constituida por la defensa del patrimonio ferroviario, o la Federación de cultura marítima de Douarnez. Descentralización de por medio, la institución de los Monumentos históricos, desbordada, se desentendió de una parte de la inscripción en el inventario en los prefectos regionales, a quienes se adscribió la creación en 1984 de las Comisiones regionales del patrimonio histórico y arqueológico (Corephae). En perjuicio de «esos Girondinos de corazón»,

como Bruno Foucart, que «se empeñaban en creer que la memoria de un país, sus monumentos históricos son responsabilidad de la nación»,⁴⁶ la clasificación se multiplicaba en seguida por dos, las inscripciones por diez. El verdadero cambio no está sin embargo en la descentralización de la decisión. Está en el hecho de que la continuidad del Estado, de Malraux a Lang, oculta el abandono progresivo de la iniciativa del Estado, cuyos decretos de clasificación se deciden en su mayoría en la urgencia de la amenaza bajo la presión de la opinión: ejemplo, el hotel del Norte, en el *quai de Jemmapes*, totalmente carente de interés «histórico o artístico» (los dos criterios de la ley de 1913) puesto que la famosa película del mismo nombre había sido filmada en un estudio, pero cuya fachada fue recientemente clasificada debido a la arremetida de las asociaciones barriales y de fanáticos de Marcel Carné.

De los «cincuenta monumentos para mil años» al modo de Malraux, ampliados a los «mil monumentos para cincuenta años» del programa Duhamel, nos habíamos quedado en la edad del monumento histórico según Guizot.⁴⁷ Del minuto en que se pasa del valor histórico al valor de antigüedad, todo cambia. Compárese, por ejemplo, para medir el camino recorrido, las cuatro primeras clasificaciones que Mérimée proponía hace ciento cincuenta años y las cuatro que anunciaba orgullosamente Jack Lang en Chambord el 6 de septiembre de 1988, cuando, para colocar su regreso tras la cohabitación bajo el signo del patrimonio que le habían reprochado haber descuidado durante su primer reino, invitaba a «reflexionar en voz alta sobre la ampliación de la noción de patrimonio cultural». Por un lado, la abadía de Silvacane, las murallas de Aigues-Mortes, el palacio Jacques-Cœur en Bourges, el puente del río Gard. Por el otro, uno de los primeros daguerrotipos de Notre-Dame antes de la restauración de Viollet-le-Duc, un pesebre provenzal del siglo XIX, la colección extremo-oriental de Alexandra David-Neel en Digne, el mármol del café del Croissant en el que Jaurès bebió su último cafecito. Los criterios de selección sobre los cuales se basaba la idea patrimonial han perdido toda su pertinencia. Lo «patrimonializable» se ha vuelto infinito, y —patrimonio real contra patrimonio legal— el horno común y silvestre o el lavadero del pueblo se han hecho acreedores del mismo ardor defensivo que una obra de arte nacional. El objeto patrimonial ha cambiado de naturaleza y hasta de estatuto. Se ha transformado en un objeto de museo, de uno de esos miles de pequeños museos de campaña que han proliferado precisamente desde hace diez años, museos de la castaña, del vidrio o del zueco, y que se denominan a sí mismos de «civilización», de «sociedad», de «identidad» o de «memoria».⁴⁸ Entre ellos y el patrimonio llamado de «tercer tipo», ya no hay ninguna diferencia, pues ambos ilustran la misma transmutación: el patrimonio ya no es representativo de una identidad colectiva de conjunto, del cuerpo social en su totalidad, sino que de ahora en adelante está conformado

por una identidad sectorial, una categoría social percibida solo bajo la dimensión cultural.⁴⁹ Es tarea de la administración el adaptarse con los medios a su alcance⁵⁰ al pasaje del patrimonio de la edad histórica, para el cual estaba hecha, a su edad memorial.

Es precisamente para lo que el ministro y la Dirección del patrimonio esperaban que sirviera la noción de «lugar de memoria», lanzada por esta obra y pescada al vuelo por Jack Lang en el momento del *affaire* del Fouquet's.⁵¹ Pero una de dos: o se trataba de un complemento al «monumento histórico», que permitiera cubrir una cantidad de edificios menores, de un interés arquitectónico muchas veces nulo, pero estrechamente asociados a un personaje famoso, a un movimiento artístico o cultural, a un acontecimiento histórico, todos edificios que muchas veces solo se podían inscribir mediante un desvío de la ley de 1913; y esa aplicación solo se hacía a costa que de una reducción, de un malentendido e incluso de un contrasentido sobre la noción, cuyo interés heurístico era inmaterializar el «lugar», y volverlo instrumento simbólico. O bien se trataba de que una comisión de expertos designase los «cien lugares», materiales o no, en los que se encarnaría a fines de ese siglo, la identidad de Francia; y se volvía a caer en la imposible selección, autoritaria, arbitraria y forzosamente partidaria en que el cuerpo nacional no podía hacer otra cosa que negarse a reconocerse por entero. Callejón sin salida entonces; pero experiencia límite cuyo interés era evidenciar la antinomia de fondo entre la conmemoración de tipo nacional y la conmemoración de tipo patrimonial; y de modo más general, la distancia que separaba la historia nacional de lo que se llamaba desde ese momento la memoria nacional.

3. *El momento-memoria*

Pues la idea misma de una memoria nacional es un fenómeno reciente.

Había una vez una historia nacional y memorias de grupos, de carácter privado. Una historia marcadamente mitológica en su estructura y en su función, unitaria, aunque con divisiones en cada uno de sus elementos internos, principalmente dispensada por la escuela; un vasto recitativo bastante homogéneo en sus marcos, su cronología, sus puntos de pasaje obligados, sus figuras consagradas, su jerarquía de acontecimientos para permitir, desde primaria a la enseñanza superior, en el interior de las sucesiones bien establecidas, el ir y venir de la versión científica a la versión elemental, y la impregnación del conjunto en el tejido social; una historia forjada contra la enseñanza religiosa, y convertida ella misma, con fines civiles y cívicos, en una historia santa; una gesta cuya progresión, de Vercingétorix al Imperio colonial y a la ense-

ñanza laica y obligatoria de Jules Ferry, parecía ella misma adaptada a las necesidades de proyección y de identificación de una edad mitológica del desarrollo individual.⁵² Y, por otra parte, memorias particulares,⁵³ es decir experiencias mudas de la historia, transmitidas por la familia y el medio, hechas de referentes individuales y de hábitos comunitarios, ligadas a tradiciones locales, regionales, religiosas, profesionales y consuetudinarias; memorias de aprendizaje individual y de proximidad. Es sobre ese doble registro que se había constituido la identidad colectiva de la nación. Al Estado le correspondía asegurar el equilibrio del conjunto y lograr que todos acepten su política y sus leyes; y a los individuos negociar las modalidades de su adhesión y el grado de su compromiso con ese credo colectivo y fundador del vínculo social. Es ese doble registro el que se deshizo en su estabilidad organizacional.

El desmoronamiento de la historia como mito portador del destino nacional se operó en etapas sucesivas, a lo largo del siglo, bajo el efecto de las guerras cuya salida minó tres veces un elemento central: 1918, la Europa devastada; 1945, la falsa victoria; 1962, el fin de la proyección mundial. Pero también es fruto, sobre todo, de la disociación progresiva de las dos nociones clave —nación y civilización—, que las Luces habían asociado estrechamente, cuya sutura realizó la Revolución y que se echó raíces con la pedagogía republicana. De la unión de esas dos ideas centrales se desprendía un silogismo bastante simple, pero de un formidable poder dinámico: la marcha de la humanidad hacia el progreso se opera por la conquista de la razón; ahora bien, el agente histórico de ese progreso de la razón es el Estado nacional, cuyo ejemplo por excelencia es la historia de la Francia revolucionaria; por lo tanto, la historia de Francia es la de la razón en marcha. Es sobre ese silogismo integrado a la conciencia nacional que se basaba el universalismo francés: una elección fundada en la racionalidad, un principio generalizable encarnado en una aventura nacional particular, un ejemplo exportable que se deshacía de las peripecias de una novela familiar. La introversión del sistema tradicional de la identidad francesa, tantas veces denunciada, suponía como contraparte una capacidad de extraversión mundial. La historia de Francia solo le pertenecía a Francia. Es por eso que la destitución del mito nacional francés no viene solo de las divisiones internas, nacidas de la primera guerra mundial, agravadas por la segunda y prolongadas por la guerra fría y las guerras coloniales. Es también producto del fin de la hegemonía europea sobre el mundo y del monopolio que implicaba de la idea misma de civilización. Francia renunció más fácilmente al poder que a la idea de su misión y de su vocación. De Gaulle y los comunistas, cada uno a su manera, encarnaron después de la guerra una versión extrema; la desaparición de ambos, a mediados de los años setenta, provocó una primera, fuerte y doble desilusión. El proyecto socialista quiso reavivar la utopía: combinando, además,

elementos centrales de las dos fórmulas anteriores, el marxismo y la grandeza nacional; pero la izquierda llegó políticamente al poder cuando su derrota ideológica ya estaba prácticamente consumada. El repliegue definitivo del socialismo como complejo homogéneo, en 1983, marca sin duda un momento capital, el fin último de un proyecto nacional incorporado. Los tres desarrollos ideológico-políticos que se afirmaron desde entonces no hacen más que subrayar su agotamiento: el avance del Front national y su crispación nacionalitaria y arcaizante, el avance ecologista y su transferencia de la cultura a la naturaleza, el avance «de-rechos-del-hombrista», en algún momento encarnada por SOS Racisme, y la acusación que se le hacía de haber transformado la novela nacional color de rosa en novela negra.⁵⁴ Tres formas definidas de perversión de la identidad histórica tradicional: por retracción, por dilución, por autodestrucción. En eso estamos. Y es poco probable que la idea europea, cualquiera sea la forma de su concreción, pueda tomar el relevo de esa identidad histórica quebrantada.

El advenimiento de una memoria nacional en lugar de una historia nacional está ligado a la extenuación de ese proyecto nacional históricamente incorporado. Supone, en el momento en que se descubren las virtudes de la nación según Renan,⁵⁵ la disociación definitiva de los dos elementos sobre cuya solidaridad estaba fundada la definición renana: la nación como herencia y la nación como proyecto, «haber hecho grandes cosas juntos», «querer hacer más», el culto de los cementerios y el plebiscito de todos los días. Ese voluntarismo heroico y sacrificial subía de las profundidades de la derrota y de la humillación nacionales, desembocaba en la Revancha, la conquista colonial y el Estado fuerte. A la hora de las solidaridades transnacionales e infranacionales, en que la urgencia no es la autopropetuaación de la nación en la idea que quiere hacerse de sí misma, sino su participación real en las decisiones que la conciernen y que la comprometen, no se lo resucitará por peticiones de principio. La nación de Renan está muerta y no volverá. No volverá porque la disolución del mito nacional, que vinculaba estrechamente el futuro con el pasado, tuvo como efecto casi mecánico la autonomización de ambas instancias: la del futuro, devuelto por entero a su imprevisibilidad y nuevamente obsesionante; la del pasado, despojado de la coherencia organizadora de una historia y, al mismo tiempo, transformado en patrimonial. No volverá porque el relevo de lo mítico por lo memorial supone una mutación profunda: el pasaje de una conciencia histórica de la nación a una conciencia social, por lo tanto de una historia activa a una historia adquirida. El pasado ya no es la garantía del futuro: allí está la razón principal de la promoción de la memoria como agente dinámico y única promesa de la continuidad.

La solidaridad del pasado con el futuro fue sustituida por la solidaridad del presente con la memoria. Pero un presente que queda atado a

la obligación del recuerdo por la mirada anticipadora a la cual estamos condenados. Cuanto más impregnada estaba la sociedad del sentimiento de la historia, más se desarrolló la percepción general del cambio, más se impuso la incertidumbre del futuro al mismo tiempo que los medios de prever sus imposiciones, y más se desarrollaron correlativamente, por un lado las instituciones de previsión y las políticas de planificación, por el otro las instituciones de preservación y las políticas de conservación.⁵⁶ Los dos movimientos se han dado a la par, y los avances de lo memorial fueron sincrónicamente paralelos a los pasajes acelerados de una forma de conciencia histórica a una forma de conciencia social: en la crisis de los años treinta reunieron a los economistas, demógrafos e historiadores más innovadores en el seno de equipos e instituciones emparentadas que iban a reencontrarse después de la guerra entre el INSEE, el INED y la École des Hautes Études; la moda de la planificación a la francesa correspondió, en el momento clave de los años sesenta, a la irrupción pública de la nueva historia; y los hermosos años de la futurología coincidieron con el despegue del apego patrimonial. El presente, que una conciencia puramente histórica de la nación volvía diáfano, transmisor y, en el sentido fuerte de la palabra, pasajero, se convirtió en la categoría pesada que la opresión del futuro obliga a cargar con un pasado totalizado. Es a la emergencia de ese presente historizado que se debe la emergencia correlativa de la «identidad». La palabra, en el antiguo régimen de la conciencia nacional, no tenía otro uso más que administrativo o policial. Adquiere su centralidad interrogativa solo en el registro de incertidumbre en que se inscribe y al que expresa. Francia como «persona» requería su historia. Francia como identidad no se prepara un futuro sino en el desciframiento de su memoria.

Identidad, memoria, patrimonio: las tres palabras clave de la conciencia contemporánea, las tres caras del nuevo continente Cultura. Tres palabras vecinas, fuertemente connotadas, cargadas de sentidos múltiples que se convocan y apoyan unos a otros. Identidad remite a una singularidad que se elige, una especificidad que se asume, una permanencia que se reconoce, una solidaridad hacia sí misma que se pone a prueba. Memoria significa a la vez recuerdos, tradiciones, costumbres, hábitos, usos, y cubre un campo que va de lo consciente a lo inconsciente a medias. Y patrimonio pasó directamente del bien que se posee por herencia al bien que nos constituye. Tres palabras convertidas en circulares, casi sinónimos, y cuya asociación dibuja una nueva configuración interna, otra forma de economía de lo que precisamente se nos hizo imposible llamar de otro modo que «identidad».

Había entonces una vez *una* historia nacional y memorias particulares; hay hoy *una* memoria nacional, pero cuya unidad está hecha de una reivindicación patrimonial dividida, en permanente desmultiplicación y búsqueda de cohesión. Por un lado, ese álbum familiar descubierto des-

de hace treinta años con enternecimiento y enriquecido con todos los hallazgos del desván, inmenso repertorio de fechas, de imágenes, de textos, de figuras, de intrigas, de palabras y hasta de valores, ampliamente integrado al consenso ideológico y político, y cuyo poder antes mítico se volvió mitología familiar, por la cual a su vez se interesan los historiadores.⁵⁷ Por otro, grupos para los cuales la «memoria», es decir, de hecho, repitámoslo, la recuperación de su historia, juega roles muy diferentes, pero siempre constitutivos de su «identidad», es decir, de hecho, de su existencia. Para unos, puede tratarse de reconstituir un tejido social desgarrado. Para otros, fortalecer un sentimiento nacional en el espíritu tradicional de una ciudadanía amenazada. Para otros aún, enriquecer ese sentimiento nacional con fragmentos de historia reprimidos o tipos de historia marginalizados. Los usos sociales de la memoria son tan diversos y variados como las lógicas identitarias. Pero los mecanismos de ese recurso así como los motivos de su sacralización son siempre los mismos: la confrontación de los grupos en incesante cambio, en el fondo consolidado en incesante reactivación. Esta confrontación es a menudo polémica y conflictiva, como lo podría mostrar, en particular, la memoria judía. Siempre más o menos contestataria. Es una exigencia de reconocimiento que hace de la memoria no un acervo definitivo, un repertorio cerrado, sino —habiéndose la memoria de unos convertido en la memoria de todos— un campo de fuerzas en perpetua elaboración y en constante reajuste.

La memoria nacional supone la desintegración del marco propiamente histórico de la nación. Supone la salida de los sectores y de las modalidades de su transmisión tradicional, la desacralización de sus lugares de iniciación privilegiados, escuela, familia, museo, monumento, el desborde en el espacio público del conjunto que les correspondía administrar y su recuperación mediante relevos mediáticos y turísticos. La nación histórica confiaba a lugares precisos, a medios determinados, fechas fijas, monumentos clasificados, ceremonias ritualizadas al cuidado de su relato, la preocupación por su mantenimiento, el espectáculo de su actuación, el momento de su conmemoración. Compendiaba así la presencia del pasado en un sistema concentrado de representaciones y se desinteresaba del resto. La nación memorial hace lo inverso. Ocupó todo el espacio con su identidad virtual, duplicó toda las cosas presentes con una dimensión de lo anterior. Lo que se percibía como inocentemente desplegado sobre el eje del espacio es aprehendido de ahora en adelante sobre el eje del tiempo. Es el despertar de las piedras y de los muros, la animación de los sitios, la revitalización de los paisajes. Lo implícito ahora requiere lo explícito, lo privado tiende a volverse público y lo sagrado se laiciza, lo local exige su inscripción en el registro de lo nacional. Todo tiene su historia, todo tiene derecho a tenerla. Al convertirse en la historia de Francia,⁵⁸ y más aún, de las Francias, la historia de Francia se diseminó prodigiosamente. De no ser

«nadie» pasó a estar personalizada; y no se capta su «alma», para retomar otra vez a Michelet, sino en la relación individual con el objeto en que depositó su traza. Allí está sin duda la razón del eco que encontró la expresión «lugar de memoria», en la alianza aparentemente contradictoria entre las dos palabras, de las cuales una aproxima y la otra aleja. Al autorizar la reunión de objetos de naturaleza muy diferente, permite, en la disgregación, la recomposición de lo nacional disgregado. Es lo que justifica quizá la ambición de estos tres volúmenes de múltiples voces y de los cuatro que los precedieron: constituir, en la cadena prácticamente continua de las historias de Francia, un momento de la mirada de los franceses sobre Francia.

Este momento corresponde al pasaje del reino de la memoria restringida al de la memoria generalizada. Reino que se afirmó por avances progresivos, luego por empujes fulgurantes. Está lejos, muy lejos todavía de asegurar su imperio y ocupar todo su territorio. La avalancha no terminó aún de arrastrarnos pero, sin embargo, podemos entrever su final y prever su salida. El lecho de la memoria no es extensible indefinidamente. En el enorme deslizamiento de terreno en el que Francia hoy pierde pie, la reanudación a través de lo memorial es una renovación de continuidad. Basta que se establezca la recomposición en curso, que se acabe el cambio, para que el llamado incoercible deje de tener eco. Preguntarse qué hubieran sido esos lugares de la memoria nacional hace cincuenta o cien años, qué serán en el siglo próximo, una vez superado el milenio, no es sino un engaño, un ejercicio escolar o mental. Su establecimiento solo tiene sentido hoy. Cuando otra forma de estar juntos se instale, cuando termine de fijarse la figura de lo que ya no se llamará más la identidad, habrá desaparecido la necesidad de exhumar los referentes y explorar los lugares. Habrá quedado definitivamente cerrada la era de la conmemoración. La tiranía de la memoria no habrá durado más que un tiempo, pero era el nuestro.

NOTAS

- 1 Este texto se ha alimentado de las participaciones e intervenciones realizadas en mi seminario de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1991-1992, que había dedicado intencionalmente a la conmemoración en la Francia contemporánea. En particular las de Thierry Gasnier (sobre la Delegación a las celebraciones nacionales, con Elisabeth Pauly, que la dirige), de Philippe Raynaud (cuya «lección magistral» en el concurso de agregación en ciencia política trataba sobre la conmemoración) y Laurent Theis (sobre el tricentenario de la revocación del edicto de Nantes y el Milenario capeto). Les expreso aquí mi agradecimiento. Considerando la amplitud y diversidad de cada uno de los temas abordados, así como el carácter general y concluyente que este texto tenía que mantener, las notas y referencias bibliográficas están reducidas al mínimo.
- 2 Cf. en particular, en esta obra, Pascal Ory, «Le centenaire de la Révolution française», t. I, *La République*; del mismo autor, «Le cinquantenaire ou comment s'en débarrasser», en *La Légende de la Révolution au XX^e siècle*, bajo la dirección de Jean-Claude Bonnet y Philippe Roger, París, Flammarion, 1988, así como *Une nation pour une mémoire, 1889, 1939, 1989, trois jubilés révolutionnaires*, París, Presses de la FNSP, 1992. Orientación bibliográfica sobre el Bicentenario y las conmemoraciones de la Revolución en *Bulletin trimestriel* del Institut d'histoire du temps présent (IHTP), n^o 49, setiembre de 1992.
- 3 Cf. Jean-Pierre Rioux, «À propos des célébrations nationales du mai français», *Vingtième Siècle, revue d'histoire*, n^o 23, julio-setiembre, 1989, pp. 49-59.
- 4 Cf. Mona Ozouf, «Peut-on commémorer la Révolution française?», y François Furet, «La Révolution dans l'imaginaire politique français», *Le Débat*, n^o 26, setiembre de 1983.
- 5 Ver Patrick García, «François Mitterrand, chef d'État, commémorateur et citoyen», *Mots*, n^o 31, junio 1992, dedicado a los «Gestos de una conmemoración».
- 6 «Ce que j'ai voulu faire, entretien avec Jean-Paul Goude» y Olivier Salvatori, «Bricolo-belles-images» en el número especial de *Débat* dedicado a «89: la Commémoration», n^o 57, noviembre-diciembre 1989.
- 7 Cf. Jean-Pierre Rioux, «À propos du Bicentenaire de la Révolution dans la France de 1989», *La storia della storiografia europea sulla rivoluzione francese*, Relazioni Congresso Associazione degli Storici Europei, mayo 1989, Roma, 1990.
- 8 Jean-Noël Jeanneney, *Rapport du président de la Mission du Bicentenaire au président de la République sur les activités de cet organisme et les dimensions de la célébration*, 5 de marzo de 1990, París, La Documentation française, p. 187. Ver también, del mismo autor, «Après coup. Réflexions d'un commémorateur», *Le Débat*, n^o 57, o. cit.
- 9 Encuesta del IHTP, acompañada por «Lettres d'information» periódicas, completada por una encuesta en curso del CNRS y de la FNSP sobre «La commémoration du bicentenaire de la Révolution française dans les communes rurales françaises.»
- 10 Cf. en *Les lieux de mémoire*, t. III, *Les France*, vol. I, «La génération».
- 11 La expresión es empleada por Pierre Larousse (1867) solo en el sentido de solemnidad religiosa. La primera edición del Littré (1863) señala la expresión solo en su carácter adjetivo, o en el sentido de un hombre que tiene cien años. En cambio, el *Supplément* de 1877 indica que el sustantivo masculino se ha convertido en el significado preponderante: «Aniversario al cabo de cien años. Fiesta celebrada para ese aniversario». El *Dictionnaire politique* de Duclerc y Pagnerre (1868) rubrica bajo «Anniversaire» lo que podría haberlo sido bajo «Centenario», que no figura. Igualmente, la *Grande Encyclopédie* de Berthelot, que, al tiempo que señala «el uso que se ha establecido para celebrar de una manera especial el ciento aniversario de los grandes hechos», dedica las dos columnas de «Centenario» a los problemas demográficos.
- 12 Cf. Daniel Milo, «À la recherche du siècle», I parte de *Trahir le temps (histoire)*, París, Les Belles Lettres, 1991.
- 13 Ernest Renan, «Réponse au discours de réception de Jules Claretie à l'Académie française», 21 de febrero de 1889.
- 14 Cf., en particular para las conmemoraciones culturales, William M. Johnston, *Postmodernisme et Bimillénaire, le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, París, PUF, 1992.
- 15 Cf., después de Mona Ozouf, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, Gallimard, 1976, Olivier Ihl, *La Citoyenneté en fête: célébrations nationales et intégration politique dans la France républicaine de 1870 à 1914*, tesis de la EHESS, 1991, multigráfica.
- 16 Ver, para esas tres fechas, Antoine Prost, *Les Anciens Combattants et la Société française, 1914-1939*, París, Presses de la FNSP, 1977; Christian Amalvi, «Le 14-Juillet», t. I, *La République, Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984; Miguel Rodríguez, *Le 1^{er} Mai*, París, Gallimard-Julliard, col. «Archives», 1990.
- 17 Cf. Jean-Clément Martin, «À propos du Pyu-du-Fou», *La France des années quatre-vingt au miroir du bicentenaire*, IHTP, «Lettre d'information», n^o 4, marzo 1992.
- 18 Cf. *La Mémoire des Français. Quarante ans de commémoration de la Seconde Guerre mondiale*, coloquio del IHTP, París, Éditions du CNRS, 1988, así como Gérard Namer, *Batailles pour la mémoire, la commémoration en France 1944-1982*, París, SPAG/Papyrus, 1983.
- 19 Cf. *La Manifestation*, bajo la dirección de Pierre Fabre, París, Presses de la FNSP, 1990.
- 20 Apenas conciernen a los centenarios de Michelet (1898), Victor Hugo (1902), Edgar Quinet (1903), Lamartine (para el centenario de las *Méditations*, 1920), Flaubert y Louis Bouilhet (1921), el tricentenario de La Fontaine (1921), el quincuagésimo aniversario de la muerte de Hugo (1935) y el tricentenario de Racine (1939). Las circulares ministeriales insisten en todas las razones cívicas y pedagógicas de esas decisiones. Me fueron proporcionadas por André Chervel, jefe de servicio de historia de la educación del INRP.
- 21 Es lo que surge claramente de las listas de exposiciones reunidas para mí por Anne Roquebert, conservadora del museo de Orsay. Permiten medir el camino recorrido desde las dos primeras exposiciones «centenarias», la de 1889, que debía, en el espíritu de su organizador Antonin Proust, «hacer la demostración del brillo y de la fuerza del arte francés a lo largo de nuestro siglo» (*Rapport* de 1891, pieza justificativa n^o 3, p. 124) y la de 1900 que, decía Roger Marx (*Maîtres d'hier et d'aujourd'hui*, París, 1914, p. 73) «apuntaba sobre todo a exaltar a la escuela francesa».
- 22 El ministro de Cultura preguntó, en una guía de las celebraciones posibles que había encargado en 1983 a una comisión de historiadores del CNRS, si el advenimiento de Hugo Capeto merecía ser considerado. Esta respondió que si el bautismo de Clovis (496) o el tratado de Verdún (843) que consagra el reparto del imperio de Carlomagno podían servir muy bien como punto de partida para Francia, la fecha de 987, en sí misma sin consecuencias, era mucho menos conmemorable en la medida en que correspondía al advenimiento a la realeza de una personalidad fantástica e inaprensible. Fue el gobierno de Chirac el que lanzó nuevamente la operación.
- 23 Alusión por analogía al eslogan «Touche pas à mon pote» («No le toques un pelo a mi amigo») que hiciera famoso la asociación de lucha contra el racismo «SOS Racisme», veinte años atrás. Nota de la traductora.
- 24 Respuesta a la redacción de *L'Histoire*, n^o 77, abril 1985.
- 25 Ver en particular, Pascal Ory, «Comme l'an quarante: dix années de "retro satanas"», *Le Débat*, n^o 16, noviembre de 1981, pp. 109-117, y *L'Entre-deux-mai, histoire culturelle de la France, mai 1968-mai 1981*, París, Ed. du Seuil, 1983, pp. 118-127, y de manera más general, Henry Rousso, *Le Syndrome de Vichy, 1944-198...*, París, Ed. du Seuil, 1987.
- 26 Marcel Gauchet, «Totalitarisme, libéralisme, individualisme», «Mots-moments», *Le Débat*, n^o 50, mayo-agosto 1988, retomado en *Les Idées en France, 1945-1988, une chronologie*, París, Gallimard, col. «Folio histoire», 1989, pp. 513-521.

- 27 Una encuesta publicada por *Le Figaro* el 19 de enero de 1981 indica, efectivamente, que en diciembre de 1979 solo el 12% de los franceses entendía la palabra «patrimonio» como el conjunto de las riquezas nacionales y artísticas, y no relacionadas con el Código Civil; en diciembre de 1980, esa proporción pasó al 36%.
- 28 El dossier de prensa es enorme. Sigo en particular el reportaje de Josette Alia (encuesta de Frédéric Ferney), «La course au bon vieux temps», *Le Nouvel Observateur*, 6 de setiembre de 1980, confirmado enteramente por la profunda entrevista que me concedió Jean-Philippe Lecat el 13 de marzo de 1992.
- 29 En esa fecha y con ese espíritu también se reforzó y estructuró el servicio de las Celebraciones nacionales, que ya tenía su Delegado general, a quien Maurice Druon, ministro de Asuntos culturales había apoyado en 1973, mediante una «Association française pour les célébrations nationales», destinada a recoger fondos para «aumentar el brillo de las ceremonias» y «realzar el prestigio de Francia».
- 30 Movimiento bien ilustrado por el éxito, por ejemplo, ese año, del libro de Yvonne Verdier, *Façons de dire, façons de faire. La laveuse, la couturière, la cuisinière*, París, Gallimard, 1979.
- 31 Es decir, del mantenimiento de la diversidad: cf. el panorama histórico de ese esfuerzo por Isac Chiva, «Le patrimoine ethnologique: l'exemple de la France», *Encyclopaedia universalis, Symposium 1990*, pp. 229-241.
- 32 Cf. el desarrollo de este argumento central en «Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux», al comienzo de este libro.
- 33 Ver Krzysztof Pomian, «L'Heure des Annales», en *Les lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. 1, en particular p. 424.
- 34 Dislocamiento cronológico al cual varios hemos contribuido: Jacques Le Goff con su «larga Edad Media» estirada hasta el borde de la revolución industrial, Emmanuel Le Roy Ladurie con su «historia inmóvil», título de su lección inaugural en el Collège de France (1971), François Furet con una Revolución francesa que recién «entra al puerto» en 1880; y yo mismo, en historia contemporánea, con el análisis del papel del acontecimiento mediatizado.
- 35 Se puede destacar, por ejemplo, el hecho de que, en *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1973, ni Jacques Le Goff ni yo mismo, que dirigíamos ese colectivo en tres volúmenes, sentimos la necesidad de inscribir la memoria entre los «nuevos problemas», los «nuevos enfoques» o los «nuevos objetos». Cinco años más tarde, en cambio, en el *Dictionnaire de la Nouvelle Histoire*, París, Retz, 1978, que dirigía con Jacques Revel y Roger Chartier, Jacques Le Goff me pidió dos artículos especialmente dedicados al tema, «Mémoire collective» y «Presente».
- 36 Se podría incluso ir más lejos y comparar el tratamiento muy diferente del carnaval de Romans en la tesis de 1966 y en el libro de 1979 que lo lleva como título: un hecho de historia social metamorfoseado en acontecimiento de memoria conmemorativa.
- 37 Hervé Guibert, «Un patrimoine fantôme», *Le Monde*, 20 de agosto de 1980.
- 38 Christian Jouhaud, «La galerie des hommes illustres», contribución al conjunto, «Quand l'historien se fait biographe», *Esprit*, agosto-setiembre, 1992.
- 39 Cf. en particular Robert Bellah, «La religion civile aux États-Unis», *Le Débat*, n° 30, mayo de 1984; y con Phillip E. Hammond, *Varieties of Civil Religion*, San Francisco, Harper and Row, 1980.
- 40 Cf. Alain Boureau, «Les cérémonies royales françaises entre performance juridique et compétence liturgique», *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre 1991, pp. 1253-1264.
- 41 Cf. Gilles Bousquet, «François Mitterrand au Panthéon: la mort, la nation et la gauche», *French Politics and Society*, vol. X, n° I, invierno 1992, pp. 59-68; y, en *Les lieux de mémoire*, t. I., *La République*, «Le Panthéon», por Mona Ozouf.
- 42 Como testigo, el estudio encargado en 1988 por el ministro de Cultura y Comunicación a la Agencia de ingeniería y de comunicación culturales Ithaque sobre «el concepto y la organización de las ceremonias nacionales».
- 43 En la abundante literatura sobre el patrimonio, cf. la obra más reciente y, en mi opinión, más sagaz: *L'Utopie française, essai sur le patrimoine*, de Jean-Michel Leniaud, París, Mengès, 1992, con una bibliografía; cf. igualmente Dominique Poulot, «Le patrimoine universel: un modèle français», en el número especial de la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* dedicado a Pascal Ory en «L'histoire culturelle du contemporain», n° 39, enero-marzo 1992, pp. 29-55.
- 44 Paul Léon, *La Vie des monuments français*, París, 1951, p. 29.
- 45 Para una lectura tan placentera como provechosa intelectualmente, ver André Fermigier, *La Bataille de Paris*, París, Gallimard, 1991.
- 46 *Le Quotidien de Paris*, 12 de julio de 1984. Cf. igualmente las Actas del coloquio de la Salpêtrière de noviembre de 1984, *Les Monuments historiques demain*, Ministerio de Cultura y Comunicación, 1987.
- 47 Cf. Alois Riegl, *La Culture moderne des monuments. Son essence et sa genèse* (1903), trad. fran., París, Ed. du Seuil, 1984.
- 48 Cf. las Actas del coloquio «Musées et sociétés», Mulhouse-Ungersheim, junio de 1991 (en preparación), así como *Patrimoine et folie*, bajo la dirección de Henry-Pierre Jeudy, París, Ed. de la Maison des sciences de l'homme, 1990, en particular Krzysztof Pomian, «Musée et patrimoine».
- 49 Esa transformación estaba enteramente inscripta, de hecho, en la simple pero decisiva modificación que Jack Lang, a su llegada al gobierno, deseó aportar al decreto relativo a la organización de su ministerio. Ese decreto, de autoría de Malraux, le daba al ministerio de Estado encargado de los Asuntos culturales como primera misión «volver accesibles las obras fundamentales de la humanidad, y primero en Francia, al mayor número posible de franceses» y asegurar luego «la más amplia audiencia a nuestro patrimonio cultural» (*J.O.* del 26 de julio de 1959, p. 7413). El ministro de Cultura queda entonces encargado «de preservar el patrimonio nacional, regional o de los diversos grupos sociales para el beneficio común de la colectividad entera» (*J.O.* del 11 de mayo de 1962, p. 1346).
- 50 Uno de esos medios fue la creación de una Escuela nacional del patrimonio en 1990. Cf. «Une École nationale du patrimoine, pourquoi faire?», entrevista con Jean-Pierre Bady, *Le Débat*, n° 65, mayo-agosto 1991.
- 51 El ministro me encargó en efecto, el 4 de abril de 1990, que reuniera un grupo de trabajo a través de una carta que definía su misión y cuyos términos no son indiferentes del punto de vista de una historia de la noción: «He deseado, como usted bien sabe, lanzar una campaña de protección de cierto número de lugares de memoria, testigos de la evolución de los siglos XIX y XX del punto de vista político, científico, técnico, filosófico, etc. Esta campaña me parece necesaria para asegurar mejor el reconocimiento de esos testimonios, materiales o más inmateriales, en nuestro patrimonio nacional. ¿Habría que modificar a tales efectos la legislación actual o se puede utilizar las disposiciones de la ley de 1913 sobre los monumentos históricos?: es una de las preguntas que el propio tema plantea desde ya».
- 52 Cf. en particular Claude Billard y Pierre Guibbert, *Histoire mythologique des Français*, París, Galilée, 1976 y, de los mismos autores, «Peut-on encore enseigner l'histoire aux enfants?», *Le Débat*, n° 16, noviembre de 1981, pp. 84-95.
- 53 Tal como las había descrito en sociología Maurice Halbwachs, cuyo redescubrimiento en los años setenta de la obra ya antigua, *Les Cadres sociaux de la mémoire*, París, PUF, 1925, o su reedición, *La Mémoire collective*, París, PUF, 1950, reed. 1968, son precisamente el efecto, más que la causa, del interés nuevo de los historiadores por la memoria.
- 54 Cf. Paul Yonnet, *Voyage au centre du malaise français. L'antracisme et le roman national*, París, Gallimard (en preparación).
- 55 Cf. Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation? et autres texts politiques*, presentado por Joël Roman, París, Presses-Pocket, 1992.
- 56 Idea desarrollada por Marcel Gauchet en *Science et conscience de l'histoire* (en preparación).
- 57 Desde Gaston Bonheur, *Qui a cassé le vase de Soissons?* París, Robert Laffont, 1963, hasta Christian Amalvi, *De l'art et de la manière d'accommoder les héros de l'histoire de France, de Vercingétorix à la Révolution*, París, Albin Michel, 1988.
- 58 Es el título de la última a la fecha (París, Ed. du Seuil, 1989-1993, 4 vol.), que explican en el prólogo sus directores André Burguière y Jacques Revel.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2008
en Gráfica Don Bosco, Agraciada 3086, Montevideo, Uruguay.
Depósito Legal N° 345 955
Comisión del Papel. Edición amparada al Decreto 218/96